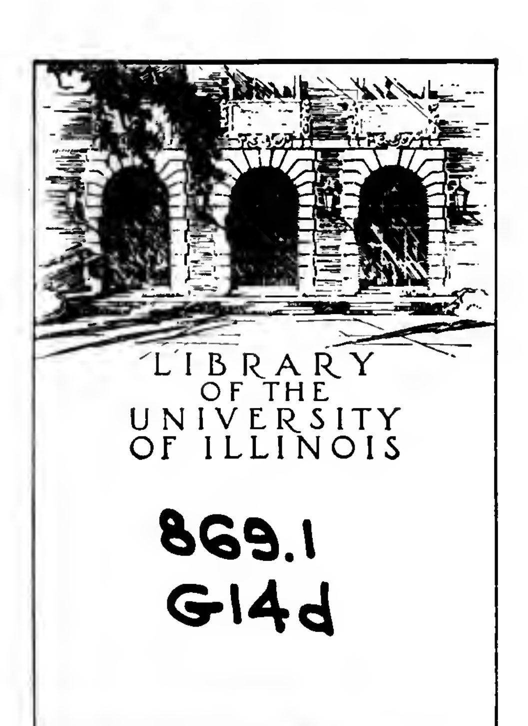

LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF ILLINOIS

869.1
G14d

163

# DEL NATURAL

## ESBOZOS CONTEMPORÁNEOS

POR

FEDERICO GAMBOA

1889

GUATEMALA

TIPOGRAFIA "LA UNION"

OCTAVA CALLE PONIENTE, 6

ES PROPIEDAD

# ANÚNCIAME!!.....

Estoy arrepentido y la cosa ya no tiene remedio!

Esto de presentarse en casa de cumplimiento, por primera vez y llevando un chiquillo, debiera reflexionarse. No á todos les agradan estas visitas infantiles, y los que las toleran exigen y con razón, una multitud de detalles difíciles de satisfacer. Que el niño tenga modales, y buen decir, y buena ropa; que no hable ni más ni menos de lo que le corresponde; que ría mucho, que llore poco, que no señale con el dedo ó con la palabra; que aguante críticas, tolere regaños y agradezca gol-

pes; que se acerque cuando entretiene y se retire cuando cansa; que sin que posea un parecido perfecto, tenga muchos puntos de contacto con otros niños y mayorcitos, especialmente si son extrangeros; que enseñe algo; que pertenezca á alguna escuela reconocida y aceptada; que no exagere, ni mienta, ni invente, ni....qué se yo, que sea una criatura perfecta.

Y si tales inconvenientes forman el lado triste de toda presentación, se multiplican hasta la tortura, al tratarse de ser bien recibido por el Público, que amén de ellos, tiene gran amistad con dos señoronas de suposición, siempre á su mesa, á su lado, huéspedas eternas y volubles que se vengan duramente cuando un novicio ó distraído no cuenta con ellas para asuntos de este género. Aunque entre sí se detestan y se despedazan sin piedad, siempre se las encuentra de acuerdo para un auto de fé, citándose, ayudándose y defendiendo iguales principios.

Se llaman: la Prensa y la Academia.

No será pues, difícil que á mi hijo lo manden á alguna inclusa literaria y á mí al olvido, donde he estado domiciliado por tanto tiempo sin reñir con vecinos ni esquivar caseros. Al dar este paso, que es casi un paso á dos, demuestro que el amor de padre es una ceguedad dominadora. Si álguien buscare elegancia ó buen gusto en las prendas del vestir de mi chicuelo, nó las encontrará pues carezco de reputación como sastre intelectual. Apenas si he logrado cubrir su inofensiva desnudez con telas burdas y sin color, encontradas, después de mucho buscar, en el desmantelado guarda ropa de mi cerebro. El trage, bueno ó malo, no tiene más que una recomendación: haber sido hecho á la medida del que lo lleva sin apropiarme patrones ni robar modelos. Sírvale esta circunstancia de atenuante para cuando sea criticado por los inteligentes en achaques de tijeras.

Pudiera yo decir, siguiendo la costumbre reinante, que el recién nacido fué engendrado en las mesas de redacción y en las de los cafés, con intenciones de matar el tiempo—crímen imperdonable—y no la poca paciencia de los lectores que su suerte le depare. Pero sería mentira y no quiero una doble responsabilidad.

Lo concebí con calma, lo he criado con todo el esmero de que me creo capaz, lo doy á luz sin dolores, con temor y con esperanzas.

En consecuencia no enseñará nada, qué va á enseñar! Permita Dios, que á semejanza del fidelísimo escudero del humanitario manchego, sea discreto hasta no enseñar la hilaza de que está formado, y basta de enseñanzas.

Si por desgracia algún curioso, de esos que tanto abundan, llega á preguntarle cuál es su escuela, á él lo parte y á mí me divide; que en esto de escuelas confieso por lo bajo, nunca pisó ninguna. La que más me seduce es la

realista, por aquello de que al fin y al cabo algo se pesca; pero en cuestión de reales, tanto el padre como el hijo hemos vivido siempre en fanática ignorancia y rigoroso alejamiento.

Ahora, el principal riesgo consiste en que rechacen mi tarjeta diciendo que los señores no están en casa ó no reciben.

Quizá fuera mejor.

Por si lo admiten, doyle en esta antesala los últimos consejos, le echo el postrer vistazo y lo dejo entregado á sus propios esfuerzos. Sabe que va á anunciarme, que si lo festejan, pronto lo seguirán otros hermanos, que debe portarse bien, y otras menudencias de vida privada que con prudencia omito.

No quiero verlo más, me apena notar lo impresionado que se halla: se ha quitado el sombrero y desde la escalera oigo su vocesita temblorosa al exclamar:

—¿Dan Uds. su permiso?. . . .

Me tapo los oídos para no escuchar

la respuesta y me alejo con filosófica resignación.

—La Academia y la Prensa le sean leves!

*Federico Gamboa.*

México, 1888.

# EL MECHERO DE GAS.

## I.

Se conocieron en cualquiera parte y al poco tiempo se casaron.

Ella se había ganado todas las simpatías por la dudosa fidelidad de su marido.

Rara vez se les veía juntos y sin embargo, nadie se había atrevido á empañar su reputación, gracias á su serio continente y á la severidad de sus costumbres.

Javier su cónyuge, procuraba en cambio no pasársela tan mal.

Casi se consideraba equitativo que Elisa optara por las represalias y nada, contenía á los más atrevidos rondadores con sólo fruncir su primoroso ceño.

Hubo quien asegurara maliciosamente, que para el matrimonio—verificado con mucha elegancia—no había sido el amor verdadero y

desinteresado, agente principal; pero el hecho fué, que durante la efímera luna de miel, casi se llegó á contar con una pareja de más como Dios manda.

Se les vió en los paseos y diversiones, colgándose ella del brazo de su esposo, retardando el andar y con toda la hechicera monería de la recién casada, empezar frases con los ojos para concluirlas con los labios, aprovechando el paso de un carruaje ó la mortecina luz del día poniente. Él caminaba á su lado dando á conocer á pesar de sus indiscutibles derechos, el agresivo malestar que origina el acompañar en público á una mujer bonita.

En medio á tanta ventura, surjió para desgracia de ambos, una escasez de recursos insostenible que sin consideraciones, vino á interrumpir el dulcísimo dúo de amor inaugurado al pié de los altares.

Llegó el primer disgusto con todo su cortejo de palabras malsonantes á provocar lágrimas que Javier no supo ó no quiso enjugar en aquella vez. Se dió por sentido.

Por la noche se recogió tarde, arrepentido y con deseos de reconciliación. Al ir á hablar á Elisa, una criada le anunció que la señora se sentía mal. Hubo de fingir anterior conocimiento de la indisposición por el buen parecer y en el fondo, casi se alegró de la ocurrencia que justificaría su conducta subsecuente. Al fin y al cabo él era el marido y el dueño de la casa. Se podía retirar á la hora que más

le conviniera pues no estaba de esclavo, y de vez en cuando irse de fonda con amigos, y al acostarse convino consigo mismo en que había nacido para ser completamente libre.

Cargábale la sujeción doméstica.

Se habían roto las hostilidades. Mentalmente recorrió Javier á los pocos amigos que frecuentaban su casa y no encontró ninguno de riesgo. Temía el futuro.

Elisa de su parte, no había tenido jaqueca, sino ganas de llorar á solas la primera inconsecuencia: hasta llegó á pensar en irse con su padre. Su femenil dignidad, herida en lo más sensible, le abultaba fantásticamente la ofensa recibida y le hacía ver en su marido algo como un mónstruo. En vano esperó que Javier insistiera en verla, siquiera para desearla alivio. Cuando éste hablaba con la criada, se levantó temblando de emoción y esperando un discreto golpe en la puerta que inmediatamente hubiera cedido, estaba abierta. Por poco si no la abre ella misma y se da por satisfecha con su conato de enojo; pero la indiferencia de Javier mató sus pacíficas y amorosas intenciones.

Lloró por segunda vez en ese día, ahora de despecho. En nada la tenían, luego valía poco y sólo pasajeras ilusiones habían determinado tales y cuales frases cariñosas. Todo era una mentira, y mientras buscaba el remedio con la mirada fija en un dibujo de la alfombra que no miraba, se acordó sin querer de lo

que le predijo cuando pequeña un primo suyo al encontrarse desairado.

—Nadie te querrá como yo!

Pobre primo, cuánta razón tuvo, y que desgraciada era.

Se acostó de nuevo y siguió pensando en el primo que había sido muy malo, proponiendo juegos que entonces llevaban á cabo y cuyo recuerdo la enrojeció. Pensó después, ya vencida por el sueño, en un sombrero que había visto por la tarde, y se durmió, deseando un rubio chiquitín que le sirviera de consuelo.

A la mañana siguiente, ya entrado el día, se despertó creyendo que el niño llegaba conducido por manos invisibles é hizo una mueca de disgusto al ver en la apacible semi-oscuridad, de su habitación, que era la criada que le llevaba el chocolate. Esto la puso de un humor negro y le quitó la gana de tomarlo. Despidió á la muchacha y se incorporó en el lecho alcanzando á verse en el espejo colocado sobre un confidente: tenía ojeras y estaba pálida.

Se vistió, decidida á provocar una formal explicación con su marido, olvidando el desayuno. Javier había salido temprano, salió ella también pero volvió al poco rato sin haber hecho nada: abrió el piano sin tocarlo. Apoyó la cara en la mano y entonces gimió el instrumento, distraídamente lastimado por el codo de su dueña. Se aburría, se sentía mala, nerviosa. Pidió los periódicos del día que aumen-

taron su aburrimiento y tomó por último una labor encantada de la que sólo se conoció el principio. Inclinada sobre ella la encontró Javier acercándose de puntillas para darle el beso acostumbrado, que no pudo impedir gracias á la sorpresa. Anunciaron la comida.

Por conservar incólumne el principio de autoridad tan necesario para la vida doméstica, no tuvieron un altercado delante de la servidumbre, limitándose á cruzar poquísimas palabras con embarazosa cortesía.

—Tengo que hablarte—dijo Elisa al levantarse.

—Al momento—contestó Javier encendiendo un cigarro.

Se dirijieron á la piecesita que por convención llamaban despacho. No era él hombre de letras.

Grave debió de ser la explicación cuando á las siete de la noche aun no se separaban. La curiosidad de la criada se estrelló ante el buen sentido de los cónyuges que no levantaron la voz mas allá de lo permitido por el buen tono. Ello es que al salir tenían aire de buenos amigos y parloteando se fueron juntos al teatro.

## II.

Cambió la escena y concluyeron los disgustos aunque se miraban con poquísima frecuencia.

Habíale caído á Javier, sin solicitarlo según decía, un empleo magnánimamente remunerado en un ministerio que mucho lo ocupaba.

El Ministro lo trataba con predilección, pareciendo que se había propuesto labrar su suerte y á la de la familia que con el tiempo pudiera formarse.

Las distinciones de que fué objeto, provocaron un cisma oficinesco entre los compañeros. Múltiples conversaciones dieron por resultado el abandono de algunas tareas urgentes que comprometieron la estabilidad del jefe de la sección, cómplice solapado de la revuelta. Las sumas que como extraordinarias percibía aquel intruso debían ruborizarlo si conociera la vergüenza. Se idearon anónimos, que reprobó enérgicamente el oficial de partes gran tirador de armas y muy versado en asuntos de honra; había debutado como árbitro en una cuestión enojosísima entre el portero, viejo gruñón y reumático, y un escribiente que hacía vida de soltero en un hotel mediano y que no podía soportar que se le apuntara en un libro la informalidad de sus llegadas, por ser ofensivo al buen nombre de un caballero que se estima en algo—y parece ser que éste se dispensaba acendrado cariño.

De común acuerdo se resolvió tomar una determinación que diera á conocer su posición de empleados dignos que no toleran vilipendiosa sujeción á un desconocido, que igno-

raba las más insignificantes labores del despacho.

Se concedió voz y voto á dos meritorios con gratificación.

La mayoría optaba por una protesta escrita atentamente y que por correo interior recibiría el Ministro, pero el plan no se llevó á cabo temiendo los arranques biliosos de su Excelencia. Un oficial quinto, hombre muy práctico, logró convencerlos de que nada debía de llevarse á cabo antes de percibir la quincena próxima.

Javier, con admirable instinto, comprendiendo que sus bonos no disfrutaban de gran demanda, prodigaba cigarros y sonrisas que algo calmaron los odios enemigos, y alguno que otro día —en que no salió de Palacio en el coche del Ministro— invitó á cinco de los más rabiosos á una copa gratuita que si no hizo desaparecer por completo los inofensivos rencores, fué bastante para conjurar la tormenta. Llegaron á encontrar chiste en sus conversaciones y elegancia en su vestir.

Se hizo admitir como socio de número en el British Club llegando á ser asíduo y desvelado concurrente. Faltaba á su trabajo en las mañanas para entregarse al sueño, y por las noches al tálamo, para hacerlo á sus correrías.

Elisa, no volvió á reconvenirle por esos abandonos nocturnos; y en vez de ganarse una destitución, lo sorprendieron al mes siguiente en el Ministerio, con un sobre

sueldo por trabajos reservados de la Secretaría.

Creyó llegada una época bonancible y se propuso aprovecharla. Aún era jóven.

Obtuvo los favores de una figuranta de nacionalidad de circunstancias á la que llamaba su artista y con la que gastó algún dinero y los anémicos restos de su reputación. La retiró de la escena yendo á ocultar la dicha de su victoria en el entresuelo de una calle poco concurrida, que bien amueblado, fué varias noches testigo paciente de coloquios apasionados. Solían concurrir otros socios del Club, llegando á organizarse en cierta ocasión una reunioncilla casi bailable amenizada con los acordes destemplados de un organillo callejero.

El Ministro, á quien ya trataba con intimidad, lo animaba en sus empresas lamentándose de no poder acompañarlo por lo elevado de su posición y alabándole su gusto por la partiquina; se iba haciendo el hombre indispensable para sus confidencias y para disipar los nublados matrimoniales.

Cuando temía seria y fundadamente haberse ganado una reconvención de su mujercita, que en obsequio de la verdad se las hacía rarísima vez, se presentaba de bracero de su distinguido amigo delante del que era imposible tener el menor altercado por ir de por medio el diario sustento ganado tan descansadamente.

La primera ocasión en que se quedó á comer con ellos empezaba á penas Javier su vida desordenada y Elisa á entrar en el menguante de su cariño.

Como no es cualquier cosa invitar á un Ministro y más si se trata de uno que tenga fama de sibarita, se agregaron algunos platillos traídos de la fonda, al doméstico y vespertino *menú*, se tostó pan y salieron á relucir una tetera de *christophle* y unas servilletas bordadas de rojo. Al entrar al saloncito, donde se tomó el té, y al aspirar el humillo aromado y casi invisible de la celeste bebida, el Ministro los cumplimentó diciendo que se estaba muy bien allí. Javier suspiró de satisfación y Elisa derramó una tasa. La conversación era general y sobre asuntos de poco interés, exceptuando promesas embozadas y poco comprometedoras, lanzadas por el Ministro, y que Javier no echó en saco roto.

Elisa en el piano tuteó á Chopín, disfrazó á Verdi y comprendió á Capitani. Su Excelencia aplaudía. Estaba tan fuerte en música como en el ramo del Ministerio de su cargo.

Al cerrar el piano, un péndulo marcaba las doce. Se levantó el ilustre visitante marchándose muy complacido de la hospitalidad recibida. Hacía tiempo que no pasaba mejor una velada, trabajaba tanto y tenía tales disgustos! Precisamente en esa tarde había estado en conferencias con un periodista de oposición que prometió no volver á atacarlo, siem-

pre que se le autorizara á visitar la Tesorería, mensualmente por lo menos. El era así, tenía la creencia de que el dinero es un gran elemento. A Javier, le chocó la teoría, pero los deberes de dueño de casa lo obligaron á no impugnársela y á acompañarlo galantemente hasta el recibidor. Al volver á la sala se oyó partir el cupé ministerial; Elisa golpeaba distraidamente los cristales del balcón.

—¿Qué haces?—le preguntó.

—Aburrirme—contestó ella, y ambos se lanzaron un glacial "buenas noches."

## III.

Si Javier hubiera tenido que lamentar la falta mas lijera de su artista, tal vez habría vuelto sobre sus pasos tratando de encontrar en su mujer propia el afecto que rehusaba venderle una postiza. Pero por el contrario, sus ilícitas relaciones caminaban como sobre un mar calmado y circundado de horizontes multicolores y voluptuosos. No le había encontrado otro defecto que su afición á gastar. Cada salida á compras lo alarmaba, porque las hacía en cantidad abrumadora. Y luego, no podía hacer el serio ante sus despilfarros; era tan graciosa y tenía cada ocurrencia, que parecía una chiquilla malcriada. Contrariarla abiertamente provocaba funestas consecuen-

cias; hubo vez, que en un disgusto rompió una luna abiselada y con marco de terciopelo. Bonita estaba ella para aguantar nada á nadie teniendo un porvenir abierto y luminoso. Con contratarse, estaba salvada y podría disfrutar de completa independencia.

Otras ocasiones le daba por las lágrimas y era de verse la cara que ponía Javier pidiéndole perdón por imaginarias faltas.

Al fin y al cabo en el Ministerio había tropezado con una mina que nunca dejó de darle lo que le pedía y un gasto más ó menos poco le importaba. ¿A qué amargar su vida y la de esa chica voluntariosa?

Llegó á pasar, pretextando una excursión al campo, ocho días sin ver á Elisa que no le hizo la menor observación á su regreso. La encontró casi cariñosa y con sólo una exigencia: mudar de casa. ¿Cómo negarse si en su interior comprendía lo injusto de su conducta como esposo? La dió amplios poderes y no tardaron en encontrar una lujosísima habitación en el centro de la ciudad. Todos los detalles del buen gusto podían satisfacerse pagando una renta relativamente corta; campanilla eléctrica, alumbrado de gas, techos estucados, grandes cristales, chimenea que nunca había que encender pero que hermoseaba notablemente el salón, todo lo tenían. Mucha maña tuvo que darse para conciliar la asistencia á su hogar durante la traslación y las visitas diarias á Amalia su artista, que no veía

con buenos ojos ese cambio de vida. Notaba que Javier la quería con más calma desde que frecuentaba de nueva cuenta el trato con Elisa. Fingió celos que no toleró él por propio decoro, y esto ocasionó un rompimiento muy comentado entre los del Casino á los que no quiso dar explicación ninguna. Ocultó el dolor que la quiebra le causaba, y allá á sus solas, se entregaba á sus recuerdos que eran muchos. Para curarse quiso revivir el afecto de Elisa, que profundamente herida en su amor propio, más que en su cariño, á penas si conservaba los girones de la ilusión que en un tiempo le inspiró Javier. Ahora la encontraba indiferente, preocupándose casi nada de la amable verbosidad con que le hablaba. Salía mucho á la calle y siempre sola. En la casa se ocupaba muy poco de los criados y demás gentecilla. Tocaba y leía algo, no cruzando con Javier más que las palabras indispensables, excepción hecha de cuando arreglaron de común acuerdo una pequeña recepción para estrenar el nuevo domicilio.

Formada la lista de invitados resultaron pocos, pero escogidos. Unas primas de Elisa de notable belleza, en número de cuatro, formarían la parte débil de la fiesta; dos socios del Club amigos predilectos de Javier y el Ministro ante todos. Mucho tuvieron que arreglar y hasta llegaron á salir juntos, así como en los buenos tiempos en que tanto se querían. Una tarde, tropicalmente tibia, ca

si á la puesta del sol, se dirigieron sin consultarse rumbo á la calzada después de haber comprado lo indispensable. Ambos pensativos no se atrevían á interrumpirse en sus mútuas meditaciones. Apoyábase ella con gracioso abandono en Javier, que sentía renacer su extinguido amor conyugal y lo manifestaba oprimiendo muy suavemente el brazo de Elisa que como distraída lo dejaba hacer, alegrándose en su interior de recobrar al descarriado con la sóla influencia de sus encantos materiales.

Era la hora en que las niñeras recojen á su inquieto y parlanchín ganado, gruñendo en todos tonos por la retirada. Algunos rebeldes continuaban aun sus juegos con la cabecita descubierta y las mejillas teñidas de púrpura por la agitación. A la mortecina luz del día en sus adioses, se divisaban sus cabelleras acariciadas con desorden por la brisa, formar rizos imposibles y encantadores. Había un diablillo de ojos azules que corría sin descanso describiendo curvas que hubieran formado la reputación de un arquitecto, hechas únicamente para evitar el regreso. Cada encuentro que evadía lo hacía reír, oyéndose su voz marchar en perfecto acuerdo con los trinos de los pajarillos al enviarse las buenas noches.

La voz del niño despertó en Elisa los instintos maternales, siempre abonados á diario en el corazón de la mujer.

Le entraron tentaciones de llorar. Javier miraba el mismo cuadro arrugando el ceño y sin atreverse á darle la cara. Estaba positivamente avergonzado por más razonamientos que se hacía á sí mismo disculpando sus procederes. Sin observarlo, hacía un buen rato que habían detenido su paseo. Ya no había niños; las intermitencias de la luz eléctrica perfilando las sombras en duros contornos. parecían retar á los ténues y retardados fulgores del crepúsculo; y sin embargo ni uno ni otro rompían el silencio, dirigiéndose á lo sumo miradas tan dulces como una caricia y caricias tan vergonzantes como una mala acción. La gente que á pié volvía del paseo los obligaba á estrecharse y el ruido de los carruajes los aislaba más de sus semejantes. Los faroles de los coches mirados de lejos simulaban los ojos de mónstruos veloces en una regata fantástica. A ratos, la estridente corneta de los tranvías los detenía en su carrera, y pasaba deslizándose y mostrando su populoso y policromo interior. Concluyeron la calzada y sin saber cómo, se acercaron sus caras de tal modo, que según el dicho de un gendarme romántico, se oyó el rumor de un beso apasionado, ardiente y prolongado.

Parecía conjurada la tormenta y se emprendió el regreso á buen paso y de buen humor. Todo los hacía reir, hasta sus observaciones que eran muchas y que se comunicaban á cada instante. Al pasar por debajo de

un foco, se mortificó ella; iban de la mano hacía tiempo.

—Si parecemos novios,—se dijeron.

Recorrieron toda la avenida, deteniéndose en cada vidriera y teniendo idénticos gustos. Recordaban su luna de miel y Elisa con ruborosa coquetería, mencionó á propósito de nada al chiquillo travieso acabado de ver.

Llegaron á su casa muy contentos, haciendo monerías cada uno, ella hablando sin *eses* y sin *eres* y él tocando el tambor con la boca y la chistera. En la servidumbre hubo su alarma por lo inusitado del hecho. Hasta el cocinero, recogiéndose el mandil, se empinó para distinguir algo de esa alegría. Se les creía orates.

El camarista—que había entrado á la vez que el maestro de cocina al mejorar de fortuna de los amos—se atrevió á entrar sin embargo, y avisó que durante la ausencia de lós señores habían llegado algunos bultos y una carta para Javier. Se le despidió acto contínuo, y de rodillas ante un sofá deshicieron los paquetes de lo que habían comprado, arrebatándose los objetos con caricias.

Por besarse, rompieron el busto de un sabio extranjero.

Al levantarse vieron la carta olvidada sobre un velador adelantándose Javier á tomarla; había conocido el sobreescrito.

—Dame esa carta Javier, ya no tienes secretos para mí.

—No puedo. Es un negocio reservado de la Oficina. Voy á leerla y vuelvo.

—Léela aquí; yo mientras, arreglaré todo esto, dijo Elisa señalando las compras.

Javier algo emocionado leyó:

"Javier, bien mío:

"Ocho días sin verte y sin recibir ninguna noticia tuya me tienen como loca. Te quiero tanto! Si has decidido romper conmigo, no me opongo. Soy demasiado orgullosa, pero necesito decirte algo muy interesante para los dos. No me conoces y debieras temerme. Si no vienes armaré un escándalo en tu propia casa.

Amalia"

—Tengo que salir inprescindiblemente, Elisa—dijo al acabar la lectura—cóme y recójete pues volveré tarde.

—¿Cómo, te vas sin comer conmigo? Y tus promesas? Mira, vé mañana, pero no me dejes. Me aburro cuando estoy sóla!

—Es preciso Elisa, es preciso. Te aseguro que es la última vez.

—Sea como quieras, pero aunque vuelvas tarde, te esperaré.

Se despidieron cariñosamente y salió él como disparado, tropezando con los muebles de la antesala. Refunfuñó porque no había luz dejando caer la carta al sacar los cerillos para tomar el sombrero. Elisa curiosa y desconfiada no quiso advertírselo. Entró, recogió el papel y se acercó á la lámpara. Al concluir

de leerlo, una palidez profunda cubría su semblante. Miró el techo profundamente las timada por esta nueva acción, y ciega de dolor y de ira pensaba en tomar alguna determinación, cuando oyó que anunciaban:

—El señor Ministro....!

## IV.

Aquella visita casual produjo un desvanecimiento á Elisa. Casi se arrepintió de haber deseado una venganza. Le espantaba la falta que aun no cometía y hubiera deseado que no permitieran al Ministro penetrar al saloncito. Quería reflexionar antes de obrar, y el delito de Javier se empequeñecía ante varias circunstancias que no acertaba á analizar. Iba á pretextar cualquiera cosa para no recibir la visita, cuando apareció el Ministro sonriendo siempre y mirándola más cariñosamente que de costumbre. No tuvo valor para despedirlo y se sentó á distancia.

Se habló de generalidades sin mencionar á Javier. Su Excelencia, á fuer de hombre de mundo, tenía conversación chispeante con algunos rasgos meridionales. Su temperamento lo hacía en ocasiones ir más allá de lo permitido por la buena forma. En sus galanterías á Elisa había la vehemencia del enamorado que se denuncia contra su voluntad.

Tenía hecha tantas insinuaciones á ella y tanta prodigalidad á Javier, que se creía autorizado á pedir la soñada recompensa!

A Elisa lejos de antipatizarle, la cautivaba contándole sus planes y sus fatigas, sus conquistas de muchacho y su fastidio actual; pero la cautivaba á la buena y sin pensar en nada malo ni mucho menos. Conocía con la perspicacia de su sexo, la impresión que causaba á su Excelencia y una vez llegó á pensar en momentos de ambición, en que podría tener cuanto quisiera explotando ese cariño; pero rechazó la idea, avergonzada de su debilidad.

El Ministro hablaba sin cesar, estaba de buen humor y había despachado su carruaje. Necesitaba de muchas cosas, entre otras, hacer ejercicio para contrarrestar el bufete y de una mujer que lo quisiera mucho, sin interés, por él mismo. Le aburrían tanta adulación y tanto afecto fingido! Le hubiera encantado poder ir, después de las fatigas del despacho, á encontrar una compensación y algún descanso en una salita como esa, puesta con tanto gusto, con tanta monería y con una moradora como ella.

Elisa comenzó á alarmarse porque nunca había visto un brillo semejante en los ojos del Ministro, pero al encontrarse halagada por un hombre tan influyente y tan enamorado, se complacía en aumentar el peligro callando púdicamente.

La visita se prolongaba y Javier no volvía. Indudablemente en ese momento estaba en brazos de esa comiquilla, de esa cualquiera que había venido á nublar el cielo de su hogar, mientras ella resistía heróicamente á un sitio en toda forma, preparado con anticipación y despreciado con ceguedad. Miró con fijeza al Ministro que estaba ya á su lado sin saber cuándo cambió de lugar, y lo halló anhelante, tierno, apasionado. Hacía un rato que Elisa en sus meditaciones, sólo oía un murmullo de palabras suplicantes, pero tan cerca y en voz tan baja, que se creyó víctima de una fascinación. Apoderóse de ella una debilidad agradable, y aunque lo notó, no tuvo fuerza para retirar su mano que sentía acariciar y en la que recibía con frecuencia golpes ardentísimos que la quemaban y que más parecían choques eléctricos que enamorados besos

Quiso gritar y sintió en los labios algo como un carbón encendido que voluptuosamente la dañaba..... ..... ........ .......
....................................

Cuando pudo darse cuenta de sus actos, estaba sóla con su vergüenza y con sus recuerdos. Tuvo un vértigo de pudor y lloró, lloró mucho, hasta que el frío de la mañana al nacer, la hizo temblar representando á su conciencia. No se atrevía á acostarse, ni á preguntar, ni á moverse. Se creía en el fondo de un abismo espantoso y le parecía escuchar

las satíricas carcajadas de los transeuntes que se asomaban al pasar y señalándola con el dedo, decían con desprecio: "la virtuosa." Y ella suplicaba, juraba que era buena, que no sabía cómo había podido delinquir, y Javier asomándose también, del brazo de esa perdida, se reía con una risa horrible, que le hacía mal, que la desesperaba. ............ Se quedó dormida, y aun en sueños siguió sufriendo.

Despertó, herida por la luz que se colaba alegremente por los balcones; el sol acostado en la alfombra, alcanzaba los piés de las sillas y uno de sus oblícuos rayos hacía saltar un mundo de polvo finísimo en ebullición, yendo á descansar en el título de una pieza de música colocada en el atril del piano: "Fantasías de la Traviata por Leibach."

Llamó, y la criada al presentarse la miró con extrañeza. Tenía un semblante atroz. Mortificada por la actitud de la muchacha, la reprendió duramente porque no había entrado la víspera para acostarla.

—Como la señorita tuvo visita—dijo la criada sin vacilar.

Fué el primer golpe para Elisa que todo deseaba menos hacer una confidencia á la camarista quien por otra parte absolutamente la necesitaba. ¿Acaso era esa la primera casa en que servía? Había visto mucho por el estilo, para que quisieran engañarla como á un chino. Al fin y al cabo de necesitarla tenía la

señorita, pues el otro señor era todo un caballero y se le conocía á la legua lo decente y lo desprendido. La menor propina significaba un duro tan brillante como un sol y nada más porque ella se acomedía á quitarle el gabán ó el paraguas!

Supo Elisa que Javier había vuelto á eso de las cinco de la mañana; precisamente cuando salía el señor Ministro y que por poco se encuentran á no haber estado allí, ella, Anita, que oportunamente apagó el mechero de gas del corredor ocultando á su Excelencia en su propio cuarto.

—Basta, dijo Elisa que ansiaba conocer los detalles, pero á quien la verbosidad de la criada torturaba cruelmente.

Tenía vergüenza. Sentía ardérsele la cara frente á cómplice semejante, y sin embargo, hubiera deseado que la desobedeciera, saber lo ocurrido, sobre todo lo dicho por Javier. No se atrevía á preguntar por temor de descubrirse manifestando tanto interés por un asunto que al parecer no lo merecía. Mandó retirarse á Anita y entró á arreglarse. Necesitaba tomar el aire, salir á alguna parte para convencerse de que nadie sospechaba nada, de que era respetada y considerada como antes. Le entraron tentaciones de despedir á la criada, único testigo de su falta; pero si por vengarse iba á contar á otras casas su deshonra, ésta se haría pública, la comentarían de mil modos, y sabe Dios, si hasta sal-

dría mal disfrazada en un periódico escandaloso. Además, estaba resuelta á no ver al Ministro y si era preciso á escribirle suplicándole que disminuyera sus visitas. Estaba nerviosa, mal humorada, con ganas de llorar. Confiaba sólo en la caballerosidad del Ministro que indudablemente comprendería lo delicado de la situación y se moderaría para no comprometerla. ¿Qué pensaría de ella? ¿Que era como todas, una hipocritona y nada más? Concluyó de vestirse y sin comer nada, salió á la calle.

## V.

Javier había salido desatinado de su casa. Operábase en él una reacción de cariño por Amalia, casi idéntica á la que había sufrido por Elisa. Le apenaba su falta de carácter pero no podía remediarlo. Recordaba los atractivos de aquella aumentándolos de un modo inconcebible y se le hacía inmenso el tiempo que había permanecido disgustado. De vez en cuando, la imágen de Elisa cruzaba indignada por su imaginación, pidiéndole estrecha cuenta de sus actos, y reclamando parte de un cariño jurado en tantas ocasiones y olvidado tan pronto. Pensaba en otras cosas, procurando aturdirse y se disculpaba á sí mismo opinando que después de todo, no era él el primer marido que observaba se-

mejantes procederes ni sería el último. Trataría de concluir esas relaciones, pero con modo, no era humano romper bruscamente cuando Amalia, estaba seguro, lo quería muchísimo. Había dado pruebas. ¿No llevaban algunos días sin verse? Y no ella se había portado con seriedad rechazando proposiciones formales, sólo por cariño á él—según lo informaron—que orgulloso la obligaba á provocar una explicación? ¿Qué más podía apetecer? Vencer á criatura tan indómita era mucho alcanzar. Allí estaba la ocasión para manifestarse enérgico, imponiendo condiciones que juzgaba indispensables para su decoro de hombre y su tranquilidad de marido.

La idea de la próxima reconciliación lo entusiasmaba, haciéndolo tropezar con los transeuntes que indignados, lo obsequiaban con diversas interjecciones. Pero nada oía ni se hubiera detenido tampoco. Marchaba deprisa, aguijoneado por el deseo, y para evitar un arrepentimiento naciente que lo molestaba estorbándole el paso. Temía encontrarse, al volver la cara, con la de Elisa bañada en lágrimas, buscando un apoyo y tropezando con una infidelidad, sufriendo en silencio, sin proferir una queja, sin amparo, sin consuelo. Extremecíase al pensar que pudiera encontrarse con un sucesor que mitigara cariñosamente correspondido los dolores de su esposa. Después de todo, qué tendría de extraño si él provocaba la reciprocidad? Y sin

embargo no podía prescindir de ver á Amalia siquiera por último, aunque no volviera ni á ocuparse de ella. La demostraría los inconvenientes de sus relaciones y terminarían como buenos amigos, evitando así escándalos y remordimientos. Al pasar por el teatro, pensó en que Amalia volvería á los bastidores muy pronto, al trato canallesco de sus compañeros, coristas en su mayoría, que se muerden mútuamente y se despedazan sin piedad.

Concluía el entreacto y la campanilla de aviso llevó hasta sus oídos un sonido que se le antojó estridente y fatídico y que no era más que el resultado de un tirón dado sin conciencia por el empleado que dormitaba en su banco. La luz del pórtico cayendo á raudales sobre el empedrado, lo desvaneció, y el eco continuado de la campanilla le simulaba una carcajada nerviosa y burlona lanzada exprofeso para exasperarlo. Tentado se vió de volver á hacer una reclamación; se detuvo y se rió de sí mismo, parecía niño. No se decidía por la separación completa, continuó su camino y víctima de grandes vacilaciones llegó emocionado al entresuelo que pagaba á la figuranta.

No quiso llamar para darle el gusto de sorprenderla durmiendo, y no encontraba la llavecita que siempre había guardado. Le llamó la atención el silencio de la casa. Abrió y en el fondo del corredor, la mecha carbo-

nizada de una lámpara sin reverbero, viciaba la atmósfera, haciéndola irrespirable. Dejó abierta la puerta para que se marchara la peste, y una ráfaga de aire extinguió bruscamente la agonizante luz. Sintió miedo. Encontraba siniestro ese accidente tan natural y por poco se marcha. De nuevo se encontró con la imagen de Elisa, y ahora, en la oscuridad, se destacaba mucho mejor, mirándola pasar con tranquilidad magestuosa, pero llorando como antes. Iba á salir arrepentido y contrito, cuando escuchó un ronquido ordinario, feroz y masculino. Creyó estar soñando y no se atrevió ni á respirar. Negras consideraciones le atormentaban el cerebro y sentía latir sus sienes con fuerza extraordinaria. Se olvidó de Elisa y de todo lo bueno que conservaba por milagro. No veía más que á Amalia prodigando sus caricias á algún vagabundo, y no podía explicarse tanta perfidia. ¿Para eso lo habían llamado, cuando empezaba apenas á curarse de ese cariño tan mal tratado? Pensó en tanto, que llegó á imaginar monstruosidades imposibles. Estaba calenturiento y opinaba por la destrucción. Decididamente armaría un escándalo. No creyó quererla á ese grado y se convenció de que no podría pasársela sin ella. ¿Qué le importaba lo demás?

Penetró á la sala para convencerse de la falta y para conocer á ese rival que tan bien se aprovechaba de sus ausencias. Entró tem-

blando de ira y en su violencia, derribó una mesa que al caer causó un ruido formidable. Se detuvo alarmado por su torpeza y esperando las cons-cuencias de un anuncio tan ruidoso. En la alcoba se oía el murmullo peculiar á una conversación tenida en voz baja y deprisa, y á Amalia que preguntaba

—¿Quién es?

Creyó más prudente no contestar y se ocultó tras un mueble cualquiera, para no ser visto y observar cuanto pasara. Podía haberse equivocado y no sería cuerdo demostrar á Amalia un celo excesivo. Contuvo el aliento lamentando no llevar ninguna arma, y esperó.

La puerta de la alcoba se abrió, apareciendo Amalia en ligerísimo traje que detenía con una mano, mientras que con la otra sostenía una bujía á la altura de la cabeza. Paseó una mirada por todo el salón y al descubrir á Javier que no pudo reconocer, dejó caer la luz gritando:

—Un hombre, Antonio, un hombre!

Javier, queriendo aprovecharse de las tinieblas, llegó hasta el corredor y trató de salir, pero antes de encontrar la llavecita fué alcanzado por el amante de Amalia armado de un bastón que hacía girar sin cesar y seguido de ésta que alumbraba el correctivo á un allanador de moradas.

No pudo contenerse, no era cobarde y además la evidencia del engaño lo puso fuera de

sí. Su sucesor era el bajo cómico de la compañía, un ordinariote incapaz de nada bueno, enteramente sin pudor, que no reparaba ante una indignidad por sucia que fuera. Se sintió degradado frente á su heredero y se lanzó sobre él. Amalia sorprendida y contrariada, se interpuso diciendo:

—Cálmate Javier, por Dios, yo te explicaré........

Pero antes de que concluyera su frase recibió un golpe brutal en la cabeza, que la hizo caer. Era Antonio que celoso á su vez, no podía permitir tal ofensa á su linaje. Él no estaba para eso. Y entonces, en una semioscuridad producida por la luz que ardía en el piso trabajosamente, se empeñó una lucha vulgar y soez entre los dos amantes que se revolcaban repartiéndose con igual furia mordiscos y puñadas. Una lucha vergonzosa, imposible para un hombre digno. Abrazábanse en ocasiones y con las caras casi juntas humedecidas por el sudor y la sangre, se vomitaban insultos de la peor especie, de esos que se oyen rara vez y que ofenden el oído menos asustadizo. Amalia, mudo testigo de esta escena, no podía impedirla. Siempre que se acercaba recibía una lluvia de golpes que no le estaban dirigidos, pero que le hacían daño. Los combatientes, derrengados, comenzaron al fin á ceder por cansancio. La respiración fatigosa de ambos, reclamaba por lo menos un descanso, una tregua, que

se otorgaron sin consultarse. Al separarse, no podían ni hablar, tal era su agitación. Su cólera la habían limitado á mirarse furiosamente. Amalia se dirigió á Antonio, y como quien ordena, con imperio, le hablaba algo al oído que Javier no podía escuchar. Antonio respondío que nó, hasta que un secreto mayor que los anteriores pareció decidirlo. Javier presentaba un aspecto desolador, los ojos amoratados, la cabeza maltrecha, la ropa desgarrada y un color pálido que lo hacía aparecer mucho peor. Su contendiente, aunque con huellas del combate, tenía un aspecto presentable. Compuso su exterior y sin mirar á Javier, se lanzó á la calle. Entonces Amalia, con la seguridad que da á la mujer el saber que es querida, se acercó á Javier atrayéndolo con dulzura al fondo del salón. Él se dejaba hacer como si en la refriega hubiera perdido la voluntad propia. Parecía insensible, é inconscientemente cayó sobre un canapé. Amalia, sentada á su lado, lo acariciaba con dulzura, con zalamería, refregándose con él que poco á poco se le acurrucó en la garganta; y mareado por la excitación nerviosa, el dolor moral y el olor á mujer que tan de cerca percibía, sin darse cuenta de la semidesnudez de Amalia, se desvaneció á tal punto, que no sintió cuando entre ésta y la única criada de que disponía, lo trasladaban á la alcoba. Al recuperarse y encontrarse acostado en esa casa que tanto le

costaba, precisó los hechos con esa claridad que viene á la percepción después de una conmoción que despedaza hondamente, y se echó á llorar. Amalia dormía á su lado, sentada en una silla y reclinada sobre el lecho. La hubiera matado. Se sentía pervertido, lleno de malos instintos, degradado. Y la quería, ya no tenía duda, la quería muchísimo. Le hubiera perdonado hasta los golpes recibidos solo por ella, á reconocer diverso origen. Si se hubieran visto agredidos en la calle por un desconocido, cuando volvían contentos y enamorados en los días felices, todo habría cambiado. Pero verse burlado de una manera tan sangrienta como inmerecida, no tenía nombre ni había castigo bastante. Decididamente, no la vería más. Se levantó y notó que la habitación se marchaba deprisa, moviéndose de todos lados. Se apoyó en algo y mejorado un tanto, se dispuso á salir. —Si la estrangulara! Se extremeció de pensarlo. Pensó entonces en darle un beso suavemente, casi sin tocarla, para que no se despertara, un beso último, de verdadero adiós, y se dió asco. Llegó por fin á la puerta y en esta vez sí encontró la llave. Se hubiera vuelto, pero los náufragos y escasos restos de su amor propio, lo hicieron salir. Comenzó á caminar como ébrio, no se sentía nada bien, al contrario, un zumbido constante en los oídos y oscuridad en la vista lo atemorizaron. Podía darle un ataque, podía morirse así junto

al arroyo, como perro, sin que lo auxiliara nadie, despreciado de su mujer y engañado por su querida! No podía más. Se agarró á un arbolillo de la acera y lloró mucho, como cuando era niño. El llanto le hacía bien. Se hubiera ahogado sin llorar. Fuese calmando poco á poco, enjugó su llanto y tomando aires de escéptico, tomó también el rumbo de su morada. Pobrecilla de Elisa, he ahí la mujer que realmente lo quería. Esa era incapaz de faltarle ni en pensamiento. Menos ahora que ya él podía apreciar todos los inconvenientes de las caricias compradas.

—Bah, bah, no había qué pensar en otra cosa; su Elisa y nada más.

Amanecía.

Diose prisa á entrar para evitarse el bochorno de lucirse en tan triste estado ante sus criados. Le llamó la atención encontrar á Anita apagando con precipitación el mechero de gas y levantada á esa hora, pero creyó que tal sería la costumbre. Nada preguntó y llegó á su cuarto. Estaba irritadísimo y muy cansado.

—Demonio con el hombre ese, pega duro!—se dijo al desnudarse, y le pareció oír que la camarista hablaba con un hombre.

—¿Quién puede ser tan de mañana? Anita—gritó entrando en el lecho por pudor.

—Desea Ud. algo?—preguntó Anita asomando.

—Sí. ¿Con quién hablabas?

—Con nadie señor, á esta hora?

—Es verdad, retírate. Pues señor no hay duda de que estoy nervioso, se dijo medio dormido.

En ese momento, álguien salía de la casa resguardado por Anita. Comenzaba el sol á dorar los últimos pisos de los edificios.

## VI.

Cuando Elisa regresó, aun no despertaba Javier y era ya medio día. No se atrevía á verlo cara á cara, estaba segura de delatarse y no hubiera podido ni estar seria con él, como convenía á su papel de esposa ofendida. Si sospechaba algo, estaba perdida; pero como confesarle lo pasado; como decirle que ella, en un momento de inexplicable debilidad... ... ... . .....? La mataría, y con razón. Siempre habían opinado de acuerdo en ese punto cuando se comunicaban sus opiniones.

Se veía tan distante de la caída que no la consideraba disculpable.

Nunca se figuró poder llegar á ese grado, y recordaba el horror que le inspiraban las mujeres casadas faltando á sus deberes. Ni la conducta dudosa de Javier podía justificarla, no tenía culpa ninguna. Si era tan confiado, esa confianza le hacía honor. Se figuraría que estaba unido á una dama incapaz de arrojarle una mancha. Tuvo miedo, consideraba natural que Javier tomara sus informes, so-

bornando ó amenazando á Anita, que así lo haría seguramente. Las consecuencias de su abandono la obligaban á capitular con Anita, por mucha repugnancia que le inspirara esa complicidad. La llamó.

Se presentó Anita con aire misterioso pero sonriendo amablemente. No sabía Elisa cómo empezar su recomendación. No quería ni suplicar, ni mandar. Buscaba un término medio adecuado y no lo hallaba. Presentía el peligro si no se ganaba á Anita y no se decidía á confesarle francamente lo sucedido con el Ministro, la perdería el respeto y quien sabe, si dueña de su secreto, llegara á tener exigencias mayores. Anita nada decía, comprendiendo la turbación de su señora, esperaba pacientemente á que hablara sin moverse del sitio. Iba á hacerlo Elisa cuando oyó los pasos de Javier que se acercaba, y aterrorizada, temblando, se acercó á la criada, le tomó las manos y suplicando, en voz muy baja, le dijo oprimiéndoselas:

—Por Dios, Anita, no digas nada á nadie!

No era Javier sino su ayuda de cámara que desde la puerta anunció á Elisa que el señor estaba enfermo y le suplicaba que pasara á su habitación. ¿Sería cierto que estaba enfermo ó un pretexto para hablarle á solas y evitarse así la publicidad de una escena desagradable?

Fué sin embargo, y antes de entrar se detuvo un momento, casi no podía tenerse. Ya

en el cuarto, se alegró de que estuviera con las ventanas cerradas; podría ocultar un poco más su creciente turbación.

Javier que se esperaba un chubasco de palabras descompuestas por su escapada de la víspera, atribuyó ese silencio á un exceso de indignación reconcentrada y creyendo que Elisa se dirigía á abrir le dijo:

—No abras, no puedo ver la luz. Acércate y siéntate aquí, á mi lado. Voy á explicarte.

Se acercó Elisa sin responder porque sentía un nudo terrible en la garganta y se sentó donde le indicaron. Javier se enderezó en el lecho, apoyó la espalda en las almohadas y comenzó á contarle cómo la noche anterior, después de baber ido á donde decía el papel, que, no creas, era una simpleza de un amigo, sin consecuencias, un negocio cualquiera, se había ido al Club según acostumbraba, y al salir de allí, ya muy tarde, sólo, fué atacado por dos individuos que queiían robarlo.

—Jesús! dijo Elisa que no pensaba en lo que oía. Y Javier, animado por esa exclamación que denotaba interés cuando se esperaba otra acogida, le tomó una mano y le hizo una narración fantástica de lo peligroso que son los ataques nocturnos en una ciudad. Citaba ejemplos, accionaba, le pintaba los momentos críticos, cuando hay que aprovecharse del hueco de una puerta, ó dar un quite con el bastón, ó agazaparse preparando la huida, como de vez en cuando, gritaba á los

policías pidiendo auxilio que llegó hasta que él, cansado y lijeramente herido, apenas podía tenerse de pie.

Elisa, humana y egoista, se sentía más tranquila con la narración de los peligros que había corrido Javier, eso le indicaba que nada sospechaba y aparentaba interés, movía la cabeza.

—¿Y estás herido?—preguntó.

—Sí, debo tener algo en la cabeza y en los ojos, poca cosa. Una poca de árnica me aliviará.

—Pobrecito—dijo ella—y le acariciaba la frente y la barba arrullándolo como á los niños. ¿Quieres almorzar aquí, sin levantarte? Nos colocarán una mesita y yo te acompañaré todo la tarde.

—Si quiero sí, anda y arréglalo.

Javier no volvía de su asombro. Vió salir á Elisa y dudaba que fuera la misma de antes. Sabía, por haberlo oído decir, que muchas veces una esposa modelo para atraer al descarriado marido, le pone buena cara á todos sus actos en vez de aburrirlo con lágrimas y recriminaciones. Parecía que Elisa había adoptado ese tan prudente sistema y se rió con malicia al recordar lo bien que la había impresíonado contándole el imaginario asalto, pensó luego en lo que habría hecho Amalia, al despertar y no encontrarlo á él que tan tranquilo estaba en su casa. Era una indecente que nada merecía más que los golpes que

Antonio le diera como único obsequio. Ya se arrepentirá. Deseaba para ella el peor trato posible, que el sin vergüenza ese la acabara á palos para que pudiera apreciar la diferencia. ¿Qué dirían en el Club, cuando vieran que Amalia volvia á trabajar? Después de todo que le importaba lo que dijeran, si era un punto final este disgusto? La dejaría los muebles, pero avisaría al propietario que no pagaba más la casa. Tal vez le sirvan para comer! Que convencido estaba de que el hombre es un bicho raro, siempre descontento y dejándose lo bueno por lo malo.

Repentinamente se compadeció de los maridos engañados. Cuánto valía su Elisa. Ahora sí que la quería, tan buena, tan sufrida, tan honrada! Cualesquiera otra quién sabe lo que hubiera hecho! También hay que concederles amor propio y el peligroso derecho de vengarse. Afortunadamente, ya que él había salido bien, no intentaría un segundo golpe, al contrario. A pesar de la paliza de la víspera se sentía tan bien, contemplado por su mujer. La compraría lo que quisiera; bastante se había gastado con la otra. Y la reñiría por juego, como si fuera muy hombre de su casa. Quería hacer el tirano por un momento, algo en fin que pudiera autorizarlo á acariciarla muchísimo, como lo deseaba. Preparó su enojo, riéndose interiormente de lo inocente de la maldad. Después reirían juntos del altercado, comiéndosela á besos. Le di-

ría.. .....qué le diría? Ah, sí, eso es, le recomendaría muy serio, que no le gustaba el desperdicio sino la economía, que se apague el gas temprano y no como hoy, á la madrugada para que alumbre la salida del amante de Anita; indudablemente ha de tener un amante, todas las criadas lo tienen. Lo averiguaremos y si le conviene, la casamos. Parece buena muchacha.

Le sorprendió verse tan moralista, nunca había estado así y creyó reconocer en ese cambio la influencia de Elisa. Sin embargo, allá en el fondo se desconfiaba, no creía en sus propósitos. Siempre al día siguiente de un disgusto con Amalia le acontecía lo propio.

—En fin, allá veremos, exclamó.

Entró Elisa algo más calmada pero nó enteramente. Su delito la acompañaba incesantemente. Fluctuaba entre la confesión ó el engaño, es decir, la muerte tal vez ó la infamia. Y con ese miedo profundo que precede á toda gran decisión, dejaba venir los acontecimientos, temiendo ser descubierta por su palidez ó por su intranquilidad.

Javier tomó un aspecto formalísimo y ahuecando la voz le dijo:

—Tenemos que hablar de algo muy serio. Aquí se me engaña, comprende Ud. señora, y no puedo tolerarlo. Olvidándose Ud. de sus principales deberes ha cometido anoche un acto que tengo que castigar severamente y que castigaré.

Sintió Elisa una angustia espantosa, creyendo que Javier todo lo había sospechado y apenas si pudo articular:

—Te juro Javier ..........

—No me jure Ud. nada—repuso él esforzándose por mantener su seriedad—todo lo sé; esta mañana ha salido de aquí un hombre, y soy yo quien paga el gas que ha de alumbrar sus amorosos devaneos, Ud... ....

Pero Elisa ya no escuchaba, la escena de la noche anterior se levantaba ante su vista, y consideró todo lo infame que era, manchando el nombre de su marido en el mismo momento en que éste después de estar en una diversión lícita, regresaba á su casa soñando con la mujer que amante debía esperarlo, y teniendo en cambio un encuentro desagradable en la calle y el deshonor en el hogar. Hecha un mar de lágrimas, sollozando y suplicante cayó de rodillas al pie del lecho y refugiando la cara en las coberturas:

—Mátame—gritó—pero perdóname!

Javier creyó soñar. Un rayo de luz se abría paso trabajosamente en su cerebro y mientras más penetraba mayor daño sentía. ¿Cómo explicarse las frases que escuchaba, por una causa que fundadamente había supuesto insignificante? Imaginó otra cosa, y pasándose la mano por la frente, "es imposible" se dijo. Pero qué era, entonces? Por qué ese llanto y ese deseo de que la matara? Trató de serenarse y tocando á Elisa en un brazo le or-

denó que se explicara, que hablara algo. Tenía derecho de saberlo todo, absolutamente todo, por horrible que fuera, lo mandaba. Y Elisa continuaba llorando; sólo podía oírle la palabra, perdón. Javier saltó del lecho, latíanle las sienes, le faltaba aire; y tal como estaba, á medio vestir, comenzó á dar paseos por la habitación hablando y gesticulando sólo. ¿Con qué también su mujer lo engañaba, se burlaba de él y lo hacía el objeto del escarnio público? Después de la falta, era admirable su frescura. ¿Qué la matara? Pues ya lo creo que la mataré. Aunque la mate, su muerte no resucitará mi honor. Si así eran todas, no había que darle vueltas. Con antecedentes ó sin ellos, acaban lo mismo. ¿Quién lo hubiera sospechado mirándola con ese aire de bondad y de distinción? Infame, infame! le gritó en el oído inclinándose sobre ella. La tomó de una mano y arrastrándola unos pasos la sacudía, diciéndole: Su nombre, necesito su nombre, lo oyes, respóndeme, quien es; dímelo ó te mato antes que á él.

Elisa entonces hizo un esfuerzo por desasirse de Javier y le echó en la cara como un reproche, estas palabras que lo hicieron retroceder: El Ministro que tú trajiste á mi casa!

No pudo contestar, no tenía voz. Empezó á vestirse febricitante y desesperado. Al concluir, dijo á Elisa: Te prohibo que salgas antes de que yo vuelva—y se lanzó á la calle.

## VII.

Luego era cierto. No cabía ya la menor duda, no había lugar á tenerla. Se vengaría y se vengaría con razón. La otra, al fin y al cabo estaba en carácter engañándolo y no era lógico esperar otra cosa. Sin principios, sin educación, en lucha con la miseria más negra y en contacto con la peor clase de gente, era forzoso que se condujera como se conducía. Pero Elisa no tenía ni perdón ni disculpa; todo la condenaba, hasta el aislamiento en que confiadamente él mismo la había colocado. Aunque reflexionándolo bien, quien pudiera decir si por despecho ... no, ni así era explicable. Y luego el Ministro, bueno estaba el Ministro con su protección criminal y solapada. Debía haberlo comprendido. No se hacen favores así, á manos llenas, como él los había recibido, por el simple gusto de ganarse un partidario que no se necesita ni sirve para nada, que tal vez fastidia. Afortunadamente lo sabía á tiempo y lo desafiaría sin importarle que estuviera más alto que las estrellas..... Decidido, caminaba á buen paso hacia el Ministerio sin reparar en que la gente hasta se detenía para observarlo y observar su ojo morado y alguno que otro ligero desperfecto que acusaban una riña de mala clase.

Como en el Ministerio se le veía poco, la rara ocasión que por allí se llegaba, causaba profunda sensación. Lo suponían enfermo. Los comentarios estaban muy disminuidos en razón de que ya no andaba tan frecuentemente con su Excelencia. Conformábanse con envidiar su buena suerte que le permitía ser empleado únicamente para percibir el sueldo,—que no era nada malo—se decían.

En ese día, el primero que llevó un sofocón fué el portero. A poco grita socorro, creyendo que querían asesinar á don Javier. Al notar su feroz aspecto, no se atrevió ni á saludarlo. Inclinóle la cabeza y á distancia, esperaba sus órdenes.

—¿Está el Ministro? preguntó Javier sin fijarse en sus ademanes.

—Si señor, llegó hace poco.

—¿Tiene Ud. papel en su mesa, Florentino?

—Si señor, si hay—y diligentemente sacudió la carpeta retirando su silla para que pudiera sentarse el señor oficial.

Sentóse Javier y se puso á escribir su renuncia, una renuncia seca y concisa, por su salud y agradeciendo......en fin, las frases más triviales. Temía que algo pudiera traslucirse. Al concluirla, tomó una cubierta con el sello de la oficina, la rotuló y después de pegarla, la alargó al portero diciéndole:

—Para el señor Mayor.

Hizo una reverencia Florentino y se apresuró á abrir la mampara que conducía al des-

pacho del Ministro dejándolo pasar enteramente sólo. Nunca lo anunciaban.

Su Excelencia se encontraba de excelente humor ese día, procurando aumentárselo jugando un *solitario* sobre su mesa. Muchos días hacía lo mismo. Le encantaba consultar al naipe sobre sus empresas amorosas y si casualmente lograba sacarlo las tres veces de ordenanza, su alegría no reconocía límites.

En una ocasión de esas, aumentó el sueldo de dos empleados.

Tan distraido estaba en su ocupación favorita pensando en Elisa, su nueva conquista, que no se fijó en la llegada de Javier.

Este se detuvo en la puerta. Pensó en arrojarse sobre él, en ahogarlo, pero al considerar todo el lodo que un proceso escandaloso arrojaría sobre su nombre, se contuvo y llamó en los cristales.

El Ministro levantó la cara y al reconocerlo, continuó su juego exclamando:

—Acérquese Javier, ahora concluyo.

—Prefiero esperar—repuso Javier-me trae un asunto muy grave.

—¿Muy grave?—dijo el Ministro volviendo á mirar á Javier. Pero al verlo bien y notar lo lastimoso de su cara, fué hacia él.

—¿Qué le ha pasado á Ud. hombre,—le preguntó—está Ud. hecho una lástima.

Entonces Javier, siempre dominándose, bajó la voz y frunciendo las cejas empezó á hablar con dificultad. Las palabras le salían á

torrentes ininteligibles, distinguiéndose de entre ellas, las de indecencia, deshonor, felonía. El Ministro, trataba de calmarlo, no sospechando de lo que se trataba. Era hombre que sabía hacer las cosas y ni se imaginaba que un arrepentimiento de Elisa, lo hubiera delatado. Pero Javier, pasada esa crisis, pudo hablar y frenético le decía que necesitaba su sangre, que se batirían, á menos de que él, un Ministro, prefiriera morir como un perro. Acaso se imaginaba que un hombre digno podía tolerar esas ofensas, pues ya le demostraría su error con las armas en la mano. Y luego la mataría á ella, si señor, á ella, pero antes necesitaba vengarse de él.

El Ministro, dueño á medias de la situación, supo sobreponerse y con comedido tono le contestó que estaba á sus órdenes, pero que no era esa la manera de arreglar asunto tan grave, ni tampoco una oficina lugar propicio para explicaciones semejantes. Comprendió Javier lo falso de su posición y sin despedirse, sin contestar salió del despacho. Eran las cuatro de la tarde. Al pasar por un restaurant cualquiera, entró á tomar algo. Tenía temores de caerse en la calle. Pensó en dos amigos y haciendo el sacrificio de que adivinaran la causa verdadera fué á verlos y les rogó que le sirvieran de padrinos en esa cuestión pendiente y de difícil solución. Una mala inteligencia en la resolución de un asunto, había determinado el cruzamiento de al-

gunas frases duras que habían concluido en una bofetada. Y les mostraba el ojo que aun conservaba las huellas de la mano del cómico. Tenía que ser á muerte y en la credencial declaraba no aceptar satisfacción de ningún género. Los esperaría en el Club, y sobre todo, mucha reserva. Era asunto delicado.

Sus amigos aceptaron en el acto. Nunca se habían batido pero conocían al dedillo esa tramitación. Comenzaba á caer la tarde sobre la avenida llena de gente á esas horas. Los periódicos vespertinos eran voceados por los granujas que ligaban los títulos formando retruécanos y metían por la nariz de cualquiera el papel húmedo todavía y con ese olor peculiar de lo recién impreso. Cerrábanse algunos establecimientos arrojando sobre el arroyo un mundo de costureras y dependientes que á buen paso se retiraban á sus hogares, aumentando la concurrencia y ese murmullo de toda gran ciudad que despierta á otra vida al llegar la noche. Los cafés despedían raudales de luz y Javier ensordecido por ese ruido, y por el de los carruajes al regresar del paseo, se sintió desvanecido. Qué desgraciado era! Tanta y tan encontrada emoción lo habían enfermado. Sentíase con fiebre y como en el aire. Derrepente, algo que le pareció un relámpago lo obligó á cerrar los ojos. Era el alumbrado eléctrico saludando á la ciudad.

Entró en el Club y sin hablar se instaló en el salón de lectura, víctima de una impaciencia espantosa. Tomó un diario y las letras le saltaban delante de su vista. Se asomó á un balcón. Había llegado á un grado en que casi no podía darse cuenta de lo que pensaba

Al sentirse tocado en un hombro volvió la cara. Al fin—dijo al reconocer á sus amigos y juntándose los tres, apoyándose en el barandal, le dijeron que el Ministro rehusaba batirse, por entonces al menos; que su encargo se lo impedía y no había de renunciar por complacer á un subalterno insubordinado, pero que en cuanto saliera del Ministerio, él sería el que buscara á Javier. Nosotros lo sentimos; pero hemos hecho lo posible, ten calma, es muy posible que pronto.....nada diremos....y le estrecharon la mano dejándolo sólo.

Luego—se dijo Javier—no hay remedio. Me recomiendan que tenga calma, que tenga paciencia, que espere! Si no puede ser, como me han de aconsejar esa monstruosidad. Es que no saben de lo que se trata.....si lo supieran? Pero qué hago yo entretanto? Quedarme en esta situación, esperando indefinidamente á que ese desvergonzado......De otro modo, el escándalo, y ser el ludibrio de todos, no poder salir, no poder hablar, despreciado, asqueroso.

Ó el asesinato ó la degradación, pero de

todas maneras la deshonra........A quién acudir? A quién pedir consejo....?

Y en el mismo momento, á sus espaldas, rodeando el piano del salón, algunos socios que habían comido fuerte, cantaban en coro el vals de "El Caballero de Gracia"...

# LA EXCURSIONISTA.

## I.

El Paradero del Ferrocarril Central Mexicano en el Paso, Tejas, estaba concurridísimo.

Corrían por el andén los empleados dando sus últimas órdenes; las carretillas de equipaje y carga rodaban á su vez, furiosamente impulsadas por manos muy poco cuidadosas; la locomotora no cesaba de arrojar una pequeña columna de vapor por su válvula de seguridad; algunos chinos miraban con su indolente filosofía ese movimiento conmovedor; vendedores ambulantes ofrecían sus mercancías á los ya instalados pasajeros, que se asomaban á las ventanillas de los lujosos coches-dormitorios, vigilados desde sus escaleras por los camaristas de color, vestidos de gran uniforme; se escuchaban conversaciones

sostenidas á distancia; hablábanse inglés y español; nadie se entendía ni procuraba entenderse; todo se hallaba listo para partir.

Era una de tantas excursiones de viajeros americanos que han dado en visitarnos todos los veranos, la que ocasionaba esa premura y esa diligencia.

Ya el conductor iba á ordenar la marcha, cuando se presentó una viajera más, seguida de un mozo que llevaba dos maletas de mano. Sin detenerse en el expendio de billetes, subió resueltamente al último coche, mostró el que la autorizaba á ocupar ese tren, tomó sus maletas, despidió al que las había conducido con una moneda que le dejó caer, y preguntó en correcto inglés por la cama número nueve. Se la designaron y sin saludar á ninguno de sus compañeros, se sentó en la banqueta de terciopelo que le correspondía, sacó un periódico y púsose á leer sin levantar el velo de su sombrero.

A nadie llamó la atención esta entrada: no son los americanos los que se preocupan de que no se les salude, ni mucho menos si es una *lady*. Viajan por divertirse y en paz. Por eso son tan partidarios de ese género de excursiones. Cuéstales poco y se divierten mucho sin tener que molestarse en trasbordes, cuidado de equipajes y demás inconvenientes naturales en una expedición. Un agente, bastante conocedor de su oficio, es el que se encarga de procurar alimentos, carruajes,

hoteles y todo lo indispensable á un desembarque, mediante la retribución que entre todos se paga. Apenas si notaron á esa señora.

En una de las maletas de la recién llegada podía leerse grabado en metal el nombre de "Miss Eva Blackhill," y su traje poco ó nada ofrecía de particular. Un largo cubre polvo seguía los pronunciados contornos de su cuerpo, que parecía excesivamente desarrollado, sobre todo en cuanto á la estatura, sin poder asegurarse qué cara tendría. El velito color de rosa que llevaba, se la ocultaba completamente. Sus piés, que contra la costumbre reinante, procuraba enseñar lo menos posible, no eran nada pequeños.

Concluidos los últimos detalles, el convoy se puso en movimiento á las seis de la tarde, hora fijada. Los carros de carga, estacionados en las vías de escape, parecían caminar en sentido inverso; las oficinas de la Estación lucían sus techos de pizarra y sus chimeneas de ladrillo, en las que se reflejaban los amortiguados rayos del sol poniente. Pronto llegó el tren á las márgenes del río Bravo cruzando el puente internacional que no demuestra estar muy satisfecho de tan importante cargo, á juzgar por los dolorosos crugidos que lanzan á la atmósfera las maderas de que está formado. Un momento después, se detenía en Paso del Norte, habiendo franqueado la frontera.

Los oficiales de la Aduana hicieron una li-

gera inspección y no encontrando nada notable, descendieron con la majestad que acompaña al desempeño de un cargo cualquiera. Se sentían satisfechos con la curiosidad muda de que eran objeto, sobre todo el que llevaba un sombrero al estilo del país.

Encendiéronse las lámparas, y ya de noche, se internó el tren á todo vapor, por las desiertas soledades chihuahuenses.

Comenzaron las conversaciones á generalizarse entre todas las señoras y sólo Miss Eva se conservaba aislada en su asiento y como dormitando.

En el cuarto para fumar, los hombres se traían una pacífica discusión á propósito de las ventajas y desventajas que ofrecería á esas llanuras, una abundancia de pozos artesianos. Se emitían opiniones muy encontradas; se citaban California, Nebraska y Arizona; se fumaba un tabaco inaguantable y se pasaba el tiempo en buena armonía.

El camino sin aliciente alguno, envuelto en la densa oscuridad de la noche. No se veía más que las chispas que arrojaba la locomotiva, simulando en su vuelo fantástico, un mundo de esos insectos luminosos que pueblan los campos. Alcanzábanse y se arremolinaban, cayendo sobre la yerba con convulsiones de agonía para extinguirse en seguida y ser reemplazadas por otras nuevas que sufrían la misma suerte. Marchábase á buen paso. Agotados los asuntos de la con-

versación se disolvió el grupo, yendo cada viajero á hundirse en su cama, alistadas hacía tiempo.

El despertar del día siguiente fué temprano. Los caballeros cruzaban el coche en dirección al lavabo con la ropa sobre el brazo y los tirantes caídos. En el tocador de las señoras había su alarma. Ocupado por Miss Eva, cuya tardanza en abrir era inexplicable, se impacientaban las demás de ese pudor exagerado. Era el colmo, ocultarse de ellas como si fueran varones! Generalmente, dos ó tres se asean al mismo tiempo, hablando poco y sin fijarse en los hábitos de la vecina. Qué más da que personas del mismo sexo se descubran mútuas y ligeras imperfecciones, si los trajes las hacen desaparecer completamente? Salió Miss Eva al fin vestida siempre con el enorme guardapolvo, con su sombrerito y con su espeso velo. Saludó disculpándose de su tardanza y luciendo una voz tan fuerte, como la del mejor contralto. —¿Sería cantante?

Llegados á la Estación donde debían almorzar, todos notaron que Miss Eva, se hacía servir á bordo, y por poco curiosas que fueran, tanta excentricidad comenzó á chocarles. Abriose paso á los comentarios y á las suposiciones. ¿Sería......? y una ráfaga de pudor avivó los hermosos colores de las señoras. Era preciso averiguarlo y si las sospechas resultaban ciertas, poner inmediata-

mente el remedio. Buena es la república y buena la libertad individual, pero con taxativas, sin abusar. Iba alguna gente distinguida que no se resignaba á un contacto cualquiera. El presidente de una sociedad de seguros de Kansas; un antiguo pastor evangélico, en vacaciones, con su esposa y sus dos hijas, que siempre anteponía á su firma la sílaba "Rev."; un candidato al puesto de alcalde, en un pueblecito de Colorado que se hacía llamar honorable, aunque nunca había salido electo; un profesor. ...de acordión con academia establecida en Los Angeles, y comerciantes de Chicago, cerveceros de Saint Louis, en fin, gente que tenía derecho por su conducta y por su solvencia á algunos miramientos. Además iban bastantes muchachas con novios ó sin ellos, pero cuya castidad era indispensable resguardar hasta lo último. Llamose al agente, responsable directo del abuso, y se le interpeló por varios miembros de la excursión, con dureza y con seriedad acerca de los antecedentes de la señorita Blackhill. El agente era un buen chico, incapaz de enfadarse y mucho menos en ese caso en que comprendía que obraban con sobrada razón. Tampoco él había podido sacar gran cosa en limpio; al despacho de la Agencia habían pedido un billete para ese viaje incluyendo en timbres postales el precio de pasaje, y diciendo que era para una joven recomendable por todos con

ceptos y que deseaba escribir algo respecto de México. Pero en Tejas, había logrado averiguar que Miss Eva viajaba por olvidarse de un amante que la había engañado con circunstancias agravantes. Y relataba éstas maliciosamente, en voz muy baja, obligando á los que lo escuchaban, á inclinar la cabeza y acercarse mucho.

Se oyó en ese momento la voz del conduc tor ordenando la partida, y con ansias, empujándose, magullándose, se subieron á los carros en completo desorden. Ya la curiosidad bien despierta por la pimienta que el agente había prodigado en su relato, no podía quedarse sin saber el resto. Reunidos de nuevo en el cuarto de fumar, habían tranquilizado á sus familias al pasar, prometiéndoles contárselo todo, después, cuando ella no lo observara y ya verán, tiene gracia, decían dándose de codo y riendo á carcajadas. El auditorio del Agente había aumentado; todo los asientos estaban ocupados y personas de pie, en la puertecita, empinándose sobre las demás para no perder palabra ni detalle. La ventilación de las dos ventanillas era insuficiente, se respiraba con dificultad y se sudaba muchísimo. Hubo que volver á contarlo todo, con más libertad, y deteniéndose en los puntos espinosos. No es posible, es broma de Ud. exclamaban interesados, y él juraba que sí, que lo había sabido por casualidad pero de buena tinta; pa-

ra concluir les comunicó una observación que acabó de exaltarlos, de enrojecerlos. La víspera, mientras Miss Eva dormitaba descuidadamente, había podido ver por debajo del vestido la extremidad de unos pantalones de hombre. Si señor, de hombre, les gritaba al ver que movían la cabeza en señal de duda. Y se cruzaron apuestas, se formaron dos bandos, de los que creían y de los incrédulos, se daban un plazo corto, hasta que llegaran, no se harían la guerra unos á otros, dejando que la casualidad ó el talento descubriera la verdad, conviniéndose formalmente en los términos, apalabrándose. Ya todos tenían interés por Miss Eva, era preciso hablarle, distraerla, hacerla entrar por el aro.

Nadie en la noche extrañó su ausencia del Restaurant, se explicaba á las señoras esa conducta procurando que les fuera simpática la desgraciada joven. Qué haría sóla y aislada en México? Viviría con los demás? Deberían proponérselo así, por humanidad, nada más que por humanidad. Convínose pues en que al siguiente día, se lo propondrían, pero quién....? Sí, eso es, una encantadora rubia, única que había logrado poder hablar dos palabras seguidas con ella.

## II.

—"Que no podía aceptar, aunque sí agradecía profundamente la muestra de consideración; sin que hubiera podido sacarle nada más." Tal fué la respuesta de la emisaria que contaba lo amable que había estado con ella Miss Eva dejándose llevar de transportes cariñosos que absolutamente correspondían con su seriedad anterior.—Me besaba mucho, decía, pero sin retirar su velo, y ni un instante dejó de acariciarme las manos. Pobre muchacha, tal vez muera pronto, se dijeron todos, no volviendo á ocuparse de ella. Comenzaba el país á ofrecer algo digno de interés y no se hablaba más que de sueños industriales y agrícolas que pudieran llevarse á cabo por empresas americanas sólamente. Las señoras conservaban todavía por la misteriosa, un ligerillo rencor. Habían tenido que volver á esperarse en esa mañana, á que ella concluyera su dilatada estancia en el tocador. No atinaban con la causa de esa tardanza, y aunque alguna de ellas se había levantado muy temprano con objeto de espiarla cuando saliera de la cama, ya Miss Eva estaba encerrada y no había visto nada que aclarara el enigma.

Pasose todo el día sin novedad, exceptuándose los preparativos para la llegada. Los de

la apuesta, prescindieron de ella, Miss Eva no había vuelto á descuidarse. Mandose al agente á ver si lograba conversar con ella. Era muy vivo y hasta insinuante, había estado en Gibraltar! Por más que hizo, apenas si vió contestado su cordial saludo por una muda y fría reverencia de parte de la señorita Blackhill. Decididamente no había que ocuparse de ella. Al fin y al cabo era muy dueña de sus acciones y de sus palabras. Si no quería ser molestada, respetarla. Se fastidiaría!, pues peor para ella. Deseaba hacerse notable!, lo conseguiría.

La última noche de viaje se durmió mal y poco. Se cuenta tanto de México, que los extranjeros arriban siempre con curiosidad! Desde temprano se levantaron para poder apreciar las bellezas de la mesa central y del valle, las lejanas montañas y los pintorescos pueblecillos de los alrededores. Las damas estaban trinando, no asistían á contemplar todos esos atractivos porque Miss Eva aun no salía del tocador. Lo hacía de adrede, comprendiendo que las fastidiaba teniéndolas en espera. Tocaban á la puerta con disimulado mal humor y le rogaban que abriera.

—Vamos á llegar y aun no estamos presentables—le gritaban.

Ella, siempre con su potente voz de contralto contestaba: "Un momento" y ese momento no acababa nunca y el tren continuaba avanzando con gran velocidad, habían pa-

sado ya de la última Estación. Llamarían al conductor y obligarían á esa loca á abandonarles el puesto á que tenía derecho cualquiera pasajera. Por fin salió Miss Eva dando mil excusas que no le fueron contestadas ni devueltas; tomaron por asalto el gabinetito y ayudándose unas á otras, haciéndose lugar, en poco rato estuvieron listas.

Pisaban ya los dinteles de la ciudad. Un momento más y el tren se detenía en la gran Estación de la Compañía que se encontraba colgada de banderas de entrambos países, festón y flores. Una banda alquilada saludaba á los recién venidos y una turba de curiosos tenida á raya por la reja de madera y los sobrehumanos esfuerzos del guardián, asomaba la cabeza por entre los barrotes. Los cocheros, de pie en los pescantes, llamaban parroquianos con el cabo de los látigos y los agentes de hoteles y casas de huéspedes se multiplicaban repartiendo tarjetas y arrebatando maletas. Los cargadores mostraban sus números y los gendarmes se paseaban gravemente por entre la multitud. Dos intérpretes llamados por telégrafo y asociados del agente, instalaron á los excursionistas, en seis carruajes diferentes. Por cortesía, se invitó á Miss Eva temiéndose un desaire; aceptó, y despachados los equipajes en los carros de un expreso se dirigieron al centro de la capital.

El hotel preferido fué el de Iturbide. En la puerta se separó Miss Eva, pues según di-

jo, disponía de un alojamiento privado que pensaba ocupar durante su permanencia. Recojió su pequeño equipaje, despidiéndose de todos los compañeros, besando unicamente á su rubia amiguita que le volvió su caricia y partió sola, como si conociera las calles y sin el menor temor de extraviarse. Instaláronse los demás en las habitaciones que les fueron indicadas y sin emplear más que el tiempo preciso para sacudirse el polvo y mudar de traje, declararon estar perfectamente dispuestos á dar su primer paseo. Formáronse por parejas, dejando atrás á los de mayor edad y custodiados por los serviciales intérpretes, lanzáronse decididos por las calles.

## III.

—"Si quieres iremos á verla, no está muy lejos."

—Pero si dices que no habla español.....

—Qué importa, la conocerás y si es la misma que te ha gustado, te abandonaré el campo. Ya sabes que las americanas no son mi fuerte." Y tomándose del brazo emprendieron la marcha hacia la casita de Miss Eva. Fernando, el que estaba interesado en la conquista, era un niño fino, muy bien educado que había recorrido lo principal de Europa gastándose una suma moderada de sus rentas, en conocer lo que un extranjero timorato

uede admirar en esas grandes ciudades. De uelta en México, aparentaba haber olvidado l español sin que fuera dable asegurar que onocía otro idioma; vestía de una manera rreprochable y cuando por la tarde cruzaba or entre las filas de carruajes de la calzaa, guiando un caballo medio inglés, al lado e su groom, siempre de librea, tieso y casi nmóvil en su barnizado *dog cart*, casi pareía algo digno de tomarse á lo serio. Era por o demás, inocentón é incapaz de hacer mal nadie. Su mayor defecto, creerse dueño de na figura arrebatadora, no ofrecía grandes iesgos. Suponíase á la vez un tronera distinuido, saludando en determinadas ocasiones on una sonrisilla á lo escéptico que no le iba an mal.

Sin saber quien era, en su afán de seguir á as mujeres, había seguido á Miss Eva hasta a puerta de su habitación. Lo habían encanado la estatura y demás accidentes que galardamente lucía y resolvió hacer todo lo poible por conocerla, por visitarla. Me fastilio—decía á sus amigos. Cuando Miss Eva notó que la perseguían avivó el paso y luego e detuvo para aclarar las intenciones de su namorado. Fernando se dió por satisfecho y e retiró aquel día, al observar la actitud enérica de su futura víctima. Casualmente conoía á un muchacho del que podía servirse en u empresa, que hablaba el inglés medianamente.

Cuando supo los deseos de Fernando le ofreció ayudarlo en todo y por todo. Averiguó el domicilio, se hizo presentar á la joven y aunque no lo autorizaron para visitar la casa, atribuyó esto á una distracción, comprendiendo que precisaba arriesgar algo para obtener un poco.

Llegaron á una casa, no muy céntrica, habitación de la chica, llamando á la puerta con decisión. Fernando no estaba enteramente tranquilo, disimulaba sus temores deseando en su interior que Gabriel, desistiera del empeño de entrar.

—¿La señorita Blackhill?

—Voy á avisar. El nombre de Ud.? Y ambos se apresuraron á entregar sus tarjetas al criado que les había abierto. Se oían voces, muy adentro, sin poder apreciarse el asunto que las motivaba aunque parecían venir de varias personas hablando al mismo tiempo. ¿Tendría amante ó reunión? Sin embargo era muy raro no escuchar más que voces masculinas, pero aunque fuera toda la familia de Otelo tenían que esperar, que diablo.

—Que podían pasar,—les anunció el criado introduciéndolos en un saloncito escaso en mobiliario y en alumbrado. Una lámpara á media luz iluminaba sólo la mitad de la pieza; en la otra había más sombra por un velador puesto al efecto.

Instintivamente, Fernando, se llevó la mano al reloj y "es una repetición" dijo á Gabriel.

Salió Miss Eva y siempre con su voz de contralto en ejercicio, saludó á Gabriel, acogió á Fernando con amable sonrisa y los invitó á sentarse. La situación era tirante, hubo un momento de silencio. Gabriel comenzó contando que, pues nada, que de paseo con su amigo, había querido entrar á saludarla y á presentárselo, pero que no hablaba inglés, ni una palabra, que sería un mudo admirador de su belleza, completamente mudo. Fernando se hizo traducir alguna que otra galantería que fué aceptada friamente, sin desatención pero sin entusiasmo. Ella contestaba las más de las veces monosilábicamente como si no quisiera hablar ó le costara grande trabajo. Sí, estaba recién venida, había llegado con la última excursión, la alojada en Iturbide; prefería vivir sóla, estar á sus anchas. No sabía aun cuando regresaría á los Estados Unidos, lo más pronto que pudiera, al concluir un negocio que la interesaba muchísimo.

Se levantaron, tal vez habían abusado, muy agradecidos. Y haciendo reverencias salieron hasta la calle sin que ella los acompañara ni les indicara que vería con gusto una segunda visita, desairados y coléricos.—Estas americanas son tan raras! Prescinde de tu aventura que no augura nada bueno.

Pero al contrario, estaba más decidido que nunca, se entretendría en domar fiera semejante; y la domaría, y pasarían momentos

muy agradables. Siquiera era algo nuevo, saldría de lo común, de lo vulgar, no le arredraban los gastos ni las dificultades. Ten cuidado, pueden casarte, le decía Gabriel. Oh, no, en cuanto á eso no había cuidado. Siempre tendría ocasión de retirarse á tiempo y con honra. Le traduciría sus cartas á él, una diaria, por lo menos, y á fuerza de flores, misivas é invitaciones, se rendiría muy pronto.

Desde el día siguiente comenzaron los envíos de enormes *bouquets*, con su tarjeta los primeros, sin dedicatoria, sin solicitudes, con la fecha escrita de lapiz sobre la cartera, de prisa y con poco interés. Todos eran aceptados, sin rehusarlos, sin repugnancia; pero no contestaba, nada, ni las gracias. Principiaron las cartas, frívolas y vacías de sentido, preguntándola por su salud, rogándola que aceptara esos ramos, que no tendrían más valor que exhalar su suave perfume, allá en el fondo de su gabinetito ó de su alcoba. Fueron después ardientes, apasionadas, con declaraciones de todos géneros, de todos colores, desde la súplica hasta la ironía, desde la ternura hasta la dureza. Hablaban elocuentemente los tales papeles con su monograma á la izquierda, azul y oro; palpitaba el deseo, un deseo brutal, de hombre rico acostumbrado á triunfar variando de cifra y que se encuentra sujeto á una mujèr inteligente. Era abrumadora la castidad de Miss Eva, algo inexplicable y misterioso. Una respuesta á nadie com-

promete. Se dice "nó" á secas y se acaba la insistencia. Preferiría que le dijera hasta un insulto, pero que hiciera algo. Pasábase todo su tiempo libre, que era mucho, incrustado en la acera de enfrente, espiando los menores movimientos, las salidas de los criados, todos á sus órdenes gracias á las generosas propinas á pesar de las que nunca variaban los informes. La señorita era inabordable, no la comprendían bien, jamás se ocupaba de él. Los *bouquets*, sí, los recibía, los hacía colocar en la sala, en el corredor, en todas partes y cuando se secaban, los mandaba tirar con la misma indiferencia que para la colocación. Con muchas visitas todos los días y á todas horas, hombres unicamente, pero como ya sabe Ud. que hablan en una lengua........que vamos, no entendemos señor. Fernando rabiaba, se iba interesando sin sentirlo. Disminuían sus exigencias, imploraba, rogaba humildemente la concesión que quisiera otorgarle, verla un momento, que se dejara ver, prometía, juraba que sería respetuoso hasta la exageración.

—Soy un caballero, decía en sus epístolas, pero un caballero enamorado.

Luego, lo que lo enardecía era saber que recibía hombres en tal cantidad. Hasta pensó en disfrazarse de criado para estar momentos cortos á su lado. Había cambiado de costumbres, no veía á nadie, siempre con la idea fija, como obsesión, como pesadilla. Sus

amigos, adivinando la causa del trastorno, lo embromaban, le habían puesto "el americano."

No veía tampoco á Gabriel, le cargaban sus consejos por lo mismo que comprendía lo justos que eran; lo esquivaba para salvarse de una disertación, prefiriendo andar sólo con sus esperanzas y sus desencantos. Una circunstancia vino á acabar con lo poco que de paciencia le quedaba, Miss Eva no volvió á salir ó si lo hacía era á horas que él no pudo nunca averiguar. Inútil fue que recorriera paseos, templos y diversiones; no la encontraba. Lo mejor, lo más cuerdo era avisar á la policía, que se encargara de buscarla y de encontrarla, porque la encontraría, era claro, no faltaría más sino que también se burlara de la policía. Así podría darse el gusto de verla, de hablarla y tal vez hasta de que se cambiaran los papeles implorando ella á su vez una ayuda, una fianza, una mano amiga que la ayudara á salir de donde por ningún título podía permanecer. Pero de qué la denunciaba? Nadie conceptuaría un delito su vida íntima. Salir ó no salir y recibir las visitas que agradan, es un derecho del que disfruta cualquiera. Había para volverse loco ó para armar un escándalo formidable, gigantesco. Tocaría, indudablemente abrirían la puerta supuesto que nadie sospechaba su plan ni mucho menos. Esa sería la dificultad, pues una vez dentro, se decla-

raría de viva voz, pintándole elocuentemente y con los colores más vivos, su cariño inmenso, la haría comprender que un capricho contrariado en su principio origina una pasión de destino desconocido, la narraría sus sufrimientos con tal fidelidad que ella accedería á todo, aunque fuera poco á poco. Suponiendo que se negara á recibirlo, él derribaría cerraduras y consignas, cuanto se se opusiera á su paso. Forzoso le era manifestar firmeza de carácter ó prescindir de la empresa. Tomaría sus medidas á fin de asegurar el éxito; lanzarse así, á la buena de Dios, no sería prudente. Recordaba cuanto de las americanas se cuenta; que usan pistola y no de adorno, que le plantan dos bofetadas al lucero del alba si las ofende, que se andan sin gritos y sin debilidades salvando su castidad, cuando les conviene; que no se asustan por nada, ni se desmayan, ni padecen ataques, ni crisis nerviosas. El negocio no estaba tan sencillo, qué había de estar; pero también seguir así, le parecía ridículo. Una decisión cualquiera, he ahí lo que le faltaba. Porqué no he de consultar á Gabriel? Es hombre de recursos y si me conserva rencor por mi frialdad, yo haré que la olvide.

Se encontraron casualmente, en la calle, y se saludaron. Nó, no estaba resentido, pero supuesto que no lo consideraba útil, debió retirarse.

Tenía noticias, noticias importantes. Figú-

rate—le dijo—que la he visto en una cantina, anoche, tomando copas con hombres, como si tal cosa. Al principio dudé, me parecía imposible, pero había entrado y se había convencido, la misma, con su voz gruesa y sus ojazos negros.

—Entonces, no valía la pena, una de tantas aventureras que trataba de pasar por señora sin serlo; á qué pues, fingía tanto con él.

—Por explotarte, sabrá que no estás tan tirado á la calle y quiere que lo estés por su causa. Te ha visto encaprichado y se aprovecha, enardeciéndote más cada día, hasta que no repares en el precio, hasta que la cubras con oro ú otra especie de moneda. No ha de ser escrupulosa para recibir. Cambia de táctica, aléjate, que suponga que desistes y ella lo llamaría. Estaba convencido y supuesto que no la quería......podía consolarse, las mujeres sobran, chico!

## IV.

Los demás excursionistas se divertían, á su modo, pero se divertían. Todas las mañanas, temprano, cuando la ciudad dormía aun, recorrían las calles principales, formados militarmente y escoltados por una turba de vendedores ambulantes. Llegaban hasta el

Mercado de Flores, en donde las señoras se surtían abundantemente, colocándoselas en la cintura y en el pecho sobre todo, pareciendo á distancia, como si trasladaran tiestos sembrados en el trópico. Deteníanse á cada paso, frente á la Catedral, en los portales, preguntando los precios de indios de barro ó toreros de cera, por medio del intérprete, ó tomando el objeto en una mano que levantaban y bajaban ante el absorto mercader. No se daban tregua, caminaban sin cesar, los hombres colgados del brazo de las mujeres, y éstas, armadas de sombreros colosales, paraguas, impermeables, alzando descuidadamente la falda del vestido y mostrando los pies hasta el final de la bota, sin preocupación y sin malicia. Comían juntos en el mismo restaurant, reuniendo varias mesillas para formar una grande. Otras veces tomaban una media docena de coches y se colaban bastantes en cada uno, subiendo los varones al pescante é interrogando en inglés á los aurigas que no entendían ni palabra y que silvaban á los compañeros recomendándoles la bondad de la parroquia; llegaban al bosque ú otro punto cercano, volviendo cargadísimos con ramas de todas clases, guedejas de heno, hojas secas, empolvados, sin aliento y contentos. En las diversiones, su llegada simulaba la de una tribu. Alquilaban en el circo una serie de palcos corridos, gozando hasta la beatitud con los chistes

del *clown*, las contorsiones de los equilibristas y la buena educación de los caballos. En el teatro no les eran bastantes dos bancas completas; se acomodaban con toda la corrección anglo sajona, sin ruido, sin molestar á los vecinos, con muy buen orden, siguiendo al acomodador y conversando en voz baja. Los ancianos se encasquetaban una gorrilla de seda negra al correrse el telón y no se movían más que al comenzar el entreacto, sin reirse de las gracias de la pieza por mucho que fijaban su atención, pero aplaudiendo siempre una nota alta ó algún bailable. Jamás Miss Eva los acompañaba. ¿Qué se habrá hecho? se preguntaban al recordarla y nadie daba razón, en ninguna parte la veían, ni siquiera un encuentro casual. Era extraordinario, parecía natural que sabiendo su alojamiento los hubiera buscado para charlar, á lo menos.

Uno de los intérpretes, presentó á Fernando, al concluirse la representación, con los más prominentes. Fue muy bien acogido pero era lástima no entenderse. Ah, sorprendente, muy curioso, muy curioso estaba México, un clima delicioso, muchos tranvías, luz eléctrica, prosperaba.—El señor—decía el intérprete—desea tomar informes acerca de Miss Eva, se la recomendaban por carta reciente é ignoraba donde viviera, deseaba ofrecerle sus servicios, ver si en algo le era útil, por cortesía; una señora sóla, puede ne-

cesitar de algo, sobre todo si no conoce á nadie...

Nada podían informarle, no habían vuelto á verla. En el camino se mostró muy excéntrica, mucho. Parece que ha tenido un gran pesar, no podemos asegurarlo pero nos dijeron que en Tejas hubo su historia de amores desgraciados que la dejaron con una pena inmensa. Sin embargo, jamás se quejaba ni decía la menor palabra á ese respecto. Por otra parte, tenía costumbres bastante extravagantes. Y contaban, indignadas todavía, lo que se demoraba por las mañanas en el tocador, haciéndolas esperar; el cuidado que demostraba porque no le vieran la cara; lo poquísimo que hablaba y su predilección por la soledad y por el aislamiento. Fernando se interesaba por esos detalles, hubiera querido prolongar la conversación, averiguar cuanto se relacionara con ella, descifrar un enigma tanto más notable cuanto que se trataba de una americana que en lo general son poco afectas á lo misterioso. Quedó de visitarlos antes de su partida, se marchaban dentro de quince días, y en las noches antes de salir á paseo se reunían en el salón del hotel á tocar el piano y á conversar un rato. Separose de ellas y se retiró á su casa reflexionando. Qué necesidad tenía de andar en congojas y sobresaltos por una mujer caída de las nubes, que nadie conocía y que era criticada por sus paisanos mismos? Buena debe de estar

la tal Miss Eva. Bah! no hay que ocuparse más de este asunto; tenía razón Gabriel, si lo necesitaba ó le nacía algún interés por él, ya se daría sus mañas para encontrarlo. Formó pues su resolución y tranquilizado aparentemente, se recogió. De vez en cuando ya en la cama, pensaba en Miss Eva y era natural, tanto día encaprichado en hacerse querer, habían acostumbrado su pensamiento, pero.... y se durmió recordando á una horizontal recién llegada también.

## V.

"Pues bien, si, aunque le diera pudor confesárselo, también ella había llegado á interesarse, pero lo difícil de su situación le había impedido admitir sus galanteos, aunque los agradecía en lo íntimo porque adivinaba el noble y puro sentimiento á que obedecían. Lo quiero á Ud. No sé adonde me conducirá este cariño que tanto he combatido temiendo alguna desgracia, no puedo vencerlo ya, tengo la convicción de que no abusará Ud. de mí. Soy tan infortunada." Fernando no daba crédito á su vista, acababan de despertarlo para entregarle esa carta y creyó en la continuación de un sueño agradable que no había empezado. Siguió leyendo, con un codo apoyado en las almohadas. Continuaban

las quejas en tono inteligente y lastimero, prometía contar su historia completa, sin ocultarle nada, con todas sus miserias y contrariedades; estaba segura de inspirarle lástima; contaba con su apoyo, un apoyo que se le figuraba leal y sincero. Y firmaba, Eva, sin apellido, sin Miss, sin nada.

—¿Quien ha traido ésto?—gritó Fernando.

—Un negro, señor—contestó su ayuda de cámara. Por poco le tira con algo, creyendo que se permitía una broma. Contúvose al mirar la respetuosa seriedad de su fámulo. ¡Un negro! pero qué tenía que hacer un negro en esta historia románticamente escrita en mal español. Esa mujer se había propuesto volverlo loco á fuerza de ridiculeces. Mire Ud. que emplear un negro, donde hay tan pocos, era mucho cuento.

—¿Y qué clase de negro?—preguntó de nuevo.

—Pues....un negro....como todos—contestó el camarista sin entender muy bien el significado de la pregunta.

—Habrá animal—repuso Fernando—te pregunto si es de aquí ó americano, en que te habló?

—No me habló, señor; me tendió el papel únicamente y no se ha marchado. No se había marchado! luego esperaba contestación ó propina, tal vez ambas cosas. Leyó la carta otra vez y encontró una postdata. "Lo recibiría esa noche, entre siete y ocho, suplicán-

dole no dijera nada y esperando la respuesta."

Ya se ve que iría; no faltaba más, y sobre un libro, acostado todavía, contestó: "Gracias mil y mil, no faltaré." ¡Cómo habría averiguado su domicilio! Por mis tarjetas que lo tienen. Deveras que se ponía tonto: lo que es el amor. Quita la reflexión y la tranquilidad, y en ocasiones, se dijo riendo, hasta la salud. Estaba contento, se vistió despacio proponiéndose comunicar á Gabriel lo adelantado, apesar de la prohibición. Era reservado y le servía de mucho con sus consejos. Almorzaron juntos en la fonda, formando proyectos de sobremesa que juzgaban halagüeños, gracias á las esperanzas imposibles que hace concebir una digestión tranquila ayudada de Chartreusse. Irían al paseo, mandaron enganchar el *dog cart* tenido en receso durante la amorosa tempestad y se fueron hasta el Bosque, dirigiendo saludos imperceptibles con el látigo á *esas señoras*, me dio escondidas en los oscuros interiores de los coches de plaza y que por la tarde salen á oxigenarse para vivir menos mal. Gabriel no cesaba de hablar.—Lo he bebido elocuente, exclamaba, nací para la tribuna y no para la oficina en que me pudro. Ya ves, decía, cuantos hay en igualdad de condiciones que se la pasan envidiable; y juntos criticaban á todo el mundo diciéndoles tonteras de que ellos mismos se reían.

Oscureció y regresaron al centro á todo el trote del caballo; Gabriel se bajó en una esquina deseándole buena fortuna. —Nos veremos en el teatro, le contestó Fernando conteniendo su medio encabritado caballo, si acabo eso temprano. Partió de nuevo haciendo un gran ruido, derramando chispas en el adoquinado y poniendo en peligro la seguridad de su lacayo, obligado á tenerse siempre en su asiento con los brazos cruzados sin reparar en el movimiento.

A las siete en punto, llamaba lijeramente emocionado, á la puerta de Miss Eva encontrándose de manos á boca con un negro haciéndole reverencias. Mientras le quitaba el sobretodo pensó que estaría de criado de confianza y que por eso lo habían comisionado para llevar la carta de la mañana. Entró al saloncito que ya conocía, la misma semi-oscuridad, la misma lámpara con su luz amortiguada por un papel encarrujado, los mismos muebles, y á Miss Eva en el lugar en que la había visto sólo una noche. Lo único nuevo fué no escuchar aquel ruido de conversaciones de la primera visita. Creyó oportuno dejarse llevar de un transporte y estuvo á punto de hincarse, pero fue rechazado suavemente por Miss Eva sin que por ello dejara de adivinarle una fuerza de la que no la hubiera creído capaz.

—¿Qué pensaría de ella? El paso que daba no lo da una señora; originaba toda clase de su-

posiciones y parecía al decir esto que su voz, su hermosísima voz de contralto, se le ahogaba en la garganta. Él juraba que nada malo pensaba, que eran tales su gratitud y su cariño que estaba dispuesto á ejecutar por ella el sacrificio mayor; exigía que lo pusieran á prueba para borrar hasta la más lijera sombra que de desconfianza pudiera existir. No, no era necesario, ella lo creía, necesitaba creerlo para hacerse la existencia llevadera.

—Mi vida estar llena de desengaños, agregó suspirando las palabras en una media lengua que encantaba á Fernando.

Acaso no estaba él allí, para remediar con su ternura y sus posibles, esa serie de males tan infaustos como profundos? Y las promesas más locas salían de sus labios, síntoma indudable del deseo inmenso que lo quemaba. Fijáronse las bases de las relaciones, de común acuerdo, en la mejor armonía, pero siempre sentados á distancia.

—Soy honrada, decía á cada vez que observaba un ademán sospechoso de Fernando.

Ni quién lo dudara y menos él, pero un beso, en la mano siquiera, á nada la comprometía ni podía acarrearle consecuencias. Era demasiado pronto. Siguiendo así, no volvería á recibirlo nunca, por ningún motivo. Esta amenaza, dicha en tono formal, calmaba sus ímpetus. Ya se ablandará, pensaba. Se verían cada tercer día, dos horas, solos, sin testigos, hablarían de su amor, todo un progra-

ma de abrumador romanticismo. Fernando no opuso objeción alguna, su asentimiento fue invariable y constante. Principio quieren las cosas; al fin y al cabo, habría su desenlace de una ó de otra manera, y mientras llegaba éste, se entretendría con tanta dificultad. Prometiéronse completa observancia de lo pactado separándose con un enérgico apretón de manos. La frecuencia en las visitas era el quid de la dificultad. Tenía que darse sus mañas para ser admitido diariamente, aunque se conformó con lo que había avanzado. Salió lleno de proyectos y aun de presupuestos. ¿Quién le aseguraba que no fuera preciso para acabar de rendir la fortaleza, hacer una exhibición monetaria? Digan lo que quieran, la elocuencia del dinero en esta clase de empresas tiene una influencia decisiva. Y una mujer de mediana inteligencia conoce perfectamente el significado de un paquete de billetes de banco, de monedas de oro ó de una alhaja de elevado precio.

La que en cambio se estima en algo, debe de vacilar antes de admitir lo que cubierto con la máscara de una amabilidad, no es más que una grosera interrogación.

—Jamás he raciocinado como ahora, se confesó Fernando con envidiable modestia. Creo que empiezo á adquirir la experiencia que tanta falta me ha hecho toda mi vida. Si es claro, no hay nada como correrla, pero correrla ferozmente, hasta cansarse, hasta no

poder respirar. Ne sé por qué tengo la creencia de que si no le inspiro á Eva una pasión verdadera, sí hay la simpatía suficiente para que no me explote. La prueba estaba en que nada le había pedido, ni la más pequeña indicación acerca de su posición que no autorizaba á suponer, por lo visible, que fuera muy desahogada.

Lo que lo atormentaba muchísimo era la dimensión de sus pies que parecían hechos adrede, para borrar la ilusión más firme en un enamorado y colmar los ensueños de un zapatero. Se riñó á sí mismo por lo que creía observaciones ofensivas á la memoria de su nueva amiga. En ninguna parte encontraría una chica perfecta en la acepción de la palabra. Y como conclusión exclamó: "De santos me daré, si me acepta con sus imperfecciones y perfecciones." Aunque seguía alegrándose en su interior de la cordura con que había reflexionado y de la experiencia que demostraba en sus acciones, no le impidieron ambas circunstancias invitar á cenar, después de la representación, á Gabriel y dos individuos más. Estaba contento y necesitaba de expansiones ya que no con todos podía tener confidencias. Hizo gala de extraordinaria verbosidad, aplaudida y festejada por sus nocturnos comensales, y se prometió un mundo de delicias interminables.

## VI.

Los compañeros de Miss Eva, no habían perdido el tiempo. Conocían ya el Museo, donde se habían pasado horas enteras comentando los signos cabalísticos de los monolitos aztecas y admirados de la riqueza histórica que aquel encierra y que candorosamente abultaban á su gusto.

Nadie les quitaba de la cabeza ni de sus libros de memorias, que las dos momias que se encuentran en uno de los salones del edificio, eran respectivamente de Hernán Cortés y de la Malintze.

Obtuvieron el permiso de sacar unas copias fotográficas que se repartieron amistosamente entre todos ellos. Para dar á conocer su carácter respetable de viajeros, llevaban pendiente del pecho una especie de condecoración, formada por un trozo de cinta de seda con fleco de oro y una pequeña inscripción impresa en ella.

Visitaron también los templos principales, las escuelas del Gobierno, y solo por miedo al tifo no estuvieron en los hospitales y en la cárcel. El día que se pasaron en la Colegiata de Guadalupe, los tuvo encantados. Quiso su buena suerte que coincidiera su paseo con una de las tradicionales fiestas de indios, tan frecuentes en ese templo. El alborozo que les

causó la llegada de unos veinte naturales formados militarmente, llevando trajes adecuados y pintorescos y acompañados de una música de circunstancias, no es para descrito. Los rodearon de tal modo que los obligaron á detenerse. Extasiábanse ante sus vestidos y sus adornos y su recogimiento. Acabábanlos á preguntas y en el laudable afán que tienen por instruirse, todo lo tocaban, examinaban todo y mucho querían comprar. Los intérpretes, por más esfuerzos que hicieron, no pudieron traducir ni una respuesta monosilábica. ¿Quién iba á comprender el mexicano antiguo, idioma en que protestaban los perturbados practicantes? A fuerza de señas y de dinero lograron que una de las indias accediera á desprenderse de un schal, que cuidadosamente envolvieron en muchos papeles como veneranda reliquia. Lo orgullosos que volvieron con su compra, lo que se disputaban el honor de ser su momentáneo depositario! Le atribuían una significación de la que el pobre trapo estaba muy distante.

Faltábales, sin embargo, realizar su mejor sueño: una ascensión al Popocatepetl. Para los días que habían pasado en la ciudad, demasiado conocían; pero quedarse sin pisar la cúspide del volcán homicida, los hubiera contrariado hasta lo inverosímil. No ignoraban el respeto y la importancia que adquieren al volver á los Estados Unidos, los que han acometido empresa tan peligrosa. Decidieron,

pues, el día de la partida, y animados de los mejores deseos, lamentaron de veras que la alocada de Miss Eva no hubiera querido acompañarlos. Supieron casualmente donde vivía y le enviaron una esquela cariñosa y casi comprometedora para que aceptara el ir con ellos. "Serán unos días deliciosos—le escribieron—disponemos de coches especiales en el ferrocarril, de magníficos abrigos, cabalgaduras y guías; estaría contenta" ... Y apesar de la atención, de las promesas y del paisanaje, no aceptó, excusándose apenada de que pudieran atribuir á falta de voluntad lo que solo era imposibilidad material y reservada: un negocio intrincado que la retendría aún algún tiempo, aunque tampoco podía precisarlo. No se ocuparon mucho de la negativa ni de las razones con que la presentaba: el viaje era su contínua pesadilla. Cuando comían, se recordó el incidente y álguien, como quien aventura un chiste, opinó que había ido para casarse. Eso fué todo, ni quien volviera á mencionarla.

Al día siguiente, muy de mañana, y después de recomendar en el hotel un cuidado excesivo para los equipajes que dejaban depositados, se dirigieron al embarcadero. Allí principió una inmensa calle de la amargura para los denodados excursionistas. Sol, lluvia, aire, mala mesa, peor cama, la fractura de una pierna del profesor de acordión, el extravío, incluyendo las mulas, de dos no-

vios que como en el credo, aparecieron al tercer día de entre....los hielos, un disgusto matrimonial: el reverendo y su cónyuge por celos retrospectivos, y por último, para los poquísimos que llegaron á la cima, una neblina espantosa, atmósfera enrarecida, dolor de pecho, calamidad tras calamidad. Si una vez pensaron en la ascensión, ciento se arrepintieron y maldecían hasta el momento en que se les ocurrió abandonar sus nidos, en los que, cual mas, cual menos, disfrutaban de todas las comodidades que ofrece el bien entendido *comfort* norte americano! El regreso tuvo mucho de trágico. La alegría manifestada á la ida, en los semblantes y en las conversaciones, tenía por herederos tristeza, mal humor y enfermedades.

Los únicos contentos en medio de tanto desastre, eran los novios extraviados. La región de las nieves perpétuas, había determinado en ellos una formidable reacción amorosa que se dejaba conocer en las miradas ardientemente apasionadas que se dirigían.

—Dichosa edad—exclamaban los ancianos y los esposos de antigua fecha—designando á la simpática pareja, que hundida en las banquetas del carro y en las dulzuras de un amor con elocuencia correspondido, no hacían caso de los que los rodeaban, ocupados en felicitarse de la visita al famoso volcán. Medianamente repuestos de la fatiga ocasionada por tan científico viaje, se atrevieron á

ostener los mas animosos que no carecía de nterés ni de encantos, lo que habían llevado cabo, aunque en su interior se proponían o intentarlo de nuevo así les ofrecieran los esoros de California. Por fortuna faltában-es muy pocos días para volver á su casa, á u verdadera casa. Lo menos en tres lustros o se lanzaban á mas excursiones. Eso de re-resar, como ellos iban, no tenía chiste; sin ontar lo que el caprichillo les costaría. Bue-o está gastar el dinero, cuando siquiera se lisfruta de algo que valga la pena, pero por ubir á una montaña, no tenía perdón! Y se econocían culpables, acriminando á los prin-ipales iniciadores, con serios denuestos que olaban entre broma y broma. Estos se de-endían, agotando el convincente argumento le que porqué habían aceptado? No era for-oso ir, pero una vez que el asunto no tenía emedio, dejarlo por la paz. A medida que e acercaban á la capital, renacíales el áni-no, disminuían las discusiones y las indirec-as y casi convinieron por unanimidad en ue el negocio valía la pena. No obstante, el nas adolorido, el desgraciado filarmónico ala-aba á voz en cuello la sabia prudencia de Miss Eva que pretextando, según él creía, cupaciones preferentes, los dejó recomen-lados á su propia insensatez. Y aunque na-lie lo contradecía en atención de su lastimo-o estado, "es una locura la que hemos he-cho" gritaba accionando con una estaca que

le consiguieron en un pueblecillo, para que la usara como bastón. Se le compadecía cordialmente á causa de que no estaba muy bien de fondos para atender á la curación que su pierna demandaba. Así fue que le prodigaron mil atenciones, endulzándole el desgraciado contratiempo, y no obstante su corrección, casi cuáquera, de vez en cuando los dolores agudísimos que el movimiento del tren le causaba, los dejaba traslucir por sordos gruñidos, muy semejantes á una insolencia y que sembraban púdica alarma entre las filas de sus compañeros.

De vuelta, en el hotel, se negaban á darles las llaves de sus habitaciones; los suponían malhechores, su estado era deplorable. Lo que no hubieran dado por ningún dinero era una provisión de tobas volcánicas, reunidas á costa de mil sacrificios y una colección de *cactus* vulgarmente llamados órganos, recogidos de prisa, al pasar por algún cercado de caminos vecinales y que lucían orgullosos como trofeos de guerra conquistados á sangre y fuego. Se hizo indispensable consultar á un médico acerca de la maldecida é inoportuna fractura y acudieron naturalmente á un facultativo su compatriota, establecido en el país. La contestación de éste los desconsoló mucho. "Era preciso no mover al enfermo, demorar la partida una semana cuando menos; podía haber complicaciones obrando de otra manera, que exigi-

ían hasta una amputación." ¿Qué hacer? No podían abandonarlo, sería una inhumanidad: y en tanto el pobre hombre lanzaba unos quejidos capaces de dejar sin huéspedes al hotel. Tomáronle un odio extraordinario al agente de la excursión, que bien averiguado de nada era responsable y quien á fuer de hombre práctico y conocedor, no quiso acompañarlas á su paseo geológico por las montañas. Mas ó menos resignados con la detención forzosa, esperaban ansiosos el día de la marcha en retirada.

## VII.

Fernando había continuado mas enamorado que nunca y sin pensar en otra cosa que en *su americana*, que así llamaba á Miss Eva en sus frecuentes é inofensivos arranques de entusiasmo. Cuando partieron para el Popocatepetl los amigos de su amiga, le enseñó ésta el papelito en que la invitaban, y dejándose acariciar las manos, le confesaba que no había ido al paseo por dos motivos poderosos. Y se pasaron un buen rato en tonterías de enamorados; él obligándola á que le dijera cuales eran, y ella obstinándose en ocultarlos. Despues de mucho insistir y de ponerse serios y de reir, le declaró el primero: "Porque te quiero y no me he de sepa-

rar de ti." Pero el segundo? Qué podía ser el segundo? No, no, jamas se lo diría; la mataría la vergüenza, y se tapaba la cara con las dos manos....no debía insistir. Y el otro, con infantil tenacidad, se lo rogaba, encaprichado ya ante la obstinación que le oponían. No aseguraba quererlo? Pues, qué mas natural que una confidencia completa, con detalles, por dolorosos que fueran; sobre todo, lo mandaba, lo exigía, no volvería á verla.... Si se empeñaba, tendría que ceder, aunque contra su voluntad, podía creerla. Bien, bien, qué es? preguntaba Fernando deveras medio impaciente. Su pobreza extremada que apenas le permitía vivir con demasiada escasez, decía ruborizada hasta los cabellos y prohibiéndole que hiciera algo en el sentido de aliviársela, la ofendería, nada aceptaría, era mujer de principios muy sanos. Fernando se reía.

—"No seas tonta"—exclamaba—"si nos queremos, si nadie lo sabrá, acepta lo que te ofrezco, como préstamo." Cuando por desgracia tuvieran que separarse, ella le mandaría el dinero, pero mientras tanto, no toleraría que siguiera sufriendo, no faltaba más. Y después de luchar un momento, de palabra, se decidió Miss Eva á aceptarle dos billetes de á cien pesos, á reserva—insistía él—de lo que se fuera ofreciendo. A nadie mas que á mí corresponde atenderte. Volvían las promesas, los juramentos, y aun le pareció á

Fernando distinguir una lágrima indiscreta asomándose temblorosa á los azules ojos de la extranjera.

En esa noche, por exceso de caballerosidad, ni la mano le besó al despedirse, según acostumbraba.

—Qué torpe he sido—se dijo al salir—hace tiempo que debí haberlo comprendido y le hubiera evitado la mortificante escena que acaba de pasar.

Cada vez se confirmaba mas en la creencia de que era una mujer excepcional. Quien le aseguraba que le había contado su verdadera historia! Indudablemente, se ocultaban asuntos muy graves que no le era dado adivinar, por muchos esfuerzos que hacía. Algo habría dado porque el incrédulo de Gabriel, presenciara los acontecimientos últimos. Estaba seguro de que no volvería á llamarla aventurera ni otras lindezas un poquillo mas fuertes con que siempre la obsequiaba al ocuparse de ella. Lo que es hoy ha estado sincera, no se finje así como así una mortificación que no se siente ni una lágrima que no existe. Estaba casi cierto de que Eva había llorado, no se lo aseguraba ni á sí mismo pero lo halagaba el suponerlo. Pobrecita!, tal vez no tendría parientes ni amigos y lo que sería peor, ni crédito.

Sin darse cuenta exacta de una idea que lo atormentaba atrozmente, tampoco podía desecharla por completo, limitándose á ex-

clamar en algunos momentos: "Son tan raras estas americanas...."

Continuaron las visitas con mayor asiduidad; después del préstamo comenzó á hacerlas diariamente; en una de tantas, les faltó muy poco para terminar sus relaciones amorosas de un modo hostil. Jamás había aceptado Miss Eva las reiteradas invitaciones que le hacía Fernando para salir juntos. Nunca le faltaban pretextos mas ó menos aceptables para rehusar. En vano era la elocuencia que con grandísimos esfuerzos desplegaba él á fin de decidirla. Sus mejores argumentos se nulificaban al encontrarse con la resistencia amabilísima que se les oponía. Siempre temores y el qué dirían y que allí no se acostumbraba, ó bien que haceres imperiosos, recuerdos tristes, amor á la soledad; enfermedades imaginarias, jaquecas fugaces, nebralgías intermitentes, algo que contra su voluntad surgía á última hora, el resultado era que no había manera de verificarlo. Fernando se levantó, dirigiéndole mil protestas y algunas de ellas no muy dulces. No lo quería, ni nunca lo había querido ni lo podía querer. Cómo explicarse que queriéndolo, según se lo juraba, observara un proceder tan extraordinario. Nada tenía de malo el que dos personas que se quieren bien, comieran juntas de vez en cuando en un lugar público. Abusaba del cariño que la profesaba y por eso, solo por eso, lo contrariaba sin

cesar. Pero tendría fuerza de voluntad, la dejaría de ver para siempre. Miss Eva lo calmó fácilmente; el chico estaba impresionado y cedía á la primera insinuación. Además, los rarísimos disgustos que por el estilo tenían, lo asustaban, por mucho que aparentara lo contrario; había observado un brillo tan pronunciado en los ojos de ella que se sentía con miedo, pero con un miedo invencible, infantil, ridículo. Volvió de nuevo á la carga con ruegos y palabras dulces, dichas en voz baja y temblorosa, acariciándola hasta donde ella lo permitía, que realmente no permitía gran cosa, uno que otro ósculo en las manos y se concluyó. En cuanto á castidad, podía dar á cualquiera, treinta y raya, ni las promesas ni nada en el mundo torcía sus puritanas ideas practicadas con calma abrumadora y que hacían á Fernando el efecto de un sonoro despertador de sus deseos. Por fin accedió, irían una noche, sin decirle todavía cuando, á cenar á un restaurant, en un gabinete, solos, pero no se repetiría, debía comprender lo arriesgado del capricho.

A los pocos días, la encontró con un humor negro y aun le pareció oirle un juramento en inglés. Tenía que salir por unos días, ya sabía que estaba con un negocio grave. Su ausencia sería de una semana, al interior de la República, pero necesitaba dinero, se lo pidió sin ceremonia y sin pena, era tan bueno! El quería acompañarla, cuidarla delica-

damente durante el viaje y hasta llegó á ofrecerse para desempeñar la comisión. No, no era posible, la única manera de serle útil consistía en dejarla obrar libremente, y en cuanto á fondos, se conformaría con una friolera, lo extrictamente necesario para sus gastos, tomaría la última clase para no serle gravosa. Salía al día siguiente, las malas noticias recibidas así lo exigían, no había tiempo que perder. Y Fernando, sin reflexionar, abrió la cartera dejándola que tomara lo que quisiera, haciéndose el distraído por delicadeza y jurándose ser esa la suma postrera que tan tontamente gastaba con una mujer que se burlaba de él. Miss Eva, después de guardarse lo que estimó oportuno, se sentó á su lado amante y conmovida, sin hablar, respirando con dificultad. Repentinamente, sin que Fernando pudiera enterarse, le tomó la cabeza y le estampó un beso en una mejilla, como premio mudo á su desprendimiento. Creyó él que llegaba la hora del ataque formal y trató de estrecharle la cintura, pero por segunda vez desde que la conocía, se sintió vigorosamente rechazado.

Así eran todos los hombres; nunca están contentos con lo que se les da, han de exigir mas y mas, insaciables siempre y siempre víctimas de su vanidad desmesurada.

No debía ser como los demás. Lo había besado en un arranque de agradecimiento que á nada ulterior lo autorizaba. Fernando.

mordiéndose los labios, al sentirse dominado moral y físicamente, formuló sus excusas que salieren casi ininteligibles. No se habló del suceso, se estuvo con ella hasta muy tarde y se despidió algo triste por la ausencia próxima. Al salir de la sala le preguntó tímidamente:

—¿Y nuestra cena?

—Cuando vuelva, te lo prometo—respondió Miss Eva.

Ganas le dieron á Fernando, al sentirse refrescado por el airecillo helado que soplaba, de darse una de golpes á sí mismo que le recordara con sus cicatrices, lo animal que era. ¿Pues no la dejaba ir, bajo su palabra de....qué? Pagaba el viaje y pagaba la casa y en cambio obtenía promesas de afecto duradero y lecciones teórico-prácticas de moral? Arrepentíase de no haber escuchado á Gabriel y á cuantos le habían predicado, haciéndole ver el tristísimo papel que representaba y que con conocimiento de causa quería seguir representando hasta la consumación de los siglos! Todo lo merecía. ¿Quién me manda declararme conquistador de lo que no me importa? Estaba seguro de que la *señora* emplearía el dinero que le había quitado en marcharse tranquilamente á donde le diera la gana, riéndose de su galán y contando á quien quisiera oirla que había conocido un tonto de mas que valía solo por una docena de tontos de menos. Le entraban tenta-

ciones hasta de reñir con un policía para ver si lograba que éste, despertado bruscamente, le arrimara un estacazo en memoria de su hazaña! Estaba decidido, al día siguiente iría á informarse de si toda la excursión había partido ya, y en ese caso, trataría de que arrestaran á la señorita! Por supuesto que sería tan señorita como él.... Qué poca vergüenza! Pedir dinero y largarse sin mas ni mas, haciéndole tanto caso como un tenedor de libros! Cenarían á la vuelta, eh? Arsénico mandaría preparar para que reventara! Hom bre se necesita descaro, cinismo y ...mucho, para comportarse así! Y lanzando dicterios y reconvenciones entró en su casa, riñendo al portero por su tardanza en abrir.

## VIII.

—¿Dice Ud. que se marcharon hace cuatro días?

Sí, todos, menos el profesor de acordión que había seguido muy malo de la pierna, probablemente se la amputaban. ¿Cómo? ¿Nada sabía? Pues sí, en una ascensión al Popocatepetl parecía que ese pobre, no muy acostumbrado á tales empresas, había resbalado rompiéndose una pierna. Ya no estaba en el hotel, lo pasaron á un hospital antes de irse. Si quería, podía ir á visitarlo, y le die-

ron las señas, debía tomar el tranvía y bajarse en determinado punto, permitían la entrada, sobre todo con una tarjeta; se lo agradecería.

Le bastaron esos detalles. No se había ido con sus compañeros. Donde podía estar? A nadie contó lo que él presumía un desenlace, conformándose con su mala suerte, empeorada por su falta de tino. Pasó más de una semana y si bien es cierto que allá, de vez en cuando, y sobretodo á la hora en que acostumbraba visitarla, la recordaba un poco, pronto le pasaba esa impresión.

—¿Y por fin, que hubo?—le preguntó un día Gabriel—que tal terminó tu aventura?

El contestaba evasivamente, con cierta maliciosa caballerosidad en las respuestas, dejando entender que no se creía autorizado, ni con un amigo íntimo á descorrer el velo que envolvía la reputación de una mujer. Si nada afirmaba tampoco negaba nada. Que creyeran lo que quisieran, al cabo no había peligro para ella, lo mas probable era que jamás volviera al país ni un pariente suyo. En consecuencia, podían formarse los juicios temerarios que á cada quien forjara su particular fantasía.

La olvidaba totalmente; pero en cierta ocasión, se encontró con el negro que estaba al servicio de Miss Eva. Parecía huirle y por muchas señas que le hizo Fernando, no se detenía. Fué una verdadera persecución, du-

rante cuatro calles, hasta que lo tuvo al alcance de la mano y le tiró del brazo. Principió el interrogatorio por la exhibición de un duro que el negro aceptó haciendo grotescas caravanas, pero desgraciadamente no se entendían. A fuerza de señas y de pronunciar con frecuencia el nombre de Miss Eva, sacó en limpio que ya estaba de vuelta, en el cuarto de una calle cuyo nombre escribió el negro con muchos disparates. Lo que sí entendió fué que le recomendaba mucho cuidado, porque era muy mala la Eva. Fernando sonrió y se separó del sirviente. Iría á verla, á decirle siquiera que era una indecente, que le regalaba el dinero y que si no había insistido en sus pretensiones dependía de que ella le gustó al principio únicamente. Creía llenar un deber yendo á decirle dos ó tres desahogos fuertes y merecidos. Se recreaba con la idea de su venganza, porque era claro, alguna impresión le había de producir, por grande que fuera su desmoralización, verse despreciada por quien había estado tan rendido y de quien había abusado tan á su antojo explotando los buenos sentimientos que él, Fernando, tenía siempre y especialmente para con las mujeres. La sorprendería al oscurecer, cuando no lo esperara. Sería asunto de media hora. Pocas palabras, pero bien dichas, enérgicas si la situación las reclamaba. Necesitaba arrojarle á la cara, sin consideraciones á su sexo—¿acaso ella se las había guar-

dado á su cariño?—cuatro verdades que la ruborizaran, que la hicieran comprender que muchas veces es preferible gastarse algo en conocer á un individuo, sobre todo si es mujer, que vivir engañado como él había vivido hasta entonces. Porque en efecto—decía Fernando—á qué móviles puede haber obedecido una conducta tan irregular, tan injusta? No hubiera sido mucho mas natural, mucho mas decente, pretextar cualquiera cosa para romper, y en último caso, confesar que se había equivocado al bautizar el sentimiento que él la inspirara, que no había sido amor ni algo que se le pareciera, sino pura y simplemente una ligerísima simpatía? De qué podía servir á Miss Eva, concitarse por gusto una mala voluntad? Hizo Fernando su provisión de valor; tenía su miedecillo, sin saber por qué; y lleno de los propósitos mas hóstiles dió con el nuevo domicilio de Miss Eva. Ella misma salió á abrirle y á él le faltó ánimo para lanzarle la primera parte de su discurso.

—¿Qué dirás de mí?

—Nada, al contrario, estoy encantado con el manejo de Ud.—respondió Fernando, admirado de verse á la altura de la situación empleando lenguaje tan sarcástico, según él mismo refería después á Gabriel. Y comenzaron las explicaciones, siempre á media lengua, saliendo de bracero las frases amorosas con los desatinos. Creía obrar bien,

alejándose, aunque sacrificara los instintos de su corazón; comprendía que esas relaciones la llevaban á un mal fin: no debía resentirse, por muy caballero que fuera no se sustraería á una regla tan generalizada. ¿No había observado que la víspera de partir, ella había tenido un momento de peligrosa debilidad, de que ahora se arrepentía, dándole un beso que jamás debió darle? Con la ignorancia del idioma, hablaba Miss Eva despacio, buscando las palabras, pensando las construcciones que salían como impensadas y dando á instantes tan deliciosos el carácter de una lección de Ollendorf. Fernando trataba aun de hacerse el ofendido, fruncía el ceño, pero á cada vez que quería hablar, ella le tapaba la boca rogándole que lo olvidara todo, que supuesto que no había remedio, seguirían como antes, sin variar en nada lo acostumbrado, queriéndose mucho, no le convenía?

—Sí, pero con una condición!

—¡Cual?

—Que cenemos juntos, me lo prometiste.

Miss Eva reflexionó un poco sin demostrar mucho entusiasmo respecto á ese número del programa.

—"Está bien-contestó-cenaremos mañana."

No trataba de engañarlo de nuevo? Porqué estaba siempre llena de plazos y de obstáculos para cumplir los deseos de él?

Le aseguraba cumplir, iría, no lo suponía

capaz de abusar de esa concesión tan solicitada, confiaba en él. La reconciliación fué formal; qué más podía exigir? Se despidió amabilísimo, casi tierno. Lo que es ahora—exclamó para sí—no se me escapa. Ya bastaba de contemplaciones y de boberías, la haría beber, y, es claro, no podría resistir. Por fin llegaba al desenlace.

Comprendía que había tenido un capricho por ella, pero pagado algo caro; tenía derecho á exigir, aunque fuera más honrada que Juana de Arco, la doncella de Nueva Orleans, si sus reminiscencias históricas no le eran tan infieles como Miss Eva.

—¡Sí, sí, de Nueva Orleans, estaba seguro!

Al día siguiente tomó una ducha y soñando con una escena anacreóntica, distrajo su impaciencia de mil modos. Creyó que nunca llegaría la hora, no quiso hablar con nadie, temiendo que un contratiempo cualquiera viniera á entorpecer sus designios. Vagó por las calles, discurriendo sobre las consecuencias que su hazaña podía acarrearle; recordaba lo que en casos análogos habían hecho algunos amigos suyos muy versados en achaques galantes, aunque él no los llamaba achaques por parecerle la frase de mal agüero; generalmente se aplica á la debilidad física que es inseparable de los ancianos. A quién le había oído esa palabra? no recordaba; un momento estuvo pensando en ella y la olvidó. Deteníase á cada instante sin objeto fijo

ó bien levantaba la cabeza encontrando en la arquitectura de los edificios que mejor conocía, detalles cuya existencia jamás sospechó. Parecíale ver una ciudad enteramente nueva.

No se daba cuenta de lo que en realidad cambia una ciudad vista de esa manera, cuando el que la observa, la ha habitado largo tiempo sin entrar en esas consideraciones.

Empleaba hasta media hora en abandonar una vidriera, sin fijarse en lo mucho que encerraba, artísticamente combinado, para deslumbrar al transeunte.

De pronto, sin coherencia con su pensamiento dijo en voz alta: "Eso es, fué en un periódico." Se refería á la palabra achaque.

Encaminóse á la casa de Miss Eva y le llamó la atención un temblorcillo nervioso que delicadamente lo sacudía conforme iba acercándose. Analizando el hecho, nada tenía de alarmante. Estaría emocionado? La verdad era que no estaba muy práctico en eso, pero alguna vez había de empezar.

Ya estaba esperándolo en un traje excesivamente casto, con el velito sobre la cara, el mismo que usó en su viaje. Antes de salir, al ponerse los guantes, volvió á comenzar con ruegos y súplicas, regresarían temprano, sería prudente? se estaría quietecito? Fernando prometía, juraba que no tendría queja de él, haría su voluntad. La tomó del brazo y al sentirse en la calle á solas con ella que tanto lo había hecho pasar, suspiró de satis-

facción. A su juicio era esa la victoria, la verdadera, la decisiva. Temiendo que Miss Eva cumpliera sus amenazas y considerando que el buen momento no llegaba todavía, en todo el trayecto fué un modelo de atenciones y cumplimientos. Ella iba muy contenta y aun se lo manifestaba materialmente, dándole golpecitos en la espalda que al pobre chico le parecían halagüeño indicio. Llegaron al restaurant y atravesaron el patio deprisa, sin hablarse, para no ser notados, como malhechores. Codeábanse maliciosamente los camareros por no reconocer á Miss Eva que con su estatura, en todas partes llamaba la atención. Fernando sí era conocido, especialmente por sus propinas, muy liberales, cuando los caldos funcionaban con regular abundancia. Tomaron un gabinete reservado, con balcón á la avenida, por donde se colaban los gritos de los muchachos, el ruido de los carruajes y un pálido rayo del alumbrado eléctrico. El espejo del gabinete tenía el aspecto de un geroglífico egipcio cruzado en todas direcciones por líneas variables, monogramas fantásticos, fechas misteriosas y nombres á medio borrar.

Por tal de no descubrirse delante del mozo, no quiso Miss Eva ordenar la cena. Prefería el gusto de Fernando, quien por amor propio y buen apetito mandó preparar una gastronómica colección de platillos.

Abundaban los mariscos.

También pidió vino blanco y rojo y verde, había para formar un arco-iris vinícolo.

—Quítate el abrigo y el sombrero, estarás mejor.

Aceptaba, siempre que bajaran algo la lámpara, ya sabía que no toleraba la luz fuerte. Fernando se apresuró á complacerla y en efecto, el gabinete quedó envuelto en una semioscuridad deliciosa. A la hora del champagne, á lo sumo si había obtenido uno que otro significativo pisotón de parte de su compañera, insensible al parecer, á la maléfica influencia de los mariscos y vinos. No alteraba por nada la gravedad con que llegó á cenar. Fernando al contrario, todo lo creía fácil, asequible, á su alcance; reía de lo mas grave y á cada paso intercalaba la palabra "achaque" que no podía olvidar y que lo alegraba sin razón, con pronunciarla únicamente. Quejóse del calor, pero Miss Eva le prohibió abrir el balcón. Quiso marcharse. Eso si no podía aceptarlo él, la quería demasiado y supuesto que había aceptado la cena, debía cuando menos darle un beso, en la boca, ardiente, apasionado. Miss Eva se echó á reir y Fernando, medio ebrio, quiso tomarse por la fuerza lo que voluntariamente le negaban. Comenzó una lucha en que él llevaba la peor parte por más que Miss Eva se limitara á rechazarlo con suavidad; hasta que, impacientada por las necedades de Fernando, se irguió y con ademán viril le asestó

un golpe de clásico pugilato que dió con el pobre enamorado sobre el canapé. Lo menos le había saltado tres dientes! Al poco rato el escándalo fué espantoso, corrían camareros remangándose el mandíl, entraban policías, se hablaba de un asesinato, algunas señoras se desmayaron, muchos señores se retiraron sin pagar aunque con dignidad, era aquello monstruoso.

El sostenía que todo era juego, pero jugando ó en serio se llevaron á la bulliciosa pareja á la Inspección y mientras llegaba el Comisario, pasó cada cual á su departamento respectivo. No transcurrió mucho tiempo sin que se oyera otra de gritos y de golpes en el de mujeres, que daba horror. Abrieron, y era Miss Eva la que repartía, ciega de ira, bofetadas á mano limpia.

—Es hombre! Es hombre!—decían azoradas las detenidas.

Se procedió á averiguarlo. El practicante de guardia, asistido de media docena de gendarmes robustos iba á practicar el reconocimiento, cuando Miss Eva prefirió declarar la verdad.

—Era un célebre filibustero tejano, que personalmente quiso enterarse de cómo andaba la pública opinión respecto á sus congéneres y que adoptó un disfraz femenino para no ser reconocido en la empresa!

Fernando, desde entonces, se ha retirado á la vida privada.

# EL PRIMER CASO.

## I.

La desdichada familia de don Isaac Cortijo pisaba las desoladoras fronteras de la miseria.

Los últimos amigos fieles que los habian ayudado, se hacían los sordos á las insinuaciones del infeliz don Isaac. Era un buen hombre, un bello sujeto, pero pobre y pobre sin esperanzas de mejorar; y aun cuando una buena acción satisface al ejecutarla, el repetirla es enojosa, cansa, agobia, corta relaciones.

Según él, todas sus desdichas nacían de haber servido al Imperio con lealtad y casi por obligación. Su apellido lo hacía soñar en antecedentes de nobleza, muy desvanecidos, invisibles, pero que en medio á sus contrariedades le servian para sobrellevar paciente-

mente las pesadas bromas que le corría la suerte. Al triunfar la República, se dió por muerto; su elevado puesto debía llevarlo al cadalso ó al destierro.

Escribiente del Tribunal Correccional no era cualquier cosa; indudablemente lo fusilarían.

Pensó primero en ocultarse, cambiar de nombre, huir á alguna parte, y tres inconvenientes le atajaban el camino, empujándolo hácia las afiladas y justamente resentidas bayonetas liberales: no tener economías, estar recién casado y ser poco animoso.

Su sorpresa no alcanzaba límites. Días iban y días venían y ni quién le hiciera caso. Con aspecto de mártir, que mucho hacía llorar á Lola, su esposa, esperaba un desenlace trágico que nunca llegaba. Cada vez que el aguador ú otro inofensivo comerciante, llamaban á su puerta, le daba el adiós postrero á su cara mitad, se ponía á temblar como un azogado y esperaba. Pensó al mes de estos acontecimientos, en escribir una carta humilde al Gobierno pidiendo su propio indulto, para saber á qué atenerse, para dejar de vivir en esa inquietud que lo estaba enfermando. Prometería no ocuparse de política, y confesaba no haberse ocupado nunca, lo hacía con el fin de ofrecer mayores garantías, de inspirar confianza. Afortunadamente su mujer se lo impidió por un exceso de cariño, mostrándole los riesgos que correría denun-

ciando su escondrijo y su pasado. Era mucho mas prudente reunir lo poco que les quedaba vendible, realizarlo, é irse á buscar fortuna á algún Estado lejano donde ni los conocieran ni quisieran conocerlos. Aceptado y analizado el consejo, tampoco pudieron llevarlo á cabo: Lola estaba en cinta y el propietario de la casa, furioso, á causa de un trimestre con el que no se reunía jamás. Fué música celestial manifestarle en patético duo lo difícil de la situación porque atravesaba el matrimonio. Gravaría su conciencia verificando el aterrador procedimiento de lanzarlos á la calle. A tanto equivaldría que delatara á Isaac, que de la mano lo condujera hasta el sepulcro, no tenía entrañas? ni sentimientos? .... ni corazón? Comprendían que nada agradable podían serle unos inquilinos semejantes, pues no lo habían de comprender! Pero ya veía como andaban las cosas ó mas bien, como dejaban de andar, mostrando al decir esto, los restos de un calzado que había sido y no podía continuar siendo por su total destrucción. Cuestión de poco tiempo, de una manera ú otra tendría que decidirse su suerte y, ó liquidaban el piquillo pendiente, ó á su pérdida agregaría un mes de más. No agradaban mucho esos razonamientos al propietario, lo que deseaba era dinero y poca charla, su ideal era encontrar inquilinos mudos y puntuales. Tuvo que callarse sin embargo por consideraciones al in-

teresante estado de Lola, que deveras interesaba con sus ojeras pronunciadas y lo encendido de sus mejillas. Se ablandó y concedió un trimestre. Si al fenecer éste, Isaac nada podía darle, ni á buena cuenta siquiera, creía inútil indicarle cual era el camino que siguen los hombres delicados. Isaac tragó la indirecta con bastante dificultad. Le indignó un comportamiento semejante. Puede el acreedor cobrar pero jamás insultar al deudor de insolvencia notoria.

—Ya ves-decía á Lola-lo que origina la República, hombres así, sin consideración, sin principios. Quien podrá ser éste!

Y Lola, creyéndose reñida por su marido rompía á llorar exclamando: "Pero Isaac, si yo te juro que á mí tampoco me gusta esa República, créemelo." Entónces él se erguía desdeñoso y desde los desmantelados cuartos de su vivienda, lanzaba rayos fulminantes á ese partido que tales desdichas le ocasionaba. "Comienza una época de prueba, Lola, seamos fuertes, mostrémonos en toda nuestra grandeza y que nuestro hijo al nacer se enorgullezca de nosotros." Isaac!, le decía ella en tono de pudoroso cariño, no hables de nuestro hijo. Sabe Dios lo que le esté reservado.

Muy amenudo estos cuadros de indigencia y de pasión, venía á turbarlos un antiguo amigo del padre de Lola, hombre bien conservado apesar de su edad y que se permitía

algunas libertades con ella, libertades que en un principio disgustaron á Isaac aunque después se acostumbró insensiblemente. Conformábase con denominarlas: "Cosas de don Pancho" que así se llamaba el amigo en cuestión. Parecía tan cándido y tan bien intencionado! Al saludar había de hacer algo á Lola, por lo menos una caricia, si nó no estaba contento.

—Y no crea Ud. muchacho! como familiarmente titulaba á Isaac—no puedo prescindir de esta costumbre; si Ud. hubiese sido celoso, preferiría no tratarlos: figúrese Ud. que puede decirse que la ví nacer, estaba yo en la pieza de al lado cuan lo aquello aconteció, y la matrona la depositó en mis brazos, desnudita y monísima, gritando que era un contento, como si no le agradara haber venido al mundo.

A Isaac le escocía un poco considerar que don Pancho conocía á su mujer tan al natural. Despertaban en él celos retrospectivos, y solo se conformaba al considerar que las mujeres cambian mucho al crecer. Lola, que llevaba años de escuchar la misma narración, no se preocupaba; dejábalo charlar fijando en él su mirada sin la menor malicia. Y luego, que les servía de mucho, contribuyendo monetariamente al modesto gasto diario con un desprendimiento digno de encomio. Bastaba una indicación de Lola para que don Pancho aflojara la bolsa, con buena voluntad,

sin observaciones, ni gestos, ni malos modos. En ocasiones era él, con exagerada delicadeza, quien preguntaba si les faltaba algo, insistiendo en que lo ocuparan, para eso servían los amigos verdaderos, no debían andarse con cumplimientos y ridiculeces impropios de la intimidad que por fortuna los unía.

"Verdaderamente—decía Isaac á su mujer—no sé con qué pagar tanta fineza á don Pancho," y tenía razón, pues era un problema muy difícil de resolverse; ni vendiéndose, reuniría una suma equivalente.

Por mas esfuerzos que hacía no lograba conseguir trabajo. A todas partes acudía solicitándolo y en todas partes sobraban pretendientes y escaseaba aquél. Los primeros dias salía de su casa al oscurecer, ocultándose, hablando bajo, embozado en una capa, testigo paciente de pretérito desahogo; y cuando se convenció de que nadie se ocupaba de él, de que podía pasear á la luz del sol y codearse hasta con los policías, tuvo una positiva contrariedad.

Se había acostumbrado á su papel de víctima!

Parecíale indecoroso resignarse á aceptar perdón tan despreciativo. ¿Pues qué la República era tan mal educada ó tan orgullosa que le hacía el mismo caso que á un guardacantón? ¿No merecía un encarcelamiento, algo en fin que lo autorizara á hacer profesión de su credo político? Tuvo que prescindir de

esos deseos, por una aventura que le puso de relieve lo preferible que es vivir ignorado si se desea la tranquilidad personal. Cazaba con ferocidad á un individuo que le debía una corta cantidad, prestada en otros tiempos, y para no dejarlo escapar, recorría la misma acera sin descansar ni un momento, hasta que notó que un policía lo observaba con particular atención. Disminuyeron sus ímpetus y como quien no quiere la cosa, se alejó del sitio, sin violentarse, encendiendo un cigarrillo y con todo el aspecto de un inofensivo que almacena oxígeno. Prescindía del dinero sin dar á conocer su contrariedad. Volvía la cara disimuladamente, arrugando los ojos, seña característica del miope ó del que quiere pasar desapercibido, y el policía, siempre detrás. Por mas que daba vueltas á sus ideas, no lograba entresacar ninguna que justificara esa tardía persecución. Veníanle á la mente todas las crueldades posibles, creyendo que el Gobierno para mayor seguridad, decidía deshacerse de él. Violentó el paso, temblaba y no se atrevía á averiguar si lo seguían aún. Tomó por un callejón y echó á correr de una manera desesperada, formidable. Se golpeó con todo aquel que le impedía voluntariamente el tránsito; los muchachos, suponiéndolo chiflado se lanzaron tras él, obsequiándolo con gritos y silbidos que exasperaron la irritable nerviosidad de los perros del vecindario turbados en su sue-

ño. Aquello era un positivo escándalo: asomábase la gente á puertas y balcones, creyendo en una revolución, nueva y devastadora. Isaac comprendía que iba á caer si prolongaba su descomunal carrera, pero la batahola que escuchaba á corta distancia de su individuo, le imponía un pánico mortal. Casi sin aliento, con la vista oscurecida, sudando como una catarata, pudo distinguir la puerta de su casa y con los últimos restos que le quedaban de fuerzas penetró á ella, subió la escalera con mas espíritu que pies y al encontrarse en frente de Lola que lo contemplaba muda de temor y de ansiedad, cayó exánime exclamando:—La República!

En el mismo instante, dos gendarmes llegaban medio sofocados también y con sus sables desnudos, en pos del sospechoso, mientras diez ó doce, fortificados en la portería, contenían trabajosamente á la curiosa y gritona multitud. Fué en vano que Lola, en medio de sollozos y de lágrimas, les dirigiera las súplicas mas fervientes, retorciéndose los brazos y arrastrándose á sus pies. Les juraba que su marido era inocente, que debía de ser una equivocación, garantizaba que en lo de adelante se estaría quietecito, allí, á su lado, sin salir más que á su trabajo, cuando lo consiguiera; pero que lo dejaran, podían estar convencidos de que era incapaz de meterse en cosa alguna, accederían?....no era así?

Y los polizontes, con la terquedad propia de su cargo y de su escasísima educación, respondían que nó, que tenían que llevárselo aunque fuera cargado.

La verdad es que Isaac había sido testigo mudo de esta escena, pero ni intentó moverse con la esperanza de ablandar el corazón de sus perseguidores con lo conmovedor de su aspecto. Lola, sentada en el piso de la habitación, acariciaba la cabeza de Isaac acomodada cuidadosamente en su regazo, enjugándole el sudor con cariño maternal y un pañuelo de yerbas. No había vecino en toda la casa, que no se empinara á distinguir algo de lo que pasaba en el número cinco; todo el corredor apenas bastaba para el número de curiosos. Nadie sabía á qué atenerse, pero la opinión que se generalizó fué la de que Isaac era un conspirador endemoniado sorprendido á tiempo. Cruzábanse los comentarios y las opiniones políticas. Quién lo hubiera creido, bajo su exterior tan modesto y tan afable! Era una desgracia codearse con gente que no se conoce, y un zapatero de viejo, inquilino del patio, gritaba medio beodo, á los gendarmes:

—"Fusílenlo, fusílenlo"—y se reía á grandes voces de su consejo.

Por fin Isaac, tuvo que levantarse, y por prudencia, lo amarraron codo con codo prodigándole rigorosa vigilancia. No iría por la esquina, cuando todas las mujeres de la casa,

precedidas de la portera, se precipitaron en la vivienda. Lola estaba desvanecida de veras. La volvieron en sí y se sintió á la muerte. Los agudos dolores que anuncian las inefables y posteriores dulzuras de la maternidad, se dejaban sentir con una confianza rayana en la grosería.

—Era natural: tanta emoción y ella tan avanzada!....como decía la vecina del 2º.

Y se declaró una alarma general, cada cual proponía medicamentos infalibles, calmantes, remedios domésticos, corrían al fogón, calentaban trapos, le aflojaban los vestidos, la abrigaban, y entre todas la acostaron, decidiéndose á esperar el desenlace. Avisado don Pancho por un acomedido, llegó jadeante, sin detenerse á contestar á las preguntas con que lo asediaban, ni parar mientes en las narraciones detalladas que se le ofrecían. Llegó hasta la alcoba creyendo que Isaac estaría herido, tal vez moribundo. Le habían narrado las cosas de una manera! Bastóle ver á Lola y oir sus lamentos, para darse cuenta de lo urgente del caso, y dirigiéndole algunas palabras estimulantes y cariñosas, volvió á marcharse. Deteníase á poco rato, en la desaseada puerta de la casa, un coche de sitio, dislocado y gritón, tirado por un par de caballos apocalípticos. Descendieron de él, don Pancho primero, y después una señora de edad, cubierta con un pañolón negro debajo del que se adivinaba un pequeño

bulto de la forma de una maletilla. Ya en la habitación de la enferma, la recién llegada se despojó de lo que la estorbaba, como si se preparase á luchar á brazo partido, remangándose el corpiño y descubriendo el bulto. Diose á las vecinas, con excepción de la portera que permaneció para lo que se ofreciera, las gracias y la despedida, cerróse la puerta de comunicación de una pieza á otra, y se quedó don Pancho en la salita, enteramente solo y entregado á sus pensamientos y á furibundos paseos dentro de ella. Los gritos que no cesaba de exhalar Lola lo ponían nerviosísimo: tapábase los oídos ó tocaba el tambor muy suavemente con los nudillos de los dedos en la vidriera del corredor con la frente pegada á los vidrios, observando atentamente á los chicos desarrapados de la casa que en número de ocho, hincados sobre las lozas, se entretenían en sacar grillos de la coladera central del patio.

Repentinamente se extremeció; un grito agudo y más prolongado que los demás, lo sacó de quicio, tranquilizándose al oir que terminaba en duo, con otro débil pero penetrante.

Había nacido el primogénito de los Cortijo. Caía la tarde.

---

II.

Epoca de temores y de desconfianzas, obligó á los jueces de Isaác á manifestarse más severos de lo que su falta requería.

En el día siguiente á su aprehensión, los periódicos enterados del suceso, pedían un escarmiento, aconsejaban hasta la crueldad.

"Acabemos con la mala yerba—clamaba un articulista afamado—no haya clemencia para con los espíritus pervertidos que se oponen torpemente al completo triunfo de nuestras ideas."

Y continuaba en ese tenor, adivinábase la indignación que debía haber sentido al escribir aquello. Los renglones impresos—tal era la fuerza de sus ardientes metáforas—antojábanse filas de voluntarios marselleses marchando entusiasmados al heróico sacrificio de sus propias existencias para salvar á la pátria en peligro. Las letras mayúsculas simulaban una brillante oficialidad y los puntos de las ies, tal parecían proyectiles lanzados al espacio festejando alguna victoria importante. Casi todos los días se leían artículos por el estilo, incendiarios, justicieros, terribles. Cerrábanse los ojos con espanto, las desgarradas entrañas de las víctimas de la guerra, las ponían al alcance de las narices

todos los señores periodistas. Pasábase con intranquilidad por las redacciones, prefiriendo la acera opuesta y sin volver la cara, temiendo que las puertas y ventanas, sobre las que generalmente se ostentaban en caracteres blancos sobre fondo oscuro, letreros pacíficos como "Imprenta y Litografía" "Esquelas de bautismo y de visita" etc, vomitaran quintales de metralla fratricida. En el interior disminuía bastante la ferocidad; fumábanse cigarrillos, se hacía crónica escandalosa y galante, y aun en ocasiones, se ensayaban rúbricas caprichosas en vírgenes é inmaculadas cuartillas de papel.

Los reporters, esa enfermedad del periodismo actual, entonces no eran conocidos.

Llegaban las noticias con el barrendero, el policía del punto, un cobrador ó amigo caritativo, pudiendo según ese orden distribuirse así el trabajo: editorial; asuntos municipales; finanzas y hechos diversos.

Nadie conocía á Isaac, ni los había ofendido, ni era capaz de hacerlo, pero en su afán de destrucción, diríase que toda la Prensa estaba de acuerdo para solicitar horror y medio. Todo ese día, se oyó gritar por las calles y paseos una extraordinaria de á centavo, narrando el descubrimiento de una conspiración. Isaac en su prisión, no hacía más que solicitar un sacerdote; era su tema, su única palabra.

Cuando lo llamaron á declarar, apenas si

pudo decir su nombre y su apellido. Presa de un temblor epileptiforme, causaba compasión. Conmovido el Juez descendió de su sitial, desarrugó el ceño y le decía animándolo:

—"Cálmese Ud. hombre, cálmese Ud., hasta ahora no hay cargos en su contra.

Y al verse tratado, así, paternalmente, tuvo una crisis nerviosa y en medio de un torrente de lágrimas que le causaban gran bienestar, le contó todo, sus antecedentes, sus deseos, sus temores, su estado, más como confidencias que como declaración, con apretones de manos, miradas suplicantes y mútuas concesiones. Podía estar seguro de que haría lo posible por mejorar su suerte, por sacarlo del compromiso en que se hallaba, y aunque la Justicia nunca se violenta en sus altas decisiones, ya vería de atenuarle la falta cometida, que en realidad era bien inocente. Por principio, le levantaron la incomunicación, y al recibir su comida en un canastito, recibió también prendida de un extremo de la servilleta, un recado escrito en que le comunicaba don Pancho la fausta nueva de su reciente paternidad. La emoción le quitó el apetito y se puso á pensar en los pormenores del acontecimiento.

"Será cuestión de pocos días—escribía don Pancho—he visto á una persona influyente y está muy bien dispuesta á hablar en favor de Ud. Lola está sin novedad y la nenita re-

ventando de gorda. La bautizaremos á su salida, para que disfrute Ud. de tan justa alegría." Y firmaba: "Su compadre y verdadero amigo."

—Ya lo creo que es mi verdadero amigo, no lo ha de ser? Acciones como esas eran muy pocos los que las ejecutaban, contados. Y volvía á leer el papel, deteniéndose con cariñosa complacencia en las frases de "Lola sin novedad" y "la nenita reventando de gorda:" esta última sobre todo, lo llenaba de una alegría inmensa, que se desbordaba por todo su cuerpo, curándolo de lo pasado y dándole fuerzas de coloso para lo porvenir.

Sentíase comunicativo y feliz.

Participó la noticia á su vecino de estera, un barbón mal encarado, que le contestó con un gruñido.

Encontró simpático á un vigilante, y por poco entona á voz en cuello, la "Mamá Carlota," para demostrar el ningún caso que hacía de aquellas cosas, á las que por tanto tiempo había profesado religioso respeto.

Imaginábase arrullando á su tierno vástago, con voz muy suave y cantares tiernísimos, propios de los ángeles, porque todos los chiquitos eran ángeles y los papás también, por extensión.

Si le hubieran permitido salir un momento, nada más que un momento, custodiado, como quisieran, iría á darle un beso en su boquita, apagado, amoroso, para no desper-

tarla. Apostaría á que era rubia y bonita, pareciéndose á la mamá. Pobre Lola, pues no se olvidaba de ella? Y sobreveníanle ráfagas poderosas de fidelidad conyugal y dicha sin horizontes.

—Sería serio!

En cuanto saliera de ese enredo, trabajaría hasta de albañil, para su nenita, para educarla, para que fuera buena y pura. ¿Qué nombre le pondrían? Fluctuaba entre el de Rosa, por inclinación, y el de Rita por egoismo. No esta santa era la abogada de imposibles? Pues poniéndole á la nenita el nombre de ella, tal vez lo sacara pronto de la cárcel, como premió á la distinción. También los santos podían tener su vanidad. Era un coecho. Y reflexionando en sus palabras exclamó:

—Parezco loco, insultando á los santos!

La galera misma, en que se encontraba mezclado á individuos degradados, de fisonomías patibularias, de antecedentes negros, la encontraba llena de una luz dulcísima que amortiguaba los contornos salientes de tanta deformidad y de tanta miseria. El farolillo que debilmente alumbraba ese cuadro, se balanceaba acompasadamente, mecido por la brisa nocturna que se colaba por una ventana con gruesos barrotes de hierro sirviendo de ventilador á semejante atmósfera. A fuerza de mirarlo, lo creyó un astro errante que por descuido había llegado á ese lugar, que

no era el suyo, pero al que prestaba misterioso y poético encanto con su mortecina luz. Fijóse después en una rata enorme que á lo largo del muro se paseaba extendida la cola y como meditando en un problema científico, y le tuvo miedo. Inspirábale un terror inexplicable y profundo; deseaba que desapareciera en algún agujero ignorado, no se atrevía á dormir por temor de que se le acercara y le tocara la ropa. Pensó en imitar el maullido de un gato para alarmarla, pero podían oirlo y se comprometería; haciendo un esfuerzo supremo apretó los ojos y se quedó dormido.

Pasáronse algunos días sin que le comunicaran nada notable. Su contento consistía en los recados que recibía diariamente de su casa y en los que él contestaba llenos de recomendaciones y de preguntas inútiles. Quería saberlo todo, era el padre y padre en cautiverio. Rogaba á Lola que se cuidara mucho, muchísimo: que empezara á hablarle de él.

"Ya sé—decía—que es imposible que hable tan pronto, pero acostumbrándole el oído se familiarizará con mi nombre."

Tenía esperanzas de salir muy pronto, pero don Pancho debía continuar trabajando con cuantos pudiera, para lograrlo. Le consultaba cuál nombre sería más conveniente y adecuado, lo dejaría á su elección, porque no tenía cabeza para esas cosas. ¿Por qué no

consultaba con el padrino! era un asunto que reclamaba perfecta unanimidad. Siempre concluía sus epístolas, escribiendo "hasta mañana," con letras gruesas, hechas con lápiz y á la lijera.

Una vez, sí pasó un sofocón extraordinario. Supo, casualmente, que estaba en la lista de los que iban á mandar á Ulua por tiempo indeterminado, para que se murieran en el camino ó los matara el clima. Habló al Juez, le suplicó, hizo poderíos y al fin se quedó donde estaba, gracias á que á tiempo supo lo del viajecillo, que si nó, no se hubieran vuelto á ver—decía á Lola.

Transcurrió un año y le comunicaron que iba á salir. Pensó que ya era tiempo y lo anunció á su casa. Por fin, ya no se separarían, conocería á su hijita, que preguntaba á todo el mundo por su papá, la llevaría á bautizar, trabajaría mucho, por ellas dos, que eran su delicia, su cariño.....el lunes siguiente salía. Y salió, causando la alegría de su pequeña familia, incluyendo á don Pancho, que se había ganado por sus bondades, el derecho de pertenecer á ella. Hubo escenas verdaderamente tiernas. Confundidos en estrecho abrazo Isaac, Lola y la nenita que no se acostumbraba á reconocer á su papá, permanecieron prolongados instantes, ocasionando abundante lloro á don Pancho y á la chiquilla; al primero por enternecimiento á la segunda por falta de aire. Estaba medio

sofocada con los espasmos paternales.

Las narraciones de Isaac, espeluznaban, se sufría escuchándolas. Insensiblemente comenzaron á odiar de corazón á la República, causal de sus desgracias, y sin saber á punto fijo cual sistema preferían, si estaban de acuerdo en su ódio.

El bautizo se hacía necesario, iba la niña á tener un año. Don Pancho comenzó los preparativos sin perdonar gasto ni omitir sacrificio, y sin pompa, ruido, ni anuncios, un domingo en la mañana, en el templo del barrio, recibió las aguas bautismales en los brazos de su padrino, la pequeñuela, que ya crecidita parecía agradecer con su mirada dulce, la excesiva delicadeza con que el anciano párroco vertía en su cabeza el agua que para siempre borraría la mancha del pecado original. Aparte de un lijero extremecimiento que le produjo la frialdad del evangélico líquido al resbalar caprichosamente entre los rizos de su cabello rubio, se condujo como una persona grande que valoriza la solemnidad de un acto. Diríase que quería aumentar con su seriedad la del católico suceso. Solo gritó un poco al notar que la blanca sobrepelliz, se enroscaba como víbora en los brazos del cura.

Don Pancho repartió las monedas de rigor, y ya de vuelta á la casa, dió á sus compadres unas tarjetas impresas en recuerdo del acontecimiento. Sobre los nombres apropiados á

la criatura, brillaba en cada una de las tarjetas, una moneda de á diez pesos en oro: y en la mesa, una colección abundante de trajecitos exteriores é interiores cubiertos con este letrero: "Para mi ahijada," que desde ese día se llamó Rosa María de los Dolores Cortijo y Martínez.

Jamás perdonó Isaac á la pobre Santa Rita, la indiferencia que manifestó cuando la prisión, y se opuso, en venganza, á usar en su descendencia del nombre de una abogada tan olvidadiza.

## III.

Todas las sospechas acerca del orígen de la repentina enfermedad, caían sobre los dos peces blancos sacrificados el día del bautismo, en el almuerzo que siguió á la ceremonia religiosa, única aceptada por Isaac. Opúsose con energía á hacer la presentación de ley de su primer vástago ante el Registro Civil, á consecuencia de no haberse extinguido aun el rencor ocasionado por su largo encierro. Don Pancho perdió su tiempo insistiendo sobre las incalculables ventajas que trae consigo el Registro Civil. Isaac obstinado, no escuchó consejos ni atendió á razones. Manifestó una energía de la que no se le hubiera creido capaz. Su último argumento era

siempre una negación.

"Cuando esto cambie—decía refiriéndose al Gobierno—lo pensaré, pero por ahora, no."

No abandonaban á don Pancho ni un momento, sobre todo en los primeros días de la dolencia que no asomaba francamonte la nariz, por mas récipes que ordenaba el facultativo. La calentura, apesar de todo, continuaba en un punto alarmante. Quemaba el pobre viejo. Consultado el doctor, resolvieron de común acuerdo trasladar al providente amigo, á su propia morada, donde Lola podría atenderlo con todo el esmero que merecía por su nunca desmentida afección hacia ellos. Rodeado de precauciones y de cariño, lo instalaron en la alcobita matrimonial, que relucía de limpia. Pasaron á la sala los trastos más indispensables, que se redujeron al lecho común y á la cuna de Rosita, que contemplaba azorada tanto movimiento. El diagnóstico no llegaba á aclararse, pero lo que sí estaba fuera de duda era el fin material de don Pancho. Día á día, empeoraba á ojos vistas el estado del enfermo, y entre si será ó no será, creyeron oportuno administrarle los últimos sacramentos, para asegurar al menos su salud espiritual. El médico no se opuso, era hombre que respetaba la libertad de cultos y acostumbrado á las emociones fuertes. El mismo confesaba estar algo familiarizado con la muerte.

Ejercía desde el 53....!

El párroco que había bautizado á Rosita, fué el que administró los sacramentos. Preparose un altar á la lijera, con paños prestados, dos sábanas limpias, algunas flores y una imagen del Salvador, de litografía iluminada, con unas palabras que le salían de la boca y que recogía un angel, no enteramente aseado á consecuencia de las visitas que le hicieran las moscas; una víbora á los pies de la cruz ejecutaba una cabriola y sacaba la lengua más afuera de lo permitido por la buena educación. Invitose á algunas vecinas, repartiéndose un cirio por cabeza y á las siete de la noche don Pancho entró en estado de gracia. Llamó á Isaac y con misterio, arrepentido, contrito, hablando difícilmente, le confesó el secreto de toda su vida.

"Soy muy culpable—decía temblando por la fiebre y la proximidad de la muerte—pero nos queríamos tanto: figúrese Ud. que á la madre de Lola la casaron contra su voluntad y ya entonces nos queríamos. Sucedió pues, lo que tenía que suceder....Lola es hija mía. Nunca he tenido al valor de decírselo á Ud.; pero en esta hora solemne, lo considero un deber; me marcharía con un peso en la conciencia á no haberlo dicho; temo que ella al saberlo no me siga queriendo como lo deseo y como lo necesito."

Y excitado, febricitante, continuó una narración precisa, vehemente, llena de detalles

tiernos y apasionados, con mucho de voluptuosa; mezclándose los candores del enamorado con los remordimientos del adulterio.

De vez en cuando, fijaba la vista en una figura imaginaria á la que sonreía con positiva pasión, volviendo á la carga con mayores brios, juntando los recuerdos de lo realizado con los deseos rezagados de lo que no había conocido.

"Por eso nunca me he casado," y no dejaba que Isaac le respondiera ó lo interrogara, ansioso de concluir, como el que desea vaciar el contenido de un fardo que lo agobia, deteniéndose con sibaritismo en los pasajes agradables y pasando con disgusto por los tristes, que eran los más, como siempre acontece en las historias de amores contrariados.

Isaac, atribuía tanta verbosidad al delirio precursor de la agonía, creyendo sin embargo, que habría bastante de cierto supuestas las fechas y algunos pormenores dados con una firmeza sorprendente; pero acabó de convencerse de que el juicio de don Pancho estaba firme y completo, cuando le habló de cuestión de intereses. Podrían contar con una friolera, fruto de antiguas economías, que alcanzarían, bien manejadas, al sostenimiento de toda la familia y á la educación de Rosa, que recomendaba con especial afecto.

Era tarde ya, cuando concluyeron la entrevista de la que salió Isaac con aires re-

servadísimos, encareciendo á Lola que cuidara de don Pancho hasta sus últimos momentos, que no creía muy lejanos.

—Tienes una gran obligación, imprescindible, y que á su tiempo te explicaré. Prodígale palabras dulces y acarícialo mucho, como se lo merece.

Y Lola, obediente y buena, no se separó más del lecho de su protector, adivinándole el pensamiento y atendiéndolo con la abnegación de una aguerrida hermana de la caridad. Al día siguiente, muy de mañana, se presentó el médico que no se resignaba á la desconsoladora idea de perder su diario, haciendo un gesto formidable al notar los avances de la enfermedad. Tenían que conformarse, pero la cosa era desesperada. No, no había remedio, ni esperanza: estaba casi seguro de que al venir la noche expiraría don Pancho, le admiraba su naturaleza, parecía un roble; cualesquiera otro, con la mitad, hubiera tenido para radicarse en un cementerio. Y molesto por no poder vencer á la Parca que implacable le arrebataba á la gallina de los huevos de oro, salió echando pestes al Ayuntamiento por las idem de las calles; á los propietarios por el poco caso que hacen de la higiene, y á todos los inquilinos del universo por su natural desaseo. Como no habían de morirse pronto las gentes!

En efecto, á eso de las 8 de la noche, expiró don Pancho sin ansias y sin grandes mo-

vimientos. estrechando la mano de Lola y sonriendo á la visión de la única mujer que había idolatrado y que en esas regiones de lo invisible, de fijo estaba esperándolo en el paradero, para conducirlo á puerto seguro de salvación. Separóse de la existencia, sin manifestar aparentemente la tristeza que á todo el mundo causa esa separación.

¡Quién podrá asegurar que en los momentos de la final partida, no se entrevé á las personas queridas!....La verdad fué, que los dos sintieron profundamente la muerte de don Pancho.

Por mucho que se espere un desenlace funesto, siempre sorprende y entristece á su llegada.

Repartiose la noticia en la vecindad á pesar de lo avanzado de la hora. y comenzaron á subir en procesión los del patio, y á acercarse los de los corredores, aguijoneados por esa curiosidad bestial que impulsa á la gente vulgar á cerciorarse por sí misma de la cara que tienen los muertos.

Sacaron á Lola de la habitación. mientras Isaac ayudado por un acomedido, vestía de negro el cuerpo de don Pancho, después de lo cual, lo colocaron sobre una mesa cerca de la ventana. cubriéndole el rostro con un pañuelo que se hundía en los ojos y dejaba adivinar la nariz y la barba. Muchos se ofrecieron á hacerles compañía, pero Isaac rehusó, diciendo que él y Lola estaban decididos á

velar. Y empezó el desfile, hablando bajo y mirando de soslayo al cadaver, como desconfiando de su inmovilidad y de su aspecto inofensivo. Cuatro cirios, sobrantes de la noche de los sacramentos, fueron los destinados á dar la guardia nocturna con su amarillenta luz. Lola estaba hecha un mar de lágrimas; Isaac le había comunicado la grave noticia de su inmoral paternidad y la impresión causada, era de ternura sin límites. Parecía que á fuerza de llanto, quería limpiar el honor de sus antecesores. En vano Isaac trataba de calmarla, ella se sentía poseida de un respeto extraordinario á quien por tantos años estuvo de padre incógnito. Poco á poco, vinieron los sollozos á ocupar el lugar de las lágrimas, y esa mortificación que se experimenta en una cámara mortuoria. Quejábanse los cirios, dejando al descubierto el pábilo retorcido, mientros la flama devoraba los bordes que con su fuego la alimentaban; y el viento frío de la noche, azotando el pañuelo que cubría la cara de don Pancho, hacía estrecharse á los esposos uno con otro, irritados por la desvelada y mudos de pavor. No se atrevían ni á moverse, temiendo el ruido, y aunque volvían la cara á otros lugares, el cadaver ejercía fascinación tal, que se encontraban con él á cada momento. Estaban arrepentidos de no haber detenido á algún vecino, á la criada por lo menos; y sin hablarse, ni ponerse de acuer-

do, lo dejaron solo, pasando á la otra habitación. Su vista se les hacía insoportable, y eterna la duración de la noche. Asomábanse de tiempo en tiempo, sin pasar de la puerta y conteniendo la respiración, yendo á tomar fuerzas á la cuna de Rosita que dormía tranquila, con la dulce placidez de los niños. Extremeciéronse de repente: un perro aullaba con tristeza en la calle:

—Dicen que los perros huelen á los muertos!—murmuró Isaac.

Y se estrecharon más todavía, permaneciendo así, llenos de un sudor frío, hasta que el cantar de los gallos, un suspiro de Rosita y una ténue claridad que entraba por los intersticios de la puerta, les anunciaron que amanecía........ ................ ... ...

........ ..... ........ ...... ..........

El entierro fué muy modesto y muy poco concurrido: así lo había encargado don Pancho en sus últimas disposiciones. Un carro de 3.ª con un coche para los dolientes; una caja barnizada de negro encerrando el cuerpo que tanto bien prodigó en vida, sin haber tenido más que una falta grave que reprochársele y á cuyo calor se deslizaron llevaderas las horas de su existencia.

El día estaba lluvioso, triste, húmedo. Rosita preguntaba á cada instante por su padrino.

Llegados al cementerio, cuatro mozos de la Funeraria cargaron el cajón con la misma

indiferencia que si hubieran llevado una maleta, renegando por lo bajo de la inclemencia del tiempo, de lo pesado del cuerpo y de la insolvencia que acusaban los clientes. Por querer alcanzar una flor marchita que se balanceaba sobre una tumba, resbaló Rosita en el lodo haciéndose ligeramente daño en la cabeza.

Cuando llegaron á la fosa, los mozos se enjugaban la frente, poniéndose el sombrero con toda la falta de respeto que trae consigo el mal tiempo. La operación se hizo violentamente, cayendo á la par sobre la caja, la tierra mojada y gran cantidad de agua mezclada á la arena del montículo que los sepultureros derribaban á golpes de pala.

A llegar un poco más tarde, el postrer domicilio de don Pancho habría estado completamente inundado.

Concluyeron ayudados por los mozos que con los pies botaban el lodo al interior de la fosa, mientras guarecidos bajo un ciprés y un paraguas inválido, Lola é Isaac, teniendo por delante á Rosita que mordía obstinadamente el ala de su sombrero, contemplaban enternecidos el triste cuadro.

## IV.

Se hacía indispensable, preciso, de todo punto necesario.

Por mucha repugnancia que le inspiraran las ideas liberales, tenía que ceder, que resignarse á enviar á Rosita á algún colegio del Gobierno, ya que por desgracia se habían comido el legado de don Pancho sin preocuparse del alimento intelectual de la niña; y no sería decoroso para sus antecedentes, solicitar la instrucción gratuita en un plantel privado. Pero él se oponía y se oponía sin cesar. De nada servían las argumentaciones de Lola; siempre que se hablaba del asunto, terminábanlo de mala manera, positivamente reñidos.

—Que tiene once años! pues que tenga veinte, cincuenta, mil; pero no ha de pisar esos colegios—gritaba Isaac, á quien el tiempo transcurrido no era suficiente para hacerle olvidar su prisión famosa.

Y pasaba el nublado, renacía la calma, parecía olvidarse la cuestión por algunos días, para empezarla de nuevo tropezando con obstáculos idénticos y razonamientos análogos.

—Si supieras todo lo que se cuenta de los tales colegios; no enseñan nada, absolutamente nada, pero en cambio, parece que el por-

tero encargado de quitar los abrigos para de-
volverlos á sus dueñas cuando salen por la
tardes, les arrebata también la moral, qu
nunca les devuelve."

Lola se espantaba ante la idea de que Ro
sa, que era todo su querer, pudiera perde
su pureza, que venía á representar en la in
digencia de la familia, el único rayo de so
que la alumbraba. El candor de Rosita er
tan grande, que muchas veces se le hubier
confundido con la desvergüenza. Tenía una
salidas, que en otra boca que careciera de
rojo guinda que hermoseaba la de la niñ
demostrando su poca edad, merecerían e
presidio.

—"Pues que no aprenda," fué la resolu
ción votada por unanimidad.

Isaac le enseñaría lo más esencial, que ni
ella necesitaba de otras cosas ni él podía dár
selas; y Lola, las labores que debe conocer al
dedal y no al dedillo, una muchacha pobre
que aspira á vivir respetada y respetable, co-
mo andando los tiempos esperaban ver á su
hija. Rosita pareció aprobar determinación
tan madurada, cultivando estrechas relacio-
nes con los chicos de ambos sexos de la ve-
cindad, que completaban gratis y con la me-
jor voluntad, el cuadro de profesores de la fu-
tura ciudadana. Llamábanla en un principio
"la niña Rosa," como prueba del respeto de-
bido á la primogénita de un ex-conspirador
que habitaba la vivienda mejorcita de la ca-

a: pero fué prueba de respeto efímero, que e desvanció al contacto de sus mútuos jueos. Declaróse un tuteo general en la reinión, como si fuera asamblea de quáqueros, presidida siempre por Rosita; sus trajes eran os menos rotos aunque multicolores, gracias los desvelos y afanes de Lola.

Dos predilecciones tenía: jugar á los solados, declarándose general, y verse obedeida ciegamente por los arrapiezos más crecilos de la partida. Tenían la casa en estado le sitio perpétuo, ensordeciendo á los moralores con su gritería y contribuyendo á la lestrucción voluntaria del inmueble, con sus ravesuras. Rosita era el angel bueno de sus amaradas; llegaba á tiempo de contener tolas las correcciones materiales, intercedienlo por el delincuente. Era tan bonita, y sobre todo tan zalamera, que casi nunca salía lesairada de su caritativa empresa. Perdonábase al reo, notificándole en alta voz que el indulto lo debía á Rosita, lo que hizo aumentar exageradamente su prestigio. Ella organizaba las diversiones, clasificaba los lugares y mandaba en todo. Su ejército la adoraba, obedeciéndola sin pestañear. Una vez —tenía mucha imaginación—discurrió que se bañaran en la fuente los varones.

Y se bañaron.

Y por poco se ahoga uno de ellos!

Riose como una loca al verlos salir tiritanlo de frío y agruparse, para secarse, en un

rincón del patio en que el sol descansaba con contornos fantásticos, producidos por la ropa blanca pendiente de una cuerda: camisas en cruz, calzones en triángulo y medias en movimiento, como las piernas de un saltimbanco.

Isaac, por su parte, no adelantaba gran cosa con su discípula, y no porque fuera tonta, qué había de ser, sino porque no demostraba grande afición á tan elevadas empresas. Pasmábanse de ver el admirable desarrollo que lentamente se efectuaba en Rosita. Diríase que la naturaleza deseaba enorgullecerse de su obra. La iba haciendo mujer, pero qué mujer!

Un día llegó Lola, radiante de alegría. Ya estaba hecho, aunque la riñera, no tenía remedio. Había sido un sacrificio, llena de vergüenza lo había solicitado, pero no se arrepentía. Isaac la interrogaba con ansiedad, temeroso de alguna mala nueva, otra persecución ó algo grave. No era nada de eso. Ella, Lola, tenía arreglada la entrada de Rosita al colegio de las monjas extranjeras, ya sabía dónde, qué madre, qué madre tan buena. No solo la admitía como educanda sin pagar nada, sino que estaría de interna el tiempo necesario, hasta concluir su educación, por desgracia tan descuidada. Si hubiera oído las palabras que le dirigía la Superiora. Era una santa. Ni siquiera exigían ropa; todo lo tendría en el colegio. Cierto que era triste sepa-

irse, pero era muchísimo peor seguir como staban; sin más sociedad para la niña que los ranujas de la casa, sucios y ordinarios, halando unas palabrotas que espantarían á un endarme. Ya veía cómo Rosita repetía alunas, era claro que sin comprender lo que e decía, pero el resultado siempre sería el nismo. Y se abandonaron á proyectos y álculos para lo porvenir, siempre pensando n ella, deseándolo todo para ella, figuránose grandezas y grandezas para la chicuela. 'an á admirarse al verla, exclamaba Lola, intando á su marido con la exaltación exlusiva de las madres, lo que gozarían cuano, ya viejos, la vieran casada, feliz, tocando l piano ó asistiendo á los bailes, y en todas artes originando serios murmullos de adniración por su belleza. Sin que entrara á os colegios del Gobierno, iban á convertira en un estuche de especialidades y de atractivos. Las monjas eran instruidísimas.

—Figúrate—le decía—que ninguna habla bien el español!

Rosita recibió la noticia sin alegrarse ni ntristecerse. Estaba de tal manera familiaizada con el medio de que nunca había salio, que por más esfuerzos que hacía, no se aba cuenta exacta de lo que sus padres llamaban con tanta veneración: "Las Madres;" buscaba un significado que cuadrara con ese nombre, y se encontraba con la figura de alguna de las mamás que veía diariamente, y

cuyas justas iras sobre sus herederos, calmaba con frecuencia. Con los deseos de investigación propios de la niñez, preguntó tímidamente:

—¿Y qué, esas madres tienen muchos hijos?....

—¡Jesús mil veces!—gritó Lola en el colmo del espanto al oír tamaña enormidad. A Isaac le entraron tentaciones de tirarle con un vaso. Arrebatábanse la palabra para corregir la blasfemia, prodigándole frases duras, metáforas correctivas, consejos saludables. ¿Quién le había enseñado esas cosas? Las buenas niñas jamás hablaban así. ¿Donde lo había aprendido? Aunque Rosita trataba de disculparse, no le daban tiempo; hubiera querido manifestar que, lejos de saber, ansiaba aprender, pero no hubo forma. Cada vez que abría los labios y antes de que articulara un sonido, veía delante de sí las manos amenazadoras de sus antecesores, prontas á descargar la ira que se manifestaba en sus semblantes. Mandáronla á acostarse, sin querer besarla ninguno de los dos, como acostumbraban; fruncido el ceño, hablándole de usted y apuntando con el dedo el camino de la alcoba.

Acostose Rosita muy preocupada con el efecto inesperado de su pregunta, y sin explicárselo, comenzó á sentir una profunda antipatía por esos seres que le cambiaban á otros que nunca habían tenido para ella, más

que ternura y adoración. Pero, por qué se llamaban madres si no tenían hijos? entonces, cualquiera podía ser madre, .... y pensando de nuevo en el regaño, se durmió con los ojos humedecidos por el llanto.

Era la primera impresión que le producía el colegio.

Miráronse todavía alarmados de la blasfemia de Rosita, culpándose el uno al otro, creyéndola perdida irremisiblemente y sin otra esperanza de salvación que la virtud exagerada de las reverendas. Sólo ellas podrían volverla al buen camino, del que tan apartada estaba: sólo ellas podrían encarrilar una naturaleza casi silvestre, crecida y desarrollada bajo la maléfica influencia de un populoso patio de vecindad. No vacilaron ya; cuanto antes entrara, sería mejor; no podría arreglarse para el día siguiente? Era mucho esperar una semana, término fijado por la directora para la admisión de la nueva alumna. Siendo gratuita la tal admisión, no quedaba otro remedio que aguantar con paciencia los ocho días, cuidando sobre manera á Rosita, incomunicándola completamente de sus bulliciosas amistades, que ni las viera, tal vez así corregiría su incendiario lenguaje. Y animados de los mejores propósitos acostáronse también, yendo antes á besar á Rosita, arrepentidos de la dureza desplegada.

No tenía la culpa.

La industria de Lola hizo prodigios, pero alcanzó los resultados apetecidos; el vestido de Rosita estaba presentable. El día de la separación lucían todos unas caras muy largas. El desayuno de la mañana—último alimento que tomaba la chica en su casa—tuvo más lágrimas que café. Quedábanse contemplándola en silencio, con una ternura reconcentrada y volviendo la cara, cuando ella la levantaba, para ocultarle su traicionero llanto. Llegada la hora de los últimos consejos, nada hubo que pudiera contener los sollozos de ambos. La acariciaban con delicadeza, como temiendo enfadarla, recomendándole obediencia, buena conducta, excesiva piedad y gran aplicación. Lo hacían por su bien, por verla lograda, cuidado y les iba á pagar mal, defraudando sus esperanzas. Y ella contestaba que sí, también enternecida, sintiendo un nudo en la garganta que le impedía hablar. Salía de los brazos del uno para caer en los de la otra, que parecían empeñados en la singular apuesta de averiguar quién de los dos la mimaría más. Bajaron la escalera llevándola de la mano y enjugándose los ojos, encontrándose en el patio con todos los chiquillos de la casa, serios é indignados, por ese abuso de arrebatarles una compañera que querían tanto. Sin embargo, al verla, prorrumpieron en una despedida á gritos.

—"Adios Rosita," era el dominante.

Isaac, que en su interior y á consecuencia

de sus ideas, no podía sufrir á la canalla, como despectivamente llamaba á sus vecinos del piso bajo, iba repartiendo miradas furibundas, que mucho enfriaron los ímpetus de esa niñez feliz y descalza, indómita y respetuosa. Agrupáronse en un ángulo de la puerta, capitaneados por un gatera de diez años á lo más, que con las manos cruzadas á la espalda y su aire resuelto, parecía un general reflexionando. Rosita, procuraba no salir de allí con el calificativo de ingrata, sonreíales y caminaba casi á remolque, por no poder mirar el terreno que pisaba. No apartaba la vista de sus antiguos camaradas; cada uno de ellos le representaba una travesura de su invención, un día contento, un golpe imprevisto, una solidaridad en fin, de peligros y de calma, de tristezas y de alegrías. Sintiose acongojada, y comenzó á adivinar la nueva vida que se le esperaba.

Isaac, que salió el último, pudo distinguir á todos los chicos ocupando parte del zaguán y de la acera, con la mano sobre los ojos y los pies desnudos sobre el arroyo.

Formaban un montón de harapos con cabecitas de ángeles desaseados, acariciadas amorosamente por los matutinos rayos del astro rey.

---

## V.

Cómo echaba de menos su antigua independencia, cómo se le hacían largos los días y desconsoladoras las noches, cómo anhelaba hasta la destrucción del edificio, para poder tender el vuelo á las regiones que su fantasía le pintaba llenas de encantos inverosímiles y de figuras ideales!

No podía acostumbrarse al reposo y á la quietud que reinaban constantemente en el colegio. Esperaba los jueves con una ansiedad inexplicable; eran los días señalados para recibir las visitas de la familia. Despertaba más contenta y encontraba los mismos objetos y las mismas personas que le hacían insoportable su cautiverio, con distinto semblante y notable abundancia de palabras y de gestos simpáticos.

Muchas ocasiones, comprendiendo el inmenso beneficio que recibía, hacía lujo de dulzura para tratar á las madres, que en obsequio de la verdad, la idolatraban, preocupándose al notar los gustos extraños de Rosita. Todos los ratos libres, se alejaba de sus compañeras, tomando las calles más solitarias del jardín, vagando por ellas hasta las últimas horas del día, deleitándose con las coloraciones del crepúsculo, apenas visibles al través de las ramas de los viejos árbo-

les, únicos testigos de sus melancolías; y llorando mucho, muchísimo, como si antiguos dolores le resucitaran ó amargas penas se ensañaran con ella. Casi siempre, la campana del refectorio, que á las 7 de la noche convocaba á las alumnas, la interrumpía en sus meditaciones, con su monótono tañer. Levántase contrariada, entrando al comedor con los ojos enrojecidos, inapetente y quejándose de imaginarias dolencias. Pero aparentemente, su salud era de roca, y el anciano médico se pasó algún tiempo formando y enmendando diagnósticos que á nada cierto lo conducían, hasta que creyó descubrir el origen de esos males, que en lo privado comunicó á la Superiora, haciendo uso de los más castos eufemismos.

Rosita, contra su costumbre, habíase convertido en una discípula modelo. Sobre todo para la aritmética resultó una maravilla, disfrutando de asombrosa facilidad para sumar dos y tres columnas de números al mismo tiempo. Ocupaba el primer lugar de la clase y resolvía las dificultades de sus compañeras, que también la trataban con cariño; pero nada podía vencer la tristeza inmensa que la aquejaba. Además de los números, tenía otra pasión igualmente fuerte: una piedad extraordinaria que las madres procuraban desarrollar más todavía, con la certeza, de que algún día Rosita tomaría el velo, sería lo que eran ellas. Fácilmente podía suponer-

se así, al observar la unción con que oía misa, lo que frecuentaba el confesionario y los éxtasis á que expontáneamente se entregaba. El capellán estaba contentísimo.

Entristecíase Lola á cada visita, comunicando á Isaac sus temores de que Rosita concluyera en religiosa. No por que no fuera creyente, Dios la librara, sino por que le apenaba una separación semejante, radical y eterna. Sería como si se les muriera; y luego, expuesta á crueles persecuciones de esos liberalotes tan desalmados que parecían no tener otra misión que vaciar claustros y derribar conventos, no podía conformarse. Rosita estaba inconocible, diríase que tenía un corazón á punto de asfixiarse. No hablaba más que de felicidad duradera, de goces inefables, de espíritus y de alas. Odiaba el mundo sin conocerlo, oponiendo á todos los proyectos de Lola una sonrisa de dolorosa conformidad, de enfermo desahuciado, que no podía tolerarse. Isaac le pedía tiempo para reflexionar, porque en efecto, el asunto era grave y reclamaba mucho tino para resolverlo. En esas reflexiones y en si conseguía ó no conseguía trabajo, pasábanse las semanas y los meses, ora lamentando un desengaño, ora acariciando una esperanza que nunca se realizaba. Iba Rosita á cumplir tres años en el colegio, y quince en este valle de lágrimas y de risas—expresión favorita de Isaac cuando hablaba en filósofo. Era preciso que salie-

ra ese día, que lo pasara con ellos y que hicieran cualquier sacrificio para festejarla.

Las excursiones nocturnas al Monte de Piedad eran las aludidas con esa figura de lenguaje.

Cada vez eran menores en cantidad y en calidad; y respecto á la herencia de don Pancho, no les quedaba más que el Recuerdo—un perrillo de lanas, pequeño y ordinario, sucio y gruñón.

La víspera del cumpleaños, se dirigió Lola al humanitario establecimiento en busca de su chica, alborozada de pensar en que la iba á tener á su lado todo un día.

Conocida de la servidumbre, por lo general pasaba sin que la detuvieran, dando los buenos días al portero, único seglar que de su sexo habitaba la casa, sobrándole de vejez lo que le faltaba de vista, circunstancias á que debió su admisión: "por el buen parecer"—escribió un prelado consultado al efecto—aunque al pobre diablo, nada bien le parecieran esos achaques.

Avisó á Lola que la directora deseaba hablarle y Lola entró en la dirección, amable, risueña, con la seguridad de que solo alabanzas podían prodigarse á su hija.

—¿Pero porqué no le habían avisado á tiempo, cuando comenzó aquello, la hubiera atendido.

—No debía alarmarse—gangueaba la directora—no era cosa de cuidado. El médico ase-

guraba que era una fiebre benigna, que pasaría pronto. Estaba muy bien cuidada, la querían tanto! Y tranquilizando á Lola, la condujo á la enfermerí , hasta la cama de Rosita, contestando en su tránsito, los saludos que las monjas subalternas le dirigían místicamente. Sentóse Lola junto á Rosita, le tomó el pulso, le pasaba la mano por la frente y por las mejillas, la besaba, la agobiaba á preguntas, le dolía allí? . . . . . ó allí? apoyando con suavidad los dedos en los lugares á que se refería.

—Nada más la cabeza, mamá, respondía la muchacha, no es nada, verdad madre?

La directora ratificaba medio distraída, á consecuencia de un desgarrón en las sábanas que le tenía fruncido el ceño. Una falta de lesa disciplina! Llamó á la encargada y sin hablarle, la ruborizó señalando el rasgón que parecía, por su forma, contestar con una mueca burlona á la escena muda.

Forzoso le fué prescindir de sus deseos y conformarse con la mala suerte que la perseguía. Volvería al día siguiente y el otro, y todos los que fueran necesarios, si la madre lo permitía, en atención á lo excepcional del caso, á la enfermedad de su hija; bien podía autorizarla á practicar una visita diaria, mientras durara eso. La directora accedió; aunque no estaba mencionado en el reglamento, tampoco había motivo fundado para oponerse. Si ya lo sabía ella que no se lo ne-

garía; y deshaciéndose en agradecimientos. salió de la habitación recomendando á Rosita que no se desabrigara, que tomara las medicinas, todas, las feas y las buenas, para aliviarse pronto; en la puerta, volvió la cara y envió un beso á su enfermita.

No volvían de su asombro en el colegio. Qué podía haber motivado un cambio tan completo como perjudicial en Rosita? Su convalescencia fué un continuo desastre; el buen carácter, la piedad, la obediencia, tanta cualidad que adornaban á la educanda gratuita, en los primeros tiempos, haciéndola acreedora al envidiable titulo de alumna modelo, habían desaparecido para dar lugar á los antiguos defectos de chiquilla malcriada, á los olvidados hábitos de la niña de vecindad, á gestos y palabras que atormentaban á las pobres madres, obligándolas en cierta ocasión que escucharon una de dudosa naturaleza, á confesarse en nombre de la culpable que se reía lindamente de escrúpulos y reconvenciones. Inútiles fueron los castigos y las súplicas, era la pesadilla de los profesores y el mal ejemplo de las compañeras. No había forma de corregir un defecto principal, un verdadero pecado que se desarrollaba en ella augurando malísimos resultados: una coquetería en su persona, que traía desalentados á todos los masculinos, el maestro de música, el cegatón portero y el capellán—un santo varón.

El primero sobre todo, estuvo á punto de perder el cargo, por lo que se esmeraba con la rebelde. Salían imposibles las lecciones de solfa, y el teclado del piano, convertíase en campo de batalla ante los irregulares movimientos del desazonado maestro que hacía salir á bofetada limpia, inocentes corcheas, ignorantes semifusas y enlutados sostenidos. Bastábale sentir cerca de sí á Rosita para perder, nó los estribos sino los pedales; no se le hubiera admitido educación ecuestre.

Un color se le iba y ciento se le venían, secábasele la garganta, buscaba frases para todas y solo producía miradas expresivas para Rosita, que se sentía halagada de haber originado trastorno tal, en el primer ejemplar aceptable que del sexo contrario conocía. Determinose que Rosita no continuara aprendiendo música y se empezó á pensar en un medio decoroso de que la retiraran del colegio, donde no podía seguir. Perderían la clientela de paga andándose en contemplaciones meritorias—como convenían las religiosas—pero enteramente inútiles respecto á una criatura de instintos pervertidos y que necesitaba de un positivo milagro para enmendarse. Demasiado le habían enseñado y demasiado había aprovechado ella. Disponía de un caudal de conocimientos suficiente, hasta para procurarse honestamente el sustento, si lograba dominarse ó la necesidad la dominaba. Seis años llevaba en el colegio,

nada les reprochaba su conciencia adoptando esa medida de salvación general. Y así lo notificaron á Lola que no lo sintió, mucho menos al oír á la Directora hacerse lenguas acerca de la sólida instrucción que llevaba y que le permitiría emprender muchas cosas, aunque no las precisó y aunque pasó como por sobre ascuas lo del cambio de carácter, fuente y origen verdaderos de la disfrazada y dulcificada expulsión.

Cuánta impresión adormecida, cuánto recuerdo perdido, revivieron en Rosita al pisar de nuevo el antiguo teatro de sus primeras hazañas! Cada piedra, cada puerta, cada ventana, todo le traía á la mente poéticas é informes reminiscencias de su bulliciosa y dominadora niñez. De sus antiguos compañeros de infancia, apenas si quedaba uno que otro resto sobrenadando en aquel patio, testigo mudo de sus impresiones de niña, que parecían abandonar voluntariamente los oscuros rincones y complicadas telarañas en que los había alojado la imaginación de Rosita, para darle una bienvenida triste y melancólica, como casi todo lo que pertenece al pasado. Ganas le entraron de llorar al convencerse de aquella soledad y de aquel abandono. Preguntaba por sus subordinados á una que otra mujer que difícilmente la reconocía, y obtenía respuestas desconsoladoras: el taller y la escuela devoran á los hijos del pueblo para hacerlos útiles! La mayoría de

los hombres estaba aprendiendo diversos oficios, los pequeños en el colegio municipal del barrio; y las hembras, trabajando en casas de modas ó desempeñando labores domésticas, según sus respectivas disposiciones. Pasáronse los primeros días en mimar á la muchacha, en dejarla dormir hasta muy tarde y agobiarla á preguntas, no cansados de admirar su creciente belleza y lo que sabía. No podía Isaac abrir la boca por temor de sufrir un revolcón científico de parte de su femenino vástago.

Al domingo siguiente y en virtud de una de esas combinaciones inverosímiles que solo pueden realizar los plenipotenciarios de la pobreza, hubo con qué asistir al teatro á la función de la tarde, tomando delanteros de un palco segundo. Por la noche, estaban invitados á una reunión de confianza en la casa del único liberal empleado del Gobierno, que trataba Isaac con afecto, por su moderación y por ser persona decente, según afirmaba el mismo Isaac dándole palmaditas protectoras en el hombro, á causa de los diferentes papeles que habían representado en política.

La entrada de Rosita produjo sensación; fué la reina del baile, la causa de que rompieran relaciones dos novios á punto de casarse y la de que un galán derramara un vaso de ponche sobre la guitarra del director de la música.

## VI.

No podían resolverse!

Todos sus odios y sus preocupaciones se levantaban terribles en la oscuridad de su alcoba para impedírselo. Varias noches pasó desosegado dando vueltas á la proposición de su amigo el liberal, y mientras más eran las que le daba, más monstruosa se le aparecía aquella.

Rosa, su Rosita en una oficina pública? No era una enormidad? un disparate? un crimen? Qué consejo era aquel? Qué amigos tenía, que lo inducían á cometer semejante barbaridad? Necesario era estar loco para aconsejar esas cosas y dejado de la mano de Dios para contribuir á su realización. Si se había opuesto á lo del colegio, cómo acceder á lo de la oficina?

Y rechazaba la idea que lo perseguía siempre, donde quiera que se hallara. Leía los periódicos que se ocupaban de la nueva medida alabándola por su bondad. "Comenzaba el reinado de la mujer; las carreras profesionales y los puestos públicos representaban á los destructores de la prostitución. La acción civilizadora de las ideas modernas había descubierto la cuadratura del círculo, uno de los problemas sociales de dificilísima solución: el respeto por el trabajo." Venía luego

una lista interminable de las naciones progresistas de cartel, que adoptando esa costumbre contaban con ejércitos de mujeres de todas edades, puras, buenas, respetadas; formándose un capital sobre las barnizadas tablas de los mostradores comerciales, los áridos atractivos de la Teneduría de Libros ó las cordilleras de timbres postales de las grandes administraciones de correos, sin contar los telégrafos, las tesorerías, llenas de caritas encantadoras al lado de horrorosos bigotudos que se preocupaban tanto de ellas como del Gran Turco! Otra de las tentaciones consistía en los sueldos ofrecidos, lamentándose en su interior de no conseguir nada para él que era hombre y trabajador y solicitante incansable, en ocasión en que la prensa parecía ofrecer, no ya los empleos, sino los meses devengados, brindando el dinero, la comodidad, al alcance de la mano, al volver de la esquina.

Vino á decidirlo su amigo con un argumento que aunque fútil en apariencia y resgoso en realidad, se sentía halagado con solo repetirlo:

—Sería su hija el primer caso!

Francamente, valía la pena; él la recomendaría con el jefe de la oficina, haciéndole ver que era un padre cuidadoso. El jefe sería hombre serio, por fuerza, de otra manera no habría llegado á esa altura. Además iría á esperar á Rosita y la acompañaría

por las mañanas. Con esa conducta, nada debía temer y sobre todo: "Sería el primer caso!"

Lola lloró cuando Isaac le comunicó la determinación tomada. Tenía presentimientos, pero sombríos, negros! La cosa apenas tardó el tiempo indispensable para la tramitación, y el primero del mes siguiente, quedó Rosita admitida formal y oficialmente como empleada del Gobierno.

A poco la aplauden al tomar posesión.

El jefe, apesar de las recomendaciones de Isaac, tuvo que hacer poderíos para conservar la gravedad que correspondía á su elevado cargo. Estaba tan mona con su sombrerito de paja y un ligero y natural rubor que cubría sus mejillas, que daban ganas de comérsela á besos. Ese día se descuidaron mucho de sus trabajos. Fué una asiduidad extraordinaria; plumas, papel, tinta, silla, le llegaban conducidos por mil manos y acompañados por un chaparrón de sonrisas, y ella, adivinando su preponderancia pero mortificada por la novedad, no hizo más que decir "muchísimas gracias," velando púdicamente el tono de la voz y manifestándose avara de sus miradas.

Si llega el jefe á pedir la firma, no hubiera firmado más que la destitución colectiva de sus subalternos.

La salida pareció una catástrofe; todos querían acompañarla, hacerse sus amigos, la ro-

deaban sin dejarla andar, digiriéndola con los ojos, dándole informes acerca del carácter y costumbres del jefe, ofreciéndole ayuda, mareándola. Calmose su entusiasmo al llegar á la puerta y distinguir á Isaac que esperaba á Rosita, enternecido y celoso, humilde y pensativo. Rosita se sintió desahogada al verlo, le besó la mano en la calle y se colgó de su brazo, hablando hasta por los codos, para desquitarlos de la presión sufrida en el pupitre. Quería andar, dar un paseo con su papaito, é Isaac nada le negaba, sintiéndose humillado delante de ella, cuya belleza exponía á graves peligros y cuya juventud sacrificaba. Dieron el paseo, entrando á su casa á la vez que la noche. Lola comenzaba á alarmarse por la tardanza; pero Rosita la calmó, contando á entrambos lo bien que la habían recibido, la exquisita amabilidad de esos señores y lo llevadero del que hacer. Lola, durante la narración, mientras Isaac se hacía el distraído oyendo los pormenores de la debutante, la tenía de las manos, mirándola con más fijeza que ternura, con esa inquietud de la madre cuando un hijo está enfermo de muerte y la ciencia es impotente para salvarlo; mirada qne interroga y que sondea, que no admite engaños, que riñe con dulzura y acaricia con timidez, que bendice y teme, que protege y acompaña, que consuela y salva!

Continuó la nueva vida bajo esta faz; Isaac

acompañando á Rosita, los de la oficina ga-anteándola, el jefe amabilísimo y Lola soñando con fantasmas. En una ocasión estuvo el jefe á hacerles una pequeña visita, de amigos, de toda confianza; hasta aceptó una taza de chocolate, quería que lo trataran como de la familia, no inspirarles más que una cordial simpatía. La visita les causó gran admiración y algo de pena, particularmente á Rosita que no se acostumbraba al vergonzante y fraccionado mobiliario de su casa. Todo un jefe, con chaleco blanco, doble cadena de reló y anillo al dedo, sentándose sobre sillones de hule sin barniz y cuyos ancianos resortes lanzaban al encogerse ayes de dolor capaces de enternecer el alma más dura! Hubiera deseado no encontrarse allí, frente de él, no volver á verlo mientras un tapicero de conciencia no renovara todo aquello por un tanto al mes. Isaac, estaba confundido por tanta fineza, recomendando á su hija á cada instante, porque ya veía, su edad, era una edad muy peligrosa para las jóvenes. Y el jefe le daba la razón, asegurándole que pondría cuanto estuviera de su parte por ayudarlo; al menos de la oficina, nada había que temer; allí estaba él decidido á desplegar torrentes de energía, si eran precisos. Pero no serían necesarios, todos los empleados pertenecían á familias honestas y de buena conciencia.

Con tan plausible motivo, cambió el lugar

de Rosita, desde el día siguiente, colocándola en una pieza situada después de la suya, con el objeto—según comunicó á los demás empleados—de que no se alterara el orden del despacho. Meses tranquilos deslizáronse en los escritorios, hasta que una circunstancia imprevista, vino á despertar profundas é incontrovertibles sospechas. Como oyeran rumor de voces en el gabinete del jefe, hubo un atrevido, que pretextando cualquier simpleza, llegóse á llamar á la puerta que algo tardaron en abrir. Bastó ese pormenor, para el que sobraban explicaciones de buena ley, á derrumbar en un momento, entre chistes y alusiones picantes, la hasta entonces inmaculada reputación de Rosita, semejante por la duración, á la alegría del niño que principia sus juegos correteando, para concluirlos lloroso al instante en que una piedrecilla invisible, lo hace resbalar y lo lastima, sin transiciones, sin preparativos. Así vino abajo su pureza, trocándose el antiguo respeto y el antiguo afecto por un desprecillo ofensivo y desesperante. Ya no era el objeto de las atenciones con que la agobiaban cuando entró en la oficina; al contrario, hubo individuo que la saludara sin tocarse el sombrero, como quien hace una limosna forzada y no un cumplimiento voluntario. Una tarde al salir, mostró á Isaac un precioso relojito de oro, contestando á sus preguntas y temores, que se lo había sacado en una rifa hecha por un

compañero; le iba á servir de mucho, lo menos que se ahorrarían por las mañanas sería una media hora de ansias y carreras. En lo de adelante no se precipitarían, sabiendo á qué atenerse, cronológicamente hablando. Lola pareció no quedar muy satisfecha con los resultados de aquella lotería, cobrándole tal antipatía al reló, que jamás quiso consultarlo, prefiriendo molestar á la portera enviándola á informarse en alguna tienda cercana ó esperando con paciencia las invariables llegadas del aguador á las 11 de la mañana y á las 3 de la tarde.

Por fin Isaac, consiguió á su vez un empleo, que si bien aumentaba las anémicas entradas de la familia, abandonaba á Rosita, en sus salidas del trabajo. Tuvo que aceptarlo, que desempeñarlo con conciencia, empezando entre él y Lola una economía sostenida sin otro objeto que poder obligar á Rosita á abandonar ese trato masculino y diario que nada bueno podía acarrearle, por mucho que se dijera en contrario.

Pero no llegó á salir sola ni una tarde. A eso de las 5, llegaba un carruaje de alquiler que conducía al jefe y á la empleada á los bosques más poblados de rumores y de heliotropos que tanto abundan en el parque; y allí, vistos á lo lejos caminar del brazo, él, azotando con el bastón las inocentes y silvestres ramas que crecen á orillas de las calzadas, que se inclinaban al recibir el inhu-

mano golpe, tratando de enderezarse sobre el herido tallo para protestar de barbarie semejante; y ella, con la cabeza reclinada en el hombro de él, mirando el firmamento sin hablar y bebiéndose en silencio el llanto de la deshonra, para no fastidiar al enojadizo y exigente amante, hubiera podido tomárseles por un matrimonio legítimo, envuelto en las primeras nubecillas de la prosa de la vida.

—¿Por qué le hablaba con esa dureza? No veía bien lo que estaba sufriendo? Una existencia llena de mentiras y de fingimientos, llevada con paciencia y resignación solo por su amor? Qué podía echarle en cara? Unicamente su debilidad para resistir lo que ella se imaginaba ser la felicidad y que resultaba la infamia.

Y lágrimas y más lágrimas eran siempre el final de esos paseos. Él se mordía el bigote, sin contestar, apesarado; ó bien la reconvenía sin miramientos á su estado y á su sexo. No podía remediarlo, bastante lo lamentaba, tanto como ella; y le juraba no abandonarla nunca, comprometerse si era preciso, hacer los mayores sacrificios, verdaderas heroicidades; pero debía considerarlo un poco, no atormentarlo al grado á que lo atormentaba, demasiado sabía cuál era su deber y se encontraba decidido á cumplirlo.

Rosita entraba tarde en su casa acostán-

dose en seguida, pues el trabajo iba en aumento, y siempre llegaba cansada, inapetente, enferma. Lola la observaba atentamente, sin contradecirla, iniciando confidencias que jamás se desarrollaban. ¿Estaba enamorada? ¿Le pasaba algo? ¿No quería á su madre? Pues por qué no era franca, por qué no le comunicaba sus penas si es que por desgracia ya tan joven las tenía? Nadie podría aconsejarla mejor, con más desinterés; y Rosita negaba obstinadamente ser víctima de mal de amores ó de otro mal cualquiera, limitándose á llorar sobre el regazo de Lola que perdía la cabeza en conjeturas y creía en la existencia de una grave enfermedad.

—"Pide una licencia para que descanses, estoy segura de que te la concederán. Quince días cuando menos, que pasarás con nosotros; eso es lo que te hace falta, no haber conocido los encantos de la vida íntima. Verás como te prueba y que bien te pones. Pasearemos juntas, te distraerás con las faenas de la casa y cuidando á tu padre, que el pobre empieza ya á necesitarlo."

Y mientras más dilataba Lola esos horizontes de tranquilidad doméstica, más lejanos y más irrealizables los consideraba Rosita, sufriendo horriblemente al escuchar la narración de ellos.

Una noche dejó de ir á su casa.

Hasta las nueve, aunque las congojas de Lola eran indecibles, no las manifestaba muy

claramente por temor de indisponer á Isaac que no las tenía todas consigo. Pasada esa hora y á medida que transcurría el tiempo con su impasible calma, la ansiedad de los dos era conmovedora. Lola estaba hecha una loca, dando de gritos como si tuviera delante de sí el cuerpo inanimado de su hija. Ambos salieron á la calle, desatinados, sollozando, llena la imaginación de ideas lúgubres y la memoria de recuerdos penosos. Antes de salir, distinguió Lola en el cuarto de Rosita, el reló de la rifa, abierto sobre una mesa y marcando con sus manecillas doradas las once y media, mientras el instantero parecía titubear en su carrera. Sobrevínole una crisis de odio reconcentrado y tomando la alhaja entre las manos, la maldijo, arrojándola después con todas sus fuerzas contra las paredes de la habitación.

Lo creía la causa de la ausencia de Rosita.

En la calle no se detuvieron á reflexionar: guiados por el mismo instinto, se dirigieron á la casa del jefe, donde el portero los tuvo sujetos á un interrogatorio de identificación y de intenciones, acabado el cual les manifestó que el señor se recogía muy tarde!

A dónde ir?

Inspirábales horror la Inspección de Policía, pero era forzoso el acudir á ella.

Y al día siguiente los informaron:

—Rosita ocupaba la cama número 20 en la Casa de Maternidad!

El deseo de la Madre directora se había realizado!

El del amigo de Isaac, tambien.

Era Rosita el primer caso!!

# UNO DE TANTOS.

## I.

No era Carlos partidario de la opereta, pero tampoco era su enemigo.

Anunciaron la llegada de la compañía y sacó su abono, tomando una butaca; la que le dieron, sin exigencias ni predilección, pidiendo únicamente que estuviera cercana á una puerta de salida, cualquiera de ellas, érale indiferente la de la derecha ó la de la izquierda; con tal de poder salirse sin ser muy notado, á la hora en que el sueño lo venciera, no necesitaba de más. Iba al teatro por costumbre, por hacer algo, pero sin que le importara el género del espectáculo, significándole lo mismo una obra de magia que una ópera alemana; mudaba de traje según lo exigían las circunstancias, en cuanto á eso, nadie lo hacía renunciar.

Era esclavo de la corrección y de la propiedad; sobre que lo habían educado en Inglaterra! El lo confesaba; hablaba el español por milagro.

Vestía siempre de una manera irreprochable, tenía pocos amigos, comía solo en una fonda, era parco en palabras, avaro en risas y jamás había llorado. Aunque ibero á medias, pues había nacido en tierras españolas, las brumas londonenses le comunicaron desde niño su desconsoladora melancolía y su helada indiferencia. Gran partidario de la higiene y de la caridad colectiva, se la pasaba triste y aburrido en México, por la ausencia de sus dos debilidades, resistiendo castamente los ataques de las mujeres á precio fijo, y tratando de establecer una sucursal de la sociedad protectora de los animales. Fuera de estas dos manías, que en rigor no podrían calificarse de defectos, era en el fondo un excelente chico. Trabajador, ordenado, servicial y caballeroso. Tenía su existencia regulada como un cronómetro, y los libros comerciales de que estaba encargado como varios cronómetros. Nunca le reprochaban un déficit, ni una diferencia, ni un equívoco, ni una raspadura. Pasábase los días inclinado sobre los infolios, cubiertos los brazos con medias-mangas de lustrina, ejecutando operación tras operación, mudo, incansable, contento; identificado con los números, encontrando cierto placer en ese trato

incesante, prefiriendo de entre ellos el uno y el nueve porque le parecían los de aspecto más serio, los que más cuadraban con su propio carácter. Era refractario al amor, por naturaleza, y á los amigos, por egoismo. Su ideal consistía en vivir ni envidiado ni envidioso, comiéndose su sueldo sin perjudicar á nadie. En el escritorio, cuando los compañeros le daban broma sobre cualquiera materia, se ponía muy colorado y medio enseñaba los dientes, más bien pareciendo el producto de algún dolor que el saludo de una sonrisa. Causaba pena verlo sonreir, entraban deseos de ir á buscar un médico ó de ofrecerle algo, y él nada, tan fresco; concluían los efectos de la broma y concluía su mueca. Le pusieron "El hurón," ocurrencia que celebró de buena voluntad al saberla. Su sueldo era bueno, su salud mejor; estos dos elementos combinados con la práctica filosofía que obsequian los viajes, lo hacían simpático, aumentando sus relaciones que no contraía así como quiera, sino después de cautas informaciones y de una ligera ojeada retrospectiva á la genealogía de la familia que estaba llamado á frecuentar. Decíase noble, y el anillo de piedra negra con un pequeño bajo relieve representando un león coronado y ejecutando una pirueta como perro de feria, que llevaba en un dedo, constituía su heráldica. Llamábase caballero-aquí ahuecaba la voz-de Winterhall, y nadie lo

apeaba de esa caballería inofensiva, ignorada y problemática.

En cierta ocasión, se le creyó enamorado de una señorita de la buena sociedad y se esperaba la boda como la cosa más natural del mundo. Amigos y relaciones de la casa llegaron hasta determinar fechas, y en efecto, el negocio según todas las apariencias, iba al vapor; Carlos comía y almorzaba y casi vivía con los suegros. Del escritorio á ver á la novia y de allí al escritorio. En los paseos y en las reuniones siempre juntos, cuchicheando, con guiños de ojos, y recíprocas amabilidades. Ya la chica se ruborizaba á las menores alusiones de los íntimos, lo esperaba en el balcón y se le consagraba en la visita que invariablemente hacía él, por las noches, si era entre semana, y de todo el día, los domingos y fiestas. Repentinamente, sin causa, ni explicación, ni motivo, ni nada, dejó Carlos de visitarla, importándosele un bledo los comentarios á que tenía que dar lugar la irregularidad de su conducta. La familia echaba pestes y salió aquello de "estos aventureros" y "fíese Ud. de los buenos modales," "quién lo hubiera creído," "parece mentira;" la mamá recomendando prudencia, muchísima prudencia por el qué dirán, la gente es tan maldiciente; la niña con crisis nerviosas públicas y privadas, palidez constante por la inconstancia que la provocaba, lamentaciones gemebundas y monosilá-

bicas contestando á todo oh! ah! ay!; alejamiento de diversiones; y el padre, que tenía su genio como cualquier hijo de vecino, entregado á millares de diablos, prometiendo palizas, reclamos, tiros, deseando duelos, sangre, camposantos y exclamando á cada paso aunque tuviera señoras por delante: "—Maldita sea mi suerte."

Preveíase una catástrofe, un drama social, un escándalo mayúsculo, pero las conveniencias y la conservación del buen nombre, apaciguaron los ánimos conjurando la tormenta.

Increíble fué lo que padeció la reputación de Carlos Winterhall; durante mucho tiempo se le consideró un monstruo, un inmoral, un descorazonado que había descubierto su juego. Lo que quería estaba clarísimo, era casarse con alguna rica, sin cuidarse de amores ni de dibujos. Apenas si los espíritus fuertes de pública notoriedad, continuaron tratándolo, y él, sin abandonar su flema, acabó de aislarse, encerrándose en un exterior indolente y reservado. Por eso jamás dejaba de asistir á los teatros, y especialmente al más favorecido, entreteniéndose en contemplar á las mujeres que merecían la pena, así fueran actrices ó espectadoras. Empleaba con éstas gran respeto, aprovechando los momentos de distracción para estudiarlas á su gusto con el anteojo; mientras que con las primeras era menos cuidadoso.

Asestábales los gemelos hasta que se le

cansaba el brazo, sin apropiarse la partícula infinitesimal que le correspondía de esas miradas vagas que las artistas dirijen á las multitudes que las aplauden.

Prefería las bailarinas y las coristas, convencido como lo estaba, de que las primeras partes no aceptan todo género de proposiciones; y reconocía que la opereta francesa, perjudicando su gravedad, lo ponía alegre como unas pascuas.

Se fijó la noche del estreno con anuncios en las esquinas de las calles, en las puertas de los cafés, en las de los hoteles, en todas partes;anuncios impresos á varias tintas y con letras grandes como puños, yendo de mayor á menor, desde el de la diva, que figuraba enorme como su fama, incomunicado dentro de media docena de signos admirativos, hasta el del apuntador, hecho con pequeñísimos caracteres, todos tenían sus recomendaciones y cualidades. La diva, parisiense, y el tenor cómico, y el director de orquesta; los demás repartíanse por las provincias y por Europa; quien venía de Petersburgo, quien de Islandia; dos partiquinas eran nada menos que de Constantinopla, dos turcas llamadas á un gran porvenir.

Más que elencos parecían, los policromos cartelones, tratados de Geografía Continental al alcance de todas las fortunas.

El empresario no decía nada de sí mismo; figuraba allí su nombre, porque no podía

prescindir de publicarlo; pero en obsequio de la verdad, sin comentarios ni zarandajas, seco y aislado, adivinándose al patrón, al que paga.

Qué noche la del estreno! no se encontraba un asiento ni para remedio. Los revendedores imponían la ley, haciendo sus cálculos con los dedos y sus víctimas con los precios. El empresario se paseaba satisfecho por el vestíbulo, frotándose las manos pretextando frío, para que no lo traicionara la deliciosa emoción que experimentaba al contemplar aquel *lleno* que colmaba sus ambiciones y deseos. En las taquillas exteriores se balanceaban los consabidos rótulos de "No hay localidades." Daban los barrenderos los últimos escobaz s sobre el terso piso de piedra artificial y los boleteros reconocían sus sillas al ocupar las rejas de la entrada. Las cortinas de las puertas se inflaban por intermitencias, impidiendo la salida del aire húmedo que partía del escenario, con el telón corrido aún. Dentro de la sala, el gas á media luz, apenas si dejaba distinguir las bancas y los atriles de la orquesta. Uno que otro acomodador sacudía las butacas, pasando por encima de ellas para economizar terreno. Atravesaban la escena los maquinistas en mangas de camisa, el martillo á la cintura, su mandil de cuero y una gorra mugrienta en la cabeza, preparando la decoración, y se respiraba un polvo finísimo que

hacía toser. La llegada de algunos músicos llenos de dignidad y de calma, sin precipitarse, bien abrigados y mostrando las cajas de los instrumentos, que representaban por la forma y el negro barniz que las cubría, ataudes de chiquillos, escopetas de caza, regalos de aguinaldo ó estuches de cirujía, hizo caer el telón con estrépito, sin miramientos, con la conciencia de que sólo estaban los de casa. Dos contrabajos apoyados contra el foro, parecían desde lejos, admiraciones escritas por un aprendiz de caligrafía ó por una persona que está de prisa. El encargado del alumbrado torció la llave, y dió al teatro torrentes de luz que lo mismo iluminaban las galerías que los pasillos, los altos y los bajos.

Comenzó el público á penetrar por parejas, por familias, por solitarios; caminando de lado y con dificultades entre banca y banca, colocando los abrigos sobre los respaldos de las lunetas, pagando banquillos para los pies de las señoras, agachándose los cegatones para verificar el número del asiento; los acomodadores marchaban por delante de muchos concurrentes y les designaban su sitio con un ademán casi elegante; abríanse los palcos, arrimábanse sillas, cerrábanse puertas; la orquesta en toda su sonora integridad, afinaba y se ponía en tono, produciendo al hacerlo, desde la armonía hasta el chirrido; los abonados entraban á buen paso,

repartiendo palmaditas en los hombros de los conocidos y pidiendo excusas para cortar los grupos estacionados en la calle central, alcanzando su lugar sin titubear ni ayuda de nadie, dándose á conocer. Con pocas excepciones, todos leían la traducción del argumento de la pieza, en cuadernos pequeños y baratos, simulando al pronto, un templo protestante con afluencia de fieles.

La opinión era general, poquísimos incrédulos que no debían tomarse á lo serio, la compañía, era muy buena, la mejor que habían tenido; qué mujeres, chico!—se oía de vez en cuando—yo estuve en la estación; hay una sobre todo ... y comenzaban los detalles, en voz más baja, para perderse en el rumor inmenso que llenaba el local.

Llegó también el director de orquesta, rasurado y de frac, á ocupar su puesto, y enérgicos ceceos obligaron á que se sentara todo el mundo; no quería perderse ni una nota de la sinfonía; y en el momento en que el maestro alzaba la batuta, se instaló Carlos, acabado de entrar.

Comenzó la obertura compuesta de los mejores trozos de la partición, llena de la ligereza y buen sabor que distingue á ese género de música, salpicada de notas que hacen cosquillas, que predisponen á reir á solas ó á pellizcar á la vecina de asiento aunque ella no dé entrada; que recuerdan las maldades olvidadas, los juegos con las primas bonitas

y las primeras escapatorias nocturnas; que dan ganas de embromar. Las había tan intencionadas, tan alegres, y algunas tan canallas, que nadie en la sala se conservaba inmovil; los hombres limpiaban los cristales de los gemelos con nerviosa insistencia y las señoras se abanicaban con una priesa extraordinaria. Hasta los músicos estaban animados, notábanseles los efectos contagiosos de la fiebre que produce ese manjar compuesto de pimientos puros que se llama opereta; los que tenían á su cargo los *latones* inspiraban serios temores, parecía que los ojos iban á saltárseles de las órbitas y los carrillos á reventarles, y los *violines*, voluptuosamente inclinada la cabeza sobre las cajas, se abandonaban al delicioso compás que los adormecía. Se respiraban fuego y malas tentaciones; la atmósfera estaba cargada de deseos pugnando por desbordarse; hubiera podido encenderse un cigarrillo en cualquiera parte, exponiéndolo á ese contacto.

Uno de los municipales de vigilancia se hacía aire con el kepí sacrificando la ordenanza.

Daban ganas de gritar "agua" y se hubiera agradecido un diluvio artificial. Realizábase lo de la ciudad oxigenada. Los retrasados pagaban los vidrios rotos; por muchos esfuerzos que hacían para no ser sentidos, andando de puntillas y agazapándose, no escapaban á las iras de los asistentes. Ceceá-

banlos con positiva cólera, por su involuntaria impertinencia, fijándolos con semblante fiero, intransigente, terrible. Calló la orquesta y continuó paladeándose por un buen rato la sabrosa impresión de los picarescos acordes, vagando aun por las galerías altas coronadas de multitud de puntos negros que se movían sin cesar. Respirábase con dificultad, y para acabar de enardecer á los concurrentes, el ambiente estaba impregnado de ese aroma difícil de clasificarse y dominando siempre en toda reunión numerosa, aroma penetrante y débil á la vez; que halaga la nariz y lastima la médula; que de todos párte y nadie monopoliza, esa mezcla de transpiración de mujer y perfume de gente decente; aroma que en el acto se reconoce, cuya ausencia en seguida se echa de menos y cuya influencia, en bailes y saraos, es de tonos varios y de multiplicados matices. Afortunadamente se corrió el telón, ya era tiempo; la bocanada de aire húmedo que saludó al público, calmó los ánimos, hizo toser á uno que otro y restableció el órden.

Las luces de gas se inclinaron para dejarla pasar, arrebatando de aquí y de allá un fragmento que como fuego fátuo moría al nacer.

El asunto comenzaba con un corito de aldeanas vestidas de corto y aldeanos vestidos de largo.

Discurrían en grupos, por la escena, de-

jando en primera fila á las de palmito más pasadero encargadas principalmente de llamar la atención con lo que pudieran, que las pobrecitas no estaban obligadas á tener buena voz. En los asientos laterales, se gastaban los primeros cartuchos, y era natural; allí se está á quemarropa y por eso, en lo general, vénse ocupados por veteranos que no tiemblan en el primer choque con el enemigo; que enristran el anteojo con mano firme esperando las consecuencias, y preparan la cartera adivinando el saqueo.

Aplaudióse el coro, por nada, por mera galantería, pero la verdad, ni quien se fijara en él. Se esperaba con ansia la aparición de la diva que debía ser en esa escena. Reinaba un silencio sepulcral y todas las miradas no se apartaban un punto del bastidor de salida, que simulaba la puerta exterior de un templo rural. Salió, y ahí sí que fué la ovación; unos por paga, otros por gusto, éstos por conocedores, aquellos por imitación, parece que apostaban todos á despedazarse las manos, á juzgar por la furia con que aplaudían. El maestro llevaba rato de tener suspendida la batuta sobre la cabeza de los filarmónicos. y nada: venía una tregua, ya se creía que iba á escucharse el canto, y una palmada aislada, tímida, casi vergonzante bastaba para sembrar la alarma y el arrebato. Y deveras que estaba guapa la diva, vestida de novia, con corona, ramo y guías de azahar en

todo el vestido, que le llegaba muy poco más allá de las rodillas; zapato bajo de raso, media de seda y un velito artísticamente prendido, que realzaba los detalles de su rostro ovalado y bien hecho. Agradecía el recibimiento alzando los ojos con mortificación y dirigiendo una mirada tan cándida y tan inocente, que parecía una forzada y no una artista; reía y mostraba una doble hilera de dientes blancos y esmaltados y un par de hoyuelos que acababa de entusiasmar á los más calmados; habíase detenido ante la concha del apuntador y parecía realmente que la ovación la embargaba; pero no bien venció la orquesta, cuando le hizo una seña de inteligencia al maestro y comenzó sus primeras coplas en duo con el tenor cómico y contestadas por el coro de señoras que la rodeaba.

Quejábase de varios desaguisados que el marido había cometído en la iglesia, lloraba á gritos, enjugándose los ojos con el dorso de la mano, como chiquilla mal educada y concluía sus coplas con este estribillo:

—"Si lo supiera mi mamá."

El tenor cómico, que hacía de alcalde de pueblo y de padrino, con una barriga colosal y una nariz como remolacha, respondía haciendo muchos visajes y acompañado del coro:

– Es cierto. "Si lo supiera su mamá"

Y aunque aquello nada tenía de sobrena-

tural, era tal su gracia, tal la cara del padrino, la afinación del coro y lo agradable de la música que el público lo hizo repetir, riendo de muy buena gana.

El éxito de la pieza y el de la compañía estaban asegurados.

Desterrose el miedo de parte de los artistas y más en carácter, acentuaban los chistes, multiplicaban los retruécanos y trabajaban con positivo ardimiento. Venía después el novio, en medio de los varones de la aldea, que lo reprendían por su indigno comportamiento, y él se excusaba alegando haber seguido únicamente los consejos de su papá. Estando á punto de reconciliar á los recién casados, él solícito y tierno, y ella huraña y resentida, se escuchó un gran estruendo y aparecían varios enmascarados, espada en mano, que ponían en fuga á los paletos y, en las barbas del novio, le quitaban á su mujercita huyendo con ella, mientras él se daba á todos los diablos, la orquesta tocaba á la sordina, reminiscencias de: "Si lo supiera mi mamá" y el telón caía rápidamente.

El entreacto fué un verdadero alboroto; salían los hombres uno tras otro y se dirigian á la cantina, donde costaba un triunfo y precio doble hacerse servir. Carlos, contra su costumbre, también entró; sentía la boca seca y la necesidad de tomar algo; se había reido tanto! Y sin fijarse, pidió una copa de ginebra que apuró de un sorbo. A poco más

da asma; se estuvó tosiendo y llorando á ígrima viva por los esfuerzos para tragar, poyando una mano contra el muro y limpiándose, con el pañuelo en la otra, el copioso sudor que derramaba. Prometiose la enmienda y se marchó de nuevo á su asiento. Pasaba en los pasillos por entre la gente agrupada haciendo comentarios sobre el mérito de la pieza y sobre la moral de las ejecutantas, y á penas si se fijó. Al fin y al cabo, qué podían importarle? Si las chicas admitían proposiciones razonables, allí estaba él, y sinó, qué le había de hacer! Lo que sí le chocó y bastante, fué oir que la diva estaba comprometida para casarse tan pronto como regresara á su país.

—Bah, sería mentira! No se expone uno así tan facilmente á.... Exageraciones, cómo podían saberlo?

Continuó la representación: el segundo acto se desarrollaba en el castillo de uno de los enmascarados que era el señor del lugar, perdidamente enamorado de Mimí y que sin andarse por las ramas se la había robado. Pero ella que no era lerda y que en el fondo quería á su marido, salva su amenazada castidad, se pone de acuerdo con éste que disfrazado de montero se lleva lo que es suyo, apoyado en su derecho y en el concurso respetable de sus amigos. El señor, enfurecido por haber perdido la sopa de la mano á la boca, jura vengarse, y al ir á verificarlo en

el tercer acto se veía llegar sofocado al alcalde, que había ido á solicitar justicia de un tribunal con más poder que el libertino; se lo impide, los novios se marchan abrazados, los aldeanos aplauden y concluía todo en paz y en gracia de Dios, excepción hecha de un cancán final, llave de oro con que se cerró el espectáculo de aquella noche.

Tan contentos salieron, que se escuchaban invitaciones á cenar y canturreos entre dientes de los trozos más aplaudidos.

Carlos se acostó en cuanto llegó á su casa, que fué pronto, y no pudo dormirse en el acto. Conservaba en los oídos el retintín de las conversaciones, de los aplausos, de la música, de la cantina. Apretó los ojos y vió delante de sí á Mimí en traje de novia, restregándose los suyos y cantando sus célebres coplas.

—Tiene gracia—exclamó—¿pero, quién irá á casarse con ella?

## II.

Clavado sobre su pupitre se engolfó en los números, animándose conforme las operaciones aritméticas iban aumentando en su desarrollo. De codos sobre el "Diario," con la mano izquierda dentro del cabello y la derecha en febril actividad, recorriendo colum-

nas, alineando guarismos, verificando sumas, trataba Carlos de olvidar la noche pasada. Y no podía; á cada instante, sin fundamento y sin motivo, como una verdadera obsesión, se encontraba de nuevo con la traviesa figura de la diva. Hacía un esfuerzo, trataba de sobreponerse, de reñirse; aquello no era de un hombre serio ni mucho menos; perder el tiempo en fruslerías, pensar en una cómica, y sobre todo en una cómica que no lo conocía, que ni sospecharía su existencia y que aun cuando la sospechara ó la supiera á ciencia cierta, no le importaría y con razón. ¿Qué podía ofrecerle? Ni un modesto obsequio, porque sería incalificable el que fuera á pretenderla con uno en relación con sus posibles, y que apenas si sería propio para una modistilla sin exigencias. Volvía á su tarea decidido á derrotar esa necedad de niño, y los números, sus números. su segunda vida, sus viejos y queridos amigos se negaban á ayudarlo. Diríase que se aunaban para atormentarlo; no había forma de vencerlos. En la lucha empeñada, llevaban ellos la mejor parte. Parapetados tras la carita de la actriz que sonreía siempre, parecía que lo burlaban no acudiendo á su llamado ni al de las aceradas puntas de la pluma, saliendo unos por otros ó dos á la vez, como chiquillos malcriados fuera del alcance de su maestro. Suspendió la obra para calmarse, para dejar pasar esa desazón del momento y se mezcló con los

compañeros, buscando en su plática insustancial y común el reposo de que carecía. Con la pluma en la oreja y el ceño á medio fruncir por la contrariedad que experimentaba, se acercó á la otra mesa, á la del cajero que era quien llevaba los debates. El remedio le fué contraproducente. También allí se hablaba del teatro, de la diva, de las coristas, de la representación de la víspera; coloreando comentarios, manifestando deseos, interrumpiéndose, amotinados entre sí. Carlos que buscando calma encontraba tempestades desencadenadas, se dejó llevar y desenvainó la espada, y se exaltó, aumentó el tono de la voz, accionaba, hasta expresó su gusto.

—A él le gustaba, lo colorado, lo verde, el arco iris de la inmoralidad.

Para eso se iba al teatro; el drama con sus sensiblerías y sus insolutos problemas sociales, crispa los nervios, molesta, enferma: la ópera con su clasicismo moderno y su música filosófica y los caprichos incomprensibles de Wagner y sus adeptos, ensordece, cansa; la opereta sí que abundaba en atractivos, intencionados si así lo querían, pero mucho más de acuerdo con el frívolo espíritu de la época. Si á esto añadían una intérprete como la Massé, tan justamente aplaudida la noche anterior, entonces había que declararse por fuerza, defensor acérrimo y partidario ciego del espectáculo. Enredóse la discusión hasta el

medio día, hora del almuerzo bien conocida de todos, y se aplazó el asunto, descolgáronse los sombreros de las perchas, quedando á poco la oficina abandonada, con las plumas fuera de su lugar, abiertos los libros, y en el fondo de la pieza, tras de un mostrador con rejilla de alambre, una masa negra, deforme, colosal, con grandes palancas y placas circulares de metal niquelado, como si fuera un animal bravío maniatado por precaución. Había que fijarse para atinar con lo que era: la caja fuerte del establecimiento medio empotrada dentro del muro.

—Después de todo, qué le importaba á él que la diva gustara? Qué le iba en el negocio? Era su parienta, su esposa, su hermana ó siquiera su querida? Nó, pues por qué se había empeñado en convencer á cuantos le hablaban de que era inmejorable, abundante en hechizos y con grande acopio de talento artístico. Esas escenas en el escritorio y delante de subordinados, qué vergüenza! Haber abandonado por toda una mañana su trabajo, era inconcebible. ¿Qué opinarían los jefes, al saberlo? El que pasaba por tan cumplido, por tan formal?........ Y se separó de los demás, recobrando su frialdad, proponiéndose la enmienda, avergonzado del traspiés. Dióse prisa para llegar á la fonda y poder recobrar luego el tiempo perdido; se quedaría en la oficina hasta muy entrada la noche si así precisaba, cualquiera hora le significaba lo mismo,

con tal de que nadie se enterara del abandono.

Alzó la cara y largó un juramento que desgarró su pulcritud; aquello era una persecución, una insolencia, no podía tolerarse. El gobierno, ó el ayuntamiento ó álguien, quien quiera que fuese, debía poner coto á tales desmanes. "Mire Ud. que es mucho descaro—decía contemplando con deleite las litografías de la artista pegadas en el respaldo de las vidrieras de tiendas y cantinas—mucho bombo." Apretaba el paso, fijaba la vista en el arroyo, huía las tentaciones y á cada paso, en cada esquina, en cada puerta, la diva lo asaltaba, se le reía en las barbas, lo dejaba un instante para alcanzarlo á poco, duplicada, centuplicada, á millares; ya en los programas, ya en retratos, de todos modos. Entráronle temores de volverse loco. ¿No sería una alucinación, una terquedad de su cerebro? Sólo le faltaba encontrársela en la sopa, en la nariz; le daban ganas de espantársela de un capirotazo, como se espantaría á un moscón ú otro bicho impertinente. Siguiendo por ese camino la simpatía tornaríase en odio, la buena voluntad en aversión y la admiración en miedo. Se sentó á comer malhumorado, y cuando tomaba la sopa, derramó una cucharada. La diva en persona se presentaba en el comedor acompañada de otros que serían artistas á juzgar por su aspecto. Qué guapa era de cerca y qué elegante y qué mona! Con ra-

zón en las tablas arrebataba al público. Acercábase indiferente, con movimientos infantiles, casi nerviosos, hablando recio, riendo mucho y aspirando un gran ramo de violetas que llevaba en la mano. Quiso la casualidad que le designaran una mesa frente por frente de la de Carlos, enteramente desconcertado. No cabía duda de que el destino los unía, se empeñaba en arrojar á uno en los brazos del otro: y lo más cuerdo, sobre todo lo más agradable para él, consistía en abandonarse á una especie de fatalismo oriental, no oponiendo resistencia ninguna á la corriente que lo arrastraba, sino al contrario, procurar con maña que se desvanecieran los inconvenientes que pudieran surgir: que bien mirado, no podía asegurar que por fuerza surgieran los tales inconvenientes. Como quien no quiere la cosa y abusando del derecho de contemplación, quedábase de vez en cuando, admirando con pasión á la cómica, que al pronto no se fijó en los trastornos de que era única causa, nutriéndose con conciencia y charlando con la simpática vivacidad de las francesas. Carlos en cambio, no perdía gesto ni movimiento, prolongando la duración de su taza de café, medio envuelto en la azulada nube que formaba el humo de su puro, melancólico, dejando en ocasiones vagar su mirada por los arabescos del papel tapiz, en actitud meditabunda é interesante. Pero el deber, representado por el sonoro timbre del péndu-

lo del salón, lo sacó de su distracción, recordándole con dureza sus diarias obligaciones. Procuró todavía hacer trampa unos minutos más al doblar la servilleta, al retirar la silla, al llamar al camarero para encargarle una tontería, cualquiera, la que se le ocurrió primero, que si lo buscaban dijera que regresaba á comer á las siete de la noche, y recalcó esto último figurándose que podían escucharlo y entenderlo.

Desagradábale, al estar de nuevo sobre sus libros, no poder vencer la malísima voluntad que le inspiraban; si de ahí vivía, si eran su patrimonio, su presente y su porvenir; si á menos que la fortuna no lo favoreciera en uno de sus caprichos, de memoria sabía que estaba condenado á lidiar con números hasta la víspera de su muerte, por qué le antipatizaban? Mientras más se empeñaba en la reconciliación menos se le prestaban ellos, obtenía resultantes y cantidades imposibles, se sentía con fiebre, con ímpetus de llorar. Las mismas cifras que antes se le mostraban benévolas, estaban ahora airadas, inflexibles, groseras casi. Se alarmó, cuando el mozo entró á encender las lámparas; había robado un día sin saber cómo, pensando en imposibles, con la energía perdida y quien sabía si la reputación también y el destinillo por consecuencia. Notó que uno de los jefes se aproximaba, indudablemente á preguntarle algo relativo á su encomienda y lo reñiría, claro,

¿cómo no reñir á un empleado que sin causa justificada descuida sus deberes? Preparó excusas, explicaciones, no todas satisfactorias, era cierto, pero que servirían de atenuantes para disminuir los acumulados rigores. Pensó en las jaquecas, las bendijo de todo corazón, cerró el infolio y esperó.

—¿Supongo que esta noche irá Ud. al teatro, no es esto?

Se demoró en contestar, porque no contaba con ese ex-abrupto. ¿Le hablarían en sério ó sería una broma de mal género? Sin embargo no cabía duda de que lo interrogaban y de que lo interrogaban muy formalmente. Ni el jefe acostumbraba á embromar, ni el tono, ni la naturalidad del hecho y de la pregunta autorizaban á creer ninguna otra cosa.

—"Pues ya se ve que iría, en cuanto fuera hora; en ese momento cerraba sus libros para marcharse á comer y quedar libre y expedito."

Concertaron el ir juntos,—deferencia que aunque lo esclavizaba tenía que agradecer—se verían en el pórtico á las 8½, ó mejor un poco antes. Lo habían informado de que costaba mucho trabajo la consecución de un asiento.

—¿Era cierto?

Y vióse forzado á renovar una narración detallada de la noche anterior, á abrirse la herida, á fomentar el deseo; moderando el colorido de varios pormenores en que hubiera

deseado extenderse, por temor de denunciarse, ó de provocar una sonrisa.

Se separaron como buenos camaradas, estrechándose la mano, repitiéndose la cita; el jefe iría sólo, sin la familia para estar más libre.

Al llegar Carlos al Restaurant se encontró con la diva que salía acompañada de su séquito, tapándose la boca para evitarse un resfriado, dejando adivinar á penas su carita encubierta por el abrigo y el sombrero de paja con el ala delantera muy pronunciada, ocultándole el semblante, las facciones en la sombra como si se preparan á asaltar á álguien. Tuvo él que detenerse y hacer una ligera reverencia, por educación, sin intenciones ulteriores, al estar á dos pasos de la artista que contestó con otra y continuó su camino, sin dar importancia á un hecho que nada tenía de extraordinario.

Mal comió por su nerviosidad y por los acontecimientos del día. Estaba resuelto á poner término á tanta coincidencia, se haría presentar por cualquier amigo, un periodista ú otro que tuviera libre acceso á los bastidores, esa fruta prohibida para el común de los mortales. Hubiera dado algo por poder llamarse redactor del periódico menos acreditado, por saber escribir una desteñida gacetilla é interesar así á la actriz, obligándola á recibirlo con buena cara, á que le coqueteara en pago de un rengloncito impreso, hipertrofiado de

desatinos artísticos y de galanterías cursis. No lo seducía su título: tenedor de libros de una casa de banca, era frio, demasiado numérico y sobre todo, eso de tenedor le sonaba malísimamente; ¿á quien podía sonar bien un nombre que se prestaba hasta el retruécano?

Encontrose al jefe paseando en la acera, con las manos á la espalda, haciendo tiempo sin impacientarse. Entraron juntos, prodigándose mutuos cumplimientos en cada puerta, sobre quien debía pasar el primero, enseñando los billetes y desabrochándose el gabán.

Repetíase la pieza con teatro lleno, con un público ávido de diversión y desbordando de indulgencia, atraído por la reputación de la Massé, muy acrecentada con el éxito reciente, con los aplausos de la víspera cuyo eco vagaba aun en el espacio, animando al más taciturno. Se hablaba tanto en los diarios y en todas partes, que los pocos concurrentes que había por conocerla, esperaban con ansia el venturoso momento. Carlos los envidiaba y tenía celos de que acudieran á ver á la diva. Lo hubieran alegrado un fiasco, ó una grita que le colocara más á su alcance á aquella mujer. En el entreacto no pudo contenerse; se le escabulló á su jefe y abordó á un amigo, sin ambajes, á las claras, publicando su misterio.

—¡Podía presentarlo!

Y el otro reflexionó como si le pidieran una gran cosa, acumulando dificultades, multi-

plicando inconvenientes, cubriéndose con pretextos. Nada le aseguraba, pero haría lo posible por conseguirlo; la entrada al escenario era dificilísima, prohibición absoluta, exagerada.

—"Ni los regidores -decía- sólo entramos, el de turno, algunos cronistas y el bombero."

Pasó Carlos el 2º acto, presa de temores y zozobras, sin fijarse en la representación, anhelando saber á qué atenerse; sinó lograba penetrar al foro, podrían llevarlo al hotel donde sin tropiezos ni sobornos la vería. Buscó al periodista, temeroso de una negativa, conforme y resignado, sin atreverse a inquirir, preguntando por señas, y le dió un vuelco el corazón; lo admitían y lo admitían sin demora, el tiempo volaba, ya no disponían más que de algunos minutos, los suficientes para llenar la formalidad indispensable de la presentación. Como no estaba preparado para eso, sino dispuesto á cosechar una negativa, la noticia lo atemorizó ocasionándole un desasosiego ligero. Fingió agradecimientos y siguió á su guía, muy práctico en tales excursiones. Brusca fué la transición; de la luz y las conversaciones de los pasillos, se encontró en la puerta del escenario, con un portero gruñón, de sombrero puesto que no se tomó ni el trabajo de responder á su político saludo. Aumentaron sus miedos ante la escasez de alumbrado, la sinuosidad del terreno y el ruido incesante de cómicos, comiquillos y ma-

quinistas. Sintió un mareo que lo obligó á apoyarse en una columna grasienta y arañada por la polilla: no podía sufrir una pestilencia atroz, mezcla de humedad antigua y prisionera, de gas que se escapa y de trapos viejos, que lo asediaba con cruel insistencia, que de todos los rincones venía á saludarlo, pero como entre sí se saluda la gente ordinaria, sin miramientos ni otras labores de esas que gasta la gente de pró, sino echándose el aliento á la nariz sin cuidarse de lo que padece el olfato con semejantes confianzas. A donde quiera que volvía la cara, hallábasela más expresiva, aumentando en fuerzas y en calidad. Parecíale mentira ver á todos aquellos tan frescos, fumando, riendo, como si tal cosa, como si estuvieran oxigenándose en algún parque, almacenando aire puro. Admirábase de que los bastidores tuvieran tantos partidarios que se pasaban actos y entreactos entusiasmados y satisfechos. Sinó se podía respirar, si latían las sienes y los oidos zumbaban y se sudaba frio, síntomas todos de la horrorosa asfixia, quién diablos podía estar enamorado de esto?

A no ser que lo admitieran á uno en traje de buzo, con escafandra y campanilla de aviso.

Era de agradecerse que prohibieran la entrada y de solicitar, en caso contrario, que el primer bien intencionado la impidiera en nombre de la higiene ultrajada. Oyó que lo

llamaban á gritos; creyó haber cometido un desacierto y se empinó para descubrir al que le hablaba, mortificado de ser el objeto de una impertinente curiosidad de parte de un grupo de coristas pintarrajeadas que lo miraban con sorna. Distinguió al periodista del otro lado de la escena, que le hacía señas con la mano, de que se acercara. "Siga Ud. derecho, sin miedo; por ahí" y tropezando acá, levantando allá, chocando con los que arreglaban la escena, describiendo curvas, pidiendo excusas, corrido, jadeante, contrariado, se reunió á su amigo que lo esperaba en la puerta del cuarto de la diva, según rezaba un letrero hecho á la ligera con pintura negra, escurrida en una que otra letra, y simulando lágrimas de alguno de los monstruos informes que se balanceaban suspendidos del techo y que sirven para las obras de aparato. "Mlle. Massé" se leía entre dos ventiladores pequeños de forma circular por los que salía la claridad del interior.

—"En cuanto concluya de vestirse nos recibirá. "Está Ud. anunciado."

Carlos se notaba sin los bríos de antes; de veras estaba enfermo, sentía jaqueca y náuseas, un positivo malestar. Pero no hubiera renunciado á la presentación por ningún dinero; llegaría moribundo, mas llegar a. De repente se estremeció: en el cuarto de al lado ensayaba su voz el tenor, vocalizando y atacando notas que era un contento. Por hablar

de algo y espantar su emoción, se dirigió al periodista.

—¡Diga Ud., es imposible escuchar esta barahunda desde afuera, ú hoy es una noche excepcional!

—No, amigo mio; las condiciones acústicas de los escenarios son ..... .....

—Adelante!—exclamó entonces la artista desde su cuarto. Se abrió la puerta y los hicieron sentarse en el recibidor alumbrado por dos candelabros; con un sofá, dos sillones, una alfombra arrugada, sin clavar, y tres baules mundos. También allí percibió Carlos el olorcillo aquel, agravado con el que despedían el colorete y los perfumes. Una cortina de percal floreado impedía que las miradas de los curiosos penetraran en momentos difíciles ó inoportunos al vestidor de la diva.

Percibíase ese rumor de la ropa recién colocada, cuando se viste uno de prisa, que cruje con moderación y se queja con prudencia. Oíase el golpe metálico que producen los broches al cerrarse, y el silbido de los cordones al arrollarse sobre la seda.

Carlos á penas respiraba, entreniéndose en pasar la mano por sobre la felpa de su chistera que relucía de gratitud. Alzóse la cortina, y una mujer, la camarera, los hizo pasar. Se adelantó el periodista dejando atras á Carlos que no creía extensiva hasta él una prueba de confianza y que no se movió. —Podía pasar él también, la señora lo permitía—le

decía su amigo sin salir—el entreacto iba á concluirse.

—El Sr. Winterhall, que deseaba felicitar á Ud. personalmente—exclamó el introductor indicando á Carlos.

—Señora!—repuso Carlos sin poder articular ningún otro sonido y haciendo una caravana de buen tono, moderada y elegante.

La diva se la correspondió con otra ligeramente vulgar, de una vulgaridad casi inapreciable, reminiscencia de las operetas representadas, algo de Madame Lange y de Serpolette; cerrando á la vez el corpiño, aun sin abrochar, y luciendo parte del raso rojo de su corsé que contrastaba voluptuosamente con la blancura mate de su pecho.

Y con una volubilidad encantadora, sonriendo siempre, les pidió permiso para terminar, cuestión de unos instantes; les rogaba que la dispensaran y que se sentaran donde pudieran, ya veían, los cuartos de las artistas eran invisibles. Hablaba frente á un espejo triple, y frente á una batería de frascos, cajas, cintas, medias de color arrojadas al descuido, una partitura de música; les accionaba echándose polvo en la cara ó componiéndose el peinado, mientras la camarera, de rodillas, le amarraba los lazos de los zapatos. En la pared, sobre las sillas, en el suelo, asomaban prendas de vestir, sombreros de varias formas, plumas, flores artificiales, ajadas y descoloridas por el uso, flo-

res naturales en ramos y sueltas, con tarjetas prendidas á ellas; parecía la víspera de un viaje ó el día siguiente á una catástrofe. Solo podían ser así las habitaciones de un loco ó de un actor. Carlos estaba en éxtasis, en muda admiración de esa criatura que se transformaba con una naturalidad alarmante, haciendo lo mismo de anciana que de colegiala, de campesina ó de dama; que lo mismo podía fingir el amor que el odio, el llanto y la risa, la inocencia ó la maldad. Ella, práctica en asuntos semejantes, realzaba sus gracias sin intención dañada, sin saber cómo andaba de fondos su reciente conocimiento ni los fines que llevaba, solo por el placer de contar con un adorador de más, placer al que no puede sustraerse ninguna mujer, aunque el adorador no valga la pena; representa una cifra y basta: asunto de cantidad.

En efecto, concluyó pronto su tocado; vióse de frente, de perfil, se blanqueó las manos y enderezando un rizo, fijando un alfiler, aumentando el escote, se volvió á ellos. Inicióse la conversación, una conversación pesada y monótona, arrastrándose con dificultad, perezosamente; llena de lugares comunes y de frases recortadas, las que se usan en las presentaciones; preguntas necias, respuestas incoherentes, asentimiento incondicional.

—¿Le agradaba México?

—Así, así; tenía sus cosas buenas, pero ... y en los peros se detenía, plegando los labios con desdén, creyéndose merecedora de multitud de fantasías, en realidad no porque las mereciera, demasiado que conocía su limitado alcance artístico, sino por lo mucho que se cuenta de la América, por las fortunas amasadas en unos meses por actores y actrices de más elevada talla.

—¿Y pensaba permanecer mucho tiempo?

—Nó, el de la temporada y nada más. Echaba de menos París, sus bulevares, sus atractivos, su movimiento, su animación. No podía pasársela sin él. Y con la seguridad de no verse desmentida, describía una existencia llena de encantos, de horizontes interminables de color de rosa; asediada por los triunfos y por las ovaciones; víctima de obsequios y de pretendientes; radicada á perpetuidad en el pináculo de la gloria; una existencia como la había soñado, como la anhelaba, aunque todavía se hallara tan distante, que á duras penas la vislumbraba en sus ratos de ambición, informe y desvanecida entre las incoloras brumas de su dudoso porvenir.

—Ah, París—saltó el periodista—aseguro á Uds. que para mí no hay ciudad en el mundo que pueda compararsele. Talento, belleza, arte, literatura, dinero, simplicidad, todo lo posee. Es como una madre consentidora que tiene reservada una caricia para to-

dos sus hijos, y hasta para los amigos de sus hijos.

—Pues yo no la conozco—repuso Carlos con algún pudor—y no obstante que fuí educado en Inglaterra, no tuve oportunidad de visitarla.

—Conocerla materialmente—replicó el amigo—tampoco yo. Pero hombre, se dice tanto y tanto se ha escrito sobre ella, que como si la conociera.

La diva examinaba á Carlos; lo sondeaba con la mirada, adivinaba en él un esclavo y, por su apariencia, no le disgustaba. Era un chico aceptable. Interrumpióse bruscamente la plática; el segundo apunte introdujo la cabeza al recibidor, sin pedir permiso, sin importarle los visitantes, y con voz recia preguntó si podían comenzar. Se levantaron Carlos y el periodista para despedirse. Sonaba entonces el tercer toque, el definitivo. Ofrecióse Carlos á las órdenes de la diva, reiterando agradecimientos por la acogida, y ella, mirándolo fijamente, con imperio casi, le exigió que fuera á saludarla con frecuencia allí y al hotel, sellando el pacto con un sincero apretón de manos, mientras, en señal de confianza, le abandonaba la izquierda al cronista, su inofensivo y desinteresado amigo.

Ya no le parecía el escenario inaceptable, ni el aire viciado, ni el alumbrado escaso, ni las coristas burlonas, ni impolítico el portero. Francamente no se estaba mal; cruzó la

escena con desembarazo, en línea recta, sin tropezar con nadie y á la salida invitó á una copa á su acreedor de favores.

Apareció la diva y Car os trémulo y enamorado le dirigió el anteojo. Cosa singular la que notaba pero cierta, ciertísima: no era ilusión, era realidad deslumbrante de promesas venturosas; la cómica lo buscaba entre la multitud, y al descubrirlo le sonrió con disimulo y con simpatía; para él cantaba, por él hacía gala de su deliciosa coquetería, por él solo.

Reunióse al jefe en el vestíbulo, contento y satisfecho, como un muchacho que es dueño de un juguete de maquinaria complicada; no podía dominarse, el gusto le saltaba por los poros. Tentaciones le entraron de golpear amistosamente el vientre de su superior.

—¿Que qué le había pasado? Pues nada, visitó los palcos de familias amigas y por eso no se encontraron durante los entreactos. Bonita función, verdad? preguntaba insinuante para ocultar la turbación que le causaba su mentira.

¿Por qué mentía? No era obrar mal entablar relaciones de cualquier color con una mujer de teatro. Además, no reconocía en su jefe el arbitrario derecho de juzgar de su vida privada. Después de todo, qué podía significarle que lo hubieran presentado hasta con el apuntador, si tal era su gusto?

Y no que colocándose en ese terreno falso, un día ú otro se aclararía la verdad quedando él por una inocentada en la poco envidiable opinión de mentiroso. Mentiroso un tenedor de libros, qué monstruosidad! Retroceder hubiera sido peor, ahora no tenía otro recurso que sostener la engañifa. Se retiraron juntos hasta la esquina próxima departiendo, cómo era natural, sobre la compañía, la obra y su desempeño. Al jefe le había agradado aquello y prometía volver lo más á menudo que le fuera posible. Llevaría á la señora una que otra noche; les hacía daño desvelarse; era esclavo de sus costumbres y de la higiene.

Al separarse, le recordó á Carlos que el día siguiente era día de correo.

—Lo despacharemos—respondió éste. Buenas noches!

Y siguió á lo largo de la calle, mecido en sus ilusiones, pensando en la Massé, figurándosela en varios trajes, no todos honestos, cantando por lo bajo lo que ella cantaba por lo alto, y mirando, con distraída indiferencia, la fila de carruajes en rápida y ruidosa retirada.

---

## III.

La temporada iba á ser muy corta; raras son las que se prolongan más allá de dos meses, y en tan poco tiempo, tenía que darse prisa para obtener lo que deseaba; no perder ni un día, ni un instante; arriesgar el todo por el todo con decisión, con energía, con audacia. Afortunadamente, se trataba de una mujer á la que se podía hablar sin andarse por las ramas ni mucho menos, yendo al objeto de una manera franca y abierta; sin preámbulos, ambajes ni pudores. Velando las formas hasta cierto punto, esto es, quitando la rudeza de un pedimento á la rústica, pero quitando también, los hipócritas miramientos de los que se hacen á la holandesa. Había que aprovechar el ofrecimiento y visitarla mucho, muchísimo. Estaba dispuesto á hacerlo diariamente, y supuesto que le abrían la puerta, á no desperdiciar la oportunidad, al contrario, asirse á ella con todas sus fuerzas, acariciarla en vez de dejarla pasar. Que el asunto no quedara por cortedad sino por largueza; prefería que le marcaran el alto á que lo tildaran de cándido, tanto más cuanto que no existían fundamentos para una llamada al orden; el negocio se presentaba no enteramente seguro,—esos negocios nunca se presentan á las claras—pero

sí con grandes probabilidades de éxito, que bien manejadas, harían éste indudable. Hasta la circunstancia de comer en la misma fonda lo favorecía notablemente; sobrarían pretextos á qué apelar para que las primeras visitas no aparecieran como traídas de los cabellos ni resultaran importunas.

Principió á hacerlas, tímido en las primeras, osado después, exigente al fin. Y ella, que lo había atraído, que lo incitaba á hacer tonterías, que reía de buena gana ante las declaraciones ardientes de Carlos, que lo dejaba apoderarse de sus manos en las que él imprimía besos desesperados como sus deseos, y temblorosos, mudos como su inexperiencia, comenzó á alarmarse al observar la fogosidad de su enamorado.

¿Dónde pararían con esos desmanes y con esas condescendencias?

Habíase convertido en su sombra, una sombra cargante, llena de súplicas y de obsequios modestos; que espantaba á los buenos partidos, los vanidosos y los pródigos: los pretendientes de una hora ó de una noche á lo sumo, que no discuten precio ni requieren amor, que se conforman pronto y se hastían más pronto todavía; los que convienen para ese contrato fugaz de la existencia. No podía entrarse al cuarto de la diva sin toparse con Carlos sentado en un rincón del saloncito, con el sombrero sobre las rodillas, sin chistar, mordiéndose los labios á cada galantería

que los visitantes dirigían á Jeanette, sin fijarse en él, considerándolo como uno de tantos muebles puestos ahí de mala gana por el empresario para cubrir grotescamente el vestidor de la artista. En ocasiones se llevaba un periódico que le sirviera para ocultar su cólera; extendíalo, y hundía la cabeza sobre los apiñados renglones con ganas de echar noramala á esos conquistadores de profesión; otras, se ponía á conversar con el mayordomo ó con la camarera, personages los más allegados á su ídolo. Todas las noches se resolvía á poner término á tan indecorosa situación, á pedir de una vez, aunque se sacara una bofetada, le ardería menos que las humillaciones incesantes que voluntariamente se imponía, y sin embargo, en cuanto pisaba el escenario, adios proyectos, adios fuerza de voluntad, adios vergüenza.

¿Qué culpa tenía ella ni qué podía reprochársele? Si á nada estaba comprometida, si con cada franqueza lo partía por la mitad, diciéndole en sus bigotes que lo quería como se quiere á un amigo acabado de conocer? Bonita amistad! De qué le serviría una amiga en el teatro? No era actor, ni autor, ni músico! Y luego, una cómica de paso; que hoy canta aquí, mañana allí; que en una parte la aplauden y en otra la silban; en todas conoce gente, mucha gente; enamorados, críticos, amigos y enemigos; que la seducen más las ganancias que los aplausos; que apela á

distintos trabajos para asegurarse un descansado futuro, y maliciosamente origina tempestades y dramas; convirtiéndose, por interés propio, en agente solicitador é irresistible del divorcio; que derrocha capitales, deshereda inocentes y no es perseguida por ninguna legislación! Estaba costeado con la amiguita; si pudiera olvidarla, ó por lo menos, pasarse un día sin experimentar la necesidad de verla, de estar cerca de ella escuchándola, comiéndosela con los ojos ya que desgraciadamente esa era la única manera en que lograba verificarlo; pero quiá, á fuerza de fuerzas asistía á su trabajo, víctima de inquietudes y de zozobras, dejándose el pensamiento y la vida al lado de ella, maldiciendo desesperado de su mala suerte qne se complacía en alejarlo, que se complacía en exhibirlo en toda su pequeñez de empleado subalterno, de dependiente, de esclavo. Entrábale en ocasiones una ambición vertiginosa, incomensurable, gigantesca, anhelaba poseer mucho, muchísimo; no se paraba en cifra, mientras más fabulosa fuera, mejor; así le sobraría para complacer sus menores caprichos, para tenerla siempre contenta, enamorada y satisfecha; ofreciéndole lo racional, que en cuanto á irracionalidades, bastantes le tenía obsequiadas con su cariño insensato y repentino.

Al fin hombre de orden, había logrado en tanto año de pupitre, economizar una suma

menos que pretenciosa y más que modesta; producto de un poco de privaciones sufridas pacientemente con la esperanza de establecerse por su cuenta andando los tiempos, no muy de prisa para los que como él ansían que el sol les dé de cara. Ahora, le parecía grotesca y liliputiense; un equivalente de lo que Jeanette se ganaba á la semana, con cuatro pataditas, dos muecas y una nota. ¿Para qué servía eso? Para nada, ó por mejor decir, para acabar de ponerse en ridículo. ¿Con qué cara y sobre todo, con qué discurso, iría á ofrecerle esos cuatro cuartos exigiéndole en cambio que abandonara el teatro, y los amigos, y sus costumbres? Sería preferible comérselos de arsénico, reventar en medio de la calle provocando la conmiseración pública y la caridad municipal.

Aunque bien mirado ..., sí había dado en el quid ...., tres golpes á la dobla y á disfrutar, ...no, no, nunca, todo menos eso, ni con locomotora lo harían cambiar de opinión; le avergonzaba haberlo pensado, le hacía mal seguirlo pensando y estaba resuelto á no ceder un ápice.

Deveras que las mujeres son peligrosas y capaces con una guiñada de ojos, de mandar á un pacífico masculino á la horca ó á presidio! Era mucho cuento ese, un colmo, una insolencia. No tenía más que una salida, un solo medio de salvación, un recurso supremo; que al jefe se le antojara enviarlo á cual-

quiera parte, con negocios de la casa en el otro extremo del país; á establecer una sucursal ó á embargar los bienes de algún deudor moroso; á lo que quisiera, con tal de que lo quitara del fuego, le conjurara el peligro y le cegara el abismo. Porque lo sentía, iba resbalándose, hundiéndose sin que nadie le tendiera la mano, sin que nadie se doliera de él, mirando en lontananza un jurado ruidoso, con un juez brusco é hipocondriaco, un representante del ministerio público, novel, y por consecuencia sin misericordia; un defensor anciano en la carrera, con las ilusiones muertas y dos ó tres defensos lo mismo que las ilusiones; una sociedad ávida de escándalos—como todas las sociedades—y su nombre, inmaculado hasta entonces, lleno de lodo y de miseria. Y luego que Jeanette con su gracia y todo, no valía sacrificio semejante, qué había de valer; pero reflexiones y razonamientos huían con solo el ruido que hacía la cómica al andar. Renunció á la lucha desde que se convenció de que le era inútil, no ya sostenerla, sinó iniciarla.

Es cosa probada que lo que decide de un hombre, es que la mujer con quien tiene que encontrarse en determinado momento de la existencia, sepa valorizarlo.

Hay mujeres propicias y mujeres funestas, así como hay día y noche; ambas son necesarias; pero si al que le toca la segunda, carece de luz suficiente con que iluminar su

ventura, apela al crimen y se convierte en incendiario.

El rico corre en estos casos el riesgo menor; para la noche tiene el gas; para la mujer funesta el oro.

Por desgracia, las mujeres propicias representan honrosa minoría; al cabo de un año, y entre noches y días nublados, vese pasar á los verdaderamente primaverales, tristes, silenciosos y solitarios.

Una tarde, que abandonó la oficina aguijoneado por su deseo constante de pasarse el tiempo con ella, sufrió una contrariedad al acercarse al cuarto. Jeanette, despedía en esos momentos á dos individuos conocidos de ella, y de él, y de todo el mundo; dos señoritos, dos desocupados sin más profesión que realizar conquistas fáciles, sin otro objeto que divertirse con lo que primero se presenta. Se despedía y se despedía sonriéndoles, en un arranque exagerado de amabilidad, inundándolos á agradecimientos, no lo olvidaría nunca, estaba precioso y ella llevaba mucho tiempo de desear uno semejante, no sabía como corresponder; y ellos, con el sombrero en una mano y el bastón y los guantes en la otra, declinaban los cumplimientos, se deshacían á reverencias, depreciaban el regalo, nada valía, ni merecía que se mencionara, prometían exigir la correspondencia que generosamente se les brindaba, dándose de codo y aludiendo á cosas que escocían á Car-

los, dejando adivinar la tal correspondencia, en lo que consistía:

—Una página de amor escrita sobre una pizarra, que se borra sin esfuerzo y vuelve á escribirse con facilidad!

Carlos tuvo que despedirse devorando sus celos, apoyado en el barandal del corredor, obligado á sonreirse también de las candentes frases que se cruzaban delante de él, hiriéndole el rostro al pasar, como si fueran formuladas por un látigo; presenciando con paciencia forzada las preliminares de un contrato de compra-venta, presenciando con un infierno en su interior, el mutuo consentimiento de los contratantes, careciendo de derechos que invocar y abundante de amor y de desesperación. Estaba tembloroso al sentarse en el sofacito de la diva, un sofá de parador, anciano y descolorido, lleno de manchas y de años, con resortes paralíticos y quejumbrosos, ocultando historias y aventuras, agonizando con sus secretos. Jeanette fué á sentarse á su lado, pegada á él, y le contó cómo esos caballeros acabados de irse le habían regalado un perrito, chiquitín, monísimo, y con las manos simulaba las dimensiones; ya vería cómo le gustaba. Se levantó de un brinco y se acercó á un sillón en el que dormía, envuelto cuidadosamente en un schal, el perro del regalo. Al mostrárselo á Carlos, que le había cobrado una ojeriza tan profunda como injustificada, le besaba la cara, las

orejas, el hocico, prodigándole palabras apasionadas; enseñábaselo de lejos, temerosa de que fuera á hacerle daño, prendada del animal y prendada gratuitamente, que más tenía de defectos que de cualidades. Carlos, aunque mirándolo de reojo, sintióse contagiado de la alegría infantil de la diva que acariciaba al bicho, con toda la ternura de que son capaces las mujeres nerviosas y las que nunca han tenido hijos; reía también, por imitación, por seguir la corriente, por colocarse á la altura de las circunstancias que no era mucha, y sintiéndose poseído del deseo de probar que tenía gracia como la tiene todo el mundo, por tonto que se sea, aventuró una pregunta grosera é intempestiva, que tanto equivalía á una falta de pudor como á un abuso de confianza:

—¿No sería perra... ?

—Era verdad, no había reparado ni se le había ocurrido averiguarlo—contestó la actriz riendo á carcajadas.

Y resolvieron cerciorarse por sí mismos, contentos de encanallarse, con la seguridad de que se hallaban solos, excitados por la operación, por el capricho que á ella le inspiraba su enamorado y él, por el cariño que profesaba á la cómica. Colocaron al animalito, de pocas carnes por su raza, huesudo y deforme, temblando de frío y de temor, con la cola entre las piernas y dando pasos desconfiados y encogidos, sobre la mesa del cen-

tro, apoyándolo contra la lámpara; resultó perra, había sido una buena idea la del reconocimiento, ahora faltaba sólo bautizarla con un nombre que cuadrara con su tamaño y con su aspecto, y además, que fuera inglés, los nombres ingleses comunican cierta distinción. Discutieron varios, no atinaban ni se ponían de acuerdo; resultaban unos demasiado largos, otros vulgares, é inadmisibles los más. Carlos encontró al fin, decididamente estaba de vena aquella tarde. La llamarían Fly, es decir, mosca, iríale á maravilla por su exterior enfermizo y chocante. Al notificárselo, inclinados sobre ella, hecha un ovillo en un rincón de la pieza, les enseñó los dientes mirándolos melancólicamente; temía sin duda un segundo reconocimiento.

Sentáronse de nuevo, lado á lado como antes, cansados del juego y de reírse, mudos y pensativos; el cuarto, sumido á esa hora en una apacible semioscuridad, no permitía distinguir con claridad los objetos; veíanse los mayores como otras tantas manchas colocadas sin orden ni simetría, confundiéndose los pequeños con la sombra de aquellos. Entraba por la ventana un rayo de luz del vecino farol del corredor, luz amarillenta y opaca, aumentándose conforme penetraba, yendo á morir en la cortina de la alcoba, que á intervalos se estremecía con las intermitentes ráfagas del aire, pareciendo que álguien que se ocultaba allí, la movía á su antojo. Sentían-

se bien así, sin hablar, sin poder verse, soñando ella con sus ambiciones y él con la realización de sus deseos.

De vez en cuando, escuchábase el violento sonar de los timbres eléctricos, nerviosos é incesantes cual reló que pierde la cuerda, respondiéndose unos á otros en tonos varios, indicando las impaciencias del que llama y la tardanza de los camaristas; y de una manera monótona, imponente y sorda, el ruido de la máquina del ascensor, pareciendo á lo lejos la respiración fatigosa de un asmático.

—La cuidaré mucho—dijo de pronto Jeanette, refiriéndose á Fly.

—Bueno—repuso Carlos que no pensaba en eso.

Y volvieron á encerrarse en su mutismo, arrepentidos de haber cortado el hilo de sus reflexiones, hasta que quedaron completamente en tinieblas, excepción hecha del amarillento rayo de luz que no torcía su rumbo, enclavado en la alfombra y señalando siempre la entrada de la alcoba. Jeanette propuso encender la lámpara y Carlos, sin contestarle, sin darse cuenta exacta del lugar que ocupaba, á tientas, la abrazó con pasión y con furia, aprovechándose de la oportunidad, lanzado en una pendiente para él desconocida, sofocando á besos las protestas de la otra, que se defendía tratando de deshacerse, sorprendida, jadeante, halagada. Percibíase en medio á tanta sombra, el rumor de la lucha

invisible, repitiendo ella por lo bajo "no," "no," y él sin contestar, entregado á su grata faena, avanzando terreno á cada tentativa, comprendiendo que Jeanette iba á ceder, acosándola, dejándola sin movimiento, cubriéndola con un océano de caricias; y allá, en un sitio ignorado, oíanse amenazadores los gruñidos de Fly, que no se hacía cargo de la situación. De repente, llamaron á la puerta, discreta y moderadamente, como el que conoce que interrumpe, con golpecitos suaves, sin gritar y sin insistencia.

¿Quién podía ser?

Suspendiéronse las hostilidades, decretóse una tregua, y arreglándose Jeanette los desperfectos del vestido se acercó á abrir.

—¿Quién es?—preguntó con la voz ligeramente enronquecida por la agitación. Era su mayordomo que iba á enterarse de si la señora bajaba á comer; pero antes de que pudiera acogerse á esa tabla de salvación, sintió que Carlos le besaba la nuca, suplicante y enamorado.

—No comía, cenaría en el teatro después de la función.

Al mismo tiempo que se alejaban los pasos del mayordomo, Carlos cerró la ventana importunado por la claridad; los curiosos estaban de más, el camino de la alcoba sin derrotero. Adivinándose á distancia, se aproximaron ambos á un mismo punto, sin vacilaciones ni tropiezos.

Y Fly en tanto, no acostumbrada aun á las excentricidades de su nueva ama, seguía gruñendo á esa escena negra.

## IV.

Al día siguiente no había función; se citaron para el ensayo que sería á las siete. No tendría dificultades para entrar; bastaba mostrar la papeleta de abono. Los abonados disfrutaban del derecho de presenciarlos.

Carlos llegó un poco después de la hora, fastidiado del trabajo, de los números, de su jefe, de sus compañeros; y se deslumbró en la sala, apenas iluminada por algunas lámparas de petróleo pendientes de dos alambres, sobre el sitio destinado á la orquesta, y con reverberos de hoja de lata en forma de embudos para no desperdiciar la anémica luz que regalaban. Sobre los bancos cercanos al escenario, distinguíanse las figuras de varias concurrentes, hablando recio y con grandes sombreros que, al moverse con las réplicas de la conversación, simulaban aves nocturnas orientándose antes de tender el vuelo. Eran las vergonzantes, las púdicas en público, y las que conocen á las compañías teatrales con billetes prestados por los amigos amables y compasivos.

En el escenario á telón corrido, había dos

rejas de madera blanca, una en cada extremo, fijadas á los muros de los palcos del proscenio, recargadas de abrigos y de paraguas. Fumaban indolentemente los músicos, charlando en corrillos, mientras el encargado de conducir los instrumentos delicados á los domicilios de sus dueños, colocaba sobre los atriles las distintas *particellas* de la obra, leyendo con dificultad los nombres correspondientes, inclinándose mucho y arrimando sillas. No había puesta decoración ninguna; los bastidores apoyados unos sobre otros, carcomidos y usados, parecían descansar del trabajo de la víspera, disfrutar de momentáneo reposo, prepararse á seguir al día siguiente, y al otro y todos, hasta concluír hechos jirones sucios é informes, en el sótano, en los departamentos del conserje, en los basureros. Asomaban en las bambalinas, uno que otro trozo de los telones, mal enrollados en sus cilindros; y en el fondo, hacinados, golpeándose entre sí, ruedas mónstruos, puentes mutilados, escaleras ennegrecidas, puertas abiertas, ventanas desgarradas, macetas de cartón. En el centro, una mesa descolorida, con huellas de pavesa y de líquido derramado, al rededor de la cual estaban sentados el apuntador y el maestro de coros, cada cual con su partitura y un candelabro del guardarropa sirviéndoles de línea divisoria, atestado de velas esteáricas con la flama torcida, chorrea-

das por un lado, como si estuvieran atacadas de una erupción granulosa y horrible, goteando sobre el tablero después de engrosar su berruga.

Las primeras partes femeninas, sentadas tras una de las rejas, la más cubierta de abrigos para defenderse los ojos del ingrato resplandor de las lámparas, se examinaban los trajes al soslayo, conversando de generalidades, bostezando de aburrimiento, censurando al país que calificaban de bárbaro y de poco culto, sin otra razón, que esa mentida superioridad personal de que se cree poseedor el más infeliz europeo cuando vive en América.

Las coristas discurrían juntas, subiendo y bajando por el foro, arrebatándose la palabra, comunicándose en lo confidencial, los desconsuelos de sus cortes de caja y quienes eran los puntos de paga, de entre los rondadores conocidos. Los hombres, metalizados francamente, maldiciendo de la mezquindad de los sueldos y de la carestía de la ciudad. Los únicos impasibles eran el apuntador y el maestro de coros, viejos los dos, descuidados en el vestir y con fisonomía de antiguos calaveras, de hombres gastados en correrías con mujerzuelas de poco más ó menos. Cuchicheaban por lo bajo, presididos por un libre cambio de impresiones íntimas, contándose chismes de bastidores, enredos de artistas, indecencias que les animaban el

semblante haciéndolos reir con picardía. Un piano, olvidado en el repaso de la tarde, de espaldas á la sala, mostraba sus entrañas de hierro oxidado sin cuidarse del que dirán, y ofrecía su apoyo al director de orquesta que cuestionaba con el empresario, hasta que éste accedió á sus pretensiones por quitárselo de encima y sin propósitos de cumplir. Cercioróse con una mirada de que nadie faltaba, mirada rápida y segura, de quien conoce su oficio, y sacó el reló:

—¿No se ensayaba aquella noche? ¿Qué esperaban?

Se restableció el orden en un momento, con murmullos tímidos de desaprobación por la brusquedad desplegada; ni á los animales se trataba así, con ese imperio y con esos modos. El director de orquesta saltó por sobre la concha y se sentó violento, dando fuertes y repetidos golpes con la batuta, el sombrero echado sobre las cejas, mascando un grueso tabaco que humeaba en su boca. Acomodáronse los músicos con su imperturbable calma, limpiando los instrumentos con el pañuelo, soltando acordes por vía de prueba que salían burlones y destemplados, mirándose con sorna, penetrados de que eran indispensables; sin ellos no marcharía el negocio, formaban el complemento, el todo. ¡Por qué habían de pagar por los delicuentes? Si desagradaban, asunto concluido; se marcharían como si tal cosa, que no se re-

une, así como así, una orquesta de un día para otro, ni se tropieza con un filarmónico al torcer de una esquina.

El maestro de coros y el apuntador se interrumpieron en lo más interesante de la plática, se verían luego, y se separaron emplazados, ahogando su risa, una risa necia é insistente aumentada por lo picante de los pormenores traídos á colación y por la cara adusta y ceñuda del patrón, como denominaban al empresario.

Las coristas, llamadas á gritos y á golpes de bastón sobre el entarimado, llegaban corriendo á formarse en círculo, perdiendo el equilibrio, riñéndose entre dientes. Y comenzó el ensayo, de mala gana, disimulando ante el ojo del amo que no pestañeaba, vigilante y taciturno. A cada paso sonaba de nuevo la batuta del director, interrumpiendo repentinamente á músicos y cantantes para corregir defectos impasables; de pie, agitando los brazos, soltando frases duras, inconsideradas; crispados los nervios con lo inarmónico de la interrupción, una fuga de notas martirizante, la orquesta ya lanzada y parando por partes, como persona á quien opera un cirujano. Nadie hubiera reconocido en el director, al hombre que en las noches de función, correcto y mesurado, conducía á su mundo, enguantado de blanco, amable y con posturas elegantes. Cuando la escena lo requería, acercábanse la diva

y el tenor, el barítono y la contralto, el bajo y la característica, solos ó en conjunto, y apenas si cantaban, las mujeres con los brazos cruzados, los hombres con las manos en las espaldas ó borrando una arruga del pantalón; si la duración era muy larga, arrastraban ellas sus sillas, perezosamente, y ellos se sentaban sobre un extremo de la mesa, sobre las narices del apuntador, balanceando las piernas.

En ocasiones, saltaba el director de escena, iracundo ante tanta frialdad. y se ponía á hacer la parte de un hombre ó de una mujer, indistintamente; recomendaba los efectos, los arranques; repetía la lección, abrazando la atmósfera, dando pasos de cancán, carreras de anciano, voces de idiota, movimientos militares; enarbolando el paraguas, alzándose la falda del saco. Los otros lo rodeaban exasperados de que se les aclarara su poca voluntad. Ya sabían como había de hacerse, pero no querían cansarse inutilmente, agotar sus fuerzas y sus recursos. Sobraba para ensayo, ó acaso deseaba que trabajaran doble? El, protestaba encaprichado; así se viciaban los mejores artistas. Y se disputaban frenéticos, perdiendo el tiempo, por el gusto de disputarse, separándose á poco como si nada hubiera pasado, como buenos amigos.

—No debía tener cuidado, lo harían como les indicaba. Lo empujaban cariñosamente, picándole los costados, golpeándole la espal-

da, hasta que al fin se reía, vencido, queriendo á todos en el fondo, encogiendo los hombros y murmurando que lo hacía por ellos, á él no habían de silbarlo.

Otras veces, atravesaban por la escena, gentes que no pertenecían al teatro, saludando al empresario con síntomas ostensibles de intimidad, afectuosamente recibidos por él. Sacaban de las bolsas periódicos doblados y en abundancia, extendían uno, señalaban parte determinada y se agachaban todos á leerlo, tocándose los sombreros, buscando la luz. Seguíanse cordiales apretones de manos, se separaban, y los recién venidos se llegaban á las señoras, siempre con el periódico desdoblado como la bandera de paz ó el justificante de la visita; repartían uno por cabeza y los agasajaban, ofreciéndoles la mitad de un asiento, colándose entre dos hembras, hechos grandes señores.

Carlos que desde su entrada, se había quedado en los últimos bancos, sobrecogido de temor ante el alboroto escénico, presintiendo un disgusto, mirando por instantes que pasarían de las palabras á las obras, admirado de la barahunda, envidió al primero de los caballeros que vió penetrar con tanta frescura, sin que nadie lo expulsara por inmiscuirse en lo que no le importaba. ¿Sería accionista ó socio? Reconoció, de entre ellos á su amigo, al que lo había presentado; entonces eran periodistas, pero muchos, y con-

tó hasta media docena. Cómo le volvían tentaciones de convertirse en colega, aquello era una ganga, ni más ni menos! Qué diferencia entre su oficio y el de los escritores. Francamente, nunca se le había ocurrido meterse á eso, no se sentía con disposiciones. Sus dotes literarias se limitaron á la sequedad metálica de la correspondencia mercantil. Comprendía que hasta sus cartas de cuando novio iban impregnadas de ese olor á teneduría, desabridas, lacónicas. Y esperaba ansioso á que concluyera el ensayo, interminable según él, llevado á la carrera según el sentir de la concurrencia gratis. Estos estaban en lo justo, diríase de los entreactos que eran fondas de camino de hierro, contábase el reposo por minutos y vuelta á empezar, con la velocidad de un tren directo. Levantóse Carlos previendo la conclusión y se aventuró hasta el escenario. ¿Por qué no entrar? No era la primadona su querida? Pues ánimo y adelante. Siguió avanzando aunque con precauciones, la entrada estaba como boca de lobo; tentando aquí con el bastón, volteando allá guiado por sus recuerdos de la primera excursión, llegó á un hueco, entre dos bastidores, y se detuvo. Pareciale prudente conformarse con lo ganado. Aguantaría allí, en espera del fin, sin ser objeto de ninguna curiosidad, y pudiendo contemplar á sus anchas á su Jeanette, porque era suya y muy suya, hasta nueva

disposición. Subíale un humillo casi invisible, mezclado al peculiar aroma de lo que principia á incendiarse, paja quemada ó papel sucio; y temeroso de una catástrofe, se volvió de pronto para atinar con el orígen. En el primer escalón de una de tantas escaleras verticales, que partiendo del piso, se pierden en el enrejado de vigas del techo, por donde en las noches de función suben y bajan los maquinistas con la rapidez precisa de un gorila, fumaba impasible un telonero, acostumbrado de años atrás á tales bullas, familiarizado con las tinieblas, con los idiomas extranjeros que tanto ha oído, y con todos esos apartes de color rojo vivo que se verifican en los rincones solitarios.

Veía de tiempo en tiempo, cómo desaparecía una corista y hablaba de prisa, temerosa de que la descubrieran faltando á sus deberes, con un individuo también oculto y del que solo se distinguía la blancura relumbrante de los puños de la camisa, quedando lo demás indescibrable y desvanecido. Eran citas sin eufemismos, descaradas, sin lugar á disfrazarlas con galanterías; "sería esa noche,?" "el brazalete estaba comprado," y venían luego instantes de silencio, cálculos violentos, cerrábase el trato con caricias interesadas, con besos que se oían como chasquidos de fósforos resistiendo á inflamarse, que requieren dos y tres frotamientos; se alejaban ellas diciendo que sí, á la

salida, en la calle; traicionándose los deseos de concluir, de solventar un crédito que se contrae en momentos aflictivos con un acreedor exigente y soez. Caminaba Carlos de sorpresa en sorpresa; eso no era un teatro, era un...... y al pensar en el calificativo apropiado, sintió que el rubor coloreaba sus mejillas; hízose el valiente, aspiró ánimos á plenos pulmones y se conformó con que el mundo se desquiciara á ojos vistas, anhelando no le causara algún daño mayor en su desquiciamiento.

Terminó el ensayo con un estruendo de derrota, una especie de sálvese el que pueda, despidiéndose á gritos, á manazos, encendiendo cigarrillos, subiéndose el embozo, y el traspunte, repitiendo sin cesar la hora fijada para el último ensayo del día siguiente.

—Mañana á las 12; coro de señoras abajo; coro de hombres guardarropa; primeras partes, piano, arriba.

Apagaban los mozos, velas y lámparas, el apuntador y el maestro de coro se invitaban á su acostumbrada tasa de café, reanudando la conversación; los atrasados salían á tientas renegando del que los exponía á estrellarse contra las paredes, y Jeanette acompañada del empresario que por egoismo la mimaba, salió la postrera. Abandonó Carlos su escondite tocándole un codo. Al notar que no lo reconocían se identificó.

—Soy yo, Carlos, hace un siglo que te espero.

Peor para él, por qué no había entrado como entraban todos! Llenábalo de recriminaciones ficticias, colgada de su brazo, acostándose sobre su hombro, con ademanes de recién casada ó de mujerzuela que satisface un capricho, quiere prolongar su duración y explota con pericia los pequeños recursos del sexo sin prodigar los mayores, de pie sobre la línea de reserva, en espera de las ocasiones solemnes: un engaño, una reconciliación ó un regalo.

En el pasillo, se encontraron con un matrimonio que reñía, jurando ella que nada había pasado, un saludo inocente, confianzudo quizá, pero nunca una falta; y él obstinado, receloso, grosero.—"Los he visto" era su argumento principal, al que apelaba cuando el convencimiento lo vencía.

Cenaron juntos, en un gabinete de restaurant, disfrutando á sus anchas de lo fugaz de la luna de miel, dando de comer á Fly en un plato de postres, limpiándole el hocico con la servilleta que les estaba sirviendo; inventando Jeanette multitud de juegos con las frutas y con las flores, despertando reminiscencias de su vida pasada, resucitando, á fuerza de libaciones, su antigua habilidad de educanda de café cantante y de clandestina de Batignolles; sus noches tempestuosas en las cervecerías de las fortificaciones, y sus

días de lágrimas contemplando al través de inhumanas rejas el cielo lívido del invierno parisiense, confiscada por higiene en Saint Lazare. Fué un torrente de confidencias, animada como lo estaba por el champagne y por sus recuerdos que le llegaban en tropel, inopinadamente, sin haberlos provocado; era un viaje retrospectivo é involuntario pero sin olvidar nada, registrándolo todo, como ministro ejecutor ó marido desconfiado; las huidas á la vista de los gendarmes, las borracheras en el campo, las temporadas en el barrio latino, las cuadrillas en los bailes públicos, la continua renovación de amante, el Sena atrayéndola hácia su regazo en las horas de miseria; no se contenía, á medida que hablaba, el eco de su propia voz la azuzaba á seguir, á llegar hasta el fin, sin perdonar detalles ni omitir fechas. Y dijo cuanto tenía que decir, quedando exhausta por el esfuerzo y por la desenmascarada, mirando á Carlos con zozobra, queriendo adivinar el efecto causado, con suficiente conciencia para comprender que el alcohol triunfaba y que se había ido de bruces; exigiéndole la reciprocidad, rogándole que hablara, á cada cual su turno, pactando que se daría al olvido lo narrado, instantes de expansión indispensable y benéfica.

Carlos lo bebió taciturno, enredábasele la lengua, arrugaba los ojos, temblábale la mano cuando la extendía sin rumbo, designan-

do un punto imaginario. Jeanette insistía, tenía derechos para insistir, le acercaba la copa á los labios derramándosela por el cuello, retorcíale los bigotes, le suplicaba, hasta que comenzó á explicarse con dificultades, cortando los períodos, quejándose de jaqueca, incoherente y pausado. Su vida había sido muy tranquila, desde niño encerrado en un colegio, allá en Inglaterra; asustándose todavía al mencionar la rigidez de los jesuitas que lo educaron, inflexibles para las correcciones, sin sonreir ni acariciar jamás. Recordó el día de su primera comunión, un día nebuloso y triste en que la nieve les impidió salir de paseo; y en el que robó en unión de varios compañeros, una grande provisión de chocolate; y cuando murió una de las vacas del establecimiento al nacer su becerrito que adoptó otra, la brava, la que estaba siempre amarrada; simplezas, niñerías que fastidiaban á Jeanette.

—Aquello no era cierto, se burlaba de ella, mentía.

—Te aseguro—tartamudeaba Carlos—que es la verdad pura.

—¿Pero y después? ¿Qué has hecho después, ya grande?—

—Pues, lo mismo.....he trabajado, he trabajado mucho.......muchísimo.

Y no lo sacaban de allí, resollando por la herida, repitiéndolo á cada dos palabras, perseguido por ese mismo trabajo que lo

ahogaba en su solaz, en su sueño, en sus diversiones; teniéndolo grabado en el cerebro, al agua fuerte, con buril y tintas indelebles. Se calmó Jeanette; si Carlos no podía hablar, menos podría recordar, y sintiéndose refrescada, en posesión completa de sus facultades, llamó y pidió la cuenta, regateando con el camarero los dineros que sacaba del chaleco de Carlos, medio insensible, sin oponer resistencia, mirándola estúpidamente y murmurando: "he trabajado mucho,....muchísimo." Le ayudó Jeanette á levantarse, le puso el gabán y el sombrero, y salieron salvando las apariencias hasta donde era posible, ella charlando, sosteniéndolo por el brazo, en una crisis de ternura casi maternal, orgullosa de ser dueña incondicional de aquel niño-hombrón, de aquella naturaleza exhuberante, vírgen y aletargada; y Carlos arrastrando los pies sin encontrar apoyo, como caminan los enfermos de la espina, dejándose llevar. En la calle, el viento frio de la noche acabó de despejar á Jeanette y de empeorar á Carlos, rojo tirando á congestión. Volvió á su tema, á lo mucho que había trabajado, y la cómica estrechándole amorosamente el brazo, le contestaba empinándose para alcanzar á deslizárselo en el oido:

—Pobrecito, si ya lo sé; ya me lo has dicho.

Despertáronse tarde á la mañana siguiente, sintiendo Carlos un grande malestar. En-

tretuviéronse un rato viendo á Fly que quería cazar una mosca y á poco, el eco magestuoso de las campanas de la Catedral les demostró que el sol llegaba á la mitad de su carrera. Jeanette había faltado al ensayo; Carlos á la oficina. Escribió una tarjeta sobre la almohada, disculpándose, una indisposición ligera, cualquier cosa, asistiría en la tarde. Jeanette llamó á su camarista que no se sorprendió, al entrar, de las liberalidades de su señora, familiarizada con ellas, suprimiendo los aspavientos por educación ó por hábito. No mencionaron la noche anterior, ni había para qué, ambos tenían la culpa, ambos de qué arrepentirse. A qué pues, remover su calaverada, pasada en silencio, sin otros testigos que los mismos interesados? Sí convinieron en no repetirlo, sobre eso estaban en perfecto acuerdo. No necesitaban de clasificar la falta ni de censurarla, bastábales con su mutua promesa. Primera y última, era asunto convenido, sentencia inapelable. Por supuesto, que no dejarían ni sospechar al más avisado, su escandalito; y en público, como siempre, buenos amigos y páre Ud. de contar. Quedaron prohibidas las alusiones y las frases embozadas y las indirectas; una cana al aire que maldita la falta que les hacía mencionar. Carlos tenía una idea fija, entre ceja y ceja, y la soltó no pudiendo ocultarla por más tiempo:

—¿Quieres venir á los toros mañana?

—¿Juntos?

—¿Y qué? Juntos, sí; podía convidar á uno ó dos de sus compañeros, con los que mejor estuviera. Jeanette se resistía; eso de presentarse en público con esa franqueza y con esa intimidad? A tanto equivaldría ponerse á dar parte de sus locuras á todo el mundo. Carlos argumentaba, volvía á la carga. Si fueran enteramente solos pase, pero acompañados de otros artistas, nada tenía de extraordinario. "Ya verás como te diviertes, nunca los has visto. Aunque á mí no me agradan iré contento por que tú los conozcas." La verdad era que Carlos picado del demonio de la vanidad, quería lucir su conquista, evidenciarse, demostrar que cada quien hace lo que puede y como Dios le da á entender.

Y estuvo elocuente, con poderosa oratoria, allanando las dificultades que le presentaba Jeanette, alborozada por ir, mas sin demostrarlo; cediendo el terreno palmo á palmo, en honrosísima retirada; abusando de la táctica de que disponen las mujeres de talento: simular sacrificio inmenso lo que es la realización de un deseo.

Separáronse en apacible armonía, un poco fatigados, hastiados el uno del otro, pero besándose como si tal cosa; en ese delirio que domina á la humanidad de llamar "mío" á lo que ya lo fué, con pocas probabilidades de repetirse; inconsiderado afán de suponerse

propietario, aunque sea momentáneamente y de materia tan fungible como el amor! Con la seguridad de que habían de negárselo, regresó Carlos á formular una pregunta:

—¿Se verían esa noche?

—Nó, era demasiado.

—Ni en el escenario un momento siquiera en el primer entreacto; un apretón de manos, desearse buenas noches?

—Nó, ni así. Hasta el día siguiente.

Bastante se alegró Carlos, respiró como si le hubieran quitado un peso de encima. Si llegan á cogerle la palabra no sabía lo que habría hecho; probablemente no cumplir. Cosa extraña, que por primera vez le acontecía dada la severidad de sus costumbres anteriores. No encontraba guapas á las chicas que lo eran, ni simpático á nadie; escéptico y desconsolado como si hubiera vivido veinte años en una sola noche; pálido, ojerudo, desvanecido, sin fuerza y sin ilusiones; importándole lo mismo vivir que no vivir, creer que no creer; envidiando á la gente pobre y verdaderamente trabajadora, avara de su sueño y de su salud; que hacen de la vida el uso lógico y racional, sin tirarla por la ventana ni pisotearla indiferente; dábase asco, oliendo mal, á vino vertido en las ropas y aliento de un extraño.

Efectos de su primera noche de orgía!

## V.

No regresaron de los toros de tan buen talante como habían ido. Recostados en el fondo de su carruage de punto, tocándose á cada vaivén, formulaba Carlos quejas sin cuento, amargas recriminaciones, resentimientos justificados. Por bonito papel lo había hecho pasar; á saberlo, jamás le habría ocurrido invitarla ni á los toros ni á ninguna parte. ¡Qué le hubiera costado comportarse de otra manera? ¿Estar más solícita con él y menos atenta con los demás? Evitar que todo el mundo los mirara, no ser voluntariamente el objeto de la curiosidad general, dando el espectáculo y qué espectáculo? Rodeada de tanto pisaverde, sin una palabra, sin una sonrisa para él, sentado siempre detrás, como sirviente ó pariente pobre que se invita por compasión, no se le vuelve á recordar, y delante de la gente se le demuestra el favor? Podía jurar que el barítono y su mujer no se marcharon por que les desagradara lo sangriento de la diversión, fué un pretexto, se les conocía que aquello les repugnaba. Y era el colmo; para que algo repugnara á esos individuos, poco asustadizos de suyo, se necesitaba que la cosa fuera como había sido, una descortesía sin nombre y un desembarazo sin límites. Comprendía que no era cuerdo exi-

girle amor ni mucho menos, pero un poquillo de respeto, una consideración ligerísima, que en todas partes se otorga al que nos acompaña, desde el momento en que se acepta la tal compañía y seanos simpático ó nó el personaje que la ofrece; lo exigía el decoro, lo mandaba la delicadeza y á él por fortuna, no le faltaban ni el uno ni la otra.

Jeanette dejaba pasar el chaparrón, divirtiéndose con las escenas de la calle, acostumbrada á esas reclamaciones, á esos celos, sin discutir y sin defenderse, conociendo el punto débil de los hombres cuando quieren deveras, una nerviosidad que se desborda en frases malsonantes, cólera de niño, que al verse sin eco y sin contradictor se asustan de sí mismos, de su osadía, y amainan paulatinamente hasta pedir perdón de la reprimenda que dirigen ó de las lágrimas que derraman, convirtiéndose en vencidos para poder alcanzar la caricia que los enloquece ó el juguete que los desvela.

Marchaba el coche muy despacio, siguiendo las ondulaciones de la interminable fila de los que á esa hora llenaban la calzada; mirándose de un lado los trenes descubiertos, las doradas libreas, los ginetes, y en el centro, colocados á distancia determinada, la guardia de á caballo disminuyendo en proporciones según la lejanía, con la espalda encorvada por lo molesto de la postura, el puño de la espada descansando sobre la pier-

na derecha y los caballos con la cara hacia la tierra, reflexionando en su mala estrella. Del lado de la acera, la multitud que salía tumultuosamente por las grandes puertas del circo, con poderoso aliento de animación y de vida; escuchándose mezclados, los gritos de los comerciantes ambulantes, velando por el capital, mostrando la mercancía, deteniendo á los transeuntes; llanto de chiquillos, nombres de periódicos, llamadas de cocheros, el ruido peculiar á la conclusión de las fiestas concurridas. De pronto, el tumulto se calmó, replegándose la gente en dos grupos compactos, dejando un medio transitable, sin intervención de gendarmes ni coacción de ningún género, impelidos por la misma causa, obedeciendo á idénticos deseos, empinándose los de atrás para distinguir mejor, cargando otros á sus párvulos para mostrarles la maravilla; la cuadrilla atravesaba altanera, formados de dos en dos, repartiendo saludos y apretones de manos á los que los pedían, que eran muchos, especialmente de la clase baja, facilmente deslumbrada con lo que brilla, aunque después resulte oropel; que agradece la burla por el placer recibido, sin escarmentar nunca, pobre mariposa social, volando siempre al rededor del fuego, ignorando el peligro, sacrificándose, en generoso arranque, por lo que cree luz. Jeanette continuaba sin responder á Carlos, interesada con los toreros, presenciando en

el fondo del cuadro, los irizados cambiantes del cielo, confundirse vagamente con la azulada cima de la cordillera que se preparaba al sueño, envuelta en los jirones de las nubes arremolinadas y cenicientas.

—Te pones tonto—exclamó Jeanette—y te tolero por cariño. No debes abusar, ni menos tratar de que yo cambie. Así he sido siempre y así seguiré siendo. Eres exigente como lo son todos los hombres; nada más que te olvidas de una cosa, que no te he aceptado por esposo ni he jurado obediencia pasiva á tus caprichos. Confórmate con lo que tienes y que á más de cuatro serviría de felicidad, y cuídalo. No lo gastes ni me canses.

Carlos creyó soñar, se sintió atontado, sin fuerzas para contestar; como cuando se recibe una mala noticia ó se sufre un gran golpe. Presentábasele Jeanette en toda su grosera desnudez de mujer materializada que se divierte con el amor, no experimentando nada nuevo, connaturalizada con el hecho de tener un amante, aunque hoy se llame de un modo y mañana de otro, creyendo encontrar en el último lo que le negaron los anteriores, ansiando descubrir un detalle desconocido que le vuelva el gusto al paladar del sentimiento, estragado por el abuso á que ha estado sujeto; prodigando buena voluntad por que lo reciente le sepa á algo, y haciendo un gesto al convencerse de la uniformidad de

acción, de lo desabrido del manjar y de la necedad de querer disfrutarlo. Presentábasele muy semejante á esos viejos gastrónomos que recorren fondas y fondas, prueban de algunos platos, apelan á especias y licores fuertes, y se lamentan del mal servicio, del ningún esmero para complacer á la parroquia y del alarmante aumento de su propia inapetencia.

Y no vaciló; en vez de detener el coche, liquidar cuentas y despedirse como buenos amigos, sin recordar lo ocurrido,— nadie recuerda uno de tantos viajes que se hacen en el tranvía, parándolo en una esquina, pagando al conductor y abandonándolo cuando buenamente nos ocurre, cuando nos importuna un vecino, cuando el ruido nos molesta ó cuando nuestros negocios lo reclaman—le entró miedo de perderla, pensó en los buenos ratos á que tenía que renunciar, en la tibieza de la alcoba, en la voluptuosidad de la hembra; legiones de recuerdos fueron á reprender su inadvertencia llevando todavía el perfume acre del lecho en los momentos de agradable cansancio, y la atrajo cariñosamente, concediéndole la razón, retirando su regaño, culpándose á sí mismo, contrito y apasionado.

—Lo perdonaba, verdad? No volvería á hacerlo, se lo prometía! Jeanette prolongaba el martirio, refinaba el tormento, y si lo hacía otra vez?—Nunca, nunca, se lo juraba; dema-

siado que se arrepentía del mal rato que la había dado. Para convencerla de la firmeza de sus propósitos, púsose á hablarle del beneficio que se hallaba próximo, en esa misma semana, y se mostró interesadísimo, indicando cuales familias se conforman con pagar el importe únicamente, cuales aumentan por vanidad ó por desahogo y cuales rechazan los billetes. Discutieron juntos el delicado asunto de la dedicatoria, se vacilaba entre los miembros del gabinete, preparaban un positivo golpe de estado; y en nada quedaron, irresolutos y vacilantes, particularmente ella que no sabía qué partido tomar. Se separaron totalmente reconciliados en la puerta del hotel y despachó Carlos el coche. Estaban citados para después de la función, serían muy formalitos, sin locuras como en la última cita; irían á tomar algo y luego á dormir.

Carlos al día siguiente, de codos sobre su pupitre, lidiando con sus números, viose atacado por la idea que derrotó una vez. Desolábalo verse en ese grado de ruina, su moral tan atrincherada de principios, tan rodeada de defensores no parecía, había emprendido un viaje del que no sería remoto que regresara incompleta. La buscaba á cada instante aflictivo, la requería á cada momento supremo, y nada, imitando á los infantes de Aragón.

¿Quién diablos daría razón de una moral

desterrada á puñadas y que se refugia, para curar sus descalabros, en el más ignorado hueco que halla vacío á su paso? ¿Pues no le volvían á él, un hombre de principios pletóricos de salud, las tentaciónos de los tres golpes en una casa de juego, para ver de aumentar sus economías, no en tan buena salud como sus principios? Pero también, qué hacer? Liado, y lo que era peor, adorando á una vorágine veleidosa, metalizada y hechicera, de donde sacaba dinero para hacer frente, siquiera el primer sablazo que debía andar próximo, inevitable, certero? Sus actuales economías daban risa; en efecto, reflexionando seriamente, qué podía hacer con unos tres mil pesos mal contados por más que su fuerte fuera la aritmética? El obsequio para el beneficio y se acabó, pero y después? Ahí estaba el busilis, en ese después que se levantaba decidido á atajarle el paso; un después que precisaba coechar. Y como quien no quiere la cosa se acercó á uno de los empleados que disfrutaba de fama de perdido por su mal vestir, aunque él juraba que lo debía á la cortedad de su sueldo. Con bromas, reprochándole su irregular comportamiento, sacó en claro la dirección del garito, que el otro aseguraba saber por díceres de amigos; en el portal, junto á un café de segundo orden, y le indicó el número bajando la voz, chocándole la curiosidad de Carlos, al que ni en pesadilla sospechaba capaz

de lanzarse á la lectura del terrible libro de las cuarenta hojas.

Desde que supo Carlos la dirección exacta, perdió el aplomo suponiendo que todo el mundo adivinaba sus designios con solo mirarlo á la cara; quemábalo como hierro ardiente la imagen de una cosa semejante. Al menos, antes, viviendo en completa ignorancia de donde se encontraban, podía desechar las malas tentaciones, huir el bulto; pero ahora, nó; sentíase cogido, sin poder moverse, con traidora red entorpeciendo su voluntad y fabricada por él mismo. Las palabras del empleado libertino lo asechaban, montábansele en el cuello oprimiéndole la garganta, le congestionaban el cerebro: "en el portal, junto á un café de segundo orden." Pidió al cajero sus ahorros, amasados á costa de tantas privaciones, representantes de ignorados y heróicos sacrificios, asilo de sus deseos y fortaleza de sus ambiciones, cayendo desmoronada al primer golpe de pica que le infería una mujer, después de haber resistido mucho tiempo á los insinuantes asedios de su señor y dueño. Hubo su sorpresa como era natural, ¿estaba de boda ó de donación?; y él, rojo de vergüenza y de presentimientos funestos, procuraba sonreirse, borrar con su actitud lo repentino del cobro; un compromiso inevitable, un préstamo exigido por persona á la que nada podía negar, pero de solvencia notoria, eso sí; asunto de unos

cuantos días, un mes á lo más, y los depositaría de nuevo en la casa.

Según observación del propio cajero, muy ducho en esos negocios, temblábale el pulso á Carlos de una manera poco tranquilizadora, al firmar el recibo.

Pero se los dieron y se los dieron sin titubear, que al fin y al cabo, suyos y muy suyos eran; podía hacer lo que mejor le cuadrara, sin que nadie tuviera el derecho de importunarlo con consejos, de exigirle cuentas ó de recomendarle negocios gananciosos. Ya se sabría en qué los invertía, y se despidieron como siempre, con unas "buenas noches" indiferentes y roncas, sin darse la mano, como se despiden los que se hallan obligados á tratarse diariamente.

Carlos tenía fiebre, le molestaba el fajo de billetes comprimidos en la bolsa del saco, para disminuirlos de volumen. Tocando el bulto, no le parecían despreciables; aquello era una fortunita que bien manejada rendiría, pues no había de rendir. Qué insensatez ir á exponerla á los azares de un albur! Mientras más empeño tenía en detenerse, más violentaba su marcha, involuntariamente, impelido por una fuerza extraña é irresistible, atropellando transeuntes, empleando rodeos, caminando á veces por en medio del arroyo, con grave riesgo de resbalar en el adoquinado ó de que lo aplastara un carruaje; sin atender á gritos ni reparar perjuicios, dispa-

rado, sin conciencia de sus actos. Cuando menos se lo esperaba, se encontró en la puerta de la casa; palpaba la exactitud de los informes; "en el portal, junto á un café de segundo orden"; con avanzar un pie, franquearía el dintel y sin embargo no lo avanzaba, enclavado en el piso, mirando sin ver, al través de la espesa nube de humo que hacía extremecer la llama del quinqué del cafetín, la inmensidad de consumidores que lo llenaba; personas voluntariosas en su mandar, golpeando las mesas, hablándose de un extremo á otro del cuarto, tirando del delantal al único camarero que cruzaba veloz, con una bandeja recargada de vasos empañados y de panecillos, levantándola por encima de su cabeza, para salvarla de un estruendoso fracaso.

Acercósele un caballero lleno de reservas y de misterios. "¿Porqué no pasaba adelante á divertirse un rato? Era una casa seria, frecuentada por personas decentes."

—¿Qué dice Ud.?, exclamó Carlos contrariado visiblemente.

Y el otro repitió su invitación sin amedrentarse por la agria acogida, habituado á los malos tratamientos, cumpliendo con su ingrato oficio: atraer desesperados y decidir á cándidos.

—Ah, sí; dijo Carlos y pasó el dintel, como quien se tira de un balcón á la calle, cerrando los ojos y admirándose de encontrarse vivo en la última meseta de la escalera.

Lo atraía un sonido argentino y delicioso, que no puede confundirse á ningún otro, el que producen las monedas en su mutuo contacto y que halaga el tímpano, pareciendo una caricia delicada de la fortuna, al brindar sus tesoros de promesas. Le azoró el silencio que reinaba en la estancia: resistíase á creer que tanta gente reunida pudiera conducirse con esa sobriedad.

Había algo del recogimiento del creyente y mucho del mutismo del ajusticiado al marchar para el patíbulo.

La pieza, larga y desmantelada, tenía en el centro una gran mesa tapizada de verde, el clásico tapete restirado á fuerza de clavos, medio raido en los bordes por el roce contíñuo de los codos de los jugadores, rodeada de sillas de paja de igual altura, exceptuando las de los talladores y las de los *croupiers*, que se alzaban algunas pulgadas del general nivel. Pendían del techo tres lámparas equidistantes, de la misma forma que las del ensayo en el teatro, con reverberos de metal pintado de blanco, imitando embudos. Cuando por poco pierde el sentido, cuando experimentó un vértigo, fué al contemplar los apilados montones de plata y de oro que descansaban relucientes, tentadores, magníficos, al alcance de la mano, delante del encargado principal. Y rodeando la mesa, echados los de atrás sobre los que ocupaban los asientos, abriéndose camino á empellones,

sin consideraciones ni educación, veíanse barbas canosas y descuidadas, pómulos salientes, ojos ávidos, muecas desesperantes, jóvenes demacrados, semblantes ceñudos, sombreros apabullados, dedos nerviosos jugando distraidamente con el dinero. Se adivinaba el peligro en ese hervidero de pasiones mal contenidas, daban ganas, al aproximarse, de botar el cigarrillo y de moverse apenas, usando de la precaución que se emplea cerca de una caldera en artículo de muerte ó de un depósito de materias explosivas.

Entristecía notar el contento del que gana y el desconsuelo del que pierde.

Decididamente se retiraba, aquello le hacía mal, prescindía con gusto de Jeanette y de todas las mujeres habidas y por haber, si para obtenerlas había que apelar á esa clase de recursos; pero al volverse á duras penas. para emprender la marcha, se estrelló ante una barricada humana que le cerraba el paso, que lo cercaba sin misericordia, obligándolo á no salir, á llegar hasta el fin, á apurar un tormento. Amedrentábale la impasible cara de los talladores y de los *croupiers*, cobrando y pagando con entera calma; y cada vez que escuchaba el ruidillo estridente y seco que producían los naipes al resbalar, sentía un temblor recorrerle el cuerpo. De tiempo en tiempo oía cosas que no entendía, "camonina de oros, cinco", "as y tres," "basto, copa" "¿corre?" "puede." Y siem-

pre lo mismo, una tregua fugaz en que se palpaban los resultadas prósperos y adversos del albur, y uno más y otro, y otros muchos. sin trazas de concluir, una situación interminable y monótona. Carlos estrujaba impaciente un billete de mil pesos, indeciso y timorato, después de haber acertado varios golpes mentalmente; hasta que se decidió, y alargando el brazo, dejó caer sobre una carta, la que le simpatizó, sin preferencias ni reglas, riendo para sus adentros de los que apuntaban en un cuaderno las cartas salidas y perdían apuesta tras apuesta, á pesar de su ciencia. Causó sensación, el tallador en turno le inclinó la cabeza, con todo el respeto que se merece un adversario de intenciones incógnitas, hízole seña de que se acercara, y levantando á un jugador modesto que se hallaba á su lado, le ofreció asiento.

Carlos escuchó de nuevo, en esta ocasión con el alma en un hilo, el consabido interrogatorio: ¿Corre? Puede, contestaron los *croupiers*, y á las cinco cartas llegó la contraria, un caballo de copas sonriente y despintado con la moraleja impresa entre las pezuñas: —"Ahí va."

Carlos se quedó estático, en menos de un minuto había perdido mil pesos; corrióle un sudor frío, latiéronle las sienes y le entró rabia por desquitarse; ya no quería ganar, daríase de santos con rehacerse. Un segundo billete de igual valor partió en busca de su

cautivo compañero; luchó y luchó como valiente y denodado, había instantes en que parecía enseñorearse del triunfo, libraba una acción y regresaba íntegro á regocijarse con Carlos, á prodigarle esperanzas y buenas noticias. En uno de tantos viajes desapareció, no se supo más de él, pereció en la demanda, víctima de hidrófobo rey de espadas. Empeoraba la situación, ya no era uno el muerto sino dos, y en su afán por rescatarlos, perdió Carlos cuánto llevaba, sus ahorros y el dinero de bolsillo, quedando literalmente sin un solo centavo, con tentaciones de entramparse, de pedir prestado á cualquiera, al tallador ó á otro, aunque no los conociera, aunque lo desairaran; con tentaciones de armar camorra, de clamar justicia; todavía le resonaba la notificación de su ruina dicha con voz gangosa y fatigada:

—¡Sota, segunda, moza!

Entonces el tallador le sopló al oído, como confesor que escudriña la conciencia del penitente, recomendándole que recapacite y registre con esmero para evitar un olvido trascendental:

—¿No tiene Ud. más fondos?

—Nó, repuso Carlos, entendiendo la indirecta. Se levantó de allí tambaleándose, sin encontrar la puerta, bajando la escalera con dificultad, dando traspiés cual si estuviera beodo, y al toparse con el vejete que lo ha-

bía instado á penetrar, le cegó la ira y le gritó colérico:

—Váyase Ud. al diablo!

## VI.

Resolvió no comunicar nada á Jeanette; preveía una ingratitud y prefirió devorar á solas su amargura. Lo acaecido era de lamentarse pero no irremediable: acontece tan frecuentemente! Todo se reducía á comenzar de nuevo sus economías, que la experiencia se adquiere á golpes, y á enviar un ramillete á Jeanette, en lugar del obsequio que pensaba hacerle. Por la primera vez de su vida pidió un anticipo en la oficina, para tabaco y gastos mensuales, destinando la mayor parte, al ramo de la cómica, formando á su gusto, trabajado con flores escogidas por él mismo, camelias y gardenias envueltas entre violetas, última manifestación de sus extinguidos recursos: aromada careta de su destrucción pecuniaria.

La noche del beneficio, el teatro estaba de gala, colgado de cortinas, de guirnaldas y festón, de banderas mexicanas y francesas; aumentado el número de focos de luz eléctrica, y en el pórtico, una banda militar, atrayendo nubes de curiosos estacionados en la acera, multiplicaba los alicientes. Cómo

sufrió Carlos con cada salva de atronadores aplausos que interrumpían el canto de la diva, con la lluvia de flores que inundaba el escenario, hasta con unas cuantas palomas que cayeron revoloteando, deslumbradas con la luz y atemorizadas con el ruido. Sucedíanse los regalos uno tras otro, llevados por los comparsas en trajes de fantasía, pelucas empolvadas que hacían resaltar lo obscuro del rostro, grandes casacones con bordados ennegrecidos, y guantes de punto. Se suprimían los nombres de los admiradores galantes, mostrábase únicamente el brillo de las piedras y el terciopelo de los estuches; era un desfile incesante, entrando por una puerta y saliendo por otra, para aparecer de nuevo con los mismos objetos y hacer creer en una existencia exagerada de donadores. Ofreciéronle dos coronas de laurel artificial con vistosas inscripciones impresas en las cintas tricolores, y versos, arrojados de la galería, con alabanzas sin cuento, halagadoras é inverosímiles comparaciones y atentados impunes contra la métrica. Vióse precisada la orquesta á repetir la diana, pedida á voces por los espectadores entusiastas. Llególe su turno al ramillete de Carlos que lo reconoció hundiéndose en la butaca y avergonzado de lo que desmerecía junto á los demás, en forma de cogines, de pirámides, de estrellas, verdaderas preciosidades de jardinería, penúltima palabra de la floricultura. Estaba

seguro de que ni lo miraría, y así fué en efecto; lo tomó unos instantes y sin olerlo, sin desprender una flor, lo dejó en un mueble para conservar entre las manos los más vistosos.

Hubo un detalle, que hizo reir mucho á la concurrencia; una de las palomas, sin fuerza ya para llegar á la escena, se posó temblorosa y agitada sobre la enorme calva de un individuo. Hasta Jeanette tuvo que volver la espalda al público, ignorándose si lo hizo para lucir la desnudez de los hombros ó para ocultar su risa. Pero el individuo, que no parecía ahogarse en tan poca agua, tomó la paloma, le compuso el plumaje, y atravesando toda la sala, fué á entregársela personalmente á un músico, que la pasó á la diva. Lo aplaudieron también á él, se oyeron gritos de "bravo," "que se la den," no se cortó sin embargo, saludó grotescamente y regresó á su sitio. Aclaróse á poco, que era un artista dramático sin contrata, y siguió la representación.

En el entreacto, se acercó Carlos al foro, no enteramente decidido á hacer una visita de felicitación á Jeanette. Contaba con felicitarla después, cuando se hallaran á solas en el hotel, huyendo de la reunión que se verificaría en el cuarto, donde sin duda estarían los conocidos de la cómica, diciendo y haciendo todas las tonterías propias del caso. Se asomaba por curiosidad y

escuchó en efecto murmullos de conversaciones y ecos de taponazos, bebíase por la ventura de Mlle. Massé, rodeada de su corte, sin inquietarse del ausente, sin recordar al enamorado que rondaba tristemente aguzando el oído, como pretendiente de ministerio ó mendigo de amor, escudándose tras de los bastidores, evitando las ocasiones de que lo descubriera el mayordomo, muy atareado por conseguir más copas para los *dilettanti*.

Tan ensimismado se hallaba, que ni siquiera paró mientes en una coristilla de semblante agraciado que se arreglaba una liga con el desembarazo que emplean las mujeres, á solas en su tocador, ó cuando han perdido la vergüenza.

Escocíale la idea de que á una distancia cortísima, Jeanette, á quien sobraban motivos para recordarlo, no le consagraba el menor pensamiento; que tal vez á esa hora, ni lo reconocería, como si nunca lo hubiera visto, una página más en sus impresiones de viaje; una vaga reminiscencia de una pasión rápida y tempestuosa, que la haría sonreir melancólicamente en su ancianidad; cuando sujetara á formación la pálida fisonomía de las víctimas que fueron; cuando recorriera, con el cansancio de los años, las marchitadas hojas de ese album eterno que se llama memoria; el primero la hizo llorar, la prostituyó, la lanzó al mundo; ese otro humilde, aquél altivo y ella, ya descorazonada y escéptica,

se compadecería de algunos, toleraría á los otros y odiaba á los mas por hombres, por bestiales, por prosáicos: que la haría sonreir cuando en el invierno de su vida, apelara al eficaz remedio de vivir la existencia dulcísima del pasado, entonces Carlos tendría su lugar, se codearía con una infinidad alarmante de rivales, muertos todos con diversas clases de muerte, desde la matrimonial hasta la material.

Y no se conformaba con un coloquio dejado para un futuro lejano é incierto; necesitaba de Jeanette entonces, en ese momento, habiendo probado apenas la voluptuosidad, servida por mano experta, y anhelando probarla más y más, hasta que le hastiara, hasta que le inspirara invencible repugnancia. No se resignaba con el abandono y con el olvido.

Si para ella el asunto no había pasado de una impresión de más, para él significaba lo contrario, significaba una momentánea espera en la antecámara de la felicidad!

Fué la salida un tumulto; todo el mundo se detuvo en el pórtico para rendir el postrer homenage á la beneficiada diva. Carlos no quiso quedarse, y se lanzó á la calle; iría á esperarla frente al hotel, á aprovecharse del instante en que la dejaran en la puerta para presentársele, para rogar que le dispensara la pequeñez del obsequio. Confesaríale la verdad, y quién sabe, esas mujeres

tienen luego arranques generosos; la conmovería con lo patético de la narración; se afianzarían sus relaciones, valorizaría ella su sacrificio, lo premiaría otorgándole una hospitalidad que tan cara le costaba. Contrarióle una llovizna menuda é insistente que le hacía temblar; apretó el paso y se guareció en un zaguán cerrado, frente por frente de la entrada del hotel y del salón de billares, que arrojaba al humedecido arroyo, cataratas de luz, oyéndose distintamente el choque de las bolas. Reprendíase con dureza su olvido del paraguas y contaba los minutos con impaciencia devoradora.

Por fin, en el extremo de la calle, apareció un carruaje escoltado por los pilluelos revendedores, aprovechando siempre la menor oportunidad de contrariar á los gendarmes y de molestar al vecindario, gritando "vivas" y deseando muertes, silbando desaforados y pisando charcos para ensuciar á los transeuntes. Plegóse Carlos lo más que pudo para no ser visto y se volvió ojos; bajó el mayordomo, del pescante, esperó á la camarista y se marcharon ambos, muy bien educados, sin fiscalizar á su señora. Siguió ésta, y por último, un individuo que Carlos reconoció sin esfuerzo: el antiguo propietario de Fly.

Iba á provocarlo, bebiéndose las amargas lágrimas que le hacía derramar el despecho, pero felizmente se contuvo. Era la última.

armar un escándalo; lo expulsarían del destino y sin economías ni crédito, lo ahogaría la miseria.

Y bruscamente, calado hasta los huesos por la lluvia, sufriendo de una manera indecible, se puso á tararear un trozo de música —tambien de dolor se canta— que recordaba haber oído en alguna parte.

—Ya lo creo, exclamó, eso es. "Si lo supiera mi mamá!"

Repetía inconscientemente, las intencionadas coplas de Mimí.

## VENDÍA CERILLOS!

### I.

Soñaba!

Soñaba encontrarse en un baño de agua fría, al aire libre, que lo hacía temblar con sus caricias. No podía nadar, y sentíase adolorido por la dureza del estanque. Iba á perecer; el agua, que había estado humedeciéndole las manos, suavemente, con dulzura, á intervalos, le llegaba ya á los ojos, después de haberle hecho cosquillas en la nariz y en la boca. Intentó el último esfuerzo, extendió el brazo y afianzado en la orilla salvadora........ despertó. Su perro *Turco*, agitando la cola y corriendo de un lado á otro, ladraba con estrépito, permitiéndose de vez en cuando alargar la pata hasta la altura de la cara de su amo, que soñoliento todavía, lo dejaba hacer, sonriéndole con ca-

riño. Se esperezó, comprendiendo que la lengua de *Turco* acababa de representar el papel del agua que lo ahogaba, y abandonó el lecho temblando siempre, al contacto del vientecillo helado de la mañana.

Silbó á su perro y se marchó á emprender sus diarias faenas.

Este Luis era un muchacho lleno de recursos: había dormido en el dintel de la puerta de una tienda; apenas si se anunciaba el invierno, ninguna falta le hacían abrigos ni domicilio. Además no los tenía, ni apellido, ó por lo menos estaba ignorante de su genealogía, pero en cambio entendía á las mil maravillas cuando álguien lo llamaba por su álias ¿Quién no conocía á *Sardin*? Lo que sí no era fácil conocer, era el origen del apodo, ni mucho menos su nacionalidad gramatical. Debíalo sin embargo, á una pequeña hazaña cometida en momentos aflictivos. En cierta ocasión, asociado de otros pilluelos de su edad, discurría un ardid que les permitiera comer algo; el día había sido malo, los negocios escasísimos y el apetito voraz. No quedaba otro recurso que birlar á los vendedores ambulantes, sus comestibles. El plan fué sencillo; dos de ellos simularían una riña junto á una de esas mesitas atestadas de panes rellenos de sardinas, para distraer la vigilancia del propietario y dar así tiempo á Luisito de apoderarse de varios, pero con moderación y sin abusar, esto es,

á razón de uno por cabeza. Llevóse á cabo el plan con toda felicidad y Luisito dióse tales mañas, que con el fin de no despertar las sospechas del mercader con la ausencia de los panes, dejó á éstos en sus respectivos lugares, guardando sólo una provisión de sardinas, suficiente á calmar las necesidades estomacales que los atormentaban. Quedó desde entonces bautizado de Sardín, en recuerdo de la memorable jornada, y no hubo forma, á pesar de sus poderosos esfuerzos, de que lo designaran de otra manera. Andando los tiempos, llegó á familiarizarse con el sobrenombre á un grado tal, que casi, casi, le hubiera sido imposible decir cómo se llamaba. Enterró su nombre al lado de un sin número de recuerdos que procuraba tener domiciliados lo más lejos posible de su memoria, porque cuando cerca se le presentaban hacíanlo sufrir extraordinariamente. Estas exhumaciones involuntarias le traían como obsequio, dósis exageradas de amargura. Acosábanlo por lo general, en las noches en que el frío ó el hambre mortificaban á su naturaleza. Calcular la edad de Sardín habría parecido empresa de romanos.

La miseria no permite esos cálculos tan faltos de educación en los séres que trata de predilectos.

¿Quién va á atinar con la edad de esa nube de chiquillos que andan en la calle asaltando á los transeuntes, ofreciéndoles fósforos,

billetes de lotería, periódicos y hasta flores?

¡Qué filántropo ejerce á la intemperie, acariciando á esos niños sucios, indolentes, sin familia y sin moralidad? Todos caminan pálidos, á cuarto de vestir, haciéndose muecas incomprensibles, hablando caló, rechazados, con enfado por el que va de prisa, con asco ó temor por la que vá de compras, y con brutalidad por el gendarme!

Y entre ellos, hay niñas también, cuyo sexo sería difícil distinguir á primera vista. Observando un poco, pueden designarse sin temor de equivocaciones; por una poética y significativa casualidad, son las que venden flores. Futuras educandas de la Inspección de Sanidad, no tienen en su infancia otro contacto puro, otra distracción inocente, que confeccionar pequeños ramos de margaritas y violetas, con la artística coquetería que es intuitiva en la mujer.

A nadie se escapa el cruel contraste que ofrecen el hijo de una persona acomodada recostado en los cogines de un cochecito que empuja una aya de cofia y delantal, risueño, contento, juguetón, y uno de estos hijos del misterio, lívido, con los ojos brillantes, expulsado de un café. Cualquiera, al ver al primero, se siente con ímpetus de hacerle una caricia, y al encontrar al segundo, se asegura inconscientemente el bolsillo del pañuelo.

En uno, todo es blanco, hasta el cocheci-

to; en el otro, todo es negro hasta el pensamiento.

Cuando Sardín pensaba en su pasado—y tendría 10 años—decía que estaba de luto, aislábase de sus amigos y se iba solo, á dormir donde encontraba. Algunos acontecimientos, los veía con una precisión abrumadora, los más eran informes, lejanos. Preocupábase especialmente, de quiénes podrían haber sido sus padres. Jamás lograba averiguarlo y eso lo entristecía; hubiera sido tan respetuosamente cariñoso con ellos, los habría mimado tanto, que lo querrían muchísimo; cómo no habían de quererlo viéndolo sufrir lo que sufría! Y perdíase en conjeturas é ilusiones, vagando en un mundo de deseos purísimos; anhelando ternura, deseando amparo, necesitando amor. Su propia desnudez le preocupaba poco, comparándola con la ausencia de álguien á quien querer. Poblaba su fantasía de figuras agradables, que respiraban bondad y que le dispensaban siempre afectuosa acogida. Soñaba otras veces en próximas é inacabables grandezas, todas para él, se las adjudicaría sin remordimiento y sin opositor, demasiado que se las merecía. Apenas si recordaba porqué vivía en la calle, desde cuándo, donde había nacido. Luchando por esclarecer las nebulosas de su pasado, se veía muy pequeñito en una casa que debió ser de campo, rodeado de luz y de flores, de sol y de vida; revolcándose

en el césped, junto á una niña rubia y de ojos azules, pero tan dulces y tan expresivos, que con sólo cerrar los suyos, volvía á mirarlos. Recordaba también á la señora de la casa, la madre de la niña y la adoptiva suya, según le comunicó algún tiempo después una sirvienta de la familia, cuando él empezó á crecer y á no ser admitido en la mesa de los señores. Separáronlo de la niña y no le fué dable verla más que los domingos, al concurrir amos y criados á la misa matinal de la aldea. Eran los únicos momentos que permanecía quieto, más por contemplar á su rubia amiguita que por profundizar los misterios del santo sacrificio. Y no porque no respetara al señor cura, al contrario, alborotábale escuchar sus pláticas doctrinales, que aunque no entendía completamente, le producían un bienestar indecible brotando de los labios de aquel anciano siempre sonriente, siempre dispuesto á perdonarle sus pecadillos. No se daba cuenta muy exacta de varios pasajes difíciles de la historia sagrada, tales como los trastornos astronómicos causados por Josué, la flotante vivienda de Jonás y las dotes oratorias de la caballería de Balaam, parecíanle raros, pero creía en ellos únicamente porque se los oía al señor cura, sentado en un rincón de su huerta y rodeado de los chicos del pueblo, hablando con una voz acompasada y armoniosa, accionando suavemente, con la cabeza

descubierta en la que brillaban millares de canas, heridas por la desvanecida luz del crepúsculo en todo su esplendor, como no había vuelto á verlo en la ciudad, lleno del aromado perfume con que se despiden las flores, al cerrar sus corolas, en espera de los céfiros que han de turbar amorosamente sus sueños; oyéndose ese rumor de hojas, misteriosa conversación de los campos, y allá á lo lejos, las voces de los pastores juntando sus ganados. Gustábale quedarse á lo último para despedirse, después de que el señor cura repartía frutas á sus inquietos discípulos, para contemplarlo un rato más, para besarle la mano repetidas ocasiones, sintiéndose feliz si al partir lo acariciaba inclinándose hasta alcanzar su pequeña estatura y le decía:

—Sé bueno Luisito, procura siempre ser bueno!

Ya hacía tiempo de todo esto, y no podía olvidar tales escenas; cuando necesitaba de algún consuelo pensaba en las palabras del señor cura y se proponía no cometer nunca ni la más pequeña falta. A veces se rebelaban en su interior odios aún vivos, los que le nacieron el día de su expulsión, tan sin motivo, tan injusta, tan cruel. Qué distinta suerte habría tenido si se hubiera quedado viviendo con aquella familia! Cómo recordaba el día aquel. Era el señalado para regresar á la ciudad, y desde temprano, el movimiento

fue extraordinario, cerrando maletas y arreglando trastos. Mozos extraños á la casa y la servidumbre de la misma, entraban y salían por todas las puertas, sin que nadie se cuidara de lo que ejecutaban. Casi al partir, la señora extrañó la ausencia de una alhaja, "mi brillante" según gritaba en varios tonos. Y se interrumpió la partida, comenzaron averiguaciones, careos, promesas, amenazas; hablábase de llamar un policía: todo en vano, el tal brillante no daba señales de existencia, ni ninguno de los asistentes se delataba por un signo cualquiera. La aparición del alcalde del pueblo, descubierto respetuosamente y atormentado por las exageradas dimensiones de su justiciera vara, no dejó de causar honda impresión; y antes de que procediera á un cateo rigoroso, vigilado por la señora, una de las criadas manifestó deseos de poner la verdad en su lugar. Fué admitida en audiencia privada é inmediata, hablando mucho, accionando más y señalando especialmente adonde se encontraba él, Luisito, que en todo pensaba menos en el ruidoso asunto que había retardado lo marcha. La señora movía la cabeza manifestando con ese ademán una duda profunda, pero los argumentos de la criada debieron de ser convincentes, puesto que despidieron á la justicia rural sin más cumplimiento que un "ya puede Ud. irse" y salieron por fin de la quinta. El iba triste, siempre le apenaba abandonar el campo.

Extrañó que le hablaran de usted, al designarle el lugar que debía ocupar en el camino. Creyó haber cometido un desacierto y adivinando que lo reñirían al llegar, no habló palabra durante el viaje, que como de costumbre se verificó en el coche de la casa. Mucho lo alarmó que una vez llegados, lo condujeran á las habitaciones del señor y escuchar en ellas palabras que lo aterrorizaron.

—Debía medio matarlo por ingrato y por pícaro—decíale el amo de la casa—á su edad haciendo cosas semejantes! Acabaría en un presidio, en la horca tal vez. Por qué había robado aquel anillo?

Y él, sin comprender lo que aquello significaba, negó, negó cuanto le preguntaron. Nada sabia, nada había robado, de qué anillo le hablaban? Sus padres adoptivos se exasperaban con sus negativas, mirándose entre sí y hablando al mismo tiempo. Admiráronse de su calma, de su manera de responder, lo injuriaron, y en un momento de cólera, lo golpearon llenos de indignación. Al día siguiente lo pondrían en una casa de corrección, para que se enmendara él y calmar ellos su conciencia.

—Salga Ud. de aquí perillán, y no nos vuelva á ver, fueron las frases con que terminó la entrevista.

Salió tambaleándose, con vértigo. Lo único que claramente oía, era la amenaza de enviarlo á una casa de corrección, figurándose

en su interior, que debían de ser espantosas las tales casas, llenas de tormentos extraordinarios que lo hacían temblar sin conocerlos. ¿Qué haría? ¿Por qué lo llamaban ladrón? Y no era broma, nó. Por broma no lo hubieran golpeado ni le hubieran dicho tanto, ni hubieran estado tan serios! Llorando en una pieza desierta se pasó mucho tiempo, perdida su fantasía en reflexiones y temores. Puesto que no lo escuchaban y que le habían prohibido volver á verlos, el asunto era irremediable y la resolución urgente. No tenía más que un refugio, irse con el señor cura, contárselo todo, absolutamente todo. De seguro que lo recibiría, y que no creería que él era un ladrón, al contrario, y estaría tan contento allá, escuchándolo y obedeciéndolo, sirviéndole de lo que quisiera; ya se daría sus mañas para salir avante con el cargo que se le confiara, aún cuando fuera muy superior á sus fuerzas. Y mientras más analizaba su decisión, mejor la encontraba. Tuvo que abandonar muy á pesar suyo el halagüeño plan, ante un inconveniente que surgía insuperable. Era de suponerse que el cura participara á sus señores lo que ocurría, y como éstos lo que querían—bien claro se lo habían manifestado—consistía en un encierro de corrección, facilmente lo realizarían sin darle tiempo á escapar á castigo tan cruel como inmerecido. Lloró más todavía, al tener que rechazar el proyecto y por más empeños no atinaba con una

medida salvadora. Las horas pasaban; escuchaba distintamente el ruido del comedor, debía ser de noche, él estaba á obscuras y sin resolverse. Lo esencial era colocarse fuera del alcance de esa familia, poner una respetable distancia entre los dos, cómo atinar? Instintivamente comprendía que era necesario el dinero para vivir por su propia cuenta, hizo balance y resultó poseedor de una peseta que el último domingo había recibido; la miró con ternura, como á la próxima compañera de sus primeras amarguras y decidióse por lo pronto, á salir de allí cuanto antes, sin ser sentido, y caminar lo que pudiera para que no lo encontraran al buscarlo. Al mirarse en la calle, se arrepintió de su locura é iba á entrar de nuevo, cuando lo asaltó el pensamiento de la corrección; se pegó al muro lo más posible y emprendió la marcha sin rumbo fijo, sintiéndose atraído á donde veía mayor claridad y creyendo llevar á las espaldas á sus perseguidores. No se atrevía á comprar algo que comer, á pesar del apetito, temiendo preguntas importunas; eligió una puerta que le pareció segura, se acurrucó en uno de los rincones, y apretando la mano en que guardaba toda su fortuna, se quedó dormido.

---

II.

—¿Cómo te llamas?
—Luis.
—¿Luis, qué?
—Pues........Luis nada más.
—¿Donde vive tu papá?
—No tengo papá.
—¿Ni mamá?..
—Tampoco........
—¿Pero en fin, donde vivías antes, por qué has dormido en la calle, desde cuando lo haces, vamos á ver; lo que es yo, no te conozco y eso es raro, rarísimo.
—Ay señor!—exclamó Luisito echando á llorar—ayer me separé de una.....una..... casa decente.

Su interlocutor lo miraba con buenos ojos, especialmente después de que se oyó llamar con un calificativo tan respetuoso. El tratamiento de "señor" lo desvaneció y comenzó á querer á Luis, ofreciéndose, impeto, impartirle toda la protección que el neófito demandaba y que él, piloto experimentado de la vida callejera, podía impartirle.

Acercose á su protegido y le dijo:
—Ven conmigo.

Empezó á andar sin volver la cara ni preocuparse de Luis, con la perfecta seguridad de que era obedecido y con la conciencia de la

gravedad de su misión. Para acentuarla y acabar de deslumbrarlo, parecióle oportuno silbar un aire patriótico cualquiera y tomar un aspecto de indiferencia ante el espectáculo tan su amigo del despertar de la ciudad. Luisito lo seguía con algunas dificultades, por que iba muy de prisa, pero sin oponer la menor resistencia. Al cabo de un rato y fatigado por la rapidez de la marcha, se decidió con algún temorcillo á tomar informes. Volvió á pronunciar la palabra "señor" pues no se atrevía á llamar de otro modo al arrapiezo que lo precedía y que obraba con tanto aplomo.

—¿Qué á donde iban? Pues á donde debían de ir, á desayunar. ¿No tenía hambre? Ya vería que bien los servían.

Tales argumentos sedujeron á Luisito. Estaba contento pensando en el desayuno, hasta entonces recordó que en efecto, tenía mucha hambre y una peseta. Debía ofrecérsela á ese señor para pagar lo que comieran, pero y si se enojaba? Distraido en sus reflexiones, chocó con su director que se había detenido á la puerta de un cuarto en que figuraban una mesa grande, dos bancos, una mujer ya viejo avivando el fuego de una gran caja de lata que despedía por sus mal cerrados intersticios un humillo agradable y perfumado, entibiando una fortaleza de panecillos apilados en la parte superior.

—Dos cafés con pan—gritó el protector de

Luisito entrando con éste de la mano y obligándolo á sentarse.

—No tengas miedo hombre, cóme y después hablaremos,-le decía acariciándolo con una mano, mientras, despertaba con la otra á un ejército de moscas pegado á la mesa y aún adormecidas por la escasa luz que á esas horas poseía el establecimiento.

Desayunaron con conciencia, sin perdonar migas ni olvidar restos, desquitando el precio moderado del brevaje y sin dirigirse la palabra. Luisito no separaba la vista de las misteriosas profundidades de su tasa, observando enternecido cómo bajaba de nivel á cada sorbo y complaciéndose en prolongar la duración del café, por medio de trozos de pan que dejaba flotar un instante, para sumergirlos con la cuchara y comérselos con los dedos. No pudo enterarse de cuando su bienhechor pagó arrojando con desdén medio real sobre la mesa, ni tampoco de cuando encendió un cigarro en el braserillo de la anciana. Para convencerse de que por su parte en efecto había concluido, volvió la tasa sobre el plato que permaneció enjuto á pesar del contacto, suspiró lleno de bienestar y miró á su amigo que filosóficamente observaba las espirales de humo de su cigarrillo.

—Yo me llamo Juan y tengo 14 años, un comercio establecido y muchas relaciones. Tú no conoces á nadie ni tienes parientes, vi-

virás conmigo y trabajarás tu comida. Te conviene?

Y observando la muda aquiescencia de Luisito, empezó á narrarle las dificultades de su vida y de su profesión. Vendía fósforos y periódicos. Los domingos repartía programas de toros, revendiendo en las noches, las contraseñas de teatro que le obsequiaban.

—Somos muchos-decía, y nos ayudamos mútuamente. Cuando los vayas conociendo les tendrás cariño y contribuirás á proteger á las muchachas que nos acompañan. En tiempo de calor, dormimos en los jardines procurando escapar á los gendarmes, y en el de frío, donde se puede.

Y continuó pintándole á lo vivo, los lados triste y alegre de su existencia; las persecuciones de que eran objeto; la desconfianza que inspiraban; y entre otras muchas cosas, el porvenir que tenían: el hospital ó la correccional.

Luísito se extremeció; aparecíale de nuevo la causa de su aislamiento, esa correccional que tanto lo alarmaba. Preguntó cómo era y qué se hacía en ella. Juan daba espeluznantes detalles con la frialdad de la experiencia, abultando algunas veces los castigos por lo latente de sus recuerdos. Cuando lo habían llevado á él, sí á él,-repetía con importancia al contemplar el espanto retratado en el rostro de Luisito-había sufrido mucho, muchísimo; y eso que sólo estuvo quince

días, si hubiera estado más, se muere. A Luisito lo estaban martirizando sus propios pensamientos; con trabajo pudo preguntar cual era el medio más seguro de evitar esa monstruosidad.

—Mucho ojo con los gendarmes, son los únicos culpables-respondió Juan.

Eran crueles y mal intencionados, complaciéndose en pescar los más que podían y llevárselos, generalmente de las orejas, para que los creyeran cumplidos en su obligación. Y no era cierto; ya iría viendo cuántas cosas malas hacían. Luisito lo escuchaba en el colmo de la admiración y prometiéndose una obediencia incondicional para cuanto se le indicara. El terror que antes sentía por la correccional se empequeñecía ante uno naciente, pero gigantesco y poderoso: los gendarmes! Comprendía en ellos á sus futuros y encarnizados enemigos y los odió, prometiéndose desplegar tesoros de astucia para burlar su maldad.

El día se le pasó entre sorpresas é impresiones nuevas. Algunas lo herían, le hacían daño por su exagerado realismo, muchas le producían placer ó admiración, y todas, absolutamente todas, le dejaron un caudal de amarga enseñanza despertando su natural malicia. Explicábase cosas que jamás había podido comprender, con una explicación tan sencilla, tan clara, que se reía de la cosa y de sí mismo.

La precocidad llamó á su inteligencia con toda la desesperación de la miseria y él la dejó entrar, haciéndole buena cara para tenerla contenta y de aliada en la próxima lucha que presentía.

Sin darse cuenta exacta de lo que la suerte le reservaba, sí estaba convencido de que era serio, tan serio, que á veces lo extremecía el presentimiento. Poco tardó en hacer amistades con los íntimos de Juan, entre los que figuraba una chiquilla regularmente considerada por los demás. Fué á ésta, á Matilde como todos la llamaban, á quien se encomendó el cuidado inmediato del neófito.

—Enséñale bastante—le dijo Juan al separarse.

Y se repitieron los interrogatorios, regresaron las respuestas perdidas acompañando á los consejos escuchados por la mañana, nada más que entonces eran en otra forma, con otra voz y con otras palabras; no tan convincentes y tan enérgicas como las de Juan, pero sí más suaves, más delicadas. Tal era la delicadeza, que Luisito mirando á su interlocutora, casi con la misma atención con que en un tiempo miraba al señor cura, se quedó dormido en su regazo con el espíritu cansado ante tanto nuevo, tanta luz, tanta vida; cansado de su futuro domicilio, la vía pública, testigo y víctima paciente de ruido, pisadas, llanto, riqueza, sol y sombra. Matilde descuidó la venta de sus efectos por no

despertar á Luisito que confiadamente dormía, suspirando de vez en cuando.

Lo acariciaba distraída, pasándole la mano por la mejilla inclinada sobre él, y con el pensamiento vagando por esos mundos exclusivos de la mujer, llenos de espejismos que parecen realidades y de realidades que por su crueldad, parecen espejismos.

Arrastrábanse perezosamente los días en que Luisito practicaba su aprendizaje, para el que demostraba admirables disposiciones; no era tonto. Neutralizábanlas sin embargo, los derrotados restos de la moral que tan profundamente había arraigado en su cuerpecito la evangélica semilla, sembrada con mano firme por el cura rural, allá en su primera niñez, y dejada á medio fructificar por escrúpulos de su familia adoptiva. De todos sus compañeros diarios y nocturnos, no había uno que no dejara de tener interés verdadero por "el nuevo." Parecían complacerse en enseñarle todo lo que sabían que era mucho, pero malo. Llegaba el empeño de algunos catedráticos, á colocarse en equivalente altura de las escuelas más progresistas: lo aleccionaban por el sistema objetivo. Adiestrábanle los cinco sentidos y con preferencia, tres: la vista, el oído y el tacto. Sin consideraciones, despedazaban su castidad agonizante. Contaban con sacar un aventajado discípulo en muy poco tiempo. Comprendía con medias palabras y ejecutaba con

ó sin ellas, según lo exigían las circunstancias. Recibía cada choque en su candor, capaz de derribar una catedral. En un mes, hubiera sido imposible reconocerlo, ni vestigios quedaban de las virtudes que forman la aurora de la niñez. Poseía en alto grado las costumbres, los modales, las palabras de sus camaradas. Perdió sus colores, adquiriendo en cambio la palidez propia del género de vida que llevaba. Punto por punto, realizábanse los acontecimientos tal como se los había descrito Juan. Mucho le entristecía observar la paulatina destrucción de su traje flamante al independerse, y ya marchito y desgarrado ¿Con qué lo reemplazaría? Ideando combinaciones, consultó á Matilde el caso; se comprometió ésta á hacerle una compostura mientras le encontraba sucesor al inválido, y en efecto, le hizo una duradera por un mes, pegándole pedazos de tela de clase y colores variados. Cómo se rieron durante la operación, que duró dos días, en razón de lo destruido del efecto! Trabajaba ella sobre el cuerpo de Luisito y por su poca práctica, dábale en ocasiones piquetes formidables que concluían en una mueca y en una carcajada. Cuando se pusieron sérios, fué cuando involuntariamente le dió una puntada en toda forma, en la carne viva, cerca del codo; los alarmó la sangre que tiñó el hilo y que no podían contener por más que hacían; en cuanto retiraban el dedo, asomaba una nueva gota que

iba ensanchándose y ensanchándose hasta que Luisito la obligaba á desaparecer, borrándola con su propia lengua. Empezaba á cansarse, y Matilde le propuso sustituirlo; bebiendo ella de la sangre de él, serían hermanos:

—¿Quieres?—le dijo.

Y Luisito respondió que nó, sin dar ninguna razón, horrorizado de esa fraternidad, á pesar de que le hubiera servido de algo el doble lazo.

Encontraba un placer indefinible contemplando á Matilde, cuyo creciente desarrollo iba embelleciendo sus facciones y contornos, no siempre cubiertos hasta donde el pudor reclama. No se explicaba este sentimiento, pero la verdad era que cuando algún transeunte le compraba un ramito de flores ó un billete de lotería, dirigiéndole una chanzoneta de dudoso color, sentía rabia, tristeza y ganas de reconvenir. Fué por entonces, cuando verificó su hazaña de las sardinas. Se le bautizó con el alias que estaba llamado á conservar por toda su vida; hízosele el objeto de una verdadera ovación y en capítulo general con competente quorum, recibió la borla de doctor. Enorgullecía á sus múltiples maestros, cuyas halagüeñas esperanzas estaban superadas por el éxito de la arriesgada operación; todos se disputaban el honor de la preferencia. Solo él, no estaba contento. Un resto de honradez protestaba

contra ese hecho, punible por todos conceptos. Pronto, sin embargo, pasó ese disgusto ahogado por la mefítica influencia que formaba su oxígeno respirable, y no volvió á recordar lo acontecido.

Cuando se vive entre sombras perpetuas, llega á contagiarse la conciencia, y cuando en ésta reina la noche, lo más probable es ver la próxima aurora desde el tablado de un patíbulo!

Una noche llevó un sofocón, ante un inesperado encuentro. Hallábase en las afueras del teatro abriendo las portezuelas de los carruajes y pidiendo billetes sobrantes, y de manos á boca, se topó con su antiguo padre adoptivo, dando el brazo á la señora y por delante de ellos la niña rubia, su compañera de juegos, bastante crecida, mirando á la multitud con esa fingida indiferencia con que miran las mujeres desde pequeñas.

Sardín no se atrevió ni á respirar, temía que lo recordaran, no por lo que pudieran hacerle—ya no era fácil amendrentarlo—sino porque lo avergonzaba su posición actual. Contrariado por el incidente, ni de Matilde hizo caso, retirándose sólo, según su costumbre en casos semejantes, á donde no lo interrumpieran en sus meditaciones, á donde pudiera dar libre curso al llanto que sentía asomarle á los ojos.

Diariamente se veían los dispersos y los unidos, muy de mañana, en los expendios de

periódicos, para repartirse luego á los paraderos de los caminos de hierro, punto primero para ellos, de transacciones mercantiles.

Las muchachas dormían hasta más entrado el día.

La noche esa se extrañó á Sardín en el dormitorio general, establecido hacía varias semanas y por lo benigno de la estación, en el parquecillo inglés de la catedral. Allí, cubiertos por el follaje de los arbustos raros, aprovechando las sombras producidas por los pedestales de las estatuas y de las bancas de hierro, hacinados, comunicándose mútuamente el calor necesario para el sueño, en atroz contubernio los sexos y las edades, cobijados por la tibia brisa de una noche de mayo y arrullados por el llanto de la moral y del pudor, huyendo despavoridos, duerme diariamente una nube de chiquillos, simulando á lo lejos una de las berrugas de las grandes ciudades.

En ocasiones, son despertados con brusquedad por el velador en el ejercicio de su vigilancia, y el trabajo se reduce á separarse, yéndose de dos en dos á lo sumo, á buscar un sitio ignorado y que pueda escapar á la temblorosa luz de las linternas municipales, delatores inconscientes de esas infracciones necesarias Otras, y son las más, el velador mismo se compadece, pasa con tristeza junto al grupo, pensando en sus hijitos, y hasta

se ha dado el caso de que acomidiéndose, se incline á componer con ternura algunas posturas incómodas de los durmientes.

Varios, turbados en su reposo, se conservan inmóviles observando mudos esa abnegada filantropía y la comunican al despertar al resto de sus socios.

Y el velador se marcha, balanceando su farol, alcanza sn cuartucho de madera, se instala en la puerta y luchando por combatir el sueño que lo vence al fin, los últimos sonidos que conserva confundidos y agradables, lo forman la respiración de los granujas abandonados y el agua que dulcemente arrojan los surtidores de las fuentes.

El despertar es siempre alegre y matutino. La aurora, esa madre cariñosa de los desamparados y de los tristes, tiene para ellos sus mejores sonrisas y sus mejores caricias.

El aseo no los preocupa mucho, uno que otro emplea el agua.

Como no tienen que vestirse por falta de costumbre y de ropa, se ponen listos en un momento, suprimen la forma embarazosa de los "buenos días," hablándose lo mismo que si continuaran una conversación recién interrumpida, queriéndose entrañablemente en el fondo y disputando por el menor incidente; así se dividen sin darse nueva cita, con la seguridad de encontrarse á cado paso, de verse todo el día.

Cuántas noches como esa pasó Sardín al

lado de Matilde, timorato primero, buscándola como un refugio, durmiendo en su brazo, escuchándola con recogimiento, pendiente de sus labios, necesitando de su apoyo y de su abrigo, obediente y tembloroso ante los ruidos inexplicables que encierra la noche, despertándola á cada instante para calmar sus temores. Y conforme fué creciendo, de su propia iniciativa, desterró todas esas intimidades, abolió todos esos rasgos que formaban el encanto de su vida. Aunque procuraba seguir durmiendo cerca de ella, no lo hacía como antes; había una dósis de respeto mezclada á mucho de afecto, pero de un afecto raro y desconocido, un afecto celoso, huraño, desconfiado. Ella no variaba de conducta; hasta le llegó á manifestar cierto resentimiento por cambio tan inopinado.

—¿Acaso no la quería ya? ¿Lo había ofendido? ¿Le había hecho algo?

Y él respondía que nó, que nada le había hecho, evasivas, una colección de negativas tontas. Se animaba al afirmarle que sí la quería, muchísimo, más que antes, más que siempre—decía mirándola con fijeza, la rara ocasión en que hablaban seriamente, como personas formales, á distancia de sus compañeros, huyendo sus bromas y su trato; purificando con el aislamiento el incorpóreo poema de unos amores nacidos de mútua inclinación, en un lecho de lodo y de miseria y con una techumbre de estrellas y de pureza.

Sardín, que podía dar cátedras de disolución á un aventajado abate de la regencia, sufría horriblemente al considerar que Matilde, almacén de todas sus afecciones, sabía tanto como él y estaba expuesta á acabar de perderse antes que él. Sin manifestárselo, la cuidaba incesantemente, teniéndola al alcance de la vista para conocer sus actos y al alcance de su brazo para impedirle la caída. Temía la primera oportunidad, la inmediata, la que no pudiera remediar, suponiéndola próxima ó lejana según estaba de humor. Odiaba profundamente, á muerte, á "esas," como designaba con desprecio á todas las momentáneas. No podía sufrir que en sus paseos diarios y en carruaje por la avenida, compraran flores á Matilde, entreteniéndose con sus agudezas de pilluela y alabando su figura. Asaltábanle presentimientos de fácil realización á su juicio. Y no podía evitarlo; con qué derecho? Ni siquiera con el de amante correspondido ó aceptado, pues no lo era. Se querían los dos y en paz; no necesitaban decírselo pero tampoco exigirse nada. La misma Matilde con cariño y todo, se reiría de la pretensión.

En ciertas escalas sociales aparecen grotescos los juramentos y promesas que constituyen el cielo azul de los enamorados.

Celébrase un convenio tácito, se hace la vida en común y termina el contrato cuando

el fastidio ó la infidelidad lo hacen insoportable.

Con qué envidia veía Sardín á los obreros hacer sus excursiones dominicales, con su camisa limpia, el fieltro negro, un paraguas mónstruo, y llevando al lado á su mujer, á su esposa, cargando á un niño que golpea con insistencia la mejilla de la madre risueña y feliz. Vendíales de preferencia sus cerillos, tardándose de intento en dar el cambio de la moneda, sólo por prolongar su permanencia con ellos, tratando de impregnarse de honradez y de respetabilidad. Era ya imposible su ingreso á un taller; no se pasan impunemente algunos años de esa existencia callejera, dejan raíces de malos hábitos que no pueden desecharse; además, careciendo de recomendaciones, quién lo admitiría? y quién también lo recomendaría? Deseaba tan poco para él y para Matilde, un jornal modesto les bastaría á sus necesidades, pues no había de bastarles, hasta les sobraría. Con el conocimiento que poseían de precios y eectos no podrían engañarlos....y regresaba del país de las quimeras, recibiendo un empellón dado por cualquiera que pasa y lo dá, más bién por costumbre que por maldad.

Alzaba los hombros, rezaba una blasfemia y volvía á adquirir su estóica indiferencia, que es la coraza de los que sufren.

## III.

No daban crédito al notición.

Les parecía un fenómeno irrealizable, una broma de mal género, un engaño, cuanto hay, menos una realidad y realidad tan próxima. Tuvieron momentos de inefable gozo, de comunicativa ternura y de proyectos al aire. La noticia se la comunicaban á gritos, en pequeños grupos, por parejas; la aplaudían silbándola y la bautizaban con nombres diversos.

Apenas si había motivo para regocijarse. Por la primera vez de su existencia, recibían una caricia de la municipalidad, caricia verdadera y proviniente de distinta mano de las que regularmente les ofrecen los agentes del orden público. No solo los recordaba ahora sino que los trataba paternalmente. Muchos sostenían que amén del uniforme, iban á ser obsequiados con zapatos, sombrero y una gran comida el día de la solemne y filantrópica repartición. Otros, diciéndose mejor informados, anunciaban que con excepción del traje, que iría marcado con una placa en metal, el aumento consistiría en un discurso adecuado á las circunstancias. Y por último, los escépticos admitían la feliz nueva con taxativas, atribuyendo el inesperado obsequio

á algún rico que deseaba ocultar su nombre y que vestiría á tres ó cuatro, á lo más, con telas ordinarias y baratas. Hasta se enmendaron de conducta en espera del advenimiento, temiendo sin embargo, que fuera á quedarse de halagüeño rumor. Miraban á los regidores como ángeles buenos y hubieran anhelado organizarles una manifestación de gratitud, conformándose con darse de codo y exclamar por lo bajo: "Mira ese es don fulano," cuando en la calle los veían. Pero las esperanzas mejores se realizaron, soñaban despiertos cuando les dijeron que en efecto, iban á vestir á gran número de ellos, á casi todos, por cuenta del municipio, diferenciándose en esta gracia, de los cocheros y demás gentecilla que para acatar el bando, tendrían que gastarse un pico. Y comenzó el reparto de los trajes, de manta estampada, á grandes rayas, de colores vivísimos, holgados ó estrechos, nunca á la medida, ceñidas las blusas con cinturones del mismo género, defectuosos, burdos como todo lo que produce la caridad oficial que á la legua se delata, pareciendo arrepentirse de lo que ejecuta é imprimiendo á sus bondades un sello indeleble, estigma eterno de los inmediatamente favorecidos por el estado.

Cada blusa—según habían anunciado los informados—llevaba cosida á muerte una placa metálica con el número de orden que correspondía al portador, quien desde ese

momento se sujetaba voluntariamente á no contravenir ni en pensamiento el más insignificante deseo de la policía, y en casos fortuitos y hasta donde lo permitieran sus facultades y condiciones, á ayudarla eficaz y decididamente. Con que religiosa veneración recibieron los agraciados su vistoso presente, doblándolo con minucioso cuidado, ali zando con la mano sus arrugas, y ya envuelto en periódicos olvidados, echaron á correr por todas direcciones con el precioso bulto bajo el brazo, gritando á voz en cuello la *extraordinaria* del día, mandada imprimir por ellos mismos.

Una enorme laudatoria al autor de la idea de vestirlos sin cobrarles.

Era su mejor manera de dar las gracias!

Temerosos de no poder cumplir todos los compromisos jurados, acallaban sus conciencias poniéndose á mano con los ediles.

Eran de oírse los pocos que quedaron olvidados; censuraban acremente color, corte y dimensiones, á todo le encontraban defectos y aun falta de dignidad á los que habían aceptado, coartándose así la independencia y exponiéndose á más de un desagrado. Para los héroes de la jornada aquello era música celestial, reíanse de tales escrúpulos, prometiéndose algún tiempo de lujo relativo y una superioridad manifiesta sobre el resto de sus colegas. Prolongaban sus ilusiones dejando para la mañana siguiente el instan-

te supremo de estrenar, demorándolo de adrede para gozar de la voluptuosidad que les producía la simple idea de salir de crisálidas y entrar en mariposas.

Sardín fué de los no favorecidos, y únicamente lo sintió por lo que Matilde pudiera pensar del contratiempo, atribuyéndolo tal vez á falta de voluntad ó á exceso de abandono personal. Figurábase poseedor de un traje de aquellos y sin ninguna modestia, adquiría la convicción de que le habría quedado á las mil maravillas. Suponiéndole un defectillo lijero, ahí estaba Matilde para borrarlo ó disminuirlo, y nó que en cambio, mirábase con un chaleco monstruo, descalzo, pantalón de edad avanzada, camisa calada por su suerte, y sombrero emparentado con la rosa náutica.

Por orgullo ni siquiera se unió al grupo de la oposición.

Se conformó, delante de Matilde, con plegar el labio con desdén, sin emitir opiniones ni herir susceptibilidades, pero humillado en el fondo, viendo tanto nuevo junto á sus harapos. Sintió que le ardía la cara cuando la muchacha lo miró á él y miró á sus antiguos compañeros.

El amor vuelve meticuloso al más despreocupado; el loco afán de agradar en todas ocasiones, hace nacer una refinada coquetería.

Lanzáronse los "estrenados"—así se bautizaron—á lucir las personitas, en cuanto a-

maneció, sabiendo que nadie los vería, pero mirándose á sí mismos, lo que era sobrado. El primer par de zapatos que crugió naturalmente, después de un rato de camino, causó gran envidia; el que los llevaba era el que más llamaba la atención.

Se acercaba el invierno. Ya, en las últimas noches del otoño, apenas si podían dormir en los jardines, áridos y tristes por la caída de las hojas.

Obligábalos el viento helado á juntarse, hasta formar una masa informe y comunicarse mayor calor, no mucho, el indispensable para descansar algo y no levantarse entumecidos. Unas horas de reposo y nada más. Las primeras escarchas, al herir de muerte á las plantas, haciéndolas inclinarse tristemente y caer en fracciones delicadas; al desnudar á los árboles dejando sus ramas en contorsiones imposibles, los hacían sufrir y buscar guaridas menos descubiertas en qué refugiarse. Sardín, desde el desaire que le habían corrido, su preocupación constante era cambiar de ropa; notaba en Matilde un despego con el que nunca podría conformarse. Sus relaciones amorosas llevaban tiempo de no ser un secreto para nadie. Reíanse los demás de sus celos y de sus desconfianzas, pero se acostumbraron pronto á verlos juntos día y noche. No contaban con uno solo; para cualquiera ocasión que requería su voto, los consideraban una pareja

constituída y aceptada.

Se ven tantas por el estilo más ó menos duraderas, especialmente entre ellos, que una nueva no podía llamarles la atención.

Mirábanlos, después del teatro, tarde ya, marcharse sin previa consulta y como quien ejercita una costumbre impuesta, juntitos, lado á lado, por las calles desiertas, hablando ella en voz alta, riñéndolo, y él con la cabeza agachada, sin contestar y sin abandonarla. ¿Quién iba á impedir esas escenas matrimoniales, tan comunes y tan sin remedio en todas las clases? Dejábanlos hacer sin mezclarse en su vida privada y sin ofrecerse á acompañarlos.

El frío que seguía haciéndose sentir de una manera ruda, acabó de alejarlos del resto de la banda.

Sardín había hecho un descubrimiento que no quería comunicar, por los riesgos que sobrevendrían. A Matilde misma no se lo dijo, sino hasta la noche en que lo llevaron á cabo, llenos de inquietudes y de precauciones, sin ruido ni palabras, para no ser vistos ni sentidos. La verdad era que tenían un palacio y no como quiera, sino con guardia á la reja, paredes de metal, vidrios de colores, columnas, capiteles, comodidad y elegancia. Estaban alojados, á partir de entonces y sin saber hasta cuando, en el Pabellón Morisco de la Alameda, desierto siempre y sin inquilinos.

Vengábase así del olvido del Ayuntamiento, al que le ocupaba gratuitamente una de sus propiedades de lujo.

Lo difícil consistía en entrar. Esperaban con paciencia, medio ocultos por las sombras del parque, á que el vigilante de la rotonda que forma la parte posterior del edificio, se lanzara á su inspección; y aprovechándose de su ausencia, se colaban á la vivienda, llenos de sobresaltos y de angustias. El otro vigilante, el de la reja exterior, jamás llegó á pensar que cuidaba el sueño á dos arrapiezos. Bien abrigado dentro de su capote, acomodábase lo mejor que podía, para pasar su tiempo de reglamento, martirizado por la intemperie. Esa primera noche ninguno de los dos pudo dormir, impresionados hondamente por su audacia que tan bien les había salido. Recorrían el salón andando de puntillas, de la mano para no caerse, y tratando de fijarse en uno de los rincones que más garantía les ofreciera, para quedarse en él y no estar experimentando todos, única maniobra que llevaban ejecutada. En ocasiones se miraban en esa semioscuridad, y sentía Matilde cómo Sardín le oprimía nerviosamente la mano. Al fin eligieron uno, el que les pareció mejor, en el fondo de una de las galerías laterales, resguardados hasta donde era posible resguardarse, del viento que entrando por la reja, se paseaba dentro del Pabellón como quien busca algo y al no

encontrarlo, sale triste, de prisa, tropezándose y llorando sus desconsuelos. Sardín temía ese momento; Matilde lo esperaba calmada y preparándose á aumentar los alicientes de la lucha, con encantos que sabría encontrar sin esfuerzo y desarrollar con maña. Le daba pena notar el efecto que causaba á ese chiquillo, despabilado tan pronto y tan cariñoso para con ella. No lo quería, es decir, no lo amaba, esa era la palabra, que en cuanto á quererlo, lo quería y mucho; pues no había de quererlo, qué podía reprocharle! y en cambio, cuánto tenía que agradecerle! Acostumbrada á tratarse con la canalla, de la que formaba parte, comenzó por no comprender ni valorizar las múltiples y delicadas atenciones de que la hizo objeto Sardín conforme iba creciendo, extrañando no oirle cuando hablaba con ella, las palabras malísimas en que era consumado profesor, ni verlo hacer gala del insolente cinismo que es el único caudal de esos niños–sarcasmo.

Tres años tenían de estar en contacto; en el último fué cuando Matilde se convenció de que la adoraban, pagando con lo que primero pagan todas las mujeres en tales casos: con abusar.

Hacíanle gracia las exigencias, los celos, los regaños de Sardín; hasta los provocaba fingiéndose la inocente y frecuentando bajo el pretexto de vender, los cafés, las personas, y los sitios que le disgustaban. Así es

que cuando Sardín le anunció que eran dueños de casa, que á nadie lo dijese, que era para los dos solos; cuando le describió el futuro de un invierno resistido bajo techado, y las dificultades vencidas para encontrarlo, creyó comprender lo que aquello quería decir, y lejos de enfadarse lo encontró el asunto más natural del mundo. Le exigían una recompensa á un afecto aceptado y encontrábase dispuesta á otorgarla, y á Sardín de preferencia. Siquiera éste la quería, y otro cualquiera, apenas si se conformaría pagándola con mezquindad. Conocía á fondo todas las miserias de la vida, lo mismo que su *novio*, quizá mejor que él. Ambos estaban connaturalizados con el lodo, material y moralmente. Su ambición consistía en llegar, con el tiempo, al envidiable lugar que á su juicio ocupaban esas señoras de coche que le compraban flores, que le ofrecían protección, dinero, y que tanto odiaba Sardín. Esas sí que no sabrían lo que es pasar un día sin comer, sin casa, sin afecciones, pidiendo una limosna y cosechando una mala razón, pidiendo trabajo y obteniendo una amenaza. Siempre las veía bien vestidas, con grandes sombreros, guantes, piedras de colores en las orejas y hasta en los collares de sus perritos; sonriendo, saludando, con todo el aspecto del que es feliz. Y cuantas ocasiones se había decidido á seguir á alguna de ellas, la contenía el pensar la tristeza que causa-

ría á Sardín, quien se contentaría mirándola con sus ojos garzos, medio dormidos bajo las rizadas pestañas, y allá en el fondo de la pupila, húmeda y dilatada, una expresión de ternura infinita.

Ejercía sobre ella un imperio relativo, porque nunca se atrevía á manifestarle su descontento y cuando lo hacía, empleaba las palabras más suaves, las más convincentes súplicas, un lenguaje diverso del acostumbrado, que no la hería, que la obligaba á pensar en su castidad, que ni de nombre conocía, pero que deseaba poseer como todas las mujeres, que la descuidan de intento y perdida la lloran, precisamente porque no ha de volver; un lenguaje compuesto de palabras que le producían inmenso bienestar, distinto del que los demás le prodigaban sin miramientos, sin reparar en nada, tratándola en camarada, obsequiándole los atributos del sexo contrario, con el que la asimilaban en conversaciones y proyectos.

Sardín no las tenía todas consigo, se daba miedo á sí mismo considerándose á solas con Matilde, que era su vida; que había sido sucesivamente su madre, su hermana, su consuelo, su apoyo, hasta su institutriz, y que no quería que fuera su querida sino su esposa, en virtud de esa ley fatal que hace al moribundo querer vivir y al necesitado anhelar lo que nunca ha de ser suyo.

Los sucesos y la inclemencia del tiempo

los juntaban, obligándolos á pasar algunas horas sin otros testigos que sus deseos y su voluntad, obligándolos á prostituirse más todavía, destruyendo sus planes de honestidad y de posesión legítima, poniendo á prueba los instintos de dos seres abandonados que atraviesan el mundo sin fe, sin esperanza y sin principios.

Acostáronse al fin, ella provocadora y sonriente, él casto y recatado como su amor.

Seguían sin hablarse, el ruido de sus voces, aumentado por las bóvedas de su morada, hubiera llamado la atención de los vigilantes del inmueble. Sardín se esforzaba por conciliar el sueño, que huía de sus párpados para dejar sitio al recuerdo de las depravaciones que de memoria conocía y que lo instigaban invisible y enérgicamente á cometer un acto que le inspiraba horror. Decidió no volver la cara para contar con una tentación menos y resistir con todas sus fuerzas á las demás.

Escuchábanse de vez en cuando, sobre el asfalto de la calzada, las pisadas de algún trasnochador que se retiraba de prisa acosado por el frio, á juzgar por lo precipitado de ellas y lo sonoras que las volvía el silencio de la noche.

Matilde, que se esperaba novedades sin cuento, tentativas apasionadas, diálogos mudos, se alarmó al notar la inacción inexplicable de su amante, se ofendió, y lastimada en

su vanidad, se propuso demostrar al olvidadizo Sardín que sus atractivos merecían otra especie de alabanzas. Pretextando frio, se le acercó, y en voz muy baja, apenas perceptible, pegando sus labios á la oreja de Sardín, le repetía: "ven," mientras le estrechaba el cuello con un brazo. Sardín se extremeció delirante de fiebre y de pasión; no contaba con el contacto. La rechazó suavemente y persistió en su quietud. Y se cambiaron los papeles, entablándose una lucha, no como ella se la había imaginado, sino teniendo que tomar la iniciativa, acosándolo á caricias de todos géneros, asfixiándolo de voluptuosidad. Revelábase la canalla en cada movimiento, la mujer ofendida en cada tentativa. Obraba impulsada por designios bastardos, sin valorizar el sacrificio que imponía, restregándose contra Sardín, martirizándolo. La cosa se prolongaba y conocía él que á cada instante disminuía su fuerza de voluntad; que no podía huir porque hubiera sido delatarse con los vigilantes, y no se oponía sin embargo á los cariños rabiosos de Matilde, sentía un placer indefinible con la actitud pasiva que guardaba. Se levantó á poco porque no habría resistido más, y comenzó á pasearse con la misma cautela que antes.

Matilde sin comprender media palabra se puso á llorar, ahogando los sollozos para que no hicieran ruido.

Sardín la oyó y se lanzó á consolarla, hin-

cándose á su lado, tomándole una mano y enjugándole los ojos, inclinado sobre ella, trémulo y enamorado.

Casi á señas, le preguntaba qué tenía, por qué lloraba?

—Porque no me quieres.

—Es cierto, no te quiero, te adoro.

Y tomándole la cabeza entre sus manos, en un arrebato de locura, de frenesí, le dió un beso en la frente, puro y regenerador, ofreciéndole su alma. En ese momento un testigo presenciaba sus esponsales: la aurora sonriendo al través de los vidrios de colores.

Habían pasado una castísima noche de bodas.

Estaban desposados sus espíritus.

## IV.

En las noches que siguieron, Sardín no estimó prudente repetir esa escena. Conformábase con haber salido bien de tan difícil prueba y se limitaba con acompañar á Matilde hasta la puerta, ayudarla á entrar y retirarse. Quedábase por las cercanías, donde primero encontraba, temblando de frio, pero cerca de ella para poder oir un grito ó distinguir una señal. Muchas veces para calentarse, se le-

vantaba y caminando un rato, no hacía otra cosa que dar vueltas al rededor del pabellón. Apenas si dormía; desquitábase haciéndolo de día con más libertad y más calor en las puertas de los cafés, en un zaguán ó en la fonducha en que comían cuando los negocios prosperaban. Matilde en la apariencia, se convenció por fin, después de repetidos juramentos y explicaciones, de que Sardín lejos de haberla ofendido le había dado una gran prueba de amor, respetando su pureza tan estropeada por las circunstancias que la rodeaban, que era un sacrificio difícil de llevarse á cabo, y otros argumentos poderosos que le venían á él á borbotones, con esa convincente elocuencia que da el cariño.

Matilde se lo agradeció hasta cierto punto. Tan nuevo é incomprensible se le figuraba un respeto rayano en la tontera.

Si había de acontecerle el fracaso, y Sardín debía preverlo tanto como ella, por qué se privaba voluntariamente de la primacía?

—Porque me quiere? Pues, por eso precisamente lo habría hecho cualquiera.

¿Qué esperaba?

¡Casarse! —habíale dicho él, y sólo la idea de enormidad tan irrealizable la hacía reir, figurándose del brazo de Sardín, ambos mal cubiertos con sus harapos, con dos camaradas de padrinos no mejor vestidos, y el resto de comitiva, subiendo la escalinata de la catedral, atravesando el atrio, y cru-

zando la nave principal del templo, hasta llegar cerca del altar mayor resplandeciente de elegancia y de riqueza; envueltos en diáfanas nubes de perfumado incienso y escuchándose en el coro, la magestuosa voz del órgano que lanza al espacio mundos inagotables de místicas armonías, lejanas, suaves en su principio, y agrandándose á cada instante, aumentando de ternura y de devoción, pasando por sobre la cabeza de los fieles que la inclinan agobiada bajo tanta grandiosidad y elevan el tono de sus preces para oirse á sí mismos y convencerse de que existen; hasta el momento en que el humo, el murmullo y las notas del órgano, apagándose lentamente, suben confundidos, se pierden en las cornisas y molduras y queda sordo é imponente el eco, despidiéndose con acentos de gigante y haciendo temblar los vidrios de las ventanas superiores.

¡Cómo habían de aspirar ellos á eso!

Siempre que ella pretendía presenciar un matrimonio semejante, la rechazaban de todos lados, hasta ponerla en la calle, sin permitirle que se quedara junto á una columna, á lo último de los criados, de la concurrencia, después de los lacayos, orgullosos é inmóviles dentro de sus flamantes libreas; la expulsaban aunque prometía estarse quietecita, sin chistar, sin moverse; á ser posible, hubiera ofrecido no respirar.

No le hacían caso.

Unos hombres, que tenían algo de iglesia en los trajes y mucho de verdugos en los modales y en unos largos bastones de plata que llevaban en las manos, se mostraban amenazadores é inexorables.

La casa de Dios le era tan inaccesible como la de cualquier rico vigilado por su servidumbre.

¡No le negaron la confesión, la única vez que intentó hacerla, animada de los mejores propósitos y proponiéndose la enmienda de sus involuntarias faltas!

Fué una tarde, cuando era muy chiquilla, que vió pasar una multitud de niñas vestidas de blanco con coronas y velo en la cabeza, marchando de dos en dos, primero las pequeñas, luego las más crecidas, siguiendo la escala ascendente hasta las directoras de aquella fiesta, dos matronas enlutadas que las vigilaban con cariñosa atención.

Deteníase la gente en las aceras, para dejarlas pasar y llovíanles las alabanzas; retratábase en los semblantes lo conmovedor del espectáculo.

Matilde tuvo envidia, una envidia inagotable de rogarles que la llevaran consigo á donde fueran, pero la contuvo el temor de un desaire, uno de tantos que formaban su alimento cuotidiano. Y se conformó con seguirlas á respetuosa distancia, sin mezclarse con nadie, á buen paso para no perderlas; quería saber lo que harían, lo que aquello signi-

ficaba, y las escoltaba enternecida. Llegaron á un templo, no supo cuál porque jamás los frecuentaba, y se coló tras ellas, aprovechándose de la admiración que producían y pasar desapercibida. Vió que se formaban en dos alas y encerradas dentro de cuatro bancas, cómo una de las señoras que las conducía, se sentó al piano, un piano enorme abierto por uno de los costados, y oyó, en dulce arrobamiento, el canto que entonaban á la virgen también vestida de blanco, con gran diadema prendido el manto y una mirada tan buena, tan afable, que después de un rato de observación parecía que estaba sonriendo. Permaneció largas horas en esa especie de éxtasis, en delicioso arrobamiento, lejos de la tierra, lejos de los sufrimientos, lejos de lo malo. Al regresar de este viajecillo ideal, oyó rumor de voces, cerca de ella, y volvió la cara acertando á distinguir pegado al muro, un confesionario rodeado de devotas en sus dos ventanillas, cediéndose el lugar unas á otras, marchando despacio y cubierta la cara con negros pañolones, haciendo poco ruido hasta al despedirse del sacerdote, que les extendía la mano y se la besaban con besos sofocados y siniestros, traicionándose la costumbre en el fingido respeto, familiarizadas con el santo sacramento, tratándolo de confianza, como se trata al que se ve diariamente. Eran viejas en su mayoría, de caras angulosas y sucias, no pudiendo distinguirse si rezaban

ó gruñían. moviendo los labios con una rapidez y una indiferencia extraordinarias. Matilde titubeaba entre acercarse á su vez ó continuar de observadora, y algo interior la impulsaba á ir á contar sus cuitas y sus desventuras á aquel señor, que la consolaría, que la volvería buena. Buscó á las niñas y ya no estaban. Sin duda se habían marchado mientras ella vagaba por otras regiones. Comenzaba la luz á abandonar el templo, extendiéndose las sombras por las capillas y los rincones. Por más esfuerzos que hacía, no pudo ver la cara del sacerdote; en el interior del confesionario reinaban las tinieblas. Levantó la suya y miró de nuevo á la virgen, pidiéndole consejo, consultándole sobre lo que debería hacer. Y no cabía duda, sonriente siempre, le hizo seña de que se acercara al sagrado tribunal. Llegó temerosa y contrita pensando en lo que respondería cuando la interrogaran. Era tan mala!

Apenas si quedaban penitentes; una que otra beata retardada, de las íntimas, de las de última hora, preguntando al padre cómo seguía de salud y despidiéndose "hasta mañana," dándose cita entre sí para el día siguiente muy temprano, en la misa. Notaron á Matilde y la miraron de reojo, indignadas, casi dispuestas á defender á su confesor, creyéndolo en peligro y sin embargo, apenas hacía bulto sentada en el suelo, con su canastilla al lado. Esperó y esperó hasta que con-

cluyó la última, la más escrupulosa y hasta que oyó que se levantaba el cura, sacudiéndose la sotana, esperezándose, respirando de satisfacción, fastidiado de escuchar tanta necedad y tanto chisme, bostezando irrespetuoso dentro de su oficina, en toda la actitud de dueño de casa, golpeando la puertecita al retirarse.

¿Qué deseaba? ¿Por qué no hablaba alto?..

—Confesarse? Pues qué suponía que había de pasarse toda la vida confesando? No faltaría otra cosa! Además no la conocía, cuándo se había confesado con él! Buena estaba la ocurrencia, y accionando colérico repetía el "no faltaría más" al alejarse rumbo á la sacristía, olvidándose en su contrariedad, de inclinarse á su paso ante el altar.

Matilde quedó petrificada por tanto mal humor. Nunca se imaginó provocar una tempestad semejante formulando un deseo que le parecía irreprochable. Tuvo entonces una inspiración: llegó hasta las gradas del altar, se hincó en la alfombra que las cubría y se puso nó á rezar, sino á hacerle sus confidencias á la única que no la había recibido mal, á la virgen, algo iluminada ya por una lámpara de aceite, con las facciones un tanto desvanecidas, brillando mucho las piedras de la diadema y los bordados del vestido, su rostro oval envuelto en deliciosa media tinta. Le hablaba con la seguridad de que la escuchaba y de que la escuchaba con agrado,

atemorizada por el regaño acabado de recibir y por la soledad y el silencio del recinto. Se acordó de lo que habían hecho las niñas é hizo lo mismo.

Se inclinó á su canastillo y tomó los ramilletes de flores que no vendió por haber entrado allí, ramilletes que le significaban comer todo un día; los arregló trémula de emoción, y llorando sus infortunios, tuvo alzados sus bracitos un instante. También ella había ofrecido flores.

Las depositó á los pies del altar, no alcanzaba á más y estando en estas fatigas cosechó el desprecio postrero: la despedida brutal del sacristán. A partir de aquella época, se convirtió en anti-religiosa, no volviendo á pisar una iglesia.

Así es que, aún suponiendo que los demás inconvenientes fueran allanables, no se casaría eclesiásticamente. Pero esto era nada y los deseos de Sardín una locura. ¡Cómo era posible que no lo comprendiera así! Lo lógico, lo natural, lo indicado, él no lo aceptaba, lo rechazaba ofendido, porqué! No hubiera sido más agradable, supuesta su mala suerte, que se juntaran sin participarlo á nadie, viviendo así el mayor tiempo posible! Pero casamiento! A dónde se le habría ido la cabeza á Sardín, que discurría de tan lamentable manera! A lo menos nada podrían reprocharle: había procurado premiar el cariño que inspiraba con la única especie de que le

era dado disponer; ofreciendo á Sardín su cuerpo, virgen por milagro y en peligro de de muerte, ofrecimiento sincero, expontáneo y de acuerdo con sus propias simpatías. El se empeñaba en rehusarlo, alegando frases incomprensibles y sobre todo inaplicables. Moral, amor, pureza y otras lindezas por el estilo, sin sentido para ellos, frases huecas aprendidas sin duda al pasar por un grupo de señores, de esos que se estacionan en las cantinas y hablan accionando. Estaba segura de que Sardín no las traduciría jamás, tal vez ni las entendía al repetirlas. Sin cesar le echaba en cara su ingratitud y no tenía razón. Ingrata ella? Uno es ser ingrato y otro reír de lo que no se entiende. Eso si lo hacía. Cómo no hacerlo escuchando á Sardín sermonearle en serio, asegurarle que la respetaba; que la respetaría mientras pudiera domiminarse. Por más vueltas que daba á esos discursos, no atinaba con la falta de respeto. Si era ella misma la que ofrecía, la que instaba. Estarían frescos guardándose respeto. Entre ellos tales melindres! Hasta temía que Sardín se hallara en vía de perder el juicio; no de otro modo podía hacerse cargo de sus extravagancias. Le apenaba disgustarlo y ya no le quedaba otro recurso; le diría su resolución, manifestándole que era inquebrantable, para evitarse escenas y lloriqueos. Pobre Sardín! Lo que constantemente le había prohibido, lo que había detestado toda su

vida, iba á verificarse. Pero también, rechazar las proposiciones recibidas, hubiera sido una locura y ella no estaba chiflada como él; la miseria predispone para la partida doble.

Cuando el alimento no marcha en armonía con la necesidad, se acepta no sólo la regla de tres, la de trescientos.

Y por la noche se lo participó, al concluirse la representación, entre el ruido de los carruajes al acercarse, las despedidas en el pórtico del teatro, el humo de los cigarros, las conversaciones en alta voz, el gas cayendo á raudales sobre los que se van, momentos de ruido y de confusión, en que se ve mucho, se oye más y nadie se entiende, cuando Sardín vendía sus últimos paquetes de fósforos y llamaba un coche de plaza, multiplicado, metiéndose entre los grupos, designando á varias personas por sus nombres, provocando sonrisas y ganando propinas, familiarizado con el formidable vaivén, el ojo listo y la nariz inflada, aspirando á plenos pulmones el aire de la ciudad y el de la noche–sus dos grandes amigas–servicial, epigramático, granuja!

Ni se fijó al pronto, creyendo que Matilde no se dirigía á él; pero cuando ya en calma, apoyados en el zócalo de una columna, vieron cerrar el teatro y la cantina, cuando se informó de lo que quería y escuchó la terrible resolución dicha con frialdad, con indiferencia, como cosa resuelta, no pudo contestarle.

Sus sueños, sus ilusiones vinieron á bajo derribados con mano cruel, causándole en el estruendo de la caída la atonía en que se hallaba. No quiso oponerse, ni discutir. Matilde animada con el silencio, lo acabó á razonamientos, demostrándole la utilidad del cambio con frases egoístas, calculadoras, heladas. Iba á estar muy bien, la señorita la quería, le había prometido vestirla, dejarla pasear, hacerla gente.

—Ya ves-exclamó-que nuestra separación será corta, podré salir contigo y ya me daré mis mañas para que me permitan hablarte diariamente cuando acabe el qué hacer. Podrás entonces vestirte no teniendo que atenderme, y quien sabe, si realizarás lo del matrimonio dentro de uno ó dos años, con las economías que ambos hagamos.

¿Pero, porqué lloraba? Era una necedad. En lugar de alegrarse por la mejoría presente que tanto necesitaba, se ponía á llorar.

Sardín enjugando el llanto, le hacía con la cabeza que nó, que no lloraba y le preguntó con voz temblorosa:

—¿Y cuándo te vas?

Al día siguiente, había perdido muchas oportunidades para perder ésta, temprano, lo más temprano que pudiera y que la señorita la encontrara ya instalada. Si lograba escaparse un instante, se verían por la noche en el parque, frente al pabellón, donde habían dormido.

—¿Se acordaba?

Sardín, lleno de negros presagios, empezó á exigirle una serie de juramentos á cual más terribles, á cual más comprometedores, á cual más difíciles de cumplir.

Nimiedades de enamorado, temores de niño, consejos de perdido.

Matilde prometía y juraba y volvía á prometer y á jurar, complaciente, condescendiendo á sus caprichos, á sus insistencias y á sus miedos.

—Quieres tomar café antes de acostarte?—le preguntó Sardín.

—Sí, sí, es una buena idea, magnífica.

—Será la última vez—y al notar que Matilde fruncía el ceño, agregó—que lo tomas en completa libertad.

—Nó, no sería la última. ¿Porqué se complacía en atormentarla? Acaso iban á morirse ó iba ella á ser esclava?

Disputándose, llegaron á uno de esos cafetines abiertos toda la noche, refugio de desvelados y de madrugadores. Allí permanecieron algún tiempo, comiendo el mismo pan y bebiendo en el mismo vaso, con el camarero dormitando en frente de ellos, cómodamente instalado en una silla y descuidando á la amorosa pareja que tan poco se ocupaba de él. Pagó Sardín y en la puerta se despidieron, tristes, friolentos, irritados. Todavía desde la esquina se volvió á mirarla y

poniéndose la mano en forma de bocina le gritó:

—Hasta mañana!

## V.

Los primeros días, el asunto, si acaso ofrecía dificultades, no eran insuperables, y la sagacidad de Matilde las hacía impotentes para estorbarles sus entrevistas. Veíanse tres y cuatro veces, aprovechando la menor oportunidad, cualquiera distracción, en la esquina, junto á la entrada, en alguno tienda; con tiempo apenas de estrecharse la mano y de decirse "como te quiero" ú otra bobería por el estilo. Sardín no salía de las calles adyacentes, rondándole la acera, atisbando el momento oportuno, incansable como todo el que quiere, tenaz y desconfiado como todo celoso. Porque estaba celoso; de eso no le cabía duda. En cuanto á averiguar de quién ó de qué, le hubiera sido un poco más difícil. De todos y de ninguno; de los cocheros que conducían á la señorita, por las familiaridades que se permiten con las criadas, cuando como en ese caso, valen la pena; de los clientes ricos y considerados, que comienzan por hacer una caricia á la que les abre la puerta; de los que llegan en su juicio y de los que llegan sin él; de los

que le hablaran y de los que la miraran; del que le pidiera un vaso de agua y del que le ofreciera uno de licor; del que acompañara al amigo de la dueña de la casa, y que al quedarse solo, en algo ha de matar el tiempo; de la señora misma; de las conversaciones que escuchara y de los detalles que sorprendiera; de las gratificaciones que recibiera, por la gratitud á que darían lugar; de los instantes en que no estaba con ella y de los que pasaban juntos; deseando que fuera sorda y ciega y que le dieran las viruelas ó se saltara un ojo, ó le pasara alguna barbaridad y se pusiera fea, monstruosa, repulsiva; que inspirase ascos y temores en vez de apetitos y deseos; lo comprendía muy bien, más de cuatro habrían de ofendérsela diariamente, con el pensamiento por lo menos, si es que no podían hacerlo con otra cosa; conociendo, cuando le hablaba en sus escapatorias, que se le acercaba profanada, convertida en otra; y la palpaba, le olía la ropa, la identificaba, como quien cura un golpe de consecuencias ó restaña la sangre de una herida.

Sin embargo, no se percibía cambio. La misma siempre, medio indiferente, comunicativa por intermitencias, de mirar vago, indefinido, pareciendo sondear el futuro; lo único notable eran su vestir y su calzado, que realzaban sus gracias, haciéndola mucho más bonita, con algo de coquetería en sus adema-

nes y cierta libertad en sus palabras, independiente, dominadora, deliciosa. Lo que mejor aprovechaban, ansiando que llegaran eran los paseos de la señora, después del medio día cuando iba á recorrer la avenida, y al caer de la tarde cuando se dirigía al bosque. Al regresar de uno de éstos, los sorprendió en flagrante delito, conversándose entusiasmados, abstraídos en sus jardines, narcotizados con el poderoso aroma de sus propias ilusiones. Imposible fué negarlo, ni inventar parentezcos, ni fingir encargos. La cosa estaba clara; pretendían engañarla, ellos, dos palominos, dos criaturas? Los hizo entrar, más disgustada en la forma que en el fondo, prometiéndose un rato de broma y tal vez premiarlos, dándoles permiso para seguirse viendo. Pero Sardín se opuso, y se opuso con energía, distinguiendo la burla, acertando con la traviesa intención, puntualizando sus derechos y los de Matilde, encarándosele, discutiendo de potencia á potencia, sin fijarse en el contraste de su casi desnudez y el raso y los adornos de la "señora" -como le repetía acentuando la palabra-mirándola con desprecio, empinándose para alcanzar mayores proporciones, arrojándole las frases á la cara, justiciero y elocuente.

La señora, que comenzó á escucharlo bien dispuesta á su favor, le cargó el chiquillo con su discurso insolente y su voz chillona, y lo echó á la calle sin amabilidad, empujándolo

por los hombros, sin despedida, cerrando tras él de golpe, con cólera; riñendo en seguida á Matilde, prohibiéndole ver á ese muchacho tan groserote y tan ordinario; cuidado y la desobedecía, sería implacable; si la veía otra vez charlando con él, podía buscar á donde irse, pues no la había tomado para eso. ¿Quería amante? Pues á otra parte, ella en su casa buscaba seriedad.... en los criados–corrigió recordando su profesión.

Sardín salió desesperado; entrábanle tentaciones de pedir socorro á un gendarme, de apedrear la casa ó prenderle fuego, conformándose por prudencia, con amenazar al balcón y exclamar por lo bajo: "ladrona" "poca vergüenza." "perdida."

Comprendió que ya aquella era noche muerta, que no dejarían salir á Matilde, y se retiró honrosamente, escribiendo una mala palabra en la puerta, con un trozo de cal arrancado al muro, con caracteres imitación de los de imprenta, aprendidos á fuerza de mirar el rótulo de los periódicos que vendía, letras gruesas, desiguales, cayendo unas sobre otras, epilépticas y tirando á griegas. Riose de su obra y ya al partir, escupió la vidriera. Se había desahogado.

Contó la ocurrencia á Juan su antiguo mentor, su sólo confidente y su amigo íntimo, abultando los pormenores y en espera de una aprobación completa. Mas no fué así; se ganó una reprimenda y una lección. Pa-

recía mentira que se volviera tonto. ¿No comprendía que se había sacado la lotería encontrando para su querida, una casa de huéspedes tan económica?

—¿Qué? ¿Que no era su querida? ¿Pues qué era entonces?

—Novia!

Buenos estaban ellos para andarse con novias; deveras que era descarado; pero hasta suponiendo que nada fueran, ni novios, ni queridos, no se le alcanzaba que habría podido comer y pernoctar allí, con buena cama y buenos platillos, siguiendo otra táctica y empleando otros modales? ¿Qué había ganado? Dejar de ver á Matilde, perder una gran ocasión y fastidiarse. Sardín empezaba á arrepentirse oyendo á su camarada; en efecto no estaba bien con su hazaña, empeoraba en lugar de adelantar, pero no había podido dominarse: era duro el papel á que lo hubieran sujetado, reírse de él y de Matilde, no creas que era otro el fin. ¡Qué mal le hacían queriéndose! Ni á ella ni á nadie, tanto más cuanto que no faltaban, ni armaban escándalos. Juan contestaba con calma, pesando las palabras con todo el aplomo de la experiencia, rebatiendo los argumentos y desaprobando los actos, el haber escrito esa palabrota sobre todo; naturalmente la leería la mujer, y adios proyectos de reconciliación y de olvido. Le arrimarían un palo en la próxima en-

trevista, debiendo darse de santos si no aumentaban la dosis.

—Convéncete de que todo lo que no hagamos por nosotros mismos, es pan pintado; no ha de haber alma caritativa que nos ayude, salvo un caso en que sí nos ayudarán y con gusto: á bien morir; pero de ahí en fuera, qué si quieres! Nos está prohibido por conveniencia propia, encolerizarnos, ofendernos, entristecernos y alegrarnos; nos está prohibido sentir, y si por excepción nos conceden sentimientos, no nos conceden el derecho de expresarlos, porque molestaríamos y nos enviarían á nuestro médico ordinario, el gendarme, que ya has visto que con su sola presencia opera prodigios. Recuerda que desde que te adopté, te lo he mostrado como á nuestro enemigo natural; si te empeñas en echar en saco roto mi advertencia, el mejor día te echan á tí donde no volvamos á verte y se acabó el cuento. Calcula todo lo que hubieras logrado haciéndote el bueno, el humilde; una alhajita que se olvida, un pañuelo fino que se bota en momentos de disgusto. Son tan descuidadas esas mujeres, y claro, como que no les cuesta no se fijan.

Y observando que Sardín no admitía los últimos consejos, concluyó.

—Vuelves con tus escrúpulos? Pues lo siento por tí, nunca harás carrera.

Juan tenía razón, pero hasta cierto punto, que en cuanto á robar, jamás había de hacer-

lo; eso nó, conformábase con su destino, con lo que no se conformaba era con no ver á Matilde, sin ella no se hallaba contento en ninguna parte. Sentíase capaz de ir á pedir perdón, de arrodillarse, de implorar, de acometer lo que le exigieran, de ejecutar los oficios más bajos, los más inmundos, aunque no los pagaran, ni se los agradecieran; bastante pagado quedaría con un rato de charla con su Matilde, un rato de estar cerca de ella, acariciándola á sus anchas, besándola en el cuello con besos apagados y fugaces, como son todos los que se dan á hurtadillas, sin que por ello pierdan el sabor. Principiaba á pesarle el haberla respetado; supuesto que no habían de casarse, qué más daba? La haría su querida, pero de él solo, exclusivamente de él, sin participaciones ni ayudas extrañas. Lo que es para eso se sobraba y se bastaba. Vaya si se bastaba! La separación era la muerte, pero una muerte cruel y despiadada, entrando poco á poco, deleitándose en su obra de destrucción. No la resistiría: á qué, pues, seguir martirizándose, teniendo como tenía el remedio al alcance de la mano, bastándole para obtenerlo, abrir la boca, hacer una seña, decidirse? Apenas si durmió pensando en la satisfacción que debía pronunciar con aspecto contrito y protestas de enmienda, que cumpliría al pie de la letra, según se la ordenaran.

Llegóse muy de mañana, encogido, inde-

ciso, sin prever lo que aconteciera y dando vueltas á la reflexión de Juan; si por una desgracia se realizara y le pegaran un estacazo! y casi se detuvo, con ganas de marcharse, tentándose las costillas para cerciorarse de su integridad. Al acercarse á la puerta se encontró con su primer acusador, medio borrado pero existente siempre, delatándolo á la legua y resistiendo á las moralizadoras intenciones de los que al pasar habían querido concluir con él. Maldita palabra! Para qué la escribiría! A esas horas, ya sabría la señora quien era el autor y debía estar esperándolo para recompensarlo. Se puso junto á ella cubriéndola con el sombrero, tratándo de despintarla con los codos, con las mangas, con cuanto encontraba, y nada. Las pocas letras componentes seguían firmes, inmutables, sin ganas de largarse ni de grado ni por fuerza, con todas las intenciones de eternizarse allí, á la vista de todo el mundo, convirtiendo á la dueña de la casa en el objeto de las burlas y de las risas del primer desocupado, arrancándole la careta, publicando á gritos lo que se sabía por lo bajo. Mientras más las restregaba parecían adquirir más claridad y mayor fuerza. La rabia que le había hecho escribirlas, le había hecho cargar la mano de un modo tal, que cambió el dibujo en grabado. Era un bajo relieve indecente y de duración indefinida, con la pintura arrancada, dejando ver las incisiones profundas del gui-

jarro que las causó en el tablero superior, á la altura del llamador que de lejos simulaba un signo de admiración justificada, codeándose con un lenguaje tan soez. Sabe Dios lo que aquello duraría, lo que es borrarla era imposible; pero negaría ser él quien la había escrito. No era el único que pasaba por aquella calle, y entre los que pasan, hay tantos mal intencionados! Sin ir muy lejos, bien podía echarse la culpa á los alumnos de alguna escuela, de los que salen en tropel dándose de puñadas, destruyendo los libros, corriendo desaforados y que se sacan trozos de tiza con la que escriben en las paredes lo bueno ó lo malo que se les ocurre, llegando en ocasiones á pisar los umbrales del dibujo con calaveras riendo á carcajadas ó caras casi humanas representando al catedrático por el letrero que ponen debajo con su nombre y no por el parecido del retrato. Esa era la salida, y orgulloso de su agudeza, llamó por tres veces consecutivas, sonriendo al pensar en el sofocón que iba á llevar Matilde viéndolo llegar con esas ínfulas. Aguardó un momento, comprendiendo que aunque el día iba á convertirse en su mitad, para ellas debía ser la madrugada. Necesitaba no echarla á perder y dominar su impaciencia. Se fumó un cigarrillo con calma, prolongando la duración y conservándole la ceniza, hasta que se quemaba los dedos, hasta que rindió el suspiro postrero, ardiéndose hasta no existir.

Llamó de nuevo con más fuerza aún, dando á entender que no estaba para perder su tiempo, sin separar la mano del llamador, sin soltarlo, poco dispuesto á conceder otra prórroga. Cuando oyó correr el cerrojo sintió que le disminuían los bríos y que un escalofrío se le paseaba por el cuerpo. Mucho le sorprendió que no fuera Matilde la que salió á abrirle. ¿Se habría desvelado también? ¿O á consecuencia del disgusto estaría enferma?

La criada lo interrogó mal humorada, con sueño, indignada del aspecto exterior del visitante.

—¿A quién buscaba? A la señora? Estaba durmiendo todavía, pero podía dejarle á ella la carta ó el recado que llevara. ¿De parte de quién iba?

—Pues iba de la suya, sin carta ni recado, tenía que hablarle personalmente de un negocio urgente. Dígale Ud. que la busca Sardín; ya me conoce y me mandará entrar. Muévase Ud. criatura, qué me ve Ud. tanto?

Cerró la muchacha, mientras entraba á comunicar lo que le exigían, y Sardín exclamó al mirarse, con la puerta en la nariz:

—Hombre, qué grosería; éstas no conocen la educación.

—Que podía pasar, sí por ahí, á la izquierda, en el dormitorio.

Descubriose Sardín respetuosamente, avanzando con cautela para no tropezar con

un mueble ó con un tiesto de flores, admirado del lujo en alarmante *crescendo*, cuadros, pájaros en jaulas doradas, pero jaulas como iglesias pequeñas, con campanarios, y puertas y ventanas, llenas de labrados y de preciosidades, suspendidas de unas cadenas que, según su cálculo, harían buen papel acompañando al reloj de un caballero. Sin embargo, como hombre de mundo, no dejaba adivinar sus impresiones por más que caminara de asombro en asombro; esperando salir de allí á narrar su viaje maravilloso á los de sus compañeros que no conocieran esas cosas. Con razón Matilde siempre había tenido deseos de instalarse en tales casas; debía estarse bien rodeado de todo aquello, connaturalizándose con los de los ricos. Y como le indicaron que á la izquierda, metió la cabeza en la primera puerta que encontró entornada, sin alcanzar á ver ni pizca y sintiendo junto á sí algo como un género pesado despidiendo un olor especial, muy semejante al que despiden las tiendas de ropa cuando hay muchos parroquianos examinando telas en el mostrador. Creyó haber equivocado el camino y quiso marcharse, pero no pudo; íbansele los pies en la pared negra que se hundía á cada uno de sus esfuerzos por desasirse; escuchó distintamente que le gritaban que pasara, y en su ansia por obedecer, por hacerse grato, derrepente le pareció que la pared se abría, no pudo ya conte-

ner el empuje y cayó de bruces dentro de la pieza, deslumbrado y atarantado por el golpe. La señora se incorporó en el lecho, colocado en medio de la habitación, para averiguar la causa del estruendo, y al distinguir al pobre Sardín que se levantaba corrido y avergonzado, le entró una risa tenaz, convulsiva y estrépitosa. Sardín comenzó á sonreír pasándose la mano por la parte dolorida y concluyó haciendo coro con la señora, más por galantería que por deseos, suponiendo de buen tono no desterrar el buen humor con que se le recibía. Lo había derribado una cortina de terciopelo cruzada por gruesos cordones y que cubría la puerta toda. A no ser por el porrazo y sus consecuencias, le hubiera faltado el resuello dentro de la cámara. Si le parecía decoración de comedia de magia; todo era nuevo, original desconocido. Desde la alfombra, hasta el cielo raso pintado de muchos colores, no se veían más que prodigios.

La luz entraba tamizada por un transparente curiosísimo; una mujer enteramente desnuda, sentada á las orillas de un arroyo y dejándose picar de un ganso blanco muy distinto de los que conocía, con el cuello largo y arqueado, las alas desplegadas sobre las ondas, como acercando las distancias, y cortando la espuma con el pecho esponjado. Lo que más le agradaba, era que el tal ganso tenía mirada de gente, y fija en la bañadora.

Y en todas partes, en las paredes, en los rincones, en el tocador, cuadros pequeños con marcos de felpa, juguetes, figuritas, frascos de esencia llenos de cintas.

Sobre la luna del tocador, otra mujer, quien sabe de qué, vestida de baño, inclinada, las manos juntas por encima de la cabeza, como un nadador que va á tirarse al agua, casi esperándose que por momentos se sumergiera en la palangana.

Del centro del techo pendía una lámpara enorme de cristal azul, y colgando de ella, dos niños de porcelana, abrazados y sentados en un columpio con cordones de seda roja.

Sofaes, sillones, unos objetos de mimbre con plantas artificiales que olían como si fueran de verdad: un guardarropa con un espejazo colosal y sobre todo, la cama, esa era el acabose. Dorada también, alta, con columnas retorcidas, sábanas blanquísimas, almohadones, un colchón tan raro, que con la risa de la señora, se movía solo.

Reconoció á Sardín, y quiso ponerse seria, sin cuidarse de lo que éste pudiera ver, apoyada en un codo sobre el que caía, arrugándose la camisa en busca de su centro de gravedad.

Pero Sardín, repuesto del susto, se desató en su peroración, como quien recita un trozo aprendido de memoria, enredándosele la lengua, aligerando su conciencia para salir

del paso. Había sido un majadero, un ordinario, pero ella lo perdonaría, prometía no volverá hacerlo, al contrario, ofrecíase á sus órdenes para las comisiones delicadas; podía ponerlo á prueba y no se arrepentiría; pero si supiera, quería tanto á Matilde, ya debía figurárselo, juntos desde pequeños.... y nunca se habían separado, aquella era la primera vez. Lo dejaría ir á visitarla, verdad? Por lo menos cada tercer día, á cualquier hora, á la que fuera menos molesto y nada más un ratito, diez minutos ó cosa así. Al cabo esa licencia, qué podía importarle? Prometía estarse tan quieto, que los concurrentes ni sospecharían su presencia. Se conformaba con la cocina ó con el corredor interior, donde le dijeran.

La señora lo escuchaba interesada, envidiando á Matilde, envidiando un amor semejante, tan desinteresado, tan profundo, tan sublime. Adivinaba tesoros de delicias, de delicias que había soñado sin realizarlas jamás, y le simpatizó el muchacho con la tez encendida, despeinado, brillándole los ojos al hablar de su amada, transfigurado, ideal, grande. Apenábale tener que confesarle la fuga de Matilde, se le resistía, iba á hacerle daño. Pero era preciso, indispensable, y dulcificando las palabras y la voz, le indicó el desastre, esperanzándolo con que tal vez se habría marchado para buscarlo á él.

Sardín sintió un vuelco en el corazón y su-

puso que era una broma que aquella señora gastaba para reir un rato más, como había reído con él, al caerse: creyéndola partidaria de lo alegre, de lo ligero, de lo superficial.

—Te digo que se largó en la misma noche, á poco de que tú te fuiste.

—¡Que se largó!—repitió Sardín—y al oir que le ratificaban la noticia, preguntó con un candor, impropio de sus antecedentes:

—Y no sabe Ud. á donde!

—A donde podía irse de noche, una muchacha como Matilde, bonita y viciosa! Si no se había ido con él, se habría ido con otro. ¡No lo comprendía!

Sí, Sardín comprendió, y loco, dando alaridos de dolor, salió de la casa sin preocuparse de los desperfectos que causaba en su carrera desesperada.

## VI.

Se le pasaban los días sin encontrarla, por más que la buscaba como puede buscarse un alfiler, desplegando una actividad que hubiera significado un ascenso al agente de policía que con menos recomendaciones contara. No se atrevió á tomar informes en la

Inspección de Sanidad, porque nada adelantaría. Sabía de antemano que aún supuesto el caso excepcional de que lo escucharan, no habían de hacerle caso. Se lo quitarían de encima como quien se espanta un moscón, quedándose en la ansiedad de antes, agravada con una reprimenda. Limitóse á recomendar á todos los compañeros que en cuanto la vieran se lo comunicaran, haciendo él por su parte, jornadas incomensurables y tentativas sin cuento. Todo era infructuoso, parecía que á Matilde se la había tragado la tierra. De nada le servía conocer la ciudad como á su propia casa; es tan grande, que siempre le quedaba algún barrio por escudriñar, alguna casa sospechosa en que asomar las narices. Indudablemente estaba fuera, en el campo tal vez ó en otra ciudad cercana; cómo y con qué se iría en su busca? El chico que nunca fué grueso, enflaquecía á ojos vistas consumido por la fiebre, por las privaciones y por el padecimiento moral.

Apenas hablaba, no vendía nada y la comida la alternaba con la fiebre: ambas eran tercianas.

Sus mismos compañeros, no muy impresionables generalmente, estaban preocupados de las dolencias de Sardín, agotando su reducida terapéutica por mejorarlo. Rechazó una contrata ventajosa: servir de anuncio ambulante con traje de fantasía, sin más obligaciones que pasear un cartelón y nu-

trirse á su antojo. A las reflexiones que le hicieron mostrándole lo desacertado de la negativa, respondió que el aceptar le entorpecería lanzarse en pos de Matilde cuando la encontrara, cosa que tenía que suceder. De tiempo en tiempo se dirigía á la casa de *esa señora*, á la que guardaba inacabable rencor, y de paso, sin entrar, se informaba de si Matilde había vuelto.

En cierta ocasión, uno de sus socios creyó haberla visto en un carruaje de alquiler, muy apartada del centro y en compañía de gentecilla, algo así como obreros sin trabajo y ebrios, acompañados de mujerzuelas y armando una barahunda infernal. Comunicó á Sardín sus temores, porque conocía á una de las acompañantes, domiciliada en una casa popular y mal concurrida por su baratura.

Sardín hubo de sufrir malos modos, indirectas en espera de Matilde. Lo informaron de que en efecto, allí vivía.

Antes de llegar, habíase provisto con un amigo—tenía tantos de un cuchillo feroz, lijeramente oxidado en la punta, con cabo de madera ennegrecida por el uso y la hoja curva y ancha, yendo de mayor á menor.

—Es un bicho que espanta—le dijo el dueño al prestárselo—y espantaba tanto, que Sardín se lo guardó en la bolsa hasta lo que llamaba el momento oportuno. Porqué consiguió el cuchillo? Para qué lo necesitaba?

No se respondía, al menos con razones convincentes. Cuando supo en lo que Matilde se había convertido y se decidió á ir á verla, le pareció natural proverse de eso, de un cuchillo ó de cualquiera arma destructora. Lo esencial era destruir, á Matilde ó algo. Y cuando la vió venir acompañada de otras mujeres hablando á voces, prodigándose epítetos, no todos aceptables, sintió que el corazón se le oprimía hasta cesar de latir, sintió ansias horribles, que lo ahogaban, deseos de dar gritos, y tambaleándose, con el alma agonizante de dolores inmensos, se le acercó, le interceptó el paso y se quedó mirándola mudo, cadavérico, lloroso. Buscó el cuchillo, y al tropezar con él, retiró la mano horrorizado, dándose miedo á sí mismo, sin fuerzas para ejecutar un crimen disculpable. Matilde, ligeramente beoda y conociendo su influencia, le habló sin temores y sin asombro, sin el más pequeño pudor, orgullosa de su nueva carrera de la que cosechaba los primeros laureles, queriendo demostrar á sus compañeras que sabía tanto como ellas, que tenía también un amante indigente que la maltrataría, que le exigiría dinero, que le arrimaría sus palizas de vez en cuando, que la celaría, que darían escándalos y estarían presos y detenidos con frecuencia. De tal suerte, que casi se alegró de ver á Sardín; preparaba su golpe teatral al que todo contribuía á dar mayor realce, la noche, la soledad de

la plazuela, el aspecto del mozo y el de las infelices sus amigas, esperando un desenlace ruidoso y brutal en los que diariamente son actoras ó testigos.

—¿Porqué no la abrazaba? Se hacía el enojado ¿Y de qué? Acaso él la mantenía ó podría darle lo que ganaba? No seas tonto, confórmate y nos seguiremos queriendo. Tenía un día libre en cada semana, día que le dedicaría por completo, yéndose donde quisieran, dueños de su tiempo y de su juventud. No todos nacían con la misma estrella, esa era la suerte que les había tocado y era más cuerdo seguirla con resignación. Le tendió la mano, atrayéndolo con insistencia y mezclando en sus palabras, lo práctico y lo dulce, lo egoista y lo intangible.

Sardín avanzó hasta donde estaban las otras mujeres, sin contestar á Matilde, haciendo esfuerzos por contenerse, y cuando estuvo cerca de ellas les dijo con una voz imperiosa, ronca, que no admitía observaciones:

—Márchense Uds.!

Y se marcharon, obedientes, sin objetar, haciendo señas á Matilde de que las siguiera, felicitándose de verse libres de aquel lío y compadeciendo á la que creían próxima víctima de un celoso intransigente. Sardín esperó á verlas desaparecer, y con el mismo tono, tomando á Matilde por un brazo, la alejó de la casa, exclamando:

—Oyeme un momento.

Se sentaron en el quicio de una puerta, confundidos en un solo bulto difícil de clasificar envuelto en la oscuridad, recibiendo por intermitencias, una débil luz del cercano reverbero, hablando Sardín sin cesar, recorriendo en su delirio, desde el mandato inapelable hasta la súplica rastrera, olvidando lo acaecido, perdonándolo, corriendo un pesado velo sobre la última monstruosidad, ofreciéndole una existencia llena de privaciones pero congestionada de dicha.

—"Vive conmigo," era el tema favorito, al que volvía á cada frase.

Había ido para matarla, lo confesaba, y una vez junto á ella no podía ni golpearla como merecía.

—Y mira, no te engaño—le decía mostrando el cuchillo pero de nada me sirve.

Matilde se puso seria al ver el arma, y quiso huir. Sardín la detuvo; porqué se iba? No le repetía que nunca le haría mal? Podía calmarse, y para acabar con sus temores, arrojó el cuchillo al arroyo, con fuerza, oyéndose un sonido de hoja lata cuando chocó con los guijarros. Volvió á la carga con más denuedo, aceptando y pasando por todo, menos por verla como la veía. ¿No recordaba los sacrificios que se había impuesto por ella? ¿No recordaba la noche del pabellón en que por un exceso de cariño, mal entendido si quería, la respetó contra su gusto? Y para qué? Para que ella hubiera parado en eso? Si

no podía creerlo; se iría con él no era así, desde ese momento, sin que volviera á mencionarse aquello, como si jamás hubiera existido. Matilde se oponía, alegando compromisos contraidos, deudas anteriores, persecuciones en lontananza si se iba.

—Convéncete que no es que no te quiera—decía besándolo para dar mayor fuerza á la expresión—si no de que es imposible. En ese mismo instante estaban corriendo un riesgo inminente, que la extrañaran y salieran en su busca. ¿A donde lo mandarían á él? Mientras que si la dejaba en paz, sería otra cosa,

—Decididamente nó?—preguntó Sardín.

—Dame un remedio y lo haré—contestó Matilde.

—Tenía razón, no había remedio, y encontrando salida al llanto que lo había estado ahogando, se abrazó á ella empapándole el hombro en que acomodó su cabeza. Matilde se enterneció un poquillo y lo calmaba á su manera, siempre prometiendo la ventura anhelada, siempre el mañana. Se enderezó Sardín y enjugándose sus lágrimas, se despidió de ella, abrazándola toda, besándole los ojos y la frente y la boca, cuanto encontraba á su paso.

—Vendrás mañana?

—Adiós—repuso él retirándose, después de reflexionar la respuesta y sin volver la cara una sola vez.

## VII.

En el trayecto se iba riñendo con palabras durísimas; no tenía vergüenza, ni nada; pues no la dejaba en esa casa y se venía él tan fresco, sin siquiera haberla señalado ó haberla muerto? Nó señor, se conformaba con besuqueos y simplezas, sabiendo que era de todo el mundo menos de él que tanto la había querido, que tanto seguía queriéndola. Imbécil y cómo ha de reirse de mí; pero no se reiria más, lo prometía. Eso estaba para concluirse y no con muchas risas por cierto; quizá por la segunda vez, haría llorar á Matilda. Bien pensada la cosa, hacía tiempo que debía haberla ejecutado. Era triste, no había de serlo; pero no tanto como seguir viviendo sobre ese pie. Se mataría, porqué no? Ni quien se lo impidiera, al contrario, hasta Matilde quedaba libre de sus impertinencias. No habiendo podido destruir á nadie, se destruiría á sí mismo. Las únicas caricias que recibió en el mundo le fabricaban su sepultura. Nacido de la tierra, se regresaba temprano á ella, como el que sale á dar un gran paseo y se siente desalentado á los primeros pasos. Ignoraba si lo bautizaron, pero en cambio estaba seguro de que lo enterrarían. Vivió sin padrinos y sin afeccio-

nes; moriría sin dolientes y sin herederos. El ayuntamiento que le había negado un vestido, no podría negarle un ataúd. El género de muerte, sí le parecía inhumanitario; eso de tirarse así como así á una acequia, no debía ser muy agradable; y luego, sabiendo nadar, esto prolongaría el negocio. Pero de qué otra manera podía despacharse? Los pobres como él, tienen que buscar lo barato hasta en eso. ¿Quién había de facilitarle una pistola? y en cuanto al cuchillo, siempre le inspiraron horror las heridas que produce. La sangre lo impresionaba y no se creia con el valor suficiente para recetarse dos ó tres tajos que lo concluyeran. No tenía más, se dejaría ir resuelto y no se movería.

Maquinalmente ofreció dos cajas de cerillos, restos de su comercio, á álguien que no vió y que se las compró sin hablarle. Al sentir la moneda en la mano pensó en lo que hacía.

—Y esto de qué me sirve—exclamó mirándola.

Y al pasar junto á uno que pedía limosna con la mano extendida, sufriendo en silencio que se la rechazaran, volviendo á extenderla con la tenacidad del que no ve y del que no ha comido, le dejó caer la moneda; el ciego retiró la mano con ansia, temiendo que se arrepintiera el de la caridad al notar que daba plata, plata reconocida con el tacto y murmuró:

—Dios lo ampare hermano!

Cuánto tiempo hacía que no le hablaban de Dios y cómo lo necesitaba. Habíalo recordado pocas veces en su azarosa vida y ahora, reconocía el olvido, palpaba la ingratitud, se arrepentía Regresó á recomendar á aquel desgraciado que rezara por él, lo ayudaría á bien morir, y considerando la suerte reservada á Matilde, que no cesaba de bailarle ante los ojos, le dijo:

—Oiga Ud., rece por dos niños que se han muerto!

El ciego movió los labios haciendo que sí con la cabeza, quién sabe si obedeciendo la orden ó censurando la extravagancia. Sardín se sintió bien, más tranquilo, como el que ha hecho sus disposiciones y se despide del notario; apretó el paso, y al poco rato se encontró en el principio de la calzada de la Reforma. La obscuridad de la noche se aumentaba allí por los árboles que cubrían con sus ramas á los focos de luz, prolongando las dimensiones, haciéndola interminable.

Los bancos de piedra y los desiertos pedestales, simulaban otras tantas manchas grises sobre un fondo negro, silencioso y lúgubre. Echó á andar por el centro, deteniéndose en ocasiones á tomar aliento y á enjugarse el sudor; sin embargo la temperatura estaba fresca. Cerca ya de la plazoleta habitada por el monumento de Colón, tuvo miedo de la estatua, de los frailes que la acompañan, del jar-

dincito que la defiende, de lo que él iba á cometer, y se detuvo jadeante, nervioso, deseando un auxilio inesperado en medio de tanta soledad, retardando el atentado para dar tiempo, ¿á qué? á todo y á nada, á que se abriera una de las casas que bordan el paseo y saliera cualquiera á impedirlo, todas están habitadas y habitadas por ricos, á que un guarda lo creyera robando plantas y lo llevara preso, á que surgiera una casualidad ó estallara un cataclismo.

Y se puso á escuchar con el oído atento: apenas si percibía el ladrar lejano de algún perro y el rumor imponente de la ciudad llevado en alas de los vientos.

Esperó así, inclinado, y nadie llegó; ¿quién se preocupa de un pobre diablo que va á desaparecer? Le entristeció verse abandonado á su edad, y levantó la cara obedeciendo á esa necesidad que obliga á los que verdaderamente sufren á recurrir á la altura, en los momentos de crisis supremas, en busca de auxilios y consuelos, y la figura de Colón se destacaba precisa é inmóvil, sobre el marco nebuloso que le brindaba el firmamento; no le dió miedo entonces, al contrario, esa masa negra simpatizaba con su tormento, y como si adivinara el estado de su ánimo, con su diestra levantada, parecía indicarle el único refugio de los desheredados: el más allá!

Recordó al ciego acabado de ver, y hubiera jurado que el señor cura, aquel amigo de sus

primeros años, pasaba á su lado plácido y risueño reiterándole su recomendación: que fuera siempre bueno.

No quiso matarse ahí, al cabo le sobraba el local; y se puso á correr para que no lo alcanzara el arrepentimiento.

Lo haría en la otra plazoleta, en la de Cuahutemoch, era la más á propósito, más aislada, más solitaria; allí sí, que ni quien lo mirara, no á esa hora en que el paseo estaba tan abandonado como él, sino al otro día; trabajo les daba para que encontraran su cadáver; tendrían que buscarlo exprofeso ó que encontrarlo por casualidad. De pronto surgió una claridad en que no había reparado, que le salía al camino como si hubiera estado asechándolo y quisiera ofrecerle su momentánea compañía; abriéndose paso trabajosamente por entre el follage de los árboles, y saliendo por un balcón abierto y colgado de enredaderas y trepadoras, de una de las casas vecinas. Distinguíase, apoyada sobre el barandal, una sombra femenina en actitud meditabunda; tal vez esperaba á su novio que iba á llegar dentro de poco, anhelante y rendido, y ella contaba los minutos presa de la ansiedad que origina esa clase de citas. Sardín ni la envidió, para él todo había concluido. Al encontrarse en la segunda plazoleta quiso despedirse de Cuahutemoch, como de Colón, enviándole una mirada curiosa, con la certidumbre de que eran las postreras. Algo le conso-

ló el ademán viril que guarda el soberano azteca, erguido y amenazante, próximo á descargar un furibundo golpe á la inhumana ciudad. Al maldecirla,—que eso era lo que estaba haciendo, defendía su causa, constituíase en su defensor y ejecutor testamentario, lo vengaba. ¿Qué otra cosa podía legar sino un caudal de maldiciones? Eligió el sitio para ahogarse y se sentó á la orilla de la acequia, tratando de profundizar en sus tinieblas, cuál sería el punto menos cenagoso, el que le brindara mayores garantías de rápida destrucción, indeciso y atemorizado, cuando aguzó el oído, lleno de recogimiento y de ternura.

Oíase un piano invisible mandar sus melodías por intervalos, según la dirección del aire, que las apagaba con brusquedad ó voluptuosamente las prolongaba.

Sardín, fuera de algunos trozos de música de zarzuela, no era muy fuerte en la materia, pero la que oía le hacía mucho bien, teníalo suspenso y encantado. Indudablemente quien tocaba era la señorita del novio, y esa pieza tan linda era la contraseña. Cada arpegio quería decir que lo aguardaba, cada acorde significaba una esperanza, cada nota adelantaba una caricia!

Pensando en esto, lo sorprendió una nube de argumentos, convenciéndolo de que sería muy tonta su muerte, sus padecimientos ignorados, y su sacrificio desconocido; pero se acordó de Matilde prostituida, de su aban-

dono, de su miseria, rechazó las tentaciones y víctima de un sacudimiento nervioso que le hacía perder la cabeza, exhaló su último adiós y sin embargo, no se tiró. Veía algo, sí, no le cabía duda; aparecían en la calzada las linternas de un carruaje, oscilando suavemente y aumentando en sus dimensiones. Pretexto plausible para alargar su agonía; no le pareció decoroso suicidarse entonces; en cuanto el vehículo pasara ó se detuviera, sería otra cosa. En efecto, un coche avanzaba al pacífico trote de sus caballos, el cochero indolentemente apoyado en el pescante, dejando flotar las riendas, con el convencimiento de no acarrearse peligros, y dibujándose los números de los faroles sobre la menuda arena del piso. Se ocultó Sardín, y cuando el coche estuvo enfrente de él, sólo un instante, escuchó partiendo de su interior, un murmullo de besos y de risas.

Por poco los silba; el granuja había adivinado el objeto del nocturno paseo.

—Todos somos lo mismo, dijo, y contra su voluntad, impelido por una fuerza extraña, cayó en el agua que se abrió con un rumor sordo y fugaz para recibir al huésped voluntario; rumor al que contestaron, el del coche, que se perdía en las sombras y el del piano, que se perdía en el espacio!........

---

## VIII.

Al día siguiente, previa identificación del cadaver, que reposaba negro, ventrudo, desfigurado, en el fondo sucio de una camilla, el empleado que expedía la boleta para la inhumación, preguntó las generales del chiquillo.

La edad aproximada: quince años, la pro-profesión reconocida: vender cerillos.

—¿Y dice Ud. que es suicidio? se informó por curiosidad.

—Así parece, respondió el agente de policía. ¿Quién podía interesarse en la muerte de un fosforero?

—Es verdad. Vaya, un pillo menos!—repuso al firmar.

Y esa fué la oración fúnebre de Sardín!!

FIN.

# ÍNDICE.